MORGAN RICE
UN TRONO PARA LAS HERMANAS
LIBRO 1

MORGAN RICE
UN TRONO
PARA LAS
HERMANAS
LIBRO 1

Sofía, de 17 años y su hermana pequeña Catalina, de 15, están desesperadas por marchar de su horrible orfanato. A pesar de ser huérfanas, no deseadas y no queridas, sueñan con hacerse adultas en otro lugar, o con encontrar una vida mejor, aunque ello signifique vivir en las calles de la despiadada ciudad de Ashton.

Sofía y Catalina también son las mejores amigas y se tienen la una a la otra. Aun así, quieren diferentes cosas de la vida. Sofía, romántica y más elegante, sueña con entrar en la corte y encontrar a un noble del que enamorarse. Catalina, una luchadora, sueña con dominar la espada, luchar contra dragones y convertirse en guerrera. Sin embargo, las dos están unidas por su poder secreto y sobrenatural de leer la mente de los demás, su única gracia salvadora en un mundo que parece empeñado en destruirlas.

Cuando se lanzan cada una a su manera a una misión y aventura, luchan por sobrevivir. Enfrentadas con decisiones que ninguna puede imaginar, sus elecciones pueden empujarlas hasta el poder más alto o hundirlas en lo más profundo.

Morgan Rice

Un trono para las hermanas

Un trono para las hermanas - 1

ePub r1.0

Titivillus 24-06-2023

Título original: *A Throne for Sisters*
Morgan Rice, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Capítulo uno

De todas las cosas que se podían odiar en la Casa de los Abandonados, la muela era la que más temía Sofía. Gemía mientras empujaba una palanca conectada a un poste gigante que desaparecía en el suelo mientras, a su alrededor, las otras huérfanas empujaban las suyas. Al empujarla, sentía dolor y sudaba, su pelo rojo se enredaba por el esfuerzo, su áspero vestido gris se manchaba aún más de sudor. Ahora su vestido era más corto de lo que ella quería, se subía a cada paso largo para mostrar el tatuaje en forma de máscara de su pantorrilla, señalándola como lo que era: una huérfana, una cosa poseída.

Las cosas eran incluso peor para las otras chicas que había allí. A los diecisiete años, por lo menos Sofía era una de las más mayores y más grandes. La única persona más mayor en la sala era la Hermana O'Venn. La monja de la Diosa Enmascarada vestía el hábito negro azabache de la orden, junto con una máscara de encaje a través de la que podía ver hasta el más mínimo detalle de error, tal y como todas las huérfanas no tardaban en descubrir. La hermana sostenía la correa de cuero que usaba para repartir el castigo, doblada entre sus manos mientras hablaba sin cesar al fondo, pronunciando las palabras del *Libro de las Máscaras*, homilías sobre la necesidad de perfeccionar a las almas abandonadas como ellas.

—En este lugar aprendéis a ser útiles —entonó—. En este lugar aprendéis a ser valiosas, ya que no lo fuisteis para las mujeres de mala vida que os trajeron al mundo. La Diosa Enmascarada nos dice que debemos dar forma a nuestro lugar en el mundo a través de nuestros esfuerzos, y hoy vuestros esfuerzos giran los molinos que muelen el maíz y… ¡atiende, Sofía!

Sofía se encogió de dolor al notar el impacto del cinturón al dar un chasquido. Apretó los dientes. ¿Cuántas veces la habían golpeado las hermanas en su vida? ¿Por hacer lo incorrecto o por

no hacer lo correcto con la suficiente rapidez? ¿Por ser lo suficientemente hermosa como para que eso constituyera un pecado en y por sí mismo? ¿Por tener el pelo rojo de una persona problemática?

Ay, si conocieran su talento. Se estremecía al pensarlo. Pues en ese momento, la hubieran golpeado hasta la muerte.

—¿Me estás ignorando, niña estúpida? —exigió la monja. Golpeó una y otra vez—. ¡Arrodillaos de cara a la pared, todas!

Esa era la peor parte: no importaba para nada que lo hicieras todo bien. Las monjas golpeaban a todas las chicas por los errores de una.

—Se os tiene que recordar —dijo bruscamente la Hermana O'Venn, mientras Sofía oía chillar a una chica— lo que sois. Dónde estáis. —Otra chica gimoteó cuando la correa de cuero le golpeó la carne—. Sois las hijas que nadie quiso. Sois propiedad de la Diosa Enmascarada, quien os dio un hogar por su gracia.

Daba vueltas por la sala y Sofía sabía que ella sería la última. La idea era hacerla sentir culpable del dolor de las demás y darles tiempo a ellas por causarles esto, antes de recibir su castigo.

El castigo que estaba esperando arrodillada.

Cuando podía simplemente marcharse.

Ese pensamiento le venía de forma tan espontánea a Sofía que debía comprobar que no se lo enviaba de algún modo su hermana pequeña, o que no lo cogía de alguna de las otras. Ese era el problema con un talento como el suyo: venía cuando quería, no cuando lo llamaban. Pero parecía que el pensamiento realmente era suyo… y aún más, era cierto.

Era mejor arriesgarse a morir que quedarse aquí un día más.

Por supuesto, si se atrevía a marcharse, el castigo sería peor. Siempre encontraban un modo de hacerlo peor. Sofía había viso chicas morir de hambre durante días por haber robado o haberse resistido, haber sido obligadas a permanecer de rodillas, haberlas golpeado cuando intentaban dormir.

Pero a ella ya no le preocupaba. Algo en su interior había cruzado la línea. El miedo no podía afectarla, porque de todas formas era abrumado por el miedo de lo que sucedería pronto.

Al fin y al cabo, hoy cumplía diecisiete años.

Ahora era lo suficientemente mayor para devolver sus años de

“cuidado” a manos de las hermanas —para ser contratada y vendida como el ganado—. Sofía sabía lo que les pasaba a las huérfanas que alcanzaban la mayoría de edad. Comparado con eso, no había paliza que importara.

De hecho, había estado dándole vueltas en su mente durante semanas. Temiendo este día, su cumpleaños.

Y ahora había llegado.

Para su propia sorpresa, Sofía actuó. Se levantó sin sobresaltos y miró alrededor. La atención de la monja estaba en otra chica, a la que azotaba violentamente, así que solo le costó un momento escabullirse hasta la puerta en silencio. Probablemente, las otras chicas ni se habían dado cuenta, o si lo hicieron, estaban demasiado asustadas para decir algo.

Sofía salió a uno de los pasillos blancos lisos del orfanato, moviéndose sin hacer ruido, para alejarse de la sala de trabajo. Por allí había otras monjas, pero siempre y cuando se moviera con decisión, sería suficiente para evitar que la detuvieran.

¿Qué acababa de hacer?

Sofía continuó andando aturdida por la Casa de los Abandonados, sin apenas poder creer que realmente lo estaba haciendo. Había razones por las que no se molestaban en cerrar con llave las puertas delanteras. La ciudad que había al otro lado de las puertas era un lugar duro —y todavía más duro para aquellos que habían empezado la vida como huérfanos. Ashton tenía los ladrones y matones que cualquier ciudad— pero también albergaba a los cazadores que capturaban a los contratados como esclavos que escapaban y personas libres que la escupirían simplemente por lo que era.

Y después estaba su hermana. Catalina solo tenía quince años. Sofía no quería arrastrarla a algo peor. Catalina era fuerte, más fuerte incluso que ella, pero seguía siendo la hermana pequeña de Sofía.

Sofía deambuló hasta los claustros y el patio donde se mezclaban con los chicos del orfanato de al lado, para intentar averiguar dónde estaría su hermana. No podía irse sin ella.

Ya estaba casi allí cuando oyó chillar a una chica.

Sofía se dirigió hacia el ruido, medio sospechando que su hermana se hubiera metido en otra pelea. Pero cuando llegó al

patio, no encontró a su hermana en medio de la riña de una multitud, sino a otra chica. Esta era incluso más joven, quizás de unos trece años, y la estaban empujando y abofeteando tres chicos que casi eran lo suficientemente mayores para que los vendieran como aprendices o para el ejército.

—¡Parad ya! —chilló Sofía, sorprendiéndose a sí misma tanto como pareció sorprender a los chicos que había allí. Normalmente, la regla era pasar de largo de cualquier cosa que sucediera en el orfanato. Te quedabas quieta y recordabas tu sitio. Sin embargo, ahora ella dio un paso al frente.

—Dejadla en paz.

Los chicos se detuvieron, pero solo para mirarla fijamente.

El más mayor de ellos fijó la mirada en ella con una sonrisa maliciosa.

—Bueno, bueno, chicos —dijo—, parece ser que tenemos a otra que no está donde debería estar.

Tenía rasgos contundentes y el tipo de mirada muerta que solo viene de años en la Casa de los Abandonados.

Dio un paso al frente y, antes de que Sofía pudiera reaccionar, la agarró por el brazo. Ella se dispuso a abofetearlo, pero él era demasiado rápido, y la empujó contra el suelo. Era en momentos como estos que Sofía deseaba tener las habilidades para la lucha de su hermana, la habilidad para reunir una brutalidad inmediata de la que Sofía, a pesar de su astucia, era incapaz.

«De todos modos te van a vender como una puta… también podría aprovechar mi turno».

Sofía se sobresaltó al escuchar sus pensamientos. Daban una sensación casi repulsiva y supo que eran de él. El pánico brotó en ella.

Empezó a pelear, pero él le sujetaba los brazos con facilidad.

Solo había una cosa que podía hacer. Perdió su concentración, apelando a su talento con la esperanza de que esta vez funcionara para ella.

«¡Catalina —envió—, el patio! ¡Ayúdame!»

—¡Con más elegancia, Catalina! —exclamó la monja—. ¡Con mucha más elegancia!

Catalina no tenía mucho tiempo para la elegancia, pero aun así hizo el esfuerzo de verter agua en la copa que sujetaba la hermana.

La Hermana Yvaina la contemplaba sentenciosamente desde debajo de su máscara.

—No, todavía no lo tienes. Y sé que no eres torpe, niña. Te he visto haciendo piruetas en el patio.

Pero no la había castigado por ello, lo que daba a entender que la Hermana Yvaina no era de las peores. Catalina lo intentó de nuevo, con la mano temblorosa.

Se suponía que ella y las otras chicas debían aprender a servir las mesas nobles con elegancia, pero lo cierto era que Catalina no estaba hecha para eso. Era demasiado baja y demasiado musculosa para el tipo de feminidad elegante que las monjas tenían en mente. Existía una razón por la que ella llevaba el pelo corto, cortado como a hachazos. En el mundo ideal, donde ella era libre para escoger, anhelaba ser la aprendiz de un forjador o, quizás, de uno de los grupos de actores que trabajaban en la ciudad —o tal vez incluso la oportunidad de unirse al ejército como hacían los chicos. Esta elegante manera de servir era el tipo de lección de la que su hermana, con su sueño de aristocracia, hubiera disfrutado— pero ella no.

Como si el pensamiento la hubiera llamado, de repente Catalina gritó al oír la voz de su hermana en su mente. Sin embargo, dudó; su talento no siempre era tan fiable.

Pero entonces vino de nuevo y entonces también lo acompañaba el sentimiento que había detrás de él.

«¡Catalina, el patio! ¡Ayúdame!»

Catalina podía notar el miedo.

Se alejó bruscamente de la monja, de manera involuntaria y, al hacerlo, derramó la jarra de agua por el suelo de piedra.

—Lo siento —dijo—. Tengo que irme.

La Hermana Yvaina todavía estaba mirando fijamente al agua.

—¡Catalina, limpia eso enseguida!

Pero Catalina ya estaba corriendo. Probablemente, después le darían una paliza por ello, pero ya le habían dado una paliza antes. No significaba nada. Ayudar a la única persona en el mundo que le importaba sí.

Corría por el orfanato. Conocía el camino, pues había aprendido cada uno de los giros y vueltas de aquel lugar durante años desde que la abandonaron aquí aquella noche horrible. Tarde de noche,

también escapaba de los incesantes ronquidos y del hedor del dormitorio cuando podía, para disfrutar del lugar en la oscuridad cuando era la única que estaba despierta, cuando el único ruido era el tañido de las campanas de la ciudad, y descubría cada recoveco de sus paredes. Tenía la sensación de que un día lo necesitaría.

Y ahora lo necesitaba.

Catalina escuchaba el sonido de su hermana, peleando y pidiendo ayuda. Por instinto, se agachó para entrar en una habitación, agarró un atizador de la chimenea y continuó. Lo que haría con él no lo sabía.

Irrumpió en el patio y el corazón se le cayó al suelo al ver que dos chicos sujetaban a su hermana mientras otro hurgaba torpemente en su vestido.

Catalina sabía exactamente lo que tenía que hacer.

Una furia primaria la abrumó, una rabia que no podía controlar aunque lo quisiera, y Catalina fue a toda prisa hacia delante con un rugido, balanceando el atizador hacia la cabeza del primer chico. Cuando Catalina golpeó, él se giró, así que el golpe no fue tan bueno como ella quería, pero fue suficiente para tumbarlo mientras se cogía con fuerza el lugar donde le había golpeado.

Atacó a otro, alcanzándole la rodilla mientras se ponía de pie y haciéndolo caer. Golpeó al tercero en la barriga, hasta que desfalleció.

Continuó golpeando, pues no quería dar tiempo a los chicos para que se recuperaran. Había estado en muchas peleas durante sus años en el orfanato y sabía que no podía fiarse ni del tamaño ni de la fuerza. La rabia era lo único que la podía ayudar a superarlo. Y, afortunadamente, eso le sobraba.

Golpeó y golpeó hasta que los chicos se retiraron. Puede que los hubieran preparado para unirse al ejército, pero los Hermanos Enmascarados de su bando no les enseñaban a luchar. Eso hubiera hecho que fueran muy difíciles de controlar. Catalina golpeó a uno de los chicos en la cara y, a continuación, se giró para golpear a otro en el hombro con un chasquido de hierro sobre hueso.

—Levántate —le dijo a su hermana, tendiéndole la mano—. ¡Levántate ya!

Su hermana se levantó aturdida, tomando la mano de Catalina como si, por una vez, fuera ella la hermana pequeña.

Catalina salió corriendo y su hermana corrió con ella. Sofía parecía volver en sí mientras corrían, algo de su antigua seguridad parecía volver mientras corrían por los pasillos del orfanato.

Catalina escuchaba gritos tras ellas, de los chicos o de las monjas o de ambos. No le preocupaba. Sabía que no había otra salida para escapar.

—No podemos volver —dijo Sofía—. Tenemos que dejar el orfanato.

Catalina asintió. Algo así no les supondría solo una paliza como castigo. Pero entonces Catalina recordó.

—Entonces, vayámonos —respondió Catalina corriendo—. Pero primero tengo que…

—No —dijo Sofía—. No hay tiempo. Déjalo todo. Lo que debemos hacer es irnos.

Catalina negó con la cabeza. Había algunas cosas que no se podían dejar atrás.

Así que, fue corriendo en dirección al dormitorio, sin soltar el brazo de Sofía para que esta la siguiera.

El dormitorio era un lugar deprimente, con unas camas que eran poco más que unos listones de madera que sobresalían de la pared como estanterías. Catalina no era tan estúpida como para poner nada importante en el pequeño baúl que estaba a los pies de su cama, donde cualquiera podía robarlo. En su lugar, se dirigió hacia una grieta que había entre dos tablas del suelo, agitándolas con los dedos hasta que una se levantó.

—Catalina —Sofía resopló y jadeó, mientras cogía aire—, no hay tiempo.

Catalina negó con la cabeza.

—No lo dejaré aquí.

Sofía tenía que saber lo que había venido a buscar; el único recuerdo que tenía de aquella noche, de su antigua vida.

Finalmente, el dedo de Catalina se agarró al metal y levantó el medallón limpiándolo para que brillara en la tenue luz.

Cuando era niña, estaba segura de que era oro de verdad; una fortuna esperando a ser gastada Cuando se hizo más mayor, había entendido que era una aleación más barata, pero para entonces, ya tenía mucho más valor que el oro para ella de todos modos. La miniatura de dentro, de una mujer que sonreía mientras un hombre

tenía la mano encima de su hombro, era lo más cercano que tenía a un recuerdo de sus padres.

Catalina normalmente no lo llevaba puesto por miedo a que una de las otras niñas, o las monjas, se lo quitaran. Ahora, se lo metió dentro del vestido.

—Vámonos —dijo.

Corrieron hacia la puerta del orfanato, que supuestamente siempre estaba abierta porque la Diosa Enmascarada se había encontrado las puertas cerradas cuando visitó el mundo y había condenado a los que estaban dentro. Catalina y Sofía corrieron por los giros y vueltas de los pasillos, hasta salir al vestíbulo, mirando alrededor por si las perseguían.

Catalina los escuchaba, pero ahora mismo solo había la hermana que normalmente estaba al lado de la puerta: una mujer voluminosa que se movió para bloquearles el camino incluso mientras las dos se acercaban. Catalina se puso colorada al recordar inmediatamente todos los años de palizas que había recibido de sus manos.

—Aquí estáis —dijo en un tono severo—. Vosotras dos habéis sido muy desobedientes y…

Catalina no se detuvo; le golpeó en el estómago con el atizador, lo suficientemente fuerte como para que se doblara de dolor. Ahora mismo, deseaba que fuera una de las elegantes espadas que llevaban los cortesanos, o quizás un hacha. Tal y como estaban las cosas, tuvo que conformarse con aturdir a la mujer el tiempo suficiente para que ella y Sofía pasaran corriendo por delante de ella.

Pero entonces, justo cuando Catalina estaba atravesando las puertas, se detuvo.

—¡Catalina! —chilló Sofía, con pánico en la voz—. ¡Vámonos! ¡¿Qué estás haciendo?!

Pero Catalina no pudo controlarlo. Incluso con los gritos de aquellos que las perseguían de forma implacable. Incluso sabiendo que ponía en peligro la libertad de las dos.

Dio dos pasos hacia delante, levantó el atizador en alto y golpeó a la monja una y otra vez en la espalda.

La monja gruñía y gritaba a cada golpe y cada ruido era música para el oído de Catalina.

—¡Catalina! —suplicó Sofía, al borde de las lágrimas.

Catalina miró fijamente a la monja durante un buen rato,

demasiado rato, pues necesitaba grabar esa imagen de venganza, de justicia, en su mente. Sabía que la sustentaría durante las horribles palizas que podrían venir a continuación.

Entonces dio la vuelta y escapó con su hermana de la Casa de los Abandonados, como dos fugitivas de un barco que se está hundiendo. El hedor, el ruido y el bullicio de la ciudad golpearon a Catalina, pero esta vez no redujo la velocidad.

Cogió la mano de su hermana y corrieron.

Y corrieron.

Y corrieron.

Y, a pesar de todo, respiró profundamente y sonrió ampliamente.

Aunque fuera por poco tiempo, habían encontrado la libertad.

Capítulo dos

Sofía nunca había tenido tanto tiempo, pero a la vez, nunca se había sentido tan viva, o tan libre. Mientras corría por la ciudad con su hermana, escuchó que Catalina gritaba de alegría por la emoción y esto la aliviaba igual que la aterrorizaba. Esto lo hacía demasiado real. Su vida nunca volvería a ser la misma.

—Silencio —insistió Sofía—. Los atraerás hacia nosotras.

—Van a venir de todas formas —respondió su hermana—. También podríamos divertirnos.

Como para dejarlo más claro, esquivó un caballo, cogió una manzana de una carreta y corrió por los adoquines de Ashton.

La ciudad estaba animada con el mercado que venía cada Sexto Día y Sofía miró a su alrededor, sobresaltada por todo lo que veía, oía y olía. De no ser por el mercado, no tendría ni idea de qué día era. En la casa de los Abandonados, estas cosas no importaban, solo los interminables ciclos de oración y trabajo, castigo y aprendizaje por repetición.

«Corre más deprisa» —le envió su hermana.

El ruido de silbidos y gritos de algún lugar por allá atrás la incitó a coger más velocidad. Sofía siguió por un callejón y después siguió con dificultad a Catalina mientras esta subía por un muro. Su hermana, a pesar de su impetuosidad, era demasiado rápida, como un músculo fuerte y sólido esperando a saltar.

Sofía apenas conseguía trepar mientras se oían más silbidos y, cuando ya estaba casi arriba del todo, la fuerte mano de Catalina la estaba esperando, como siempre. Se dio cuenta de que, incluso en esto, eran muy diferentes: la mano de Catalina era áspera, dura y musculosa, mientras que los dedos de Sofía eran largos, finos y delicados.

«Dos lados de la misma moneda», solía decir su madre.

—Han reunido a los vigilantes —exclamó Catalina incrédula,

como si de algún modo eso no fuera jugar limpio.

—¿Qué esperabas? —respondió Sofía—. Estamos escapando antes de que puedan vendernos.

Catalina siguió por unos escalones estrechos de adoquines y, a continuación, hacia un espacio abierto donde se agolpaba la gente. Sofía se obligó a ir más despacio mientras se acercaban al mercado de la ciudad, sujetando a Catalina por el antebrazo para que no corriera.

«Nos camuflaremos más si no corremos» —envió Sofía, sin el suficiente aliento para respirar.

Catalina no parecía convencida, pero aun así fue al ritmo de Sofía.

Caminaban lentamente, rozando al pasar a la gente que se apartaba, reticentes evidentemente a arriesgarse a tener contacto con cualquiera que fuera de tan baja cuna como ellas. Tal vez pensaban que las habían mandado a las dos a algún recado.

Sofía se esforzaba por dar la impresión de que estaba simplemente dando un vistazo mientras utilizaban a la multitud como camuflaje. Miraba alrededor, hacia la torre del reloj que había encima del templo de la Diosa Enmascarada, a los diferentes puestos, a las tiendas con fachada de cristal que había detrás de ellos. En una esquina de la plaza había un grupo de actores, que representaban uno de los cuentos tradicionales vestidos con un elaborado vestuario mientras uno de los censores observaba desde el borde de la multitud que los rodeaba. Había un reclutador del ejército de pie sobre una caja, intentando alistar tropas para la nueva guerra que iba a adueñarse de esta ciudad, una batalla inminente al otro lado del Canal Puñal-Agua.

Sofía vio que su hermana observaba al reclutador y tiró de ella.

«No» —envió Sofía—. «Eso no es para ti».

Catalina estaba a punto de responder cuando, de repente, empezaron de nuevo los gritos detrás de ellas.

Las dos salieron disparadas.

Sofía sabía que ahora nadie las ayudaría. Esto era Ashton, lo que significaba que ella y Catalina eran las que estaban donde no tocaba. Nadie intentaría ayudar a dos fugitivas.

De hecho, cuando alzó la vista, Sofía vio que alguien se dirigía hacia ellas, para cerrarles el paso. Nadie permitiría que dos

huérfanas escaparan de lo que debían, de lo que eran.

Unas manos las agarraron y ahora tenían que pelear por escapar. Sofía dio una bofetada a una mano que tenía sobre el hombro, mientras Catalina golpeaba agresivamente con su atizador robado.

Se abrió un agujero delante de ellas y Sofía vio que su hermana corría hacia una serie de andamios de madera abandonados que había al lado de un muro de piedra, donde los albañiles debían haber estado intentando enderezar una fachada.

«¿Otra vez a escalar?» —envió Sofía.

«No nos seguirán» —replicó su hermana.

Lo que probablemente era cierto, aunque solo fuera porque el hatajo de gente común que las perseguía no arriesgaría de ese modo sus vidas. Sin embargo, a Sofía le daba temor. Pero ahora mismo, no se le ocurrían ideas mejores.

Sus manos temblorosas se agarraron a los listones de madera del andamio y empezó a subir.

En cuestión de segundos, le empezaron a doler los brazos, pero para entonces o continuaba o caía y, incluso de no haber habido adoquines allá abajo, Sofía no quería caer con casi una multitud persiguiéndola.

Catalina ya estaba esperando arriba del todo, todavía sonriendo como si todo eso fuera un juego. Allí estaba su mano de nuevo y tiró de Sofía para que subiera; y de nuevo empezaron a correr —esta vez sobre los tejados.

Catalina siguió por un agujero que llevaba a otro tejado, saltando sobre el techo de paja como si no le preocupara el peligro de atravesarlo. Sofía la siguió, reprimiendo la necesidad de chillar cuando casi resbaló y brincando después con su hermana hacia una sección baja, donde una docena de chimeneas escupían humo de un horno que había debajo.

Catalina intentó correr de nuevo pero Sofía, al darse cuenta de la oportunidad, la agarró y tiró de ella hasta el tejado de paja, escondiéndose entre los montones.

«Espera» —envió.

Ante su asombro, Catalina no protestó. Miró alrededor mientras estaban agachadas en la parte plana del tejado, sin hacer caso del calor que subía de los fuegos de abajo y vio lo escondidas que estaban. El humo nublaba casi todo lo que estaba a su alrededor,

metiéndolas dentro de una niebla que las escondía. Allá arriba parecía una segunda ciudad, con cuerdas para la ropa, banderas y banderines que las cubrían todo lo que podían desear. Si se quedaban quietas, era imposible que alguien las pudiera localizar aquí. Nadie sería tan estúpido tampoco como para arriesgarse a pisar la paja.

Sofía miró alrededor. A su manera, había paz allá arriba. Había lugares en los que las casas estaban tan cerca que los vecinos se tocaban si alargaban los brazos y, más lejos, Sofía vio que vaciaban un orinal en la calle. Nunca había tenido la ocasión de ver la ciudad desde este ángulo, las torres del clero y los fabricantes de licores, los guardianes del reloj y los hombres sabios que sobresalían del resto, el palacio situado dentro de su propio anillo de muros como si fuera un carbúnculo brillante sobre la piel de todo lo demás.

Se encorvó allí con su hermana, rodeando a Catalina con los brazos y esperaron a que los ruidos de la persecución pasaran de largo allá abajo.

Quizás, solo quizás, encontrarían una salida.

Capítulo tres

La mañana se fundió en la tarde antes de que Sofía y Catalina se atrevieran a salir de su escondite. Tal y como Sofía había pensado, nadie había osado trepar hasta los tejados en su busca y, aunque los ruidos de la persecución se habían acercado, nunca lo habían hecho lo suficiente.

Ahora, parecía que se habían desvanecido completamente.

Catalina se asomó y miró hacia abajo, a la ciudad. El bullicio de la mañana había desaparecido, sustituido por un ritmo y una multitud más relajados.

—Tenemos que bajar de aquí —susurró Sofía a su hermana.

Catalina asintió.

—Me muero de hambre.

Sofía lo comprendía. Hacía rato que se habían terminado la manzana robada y el hambre también empezaba a roer en su estómago.

Bajaron hasta la calle y Sofía seguía mirando alrededor mientras lo hacían. Aunque los ruidos de la gente que las perseguía habían desaparecido, una parte de ella estaba convencida de que alguien se les echaría encima en el momento en el que tocaran el suelo.

Caminaban lenta y cuidadosamente por las calles, intentando ocultarse todo lo que podían. Pero era imposible evitar a la gente en Ashton, simplemente porque había demasiada. Las monjas no se habían molestado en enseñarles el aspecto del mundo, pero Sofía había oído hablar de que había ciudades más grandes más allá de los Estados Mercantes.

Ahora mismo, costaba creerlo. Había gente allá donde mirara, aunque la mayoría de la población de la ciudad ahora mismo debía estar dentro, trabajando duro. Había niños jugando en la calle, mujeres que iban y venían de los mercados y de las tiendas, obreros que llevaban herramientas y escaleras. Había tabernas y teatros,

tiendas que vendían café de las tierras recientemente descubiertas más allá del Océano Espejo, bares en los que a la gente parecía interesarle casi tanto hablar como comer. Apenas podía creer que veía gente riendo, felices, tan despreocupados, pasando el tiempo ociosos y disfrutando. Apenas podía creer que un mundo así pudiera incluso existir. Era un contraste impactante con el silencio y la obediencia obligatoria del orfanato.

«Hay mucho» —envió Sofía a su hermana, observando los puestos de comida que había por todas partes, sintiendo cómo crecía su dolor de estómago a cada olor que pasaban.

Catalina dio una mirada a su alrededor. Escogió uno de los bares y avanzó hacia él con cuidado, mientras la gente que había fuera se reían de un aspirante a filósofo que intentaba argumentar cuánto del mundo era realmente posible conocer.

—Te sería más fácil si estuvieras borracho —interrumpió uno de ellos.

Otro se giró hacia Sofía y Catalina mientras estas se acercaban. Se podía palpar la hostilidad.

—Aquí no queremos a los de vuestra clase —se burló—. ¡Fuera!

Esta pura rabia era más de lo que Sofía había esperado. Aun así, volvió arrastrando los pies hasta la calle, tirando de Catalina para que su hermana no hiciera nada de lo que se pudieran arrepentir. Puede que se le hubiera caído el atizador en algún lugar mientras escapaban de la multitud, pero sin duda su mirada decía que quería darle golpes a algo.

Entonces no les quedó elección: tendrían que robar su comida. Sofía había tenido esperanzas de que alguien pudiera mostrarles caridad. Pero ella sabía que el mundo no funcionaba así.

Ambas se dieron cuenta de que era el momento de usar sus talentos, asintiendo la una a la otra en silencio y a la vez. Se colocaron una a cada lado de un callejón y ambas observaban y esperaban mientras una panadera trabajaba. Sofía esperó hasta que la panadera pudo leer sus pensamientos y, entonces, le dijo lo que quería escuchar.

«Oh, no» —pensó la panadera—. «¿Cómo los pude olvidar dentro?»

Apenas la panadera hubo tenido este pensamiento Sofía y Catalina se pusieron enseguida en acción, corriendo a toda prisa en

el segundo en que la mujer les dio la espalda para entrar a por los bollos. Se movieron con rapidez, cada una agarró una brazada de pasteles, los suficientes como para llenar sus barrigas hasta casi explotar.

Las dos se agacharon detrás de un callejón y comieron vorazmente. Pronto, Sofía sintió que tenía la barriga llena, una sensación extraña y agradable, y una que jamás había tenido. La Casa de los Abandonados no creía en alimentar a sus cargas más que un mínimo esencial.

Ahora se reía mientras Catalina intentaba meterse un pastel entero en la boca.

«¿Qué pasa?» requirió su hermana.

«Solo que me gusta verte feliz» respondió Sofía.

No estaba segura de cuánto duraría esa felicidad. Estaba alerta a cada paso por si pudiera haber cazadores tras ellas. El orfanato no querría esforzarse más de lo que valían sus contratos en recuperarlas, pero ¿quién sabía cuando se trataba de las ansias de venganza de las monjas? Como poco, debían mantenerse alejadas de los centinelas y no solo porque hubieran escapado.

Al fin y al cabo, en Ashton colgaban a los ladrones.

«Tenemos que dejar de parecer huérfanas que se han escapado o nunca podremos caminar por la ciudad sin que la gente se nos quede mirando e intenten atraparnos».

Sofía miró a su hermana, sorprendida por el pensamiento.

«¿Quieres robar ropa?» —respondió Sofía.

Catalina asintió.

Aquel pensamiento añadió un poco más de miedo, pero Sofía sabía que su hermana, siempre práctica, tenía razón.

Las dos se levantaron a la vez, guardándose los pasteles que sobraban en la cintura. Sofía estaba mirando alrededor en busca de ropa, cuando notó que Catalina le tocaba el brazo. Siguió su mirada y lo vio: un tendedero, encima de un tejado. Nadie lo vigilaba.

«Por supuesto que no» —se dio cuenta con alivio. A fin de cuentas, ¿quién vigilaría un tendedero?

Aun así, Sofía notaba cómo el corazón palpitaba mientras trepaban a otro tejado. Las dos se detuvieron, miraron alrededor y, a continuación, recogieron la cuerda del mismo modo que un pescador podría haber recogido una cuerda de pescar.

Sofía robó un vestido de lana verde, junto con unas enaguas color crema que probablemente era lo que podría llevar puesto la esposa de un granjero, pero aun así era extremadamente valioso para ella. Para su sorpresa, su hermana escogió una camiseta, unos calzones y una camisola, lo que le daba más aspecto de chico de pelo pincho que de la chica que era.

—Catalina —se quejó Sofía—. ¡No puedes corretear por ahí con ese aspecto!

Catalina encogió los hombros.

—Se supone que ninguna de las dos debe tener este aspecto. ¿Por qué no puedo ir cómoda?

En parte era cierto. Las leyes suntuarias acerca de lo que podía o no podía llevar cada grado de la sociedad eran claras, los abandonados y los contratados como esclavos. Allí estaban ellas, quebrantando otra ley, abandonando sus harapos, lo único que se les permitía llevar puesto y vistiendo por encima de sus posibilidades.

—De acuerdo —dijo Sofía—. No voy a discutir. Además, tal vez esto confundirá a cualquiera que esté buscando a dos chicas —dijo riendo.

—Yo no parezco un chico —dijo bruscamente Catalina con evidente indignación.

Sofía sonrió al escuchar eso. Rescataron sus pasteles, los metieron en sus nuevos bolsillos y, juntas, se fueron.

Era más difícil sonreír ante la siguiente parte; quedaban muchas cosas por hacer si realmente querían sobrevivir. Para empezar, tenían que encontrar refugio y, a continuación, calcular qué iban a hacer, dónde iban a ir.

«Una cosa a la vez» —se recordó a sí misma.

Salieron de nuevo hacia las calles y, esta vez, era Sofía la que marcaba el camino, intentando encontrar una ruta a través de la zona más pobre de la ciudad, que para su gusto todavía estaba demasiado cerca del orfanato.

Vio una serie de casas quemadas más adelante, que evidentemente no se habían recuperado de uno de los incendios que a veces se propagaban por la ciudad cuando el río estaba bajo. Sería un lugar peligroso en el que descansar.

Aun así, Sofía se dirigió hacia ellas.

Catalina le lanzó una mirada de asombro, escéptica.

Sofía encogió los hombros.

«Peligroso es mejor que nada en absoluto» —envió.

Se acercaron con cautela y, justo cuando Sofía sacó la cabeza por la esquina, se sobresaltó cuando dos tipos salieron de entre los escombros. Aparecieron tan sucios por el hollín de estar entre los restos carbonizados que, por un instante, Sofía pensó que habían estado en el incendio.

—¡Fuera! ¡Dejad en paz nuestro trozo!

Uno de ellos fue corriendo hacia Sofía y esta chilló al dar un paso atrás involuntariamente. Parecía que Catalina podía ponerse a pelear, pero entonces el otro tipo sacó un puñal que brillaba mucho más que cualquier cosa que hubiera allí.

—¡Esto nos pertenece! ¡Buscad vuestra propia ruina u os desangraré!

Entonces las hermanas se pusieron a correr, poniendo toda la distancia que pudieron entre ellas y la casa. A cada paso, Sofía estaba segura de que podía oír los pasos de matones armados con cuchillos, o de los vigilantes o de las monjas, por algún lugar detrás de ellas.

Anduvieron hasta que les dolieron las piernas y la tarde se hizo demasiado oscura. Por lo menos, les consolaba que a cada paso estaban un paso más lejos del orfanato.

Finalmente, se acercaron a una parte de la ciudad que era algo mejor. Por alguna razón, a Catalina se le iluminó la cara al verlo.

—¿Qué pasa? —preguntó Sofía.

—La biblioteca del centavo —respondió su hermana—. Nos podemos meter allí dentro. A veces me escapo, cuando las monjas nos mandan a hacer recados y el bibliotecario me deja entrar aunque no tenga el centavo para pagarle.

Sofía no tenía muchas esperanzas de encontrar ayuda allí, pero lo cierto era que ella no tenía ideas mejores. Dejó que Catalina la guiara y se dirigieron a un lugar concurrido, donde los prestamistas se mezclaban con los abogados e incluso había unos cuantos carruajes mezclados con caballos y transeúntes normales.

La biblioteca era uno de los edificios más grandes de allí. Sofía conocía la historia: uno de los nobles de la ciudad había decidido educar a los pobres y dejó parte de su fortuna para construir el tipo

de biblioteca que la mayoría simplemente mantenía guardada bajo llave en sus casas de campo. Evidentemente, el hecho de cobrar un centavo todavía quería decir que los más pobres no podían visitarla. Sofía nunca había tenido un centavo. Las monjas no veían ninguna razón por la que dar dinero a las que estaban a su cargo.

Ella y Catalina se acercaron a la entrada y vio a un hombre de edad avanzada allí sentado, de aspecto tierno vestido con ropa un poco gastada que, evidentemente, era tanto el guardia como el bibliotecario. Para sorpresa de Sofía, sonrió mientras ellas se acercaban. Sofía nunca había visto a nadie feliz por ver a su hermana.

—La joven Catalina —dijo—. Hacía tiempo que no venías por aquí. Y has traído una amiga. Pasad, pasad. No me interpondré en el conocimiento. Puede que el hijo del Conde Varrish pusiera un centavo como impuesto al conocimiento, pero el viejo conde nunca creyó en ello.

Parecía sincero, pero Catalina ya estaba negando con la cabeza.

—Eso no es lo que necesitamos, Godofredo —dijo Catalina—. Mi hermana y yo… nos escapamos del orfanato.

Sofía notó la conmoción en el rostro del anciano.

—No —dijo—. No, podéis hacer una estupidez así.

—Ya está hecho —dijo Sofía.

—Entonces no podéis estar aquí —insistió Godofredo—. Si viene el guardia y os encuentra aquí conmigo, podría suponer que yo tengo algo que ver con esto.

Sofía se hubiera ido en aquel momento, pero parecía que Catalina todavía lo quería intentar.

—Por favor, Godofredo —dijo Catalina—. Yo necesito…

—Tenéis que regresar —dijo Godofredo—. Suplicar el perdón. Me da pena vuestra situación, pero esta es la situación que el destino os ha dado. Volved antes de que os atrape el guardia. No puedo ayudaros. Incluso me podrían dar una paliza por no avisar al guardia de que os había visto. Esa es toda la caridad que os puedo ofrecer.

Su voz era dura y, aun así, Sofía veía la caridad en sus ojos y que le dolía decir esas palabras. Casi como si estuviera luchando contra él mismo, como si estuviera simulando un espectáculo para hacer entender su posición.

Aun así, Catalina parecía destrozada. Sofía odiaba ver así a su hermana.

Sofía se la llevó de la biblioteca.

Mientras caminaban, Catalina, con la cabeza baja, por fin habló.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

Lo cierto era que Sofía no tenía una respuesta.

Continuaron caminando, pero a estas alturas ya estaba agotada de tanto andar. También estaba empezando a llover, de aquel modo constante que insinuaba que no pararía pronto. En pocos lugares llovía como lo hacía en Ashton.

Sofía se dirigió hacia las calles inclinadas y adoquinadas que bajaban hasta el río y que atravesaban la ciudad. Sofía no estaba segura de lo que esperaba encontrar allí, entre las barcazas y las chalanas de fondo plano. Dudaba de si los trabajadores del muelle y las putas les podrían ser de alguna ayuda y esas parecían ser las cosas que esta parte de la ciudad albergaba. Pero, por lo menos, era un destino. Si no había nada más, podían encontrar un lugar en el que esconderse junto a su orilla, observar cómo los barcos navegaban tranquilamente y soñar con otros lugares.

Finalmente, Sofía divisó un volado poco profundo cerca de uno de los muchos puentes de la ciudad. Se acercó. El hedor le hizo tambalearse, al igual que a Catalina, y la infestación de ratas. Pero su cansancio hacía que incluso el trozo de refugio más cutre pareciera un palacio. Tenían que huir de la lluvia. Tenían que huir de ser vistas. Y, ahora mismo, ¿qué más había? Tenían que encontrar un lugar donde nadie más, ni tan solo los vagabundos, se atrevieran a ir. Y era este.

—¿Aquí? —preguntó Catalina con repulsión—. ¿No podríamos volver a la chimenea?

Sofía negó con la cabeza. Dudaba de si serían capaces de encontrarla otra vez e, incluso si pudiesen, sería donde cualquier cazador empezaría a buscar. Este era el mejor lugar que iban a encontrar antes de que empeorara la lluvia y antes de que anocheciera.

Se tranquilizó e intentó esconder sus lágrimas por el bien de su hermana.

Poco a poco, a regañadientes, Catalina se sentó a su lado, se agarró con los brazos las rodillas y se meció a sí misma, como para

dejar fuera la crueldad y el salvajismo y la desesperanza del mundo.

Capítulo cuatro

En los sueños de Catalina, sus padres todavía estaban vivos y ella estaba feliz. Siempre que soñaba, parecía que estuvieran allí, aunque las caras no fueran tanto recuerdos como invenciones, con solo el medallón como guía. Catalina no era lo suficientemente mayor cuando todo cambió.

Estaba en una casa en algún lugar del campo, donde se disfrutaba de la vista de huertos de árboles frutales y campos desde las ventanas de vidrio emplomado. Catalina soñaba con el calor del sol sobre su piel, la suave brisa que movía en ondas las hojas allá fuera.

La siguiente parte nunca parecía tener sentido. No conocía lo suficiente los detalles, o no los recordaba bien. Intentaba forzar el sueño para que le diera la historia completa de lo que había sucedido, pero, en cambio, solo le daba fragmentos:

Una ventana abierta, con estrellas fuera. La mano de su hermana, la voz de Sofía en su cabeza, diciéndole que se escondiera. Buscando a sus padres a través del laberinto de la casa.

Escondiéndose por la casa a oscuras. Escuchando los ruidos de alguien que se movía por allí. Más allá había luz, aunque fuera era de noche. Sentía que estaba cerca, a punto de descubrir lo que finalmente les sucedió a sus padres aquella noche. La luz de la ventana empezó a brillar más, y más, y…

—Despierta —dijo Sofía, sacudiéndola—. Estás soñando, Catalina.

Catalina parpadeó hasta abrir los ojos con resentimiento. Los sueños siempre eran mucho mejor que el mundo en el que vivía.

Entrecerró los ojos por la luz. Increíblemente, había llegado la mañana. El primer día de su vida durmiendo una noche entera fuera del hedor y los gritos de las paredes del orfanato, la primera mañana de su vida que despertaba en otro, en cualquier otro, lugar.

Incluso en un lugar frío y húmedo como este, estaba eufórica.

No solo notó la diferencia de la debilitada luz de la tarde; era el modo en que el río que tenían enfrente había cobrado vida con las barcazas y las barcas que se apresuraban por hacer toda la distancia que podían río arriba. Algunas se movían con pequeñas velas, otras con mástiles que las empujaban o caballos que las arrastraban desde el lado del río.

A su alrededor, Catalina oía que el resto de la ciudad despertaba. Las campanas del templo estaban tocando la hora, mientras entremedio, oía el parloteo de toda la ciudad en la que su gente se dirigía a trabajar o salía de viaje. Hoy era el Día Primero, un buen día para empezar cosas. Quizás eso también significaría buena suerte para ella y Sofía.

—Sigo teniendo el mismo sueño —dijo Catalina—. Continúo soñando con… con aquella noche.

Siempre parecían frenar en seco antes de llamarla más que eso. Era extraño que, cuando probablemente podían comunicarse más directamente que nadie más en la ciudad, ella y Sofía todavía dudaran al hablar de esta cosa.

El rostro de Sofía se ensombreció y Catalina inmediatamente se sintió culpable por ello.

—Yo a veces también sueño con esto —confesó Sofía con tristeza.

Catalina se giró hacia ella, con atención. Su hermana tenía que saberlo. Era mayor, debería haber visto más.

—Tú sí que sabes lo que sucedió, ¿verdad? —preguntó Catalina —. Tú sabes lo que sucedió con nuestros padres.

Era más una afirmación que una pregunta.

Catalina examinó la cara de su hermana en busca de respuestas y lo vio, tan solo un destello, algo que estaba escondiendo.

Sofía negó con la cabeza.

—Hay cosas en las que es mejor no pensar. Tenemos que concentrarnos en lo que suceda a continuación, no en el pasado.

No era exactamente una respuesta satisfactoria, pero era más de lo que Catalina esperaba. Sofía no hablaba de lo que sucedió la noche en que sus padres marcharon. Nunca quería hablar de ello, e incluso Catalina tenía que reconocer que tenía sentimientos de inquietud cada vez que pensaba en ello. Además, en la Casa de los

Abandonados, no les gustaba que los huérfanos intentaran hablar del pasado. Decían que era ingrato y era simplemente una cosa más digna de castigo.

Catalina se sacó una rata del pie de una patada y se incorporó un poco más, mirando a su alrededor.

—No podemos quedarnos donde estamos —dijo.

Sofía asintió.

—Moriremos si nos quedamos aquí en las calles.

Ese era un pensamiento duro, pero probablemente también era cierto. Había muchas maneras de morir en las calles de esta ciudad. El frío y el hambre eran solo el principio de la lista. Con las bandas callejeras, la vigilancia, la enfermedad, y todos los otros peligros que había aquí, incluso el orfanato empezaba a parecer seguro.

Y no era que Catalina fuera a volver jamás. Antes lo quemaría por completo que volver a atravesar sus puertas. Tal vez algún día lo quemaría por completo de todos modos. Sonrió al pensar en ello.

Al sentir dolor por el hambre, Catalina sacó su último pastel y empezó a devorarlo. Entonces se acordó de su hermana. Arrancó la mitad y se la dio.

Sofía la miró con ilusión, pero con culpa.

—No pasa nada —mintió Catalina—. Tengo otro en mi vestido.

Sofía lo cogió a regañadientes. Catalina percibió que su hermana sabía que estaba mintiendo, pero tenía demasiada hambre para negarlo. Pero su conexión era tan cercana, que Catalina sentía el hambre de su hermana y Catalina nunca se permitiría ser feliz si no lo era su hermana.

Finalmente, las dos salieron lentamente de su escondite.

—Bueno, hermana mayor —preguntó Catalina—, ¿alguna idea?

Sofía suspiró con tristeza y negó con la cabeza.

—Bueno, estoy muerta de hambre —dijo Catalina—. Será mejor pensar con la barriga llena.

Sofía asintió para demostrar que estaba de acuerdo, y las dos se dirigieron hacia las calles principales.

Pronto encontraron un objetivo —otro panadero— y robaron el desayuno del mismo modo que habían robado su última comida. Mientras estaban escondidas en un callejón y se atiborraban, era tentador pensar que podrían vivir así el resto de sus vidas, usando el talento que compartían para coger lo que necesitaban cuando

nadie las veía. Pero Catalina sabía que esto no podía funcionar así. Nada bueno duraba para siempre.

Catalina echó un vistazo al bullicio de la ciudad que había ante ella. Era abrumadora. Y parecía que sus calles no acababan nunca.

—Si no podemos quedarnos en la calle —dijo—, ¿qué hacemos? ¿A dónde vamos?

Sofía dudó por un momento, parecía estar tan insegura como lo estaba Catalina.

—No lo sé —confesó.

—Bueno, ¿y qué es lo que podemos hacer? —preguntó Catalina.

La lista no parecía ser tan larga como debería haber sido. Lo cierto era que los huérfanos, como eran ellas, no tenían opciones en sus vidas. Se preparaban para vidas en las que serían contratados como aprendices o sirvientas, soldados o algo peor. No existía una esperanza real de que alguna vez fueran libres, pues incluso aquellos que verdaderamente estuvieran buscando un aprendiz solo pagarían una miseria; ni tan solo lo suficiente para saldar su deuda.

Y la verdad es que Catalina tenía poca paciencia para coser y para cocinar, para la etiqueta y para la mercería.

—Podríamos encontrar algún comerciante e intentar aprender por nosotros mismas —sugirió Catalina.

Sofía negó con la cabeza.

—Incluso aunque encontráramos a uno dispuesto a hacerse cargo de nosotras, querrían saber de nuestras familias de antemano. Cuando no pudiéramos mostrar a un padre que nos avalara, sabrían lo que éramos.

Catalina tuvo que admitir que su hermana tenía razón.

—Bien, en ese caso, podríamos enrolarnos como tripulación en una barcaza y ver el resto del país.

Incluso mientras lo decía, sabía que probablemente era tan absurda como su primera idea. El capitán de una barcaza también haría preguntas y, probablemente, los perseguidores de huérfanos fugados vigilarían en las barcazas en busca de los que estuvieran intentando escapar. Definitivamente, no podían confiar en nadie más para que las ayudara, no después de lo que había sucedido en la biblioteca, con el único hombre de esta ciudad que ella había considerado un amigo.

Qué ingenua y estúpida había sido.

Sofía también parecía ver la magnitud de a lo que se enfrentaban. Apartó la vista con un gesto melancólico en la cara.

—Si pudieras hacer cualquier cosa —preguntó Sofía— si pudieras ir a cualquier sitio, ¿a dónde irías?

Catalina no había pensado en ello en esos términos.

—No lo sé —dijo—. Quiero decir, nunca pensé en más allá que pasar el día.

Sofía se quedó en silencio durante un buen rato. Catalina podía sentir que estaba pensando.

Finalmente, Sofía habló.

—Si intentamos hacer cualquier cosa normal, van a haber tantos obstáculos como si apuntamos a las cosas más grandes del mundo. Tal vez incluso más, pues la gente espera de nosotros que nos conformemos con menos. Así qué, ¿qué quieres, más que cualquier otra cosa?

Catalina pensó en ello.

—Quiero encontrar a nuestros padres —dijo Catalina, dándose cuenta de lo que había dicho mientras hablaba.

Sintió la ráfaga de dolor que recorrió a Sofía tras aquellas palabras.

—Nuestros padres están muertos —dijo Sofía. Parecía tan segura que Catalina deseaba preguntarle de nuevo qué había sucedido todos aquellos años atrás—. Lo siento, Catalina. No me refería a eso.

Catalina suspiró amargamente.

—Quiero que nadie vuelva a controlar lo que hago —dijo Catalina, escogiendo aquello que quería casi tanto como el regreso de sus padres—. Quiero ser libre, realmente libre.

—Yo también quiero eso —dijo Sofía—. Pero hay muy poca gente realmente libre en esta ciudad. En realidad, los únicos están…

Miró hacia el otro lado de la ciudad y, siguiéndole la mirada, Catalina vio que estaba mirando hacia el palacio, con su mármol reluciente y sus adornos dorados.

Catalina podía sentir lo que estaba pensando.

—No creo que ser una sirvienta en palacio te hiciera libre —dijo Catalina.

—No estaba pensando en ser una sirvienta —dijo bruscamente Sofía—. Y si… ¿y si simplemente pudiéramos entrar allí y ser uno

de ellos? ¿Y si pudiéramos convencerlos de que lo éramos? ¿Y si pudiéramos casarnos con un hombre rico, tener contactos en la corte?

Catalina no rio, pero solo porque vio lo en serio que su hermana se tomaba aquella idea. Si pudiera tener cualquier cosa en el mundo, lo último que querría Catalina sería entrar en palacio y convertirse en una gran dama, para casarse con un hombre que le dijera lo que tenía que hacer.

—No quiero que mi libertad dependa de nadie más —dijo Catalina—. El mundo nos ha enseñado una cosa y solo una cosa: tenemos que depender de nosotras mismas. Solo de nosotras mismas. De ese modo, podemos controlar todo lo que nos suceda. Y no tenemos que confiar en nadie. Tenemos que aprender a cuidar de nosotras. A mantenernos. A vivir de la tierra. A aprender a cazar. A cultivar. Cualquier cosa en la que no tengamos que confiar en nadie más. Y tenemos que reunir grandes armas y convertirnos en grandes luchadoras, así si alguien viene a llevarse lo que es nuestro, podemos matarlo.

Y, de repente, Catalina se dio cuenta.

—Debemos marchar de esta ciudad —instó a su hermana—. Está llena de peligros para nosotras. Tenemos que vivir lejos de la ciudad, en el campo, donde vive poca gente y donde nadie podrá hacernos daño.

Cuanto más hablaba sobre ello, más se daba cuenta de que era lo correcto. Era su sueño. Ahora mismo, Catalina no quería otra cosa más que correr hacia las puertas de la ciudad, salir a los espacios que había detrás.

—Y cuando aprendamos a luchar —añadió Catalina—, cuando seamos más grandes y más fuertes y tengamos las mejores espadas, ballestas y puñales, volveremos aquí y mataremos a todos los que nos hicieron daño en el orfanato.

Sintió las manos de Sofía sobre su hombro.

—No puedes hablar así, Catalina. No puedes hablar de matar a gente como si no fuera nada.

—No es nada —soltó Catalina—. Es justo lo que merecen.

Sofía negó con la cabeza.

—Eso es primitivo —dijo Sofía—. Existen mejores maneras de sobrevivir. Y mejores maneras de vengarse. Además, yo no quiero

simplemente sobrevivir, como un campesino en el bosque. ¿Cuál es el sentido de la vida entonces? Yo lo que quiero es vivir.

Catalina no estaba segura de ello, pero no dijo nada.

Continuaron caminando en silencio un poco más y Catalina imaginó que Sofía estaba tan atrapada en su sueño como lo estaba ella. Caminaban por calles llenas de personas que parecían saber lo que estaban haciendo con sus vidas, que parecían estar llenas de propósito y, para Catalina, era injusto que fuera tan sencillo para ellas. Aunque, por otro lado, tal vez no lo era. Tal vez, tenían tan poca elección como ella y Sofía hubieran tenido si se hubiesen quedado en el orfanato.

Más adelante, la ciudad se extendía detrás de unas puertas que probablemente habían estado allí durante centenares de años. Ahora el espacio que había más allá estaba lleno de casas, oprimidas contra los muros de una forma que, probablemente, las hacía inútiles. Sin embargo, más allá había un amplio espacio abierto donde varios granjeros estaban llevando su ganado de camino al matadero, ovejas y gansos, patos e incluso unas cuantas vacas. También había carros con bienes, esperando a llegar a la ciudad.

Y más allá de eso, el horizonte estaba lleno de bosques. Bosques a los que Catalina ansiaba escapar.

Catalina vio el carruaje antes de que lo hiciera Sofía. Se abría camino a través de los carros que esperaban, sus ocupantes evidentemente daban por sentado que ellos tenían el derecho formal de ser los primeros en entrar a la ciudad. Tal vez era así. El carruaje estaba cubierto de oro y grabado, con un escudo familiar en el lateral que probablemente hubiera entendido si las monjas hubiesen pensado que valía la pena enseñar estas cosas. Las cortinas de seda estaban cerradas, pero Catalina vio que una se abría de una sacudida, dejando al descubierto a una mujer que miraba hacia fuera desde dentro bajo una elaborada máscara de cabeza de pájaro.

Catalina sentía que estaba llena de envidia y aversión. ¿Cómo podían vivir tan bien unos cuantos?

—Míralos —dijo Catalina—. Probablemente, van camino de un baile o una mascarada. Seguramente, nunca en su vida han tenido que preocuparse por tener hambre.

—No, no lo han hecho —le dio la razón Sofía. Pero parecía

pensativa, incluso llena de admiración.

Entonces Catalina se dio cuenta de lo que estaba pensando su hermana. Se dirigió a ella, horrorizada.

—No podemos seguirlos —dijo Catalina.

—¿Por qué no? —replicó su hermana—. ¿Por qué no intentar conseguir lo que queremos?

Catalina no tenía una respuesta para ella. No quería decirle a Sofía que no funcionaría. No podía funcionar. Que así no era como estaba montado el mundo. Tan solo con echarles una mirada, sabrían que eran huérfanas, sabrían que eran campesinas. ¿Cómo podían ni incluso tener esperanzas de integrarse en un mundo como ese?

Sofía era la hermana mayor; se suponía que ya sabía todo esto.

Además, en aquel instante, la mirada de Catalina se posó en algo que era igual de tentador para ella. Había unos hombres formando cerca del lateral de la plaza, que vestían los colores de una de las compañías mercenarias a las que les gustaba aventurarse en las guerras del otro lado del mar. Tenían armas, dispuestas en carretas, y caballos. Incluso unos cuantos estaban librando un torneo de esgrima improvisado con espadas de acero desafiladas.

Catalina observó las armas, y vio lo que necesitaba: montones de acero. Puñales, espadas, ballestas, trampas para cazar. Incluso con unas cuantas de estas cosas, podía aprender a cazar con trampas y a vivir de la tierra.

—No lo hagas —dijo Sofía, observando su mirada y poniéndole una mano sobre el brazo.

Catalina se la sacó de encima, aunque cuidadosamente.

—Ven conmigo —dijo Catalina, decidida.

Vio que su hermana negaba con la cabeza.

—Sabes que no puedo. Eso no es para mí. Yo no soy así. No es lo que quiero, Catalina.

E intentar mezclarse con un grupo de nobles no era lo que quería Catalina.

Podía sentir la seguridad de su hermana, podía sentir la suya propia, y tuvo una sensación repentina de a dónde llevaba esto. Al entenderlo, le escocieron los ojos. Rodeó con los brazos a su hermana, a la vez que su hermana la abrazaba.

—No quiero dejarte —dijo Catalina.

—Yo tampoco quiero dejarte —respondió Sofía— pero, tal vez, tenemos que intentar cada una nuestro propio camino, aunque sea por poco tiempo. Tú eres tan terca como yo, y cada una tenemos nuestro propio sueño. Yo estoy segura de que puedo conseguirlo y de que, después, puedo ayudarte.

Catalina sonrió.

—Y yo estoy convencida de que yo puedo conseguirlo y de que, después, puedo ayudarte.

Ahora Catalina vio que su hermana también tenía lágrimas en los ojos, pero más que eso, podía notar su tristeza a través de la conexión que compartían.

—Tienes razón —dijo Sofía—. Tú no encajarías en la corte y yo no me adaptaría a estar en la naturaleza, o aprendiendo a luchar. Así que, tal vez, debemos hacerlo por separado. Tal vez nuestras mejores oportunidades de supervivencia están en separarnos. Por lo menos, si atrapan a una de nosotras, la otra puede venir a rescatarla.

Catalina quería decirle a Sofía que se equivocaba, pero lo cierto era que todo lo que estaba diciendo tenía sentido.

—Después te encontraré —dijo Catalina—. Aprenderé a luchar y a vivir en el campo, y te encontraré. Ya lo verás, y te reunirás conmigo.

—Y yo te encontraré a ti cuando haya triunfado en la corte —replicó Sofía con una sonrisa—. Tú te reunirás conmigo en palacio, te casarás con un príncipe y gobernarás esta ciudad.

Las dos hicieron una gran sonrisa, mientras las lágrimas caían por sus mejillas.

«Pero nunca estarás sola» —añadió Sofía, mientras las palabras sonaban en la mente de Catalina—. «Yo siempre estaré tan cerca como el pensamiento».

Catalina ya no podía soportar más la tristeza y sabía que debía actuar antes de que cambiara de opinión.

Así que abrazó a su hermana por última vez, se soltó y fue corriendo en dirección a las armas.

Era el momento de arriesgarlo todo.

Capítulo cinco

Sofía notaba que la determinación ardía en su interior cuando puso rumbo hacia el otro lado de Ashton, en dirección a la zona amurallada donde yacía el palacio. Iba a toda prisa por las calles, esquivando caballos y, de vez en cuando, saltando a la parte de atrás de los carros cuando parecía que iban en la dirección correcta.

Incluso así, le llevó tiempo cruzar aquella expansión, moviéndose a través de las Vueltas, el Barrio Comerciante, la Colina Enredada y los otros distritos uno a uno. Eran tas extraños y estaban tan llenos de vida tras su tiempo en la Casa de los Abandonados, que Sofía deseaba tener más tiempo para explorarlos. Se quedó mirando un gran teatro circular desde fuera, deseando que hubiera el tiempo suficiente para entrar.

Pero no lo había, porque si esta noche se perdía el baile de máscaras, no estaba segura de cómo iba a encontrar el lugar que quería en la corte. También sabía que los bailes de máscaras no sucedían muy a menudo, y que le ofrecería la mejor oportunidad para colarse.

Mientras avanzaba, estaba preocupada por Catalina. El simple hecho de caminar en direcciones contrarias se hacía extraño, después de tanto tiempo. Pero lo cierto era que querían hacer cosas diferentes con sus vidas. Sofía la encontraría, cuando esto hubiera acabado. Cuando tuviera una vida establecida entre los nobles de Ashton, encontraría a Catalina y lo arreglaría todo.

Más adelante, estaban las puertas de la zona amurallada que guardaba el palacio. Como Sofía había imaginado, estaban abiertas de par en par para la noche y, tras ellas, se veían unos elegantes jardines dispuestos en pulcras hileras de setos y rosas. Había grandes extensiones de hierba, cortada más corta de lo que podría estar cualquier campo de granjero y que, en sí, parecía una señal de lujo cuando cualquiera de la ciudad que tuviera un trozo de tierra al

lado de su casa tenía que usarlo para cultivar comida.

Había faroles colocados cada pocos pasos dentro de los jardines. Todavía no estaban encendidos, pero por la noche convertirían todo aquel lugar en una ola de luz brillante, permitiendo que la gente baile en los jardines con la misma facilidad que en una de las grandes salas de palacio.

Sofía veía que la gente se dirigía al interior, uno tras otro. Había un sirviente con un uniforme dorado de gala al lado de la puerta, junto a dos guardias vestidos del azul más brillante, con los mosquetones cargados al hombro para una demostración de desfile a pie de calle perfecta mientras los nobles y sus sirvientes les pasaban tranquilamente por delante.

Sofía fue a toda prisa hacia la puerta. Tenía la esperanza de poder perderse en medio de la multitud de los que entraban, pero para cuando llegó allí, estaba sola. Esto significaba que el sirviente que estaba allí pudo prestarle toda la atención. Era un hombre mayor con una peluca empolvada que se le rizaba en la nuca. Miró a Sofía con algo muy cercano al menosprecio.

—¿Y tú qué es lo que quieres? —preguntó, en un tono tan pícaro que podría haber sido el de un actor haciendo el papel de noble, más que el de su mero sirviente.

—Estoy aquí por el baile —dijo Sofía. Sabía que nunca podría pasar por noble, pero todavía había cosas que podía hacer—. Soy la sirvienta de…

—No te avergüences a ti misma —replicó el sirviente—. Sé perfectamente a quién debo dejar entrar y ninguno de ellos se molestaría en ir acompañado de una sirvienta como tú. No dejamos entrar a las prostitutas del muelle. No es una de esas fiestas.

—No sé de qué me habla —intentó Sofía, pero la cara enfurruñada que recibió le dijo que no estaba ni cerca de funcionar.

—Entonces permíteme que me explique —dijo el sirviente que estaba en la puerta. Parecía estar disfrutando—. Parece que tu vestido haya sido cortado del de una pescadera. Apestas como si acabaras de salir de una cloaca. En cuanto a tu voz, parece que no puedas ni escribir *elocución* y mucho menos utilizarla. Ahora, lárgate antes de que tenga que hacer que salgas corriendo y que te encierren durante la noche.

Sofía deseaba defenderse, pero la crueldad de sus palabras

parecía haberle robado las de ella. Aún más, la habían dejado sin su sueño, con la misma facilidad que si el hombre hubiera alargado el brazo y lo hubiera arrancado del aire. Se dio la vuelta y se fue corriendo, y lo peor de todo fue la risa que la siguió por toda la calle.

Sofía se detuvo en un portal, profundamente humillada. No esperaba que esto fuera fácil, pero esperaba que alguien en la ciudad fuera amable. Había pensado que podría pasar por sirvienta aunque no pudiera pasar por noble.

Pero tal vez ese era su error. Si estaba intentando reinventarse, ¿no debería ir a por todas? Tal vez no era demasiado tarde. No podía pasar por el tipo de sirvienta que acompañaría a su señora a un baile, pero ¿por qué podría pasar? Podría ser lo que casi hubiera sido cuando se fue del orfanato. El tipo de sirvienta a quien darían el trabajo más bajo.

Eso podría funcionar.

La zona de alrededor de palacio era un lugar de mansiones nobles, pero también de todas las cosas que sus dueños podrían necesitar de la ciudad: modistas, joyeros, casas de baño y más cosas. Todas las cosas que Sofía no podía permitirse, pero todo eran cosas que podría conseguir de todas formas.

Empezó por una modista. Era la parte más grande y, quizás, una vez tuviera el vestido, el resto sería más fácil. Entró en la tienda que parecía estar más llena, respirando entrecortadamente como si estuviera a punto de desplomarse, confiando en que saliera bien.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —preguntó una mujer con el pelo color acero, que al alzar la vista, vio que tenía la boca llena de agujas.

—Perdóneme… —dijo Sofía—. Mi señora… me dará una paliza si su vestido tarda más… dijo que… viniera corriendo.

No podía pasar por una sirvienta que acompañaba a su señora, pero podía ser aquella sirviente contratada a quien mandan a hacer recados de última hora.

—¿Y cuál es el nombre de vuestra señora? —preguntó la modista.

«¿Realmente es este el tipo de sirvienta que *Milady* D'Angelica podría enviar? ¿Tal vez sea porque tienen la misma talla y desea saber si irá bien?»

El destello de talento de Sofía vino de forma voluntaria. Tuvo el suficiente juicio como para no dudar.

—*Milady* D'Angelica —dijo—. Discúlpeme, pero dijo que corría prisa. El baile…

—No empezará formalmente hasta dentro de una o dos horas, y dudo que tu señora quiera estar allí hasta el momento de hacer la entrada —respondió la modista. Su tono era un poco menos duro ahora, aunque Sofía sospechaba que era tan solo por quien estaba fingiendo servir. La mujer señaló con el dedo.

—Espera aquí.

Sofía esperó, aunque era lo que más le costaba hacer ahora mismo. Por lo menos, le permitió escuchar. El sirviente de palacio tenía razón: la gente hablaba de forma diferente lejos de las partes más pobres de la ciudad. Sus vocales eran más redondeadas, los finales de las palabras más refinados. Una de las mujeres que trabajaban allí parecía proceder de uno de los Estados Mercantes, marcando sus erres mientras charlaba con las demás.

No pasó mucho tiempo hasta que la primera modista apareció con un vestido, sujetándolo en alto para que Sofía lo inspeccionara. Era lo más bello que Sofía había visto jamás. Era de un color plata y azul, brillantes, que parecían resplandecer al moverse. El cuerpo estaba trabajado con hilo de plata, e incluso las enaguas resplandecían en ondas, lo que parecía un desperdicio. ¿Quién las iba a ver?

—*Milady* D'Angelica y tú tenéis la misma talla, ¿verdad? —preguntó la modista.

—Sí, señora —respondió Sofía—. Por eso me envió.

—Entonces debería haberte enviado a ti desde un principio, en lugar de una lista de medidas.

—Me aseguraré de decírselo —dijo Sofía.

Eso hizo que la modista palideciera horrorizada, como si con tan solo pensarlo le pudiera dar un ataque al corazón.

—No será necesario. Ya casi está, solo tengo que modificar un par de cosas. ¿Estás realmente segura de que tienes su misma talla?

Sofía asintió.

—Al milímetro, señora. Me hace comer exactamente lo mismo que ella para que estemos igual.

Fue un detalle loco y ridículo que inventar, pero la modista

pareció tragárselo. Tal vez era el tipo de extravagancia a la que ella creía que una mujer de la nobleza podría rebajarse. En cualquier caso, hizo los arreglos tan rápido que Sofía apenas podía creerlo, entregándole finalmente un paquete envuelto en papel estampado.

—¿La cuenta corre a cargo de *Milady*? —preguntó la modista. Había una nota de esperanza en ello, como si Sofía pudiera llevar el dinero encima, pero Sofía solo pudo asentir—. Por supuesto, por supuesto. Confío en que *Milady* D'Angelica estará encantada.

—Estoy segura de que así será —dijo Sofía. Fue prácticamente corriendo hacia la puerta.

En realidad, estaba segura de que la noble enfurecería, pero Sofía no tenía pensado estar por allí cuando eso sucediera.

Para empezar, debía ir a otros sitios y recoger otros "paquetes" de parte de su "señora".

En una zapatería recogió unas botas de la mejor piel pálida, dispuestas con líneas grabadas que mostraban una escena de la vida de la Diosa Sin Nombre. En una perfumería adquirió un pequeño botellín que olía como si su creador, de algún modo, hubiera condensado la esencia de todo lo hermoso en una fragante combinación.

—¡Es mi mayor obra! —proclamó—. Espero que *Lady* Beaufort lo disfrute.

En cada parada, Sofía escogía el nombre de una nueva mujer noble de la que ser sirvienta. Era simplemente práctico: no podía asegurarse de que *Milady* D'Angelica hubiera estado en todas las tiendas de la ciudad. En algunas tiendas, escogía los nombres de los pensamientos de los propietarios. En otras, cuando su talento no venía, tenía que mantener la conversación dando vueltas hasta que hicieran sus suposiciones o, en un caso, hasta que pudo robar una mirada del revés a un cuaderno que había encima del mostrador de la tienda.

Cuanto más robaba, más fácil parecía ser. Cada pieza previa de su atuendo robado servía como una especie de credencial para la siguiente, pues evidentemente los otros comerciantes no hubieran entregado cosas a la persona equivocada. Para cuando llegó a la tienda donde vendían máscaras, el tendero estaba prácticamente apretando las mercancías contra sus manos antes de que atravesara las puertas. Era una media máscara de ébano grabado, escena tras

escena de la Diosa Enmascarada buscando hospitalidad dispuesta con plumas por los bordes y puntitos de joyas alrededor de los ojos. Probablemente, se diseñaron para hacer que pareciera que los ojos de quien la llevaba brillaran con luz reflejada.

Sofía sintió un pequeño destello de culpa al cogerla, añadiéndola al no despreciable montón de paquetes que llevaba en brazos. Estaba robando a mucha gente, llevándose cosas que habían estado trabajando para fabricar y por las que otros habían pagado. O pagarían, o no habían pagado del todo; Sofía todavía no lograba entender los modos en los que los nobles parecían comprar cosas sin pagarlas del todo.

Pero tan solo fue un breve destello de culpa, pues ellos tenían mucho comparado con los huérfanos de la Casa de los Abandonados. Solo las joyas de esta máscara hubieran cambiado sus vidas.

De momento, Sofía tenía que cambiarse, y no podía entrar a la fiesta sucia todavía de haber dormido junto al río. Deambuló por las casas de baños, a la espera de encontrar una que tuviera carruajes esperando a la puerta, y que anunciara baños separados para las señoras de alta alcurnia. No tenía monedas para pagar, pero se dirigió a las puertas de todos modos, ignorando la mirada que le lanzó el grande y musculoso dueño.

—Mi señora está dentro —dijo—. Me dijo que trajera todo para cuando ella hubiera acabado su baño, o habría problemas.

La miró de arriba abajo. De nuevo, los paquetes que Sofía llevaba en las manos parecían funcionar como pasaporte.

—Entonces sería mejor que estuvieras dentro, ¿no? Los vestidores están a tu izquierda.

Sofía fue hacia ellos y dejó sus premios robados en una habitación en la que hacía calor por el vapor de los baños. Las mujeres iban y venían vestidas con las sábanas envueltas que les servían para secarse. Ninguna de ellas miró dos veces a Sofía.

Se desvistió, se envolvió con una sábana y se dirigió a los baños. Estaban dispuestos en el estilo que preferían al otro lado del mar, con múltiples piscinas calientes, templadas y frías, masajistas a los lados y sirvientes a la espera.

Sofía era totalmente consciente del tatuaje que tenía en el tobillo y que anunciaba lo que era, pero allí había sirvientas contratadas

con sus señoras, que estaban allí para masajearlas con aceites perfumados o pasarles el peine por el pelo. Si alguien veía la marca, evidentemente darían por sentado que Sofía estaba allí por esa razón.

Aun así, no se tomó el tiempo que podría haberse tomado para regocijarse en los baños. Quería salir de allí antes de que alguien hiciera preguntas. Se remojó bajo el agua, fregándose con jabón e intentando sacarse de encima lo peor de la suciedad. Cuando salió del baño, se aseguró de que la sábana que la envolvía llegara hasta los tobillos.

De vuelta a los vestidores, construyó su nuevo ser paso a paso. Empezó con las medias de seda y las enaguas, después siguió con la corsetería y las faldas exteriores, los guantes y más cosas.

—¿Mi señora necesita ayuda con el pelo? —preguntó una mujer y, al fijarse, Sofía vio que una sirvienta la estaba mirando.

—Si es tan amable —dijo Sofía, intentando recordar cómo hablaban los nobles. Se le ocurrió que sería más fácil si nadie pensaba que era de por allí, así que añadió un toque del acento de los Estados Mercantes que había oído en la modista. Ante su sorpresa, salió con facilidad, su voz se adaptó con la misma rapidez que lo había hecho el resto de ella.

La chica le secó y le trenzó el pelo con un elaborado nudo que Sofía apenas podía seguir. Cuando hubo acabado, se colocó la máscara y se dirigió hacia fuera, abriéndose camino entre los carruajes hasta encontrar uno que no estaba cogido.

—¡Eh, tú! —exclamó, su recién descubierta voz que ahora mismo se le hacía rara a los oídos—. ¡Sí, tú! Llévame ahora mismo a palacio y no te detengas por el camino. Tengo prisa. Y no empieces a preguntar por la tarifa. Puedes enviar la cuenta a Lord Dunham y puede estar agradecido de que esto sea lo único que yo le cueste esta noche.

Ni tan solo sabía si existía un Lord Dunham, pero el nombre sonaba bien. Esperaba que el conductor del carruaje discutiera o, por lo menos, regateara con la tarifa. Pero, en cambio, simplemente bajó la cabeza.

—Sí, mi señora.

La vuelta en carruaje por la ciudad fue más cómoda de lo que Sofía podría haber imaginado. Más cómodo que saltar detrás de los

carros y, desde luego, mucho más corto. En cuestión de minutos, vio que se acercaban a las puertas. Sofía sintió que se le tensaba el corazón, porque el mismo sirviente todavía estaba trabajando en ellas. ¿Lo conseguiría? ¿La reconocería?

El carruaje redujo la velocidad y Sofía se forzó a asomarse, con la esperanza de parecer lo que debía.

—¿Todavía está en su apogeo el baile? —preguntó con su nuevo acento—. ¿He llegado en el momento adecuado para impresionar? Yendo al grano, ¿qué aspecto tengo? Mis sirvientas me dicen que es adecuado para vuestra corte, pero a mí me parece que parezco una prostituta del muelle.

No pudo resistirse a aquella pequeña venganza. El sirviente que estaba en la puerta le hizo una gran reverencia.

—Mi señora no podría haber calculado mejor su llegada —le aseguró, con el tipo de falsa sinceridad que Sofía imaginaba que les gustaba a los nobles—. Y, por supuesto, se ve absolutamente bella. Por favor, siga todo recto.

Sofía cerró la cortina del carruaje cuando se puso en marcha, pero solo para esconder su estupefacción y alivio. Estaba funcionando. Estaba funcionando de verdad.

Solo esperaba que las cosas estuvieran funcionando también para Catalina.

Capítulo seis

Catalina estaba disfrutando de la ciudad más de lo que hubiera pensado que era posible sola. Todavía le dolía la pérdida de su hermana y todavía deseaba salir a campo abierto, pero por ahora, Ashton era su patio del recreo.

Se abrió camino entre las calles de la ciudad y había algo en particular que le resultaba interesante de estar perdida entre la multitud. Nadie la miraba, no más de lo que miraban a los otros niños pobres o aprendices, los hijos pequeños o los aspirantes a guerreros de la ciudad. Con su vestuario de chico y su pelo en pinchos cortos, Catalina podría haber pasado por cualquiera de ellos.

Había mucho por ver en la ciudad, y no solo los caballos a los que Catalina lanzaba una mirada codiciosa cada vez que pasaba por delante de uno. Se detuvo enfrente de un vendedor que vendía armas de caza desde un carro, las ballestas ligeras y algún mosquete ocasional parecían increíblemente grandes. Si Catalina hubiera podido agarrar uno, lo hubiera hecho, pero el hombre vigilaba con cautela a todo el que se acercaba.

Sin embargo, no todo el mundo era tan cauto. Consiguió coger un pedazo de pan de un bar y un cuchillo que alguien había usado para sujetar un panfleto religioso. Su talento no era perfecto, pero conocer dónde estaban los pensamientos y la atención de la gente era una gran ventaja cuando se trataba de la ciudad.

Continuó, en busca de una oportunidad para conseguir más de lo que necesitaría para vivir en el campo. Era primavera, pero eso solo significaba lluvia en lugar de nieve la mayoría de los días. ¿Qué necesitaría? Catalina empezó a comprobar las cosas que tenía al alcance de la mano. Un saco, cordel para hacer trampas para animales, una ballesta si es que podía conseguir una, un impermeable para resguardarse de la lluvia, un caballo.

Indudablemente, un caballo, a pesar de todos los peligros que el hurto de caballos conllevaba.

No es que nada de eso fuera verdaderamente seguro. En algunas esquinas había horcas sujetando los huesos de animales que hacía tiempo que habían muerto, conservados para que la lección persistiera. Encima de una de las viejas puertas, destrozada en la última guerra, había tres calaveras sobre unos barrotes que presuntamente eran los del ministro traidor y sus cómplices. Catalina se preguntaba si alguien sabía algo más.

Echó un vistazo al palacio desde la distancia, pero solo porque esperaba que Sofía estuviera bien. Ese tipo de lugar era para gente como la reina viuda y sus hijos, los nobles y sus sirvientes, que intentaban dejar afuera los problemas del mundo real con sus fiestas y sus cacerías, no para la gente de verdad.

—Eh, chico, si tienes moneda para gastar, yo te haré pasar un buen rato —exclamó una mujer desde el portal de una casa cuyo uso era evidente aunque no tuviera letrero. De pie en la puerta había un hombre que podría haber luchado contra osos, mientras Catalina oía los ruidos de la gente que se lo estaban pasando demasiado bien aunque todavía no había oscurecido.

—No soy un chico —respondió bruscamente.

La mujer encogió los hombros.

—No tengo manías. O entra y gánate tu propio dinero. A los viejos sátiros les gustan las que tienen aspecto de chico.

Catalina se fue ofendida, sin tan solo dignarse a contestar. Esa no era la vida que había planeado para ella. Tampoco lo era robar para obtener todo lo que deseaba.

Existían otras oportunidades que parecían más interesantes. Allá donde miraba, parecía que había reclutadores para uno u otra de las compañías libres, anunciando altos pagos respecto a los otros, o que sus raciones eran mejores o la gloria que podían ganar en las guerras del otro lado del Puñal-Agua.

En efecto, Catalina fue deambulando hasta uno de ellos, un hombre de unos cincuenta años y de aspecto robusto, que llevaba un uniforme que parecía más propio de la idea de guerra que tenía un actor que el auténtico.

—¡Eh, oye, chico! ¿Estás buscando aventuras? ¿Proezas? ¿La posibilidad de encontrar la muerte a manos de las espadas de tus

enemigos? ¡Bueno, pues has venido al lugar equivocado!

—¿Al lugar equivocado dices? —dijo Catalina, sin siquiera importarle que también hubiera pensado que era un chico.

—Nuestro general es Massimo Caval, el más cauto y por todos conocido de los luchadores. Nunca se enfrenta a alguien, a no ser que pueda ganar. Nunca desperdicia a sus hombres en enfrentamientos infructíferos. Nunca…

—O sea, ¿me estás diciendo que es un cobarde? —preguntó Catalina.

—Un cobarde es lo mejor que se puede ser en una guerra, hazme caso —dijo el reclutador—. Seis meses yendo por delante de las fuerzas enemigas mientras se cansan, con tan solo algún saqueo esporádico para animar las cosas. Piénsalo, la vida, el… espera, tú no eres un chico, ¿verdad?

—No, pero aun así, puedo luchar —insistió Catalina.

El reclutador negó con la cabeza.

—No para nosotros, no puedes. ¡Lárgate!

A pesar de su defensa de la cobardía, parecía que el reclutador podría darle un coscorrón en la cabeza a Catalina si se quedaba allí, así que siguió caminando.

Muchas cosas de la ciudad parecían no tener mucho sentido. La Casa de los Abandonados había sido un lugar cruel, pero por lo menos había tenido algo de orden. En la ciudad, la mitad del tiempo parecía que la gente hacía lo que quería, con poca participación por parte de los gobernantes de la ciudad. La ciudad en sí parecía verdaderamente no tener un plan. Catalina cruzó un puente que había sido levantado con puestos y plataformas e incluso casas pequeñas hasta que apenas había espacio suficiente para usarlo para su propósito. Se hallaba caminando por calles que bajaban en espiral sobre sí mismas, por callejones que de algún modo se convertían en los tejados de las casas que estaban a menor altura y que, después, daban paso a escaleras.

En cuanto a la gente que había en las calles, toda la ciudad parecía disparatada. Parecía que había alguien gritando en cada esquina, proclamando los aspectos de su propia filosofía, pidiendo atención para la actuación que estaban a punto de hacer o condenando la participación del reino en las guerras del otro lado del otro lado del mar.

Catalina se agachaba en los portales cuando veía las siluetas enmascaradas de sacerdotes y monjas ocupados con los inescrutables asuntos de la Diosa Enmascarada, pero después de la tercera o cuarta vez continuó caminando. Vio a una sacudiendo a una cadena de prisioneros y se preguntó a sí misma qué parte de la misericordia de la diosa representaba eso.

En la ciudad había caballos por todas partes. Tiraban de los carruajes, cargaban a los jinetes y algunos de los más grandes tiraban de carros llenos de cualquier cosa desde piedra hasta cerveza. Verlos era una cosa; robar uno estaba resultando ser otra muy diferente.

Al final, Catalina escogió un lugar fuera de la tienda de un mozo de cuadra, se acercó más y esperó su momento. Para robar algo tan grande como un caballo, necesitaba algo más que solo un momento de descuido, pero en principio no era diferente a robar un pastel. Podía sentir los pensamientos de los trabajadores del establo mientras estos deambulaban y daban vueltas. Uno estaba sacando a una yegua de buen aspecto, mientras pensaba en la dama a la que iba dirigida.

«Mierda, necesitará una jamuga y no esto».

El pensamiento fue toda la invitación que le hacía falta a Catalina. Se adelantó mientras el mozo de cuadra entró a toda prisa, probablemente pensando que nadie podría llevarse el caballo durante el poco tiempo en el que él no estaba. Catalina zigzagueó entre los transeúntes que abarrotaban la calle, imaginando el momento en el que por fin sus manos se cerrarían alrededor de las riendas…

—¡Ya te tengo! —dijo una voz mientras una mano le oprimió el brazo.

Por un instante, Catalina pensó que alguien había adivinado lo que tenía pensado hacer, pero cuando el tipo que la había agarrado hizo girar a Catalina hacia él reconoció la verdad: era uno de los chicos del orfanato.

Se retorció para escapar y él la golpeó, fuerte, alcanzándole en el estómago. Catalina cayó sobre sus rodillas y vio que dos chicos más se acercaban rápido.

—Nos enviaron a por vosotras cuando escapasteis —dijo el mayor de ellos—. Dijeron que las chicas se vendían por más que los

chicos y que, si fuera necesario, mandarían cazadores a por todos nosotros.

Parecía resentido por ello y Catalina no se lo reprochaba. La Casa de los Abandonados era un lugar perverso, pero también era el único lugar que tenían los huérfanos de allí.

Lo que sí que le reprochó fue el siguiente puñetazo, que le sacudió la cabeza.

—Esa era por la paliza que nos diste con tu atizador —dijo—. Y esta es por la paliza que nos dieron después los sacerdotes.

Lo remarcó con unas bofetadas que sacudieron a Catalina mientras ella estaba allí arrodillada.

—Ahora llevamos más de un día fuera —dijo el mayor—. Tengo hambre, estoy cansado y quiero volver. Pronto me espera el ejército y no vas a estropearme eso. Así que te voy a arrastrar hasta allí, no sin que antes me digas dónde está la zorra de tu hermana.

Catalina negaba con la cabeza mientras él la golpeaba de nuevo. En silencio juró venganza por este momento, aunque ahora mismo no podía ni ponerse de pie y mucho menos hacer algo al respecto. Se guardó su odio, metiéndolo muy al fondo con la rabia que sentía por las hermanas que la habían criado de forma tan cruel y por el mundo que, para empezar, le había robado a sus padres.

Sin embargo, su odio no hizo nada por ahuyentar los golpes, o para evadir las preguntas que las enfatizaban como flechas.

—¿Dónde está tu hermana? —exigió—. ¿Dónde? Por su contrato es por el que pagarán más.

—No lo sé —insistió Catalina—. Y si lo supiera, no os lo diría.

Ahora veía cómo la gente pasaba de largo. Algunos lo hacían con gesto inalterable, otros echaban un vistazo y después apartaban la mirada cuando decidían que no querían involucrarse. Catalina vio que un hombre, que llevaba el delantal de un aprendiz de carpintero, pasaba de largo y sus pensamientos parpadearon en la mente de ella.

«Me gustaría ayudar, pero son más grandes que yo y tal vez lo merezca, y si…».

—¡Si quieres ayudar, ayuda! —exclamó ella en su dirección.

Él se giró sorprendido y empezó a dirigirse hacia ellos por la misma vergüenza.

—No te metas en esto —dijo bruscamente el mayor de los

chicos, pero Catalina no necesitaba más que tan solo un momento de distracción.

Con una patada se apartó de él como un nadador que se va de la orilla y, a continuación, se puso de pie como pudo y se fue corriendo. Tras ella, Catalina oía los gritos de los chicos que la seguían, pero los ignoró y continuó, sin tan solo preocuparse por la dirección que tomaba. Se dirigió hacia las partes donde la multitud era más densa, pensando que podría colarse mientras los demás perderían velocidad. A continuación, salió disparada por un callejón que eligió al azar, con la esperanza de perderlos.

No funcionó. No tenía que mirar alrededor para saberlo. Podía sentir sus pensamientos sobre ella, mordaces como podrían haberlo sido los de un perro de caza. La única señal alentadora era que una de las neblinas de Ashton estaba bajando, haciendo que costara más ver cualquier cosa y mucho menos una chica que huía.

Catalina fue corriendo hacia el río, basándose en que allí la neblina siempre era más densa cuando venía. Como era de esperar, se espesó hasta convertirse en niebla, de modo que Catalina apenas podía ver la longitud de las calles por las que corría.

Llegó hasta una serie de muelles desmoronados, contra los que estaban amarrando muchas barcas pequeñas para pasar la noche. Otros se exponían a la niebla, remando a través de ella o levantando pequeñas velas mientras lámparas de aceite los guiaban.

Catalina empezó a mirar alrededor en busca de algún lugar en el que esconderse. No podía escapar de los chicos que la perseguían para siempre, pero tal vez podía esperar hasta que pasaran de largo. Ya no podía verlos con la niebla; solo podía oír que se estaban acercando. Se dirigió hacia uno de los embarcaderos derrumbados que se usaban para amarrar las barcas.

«Se esconderá en una barca. Tenemos que buscar en ellas».

Ese pensamiento hizo que el miedo recorriera a Catalina. Había estado muy segura de que esto funcionaría, pero ahora… no podía esconderse, no podía dar media vuelta. ¿Qué podía hacer?

«Por aquí», —dijo una voz en su mente y no era como cuando leía los pensamientos de los chicos. Se parecía más a los momentos en que su hermana se ponía en contacto con ella—. «Salta hasta mí».

Catalina se giró y vio que una barcaza pasaba por delante, llena

de los desperdicios de la ciudad, iluminada por fanales rojos y verdes que indicaban a los que se acercaban en qué dirección iba. Había una chica de su edad en la parte de atrás, que utilizaba una vara larga de madera para guiarla. Mientras Catalina miraba, ella levantó la vara del agua y la sujetó en alto.

Catalina se quedó atónita durante uno o dos segundos. Siempre había pensado que ella y Sofía eran únicas; que estaban solas en el mundo en ese sentido igual que todos los demás. Solo pensar que podría haber alguien capaz de mandar sus pensamientos hacia Catalina la paralizó, mientras intentaba entenderlo.

«¿A qué estás esperando? ¡Salta!».

Catalina se lanzó hacia delante y, aunque fuera primavera, el agua bastó para dejarla sin respiración. En el orfanato no se habían preocupado de enseñar a nadar a las chicas, así que por un momento Catalina agitó brazos y piernas hasta alcanzar con la mano la vara que sujetaba la chica.

Era más fuerte de lo que parecía, tirando de Catalina con la vara como otro podría haber arrastrado un pez. Catalina respiraba con dificultad mientras la ayudaba a subir a la barcaza.

—Toma —dijo la chica, mientras le pasaba una manta—. Parece que la necesitas.

Catalina la cogió agradecida. Mientras se envolvía con ella, miraba a la otra chica, que era pequeña, rubia y estaba manchada por la suciedad de las cosas que iba guiando por el río. Llevaba un delantal de cuero encima de un vestido que probablemente había sido azul, aunque ahora estaba más cerca del marrón.

—Me llamo Catalina —consiguió decir.

La chica sonrió.

—Emelina. Ahora, cállate. Sea quien sea el que te persigue, no nos verá con la neblina.

Catalina se acurrucó en la popa de la barca, observando los muelles o, por lo menos, lo que podía ver de ellos. Rápidamente, iban desapareciendo tras un muro de niebla mientras la barcaza continuaba moviéndose.

Cuando desparecieron de la vista por completo, Catalina se atrevió a dar un suspiro de alivio. Lo había hecho.

Había escapado de ellos.

Capítulo siete

Sofía apenas podía creer que estuviera dentro de palacio. Desde la casa de los Abandonados, parecía un lugar mágico; otro mundo que de su clase solo podían esperar pisar si los contrataban los nobles adecuados a causa de alguna habilidad especial.

Ahora estaba allí, gracias a poco más que la disposición de engañar a aquellos que querían creerla y a la valentía de intentarlo de verdad. Sofía no podía evitar sentir algo de asombro ante ello y ante el lugar que la rodeaba.

Era hermoso, era elegante y distaba tanto del orfanato como se podría desear de cualquier edificio. En lugar de condiciones estrechas, había techos altos y salas espaciosas que parecían haber sido pensadas más como muestras de opulencia que, simplemente, como lugares en los que vivir. Había sillas mullidas y divanes grabados según el estilo elaborado que había llegado del otro lado del océano, gruesas alfombras procedentes de los tejedores de agua de los estados Mercantes e incluso unas cuantas estatuillas de plata de más lejos, de las tierras donde se decía que los hombres nunca habían oído hablar de la Diosa Enmascarada.

Este palacio era todo lo que Sofía siempre había soñado.

No, todo no. Era un lugar precioso en el que estar, pero simplemente llegar allí no era suficiente. Sofía debía encontrar un modo de quedarse. Había venido aquí con la esperanza de que habría un modo de encontrar una vida entre los nobles. Un modo de estar a salvo.

Ahora mismo, Sofía no se sentía muy segura. En las paredes había cuadros de mujeres hermosas y de hombres de aspecto fuerte, que probablemente representaban los diferentes aspectos de las líneas nobles del reino. Ahora mismo, seguramente Sofía tenía el aspecto de una de las mujeres, pero sentía que aquella fachada como una de las lonas, fácil de rasgar y que era posible que

desapareciera en cualquier momento.

—Concéntrate —se dijo a sí misma, intentando actuar como ella pensaba que lo haría una dama extranjera al llegar a palacio. Caminaba entre los montones de gente que allí había, sonriendo tras su media máscara y asintiendo, parando para admirar los cuadros y las esculturas.

Allí había nobles —otros nobles, se corrigió a sí misma Sofía— en grupos y riendo entre ellos mientras esperaban a que empezara el baile. Vio un grupo de mujeres jóvenes, tal vez de su edad, que llevaban todas vestidos cuya elaboración probablemente había costado semanas de trabajo. Una, resplandeciente con un vestido de gasa azul que parecía diseñado para resaltar su figura, se quejaba a las demás por debajo de su máscara ovalada de marfil.

—Mandé a mi sirvienta allí y nunca adivinaréis lo que pasó. Alguien se había llevado mi vestido. ¡Mi vestido!

Sofía aguantó la respiración pues, tenía la certeza de que, en cualquier momento, la chica se giraría y la vería; reconocería el vestido y la acusaría no solo de impostora sino también de ladrona. Sofía imaginó que esta era "*Milady* D'Angelica", tal y como la había llamado la modista.

—Ni tan solo llegué a ver jamás mi vestido —continuó la chica, y Sofía se atrevió a respirar aliviada—. Tuve que conformarme con uno que la modista tenía preparado para la hija de algún burgués.

Una de las otras, cuya máscara tenía una elaborada forma de pico de pájaro, rio.

—Al menos, eso significa que habrá menos gentuza por aquí.

Las otras también rieron y la chica que se había estado quejando del vestido asintió.

—Vamos —dijo—. Pronto empezará el baile y yo quiero que me maquillen, por si resulta que algún apuesto joven me desenmascara. Tal vez uno de los hijos de la viuda querrá besarme.

—Angelica, qué osada eres _dijo una de las otras.

Sofía no había pensado en eso. Había venido hasta aquí con el pensamiento medio formado de conseguir encajar en la corte y casarse con un hombre rico, pero no había pensado lo suficiente como para considerar lo que haría si tenía que quitarse la máscara. Supuestamente, en algún momento entre su llegada a la fiesta y vivir feliz por siempre jamás, alguien querría ver su rostro.

Así que las siguió, intentando que no resultara demasiado evidente, parándose para mirar la colección de estatuas que había allí.

—Ah, está admirando el último Hollenbroek —dijo un hombre gordo.

«Una cosa verdaderamente horrible, pero es lo que se espera que diga».

—Creo que es horrible —dijo Sofía, con la ligera mota de acento que había cogido para que le permitiera que los nobles le perdonaran cualquier error—. Pero discúlpeme, todavía tengo que maquillarme para el baile.

—En ese caso, tal vez podamos bailar más tarde —insinuó él—. Si tiene su tarjeta de baile…

—Mi tarjeta de baile —preguntó Sofía, perpleja. Bajo su máscara, no pudo ver si el hombre fruncía el ceño, pero podía notar su desconcierto—. Sí, por supuesto. Al parecer no la llevo encima ahora mismo.

Se marchó rápidamente aunque sabía que era una grosería. Era preferible a que la descubriesen porque no conocía las normas que tenían esa gente. Además, las chicas nobles ya casi estaban fuera de la vista.

Sofía las siguió hasta un pequeño vestíbulo y, al mirar dentro, vio a una chica que quizás tenía dos años más que ella, vestida del color gris que llevan las sirvientas contratadas, de pie y rodeada de espejos y cepillos mientras las chicas estaban sentadas en sillas de respaldo alto delante de ella. La sirvienta tenía el pelo oscuro, que no le llegaba ni a los hombros, y sus rasgos podrían ser bonitos si hubiera podido usar algunos utensilios de su trabajo en ella misma. Tal y como estaban las cosas, parecía más que nada agobiada.

—Bueno —dijo bruscamente la primera de las damas—. ¿A qué estás esperando?

—¿Le importaría a mi señora quitarse la máscara? —insinuó la chica.

La dama lo hizo de mala gana, murmurando algo sobre sirvientas groseras y las demás hicieron lo mismo. Colocaron sus máscaras a su lado, como caras giradas del revés, pero a Sofía le interesaba más observar sus verdaderos rasgos. Algunas de ellas eran hermosas, algunas eran más del montón pero aun así tenían la

piel suave que proporcionan las lociones caras y la confianza que da el saber que podrían comprar media ciudad si quisieran. Sin embargo, probablemente solo *Milady* D'Angelica era verdaderamente hermosa, con unos rasgos que podrían venir de uno de los cuadros que decoraban las paredes y con un aire de intensa superioridad que decía que sabía exactamente lo hermosa que era.

—Ponte a ello —dijo—. Y ve con cuidado. Hoy he tenido un día muy complicado.

Supuestamente, no tan complicado como el de la sirvienta que tenía que atenderla, o como alguien que estaba poniendo en peligro su libertad intentando colarse en fiestas. Aun así, Sofía no dijo nada. En su lugar, observó cómo la sirvienta empezaba su trabajo con polvos y pinturas, transformando sutilmente los rasgos de cada una de las nobles en las que trabajaba.

—¡Trabaja más rápido! —dijo bruscamente una de ellas—. Sinceramente, estas criadas son muy vagas.

—Y no solo eso —respondió otra—. ¿Sabías que Henina Watsworth pilló a una en la cama con su prometido? No tienen moral, ninguna de ellas.

—¿Y el aspecto que tienen? —añadió Angelica—. Puedes ver la rudeza de sus rasgos. No sé por qué nos molestamos en marcarlas como lo que son. Puedes identificarlas a un kilómetro de distancia.

Parecía no preocuparles que la sirvienta estuviera allí mismo, o que no pudiera contestar a causa de su posición. Sofía odiaba esa crueldad. De hecho…

—Discúlpeme, mi señora —preguntó una sirvienta que pasaba por allí—. Pero ¿se ha perdido?

A Sofía le llevó un instante recordar que podían referirse a ella.

—No, no, estoy bien.

—En ese caso, ¿le importaría pasar a maquillarse? Estoy segura de que podríamos encontrar otra silla.

Lo último que quería Sofía era tener que sentarse allí con las demás, sin la máscara, donde estaba segura de que alguien adivinaría lo que era. O, más exactamente, lo que no era.

Sofía oyó un fragmento de los pensamientos de la mujer y no ayudaron nada a tranquilizarla.

«¿Seguro que está bien? No la reconozco. Tal vez debería…».

—¿Crees que necesito estas cosas? —preguntó Sofía con su voz

más arrogante—. Más concretamente, ¿crees que quiero quedarme atrapada allí con este parloteo? Ya noto que está empezando uno de mis dolores de cabeza. Ve a buscarme agua, chica. Ve.

En momentos como ese, parecía que estaba interpretando un papel, su dureza servía como los pinchos de un arbusto espinoso que impiden que la gente se acerque demasiado. La sirvienta se marchó a toda prisa y Sofía hizo lo mismo. No podía quedarse al descubierto de aquella manera.

En su lugar, encontró un rincón en el que pudo esconderse, fingiendo mirar los cuadros que había allí, escuchando al mismo tiempo el momento en que la sala de más lejos quedara vacía. Sofía tampoco quería arriesgarse a que la sirvienta la viera. Tal y como habían dicho las nobles, era demasiado fácil identificar a una de las criadas.

Así que escuchó con los oídos y con la mente, esperando hasta el momento en que hubo silencio y, entonces, se coló de nuevo en la sala con toda la cautela de un ladrón. Sofía se sentó delante de los espejos que había allí, se quitó la máscara y miró el amplio surtido de pigmentos y polvos que había allí.

En aquel instante se dio cuenta de que no tenía ni idea de qué hacer. Sabía lo que era el maquillaje, incluso había visto a algunas mujeres que llevaban, pero no había sido algo permitido en el orfanato. Las hermanas enmascaradas probablemente le hubieran dado una paliza solo por pedirlo. ¿Por qué iba a decorarse la cara cuando su diosa la había escondido del mundo? Según ellas, solo las putas llevaban esas cosas.

Aun así, Sofía lo intentó. Se concentró en el aspecto que ella pensaba que tenían las mujeres de los cuadros y cogió los polvos más parecidos. En menos de un minuto se dio cuenta de su error, al pasar de parecer ella misma a una especie de payaso demente, solo apto para el teatro callejero menos ingenioso.

—¿Hola?

Sofía se giró al oír la voz de la sirvienta, se dio cuenta del aspecto que debía tener y agarró la máscara. Ante su sorpresa, la sirvienta fue más rápida, le cogió la mano y la retiró con delicadeza.

—No, no, no haga eso. Esto empeorará las cosas. Déjeme ver, mi señora…

«¿Quién es? Estoy segura de que la conozco».

—No habrá problema —dijo Sofía, poniéndose de pie. Al hacerlo, se dio cuenta de que se había colado un leve rastro de su acento. Había vuelto a caer en su voz normal, e incluso ella podía oír lo ruda e inculta que sonaba en comparación con las nobles.

—¿Quién eres? —preguntó la sirvienta. Se movió para mirar a Sofía—. Espera, yo te conozco, ¿verdad?

—No, no, te equivocas —consiguió decir Sofía—. En ese momento debería haberse alejado. Debería haber tumbado a la sirvienta y escapado. Pero no lo hizo.

—Sí que te conozco —dijo la chica—. Tú eres Sofía. Te recuerdo a ti y a tu hermana de la Casa de los Abandonados. Yo soy Cora. Solo tengo dos años más que vosotras, ¿te acuerdas?

Sofía empezó a decir que no con la cabeza, pero lo cierto era que recordaba a la chica y, llegadas a ese punto, negarlo parecía no tener sentido.

—Sí —dijo—. Sí, lo recuerdo.

—Pero ¿qué estás haciendo aquí? —preguntó Cora—. Venga, siéntate. Debe haber una historia en todo esto.

Sofía había pensado que la chica llamaría a los guardias en aquel mismo momento, así que se sentó casi más por sorpresa que por cualquier otra cosa. Mientras estaba sentada, Cora empezó a quitarle el maquillaje de la cara con manos expertas.

Sofía le contó lo que había sucedido. Le contó que había escapado con su hermana y que habían dormido al raso en la ciudad. Le había contado que se separó de Catalina para intentar encontrar la felicidad y la seguridad del modo que parecía tener más sentido para ellas.

—¿Y estás aquí porque crees que puedes entrar y encontrar un lugar en la corte? —preguntó Cora. Sofía esperaba a que la chica le dijera lo estúpido que era eso—. Supongo que podría funcionar si consiguieras encontrar a las personas adecuadas para que se convirtieran en tus amigos, o en más que amigos. Si pudieras convencer a algún noble para que te tomara como su amante… o su esposa.

Rio al oír aquello, como si fuera algo absurdo, pero para Sofía era la única opción que parecía tener más sentido. Era la única opción que la dejaba a salvo. Sin embargo, lo cierto era que ella haría lo que tuviera que hacer. Se convertiría en el parásito de

algún noble, o en su amiga, o cortesana, si fuera necesario.

—¿Así que no piensas que sea estúpido? —preguntó Sofía—. ¿No crees que sea cruel intentarlo?

—¿Cruel? —replicó Cora—. Cruel es el hecho que nos puedan coger y vender como esclavas, sin darnos jamás una oportunidad real de pagar las deudas que dicen que tenemos. Cruel es cuando las chicas nobles me tratan como si yo no fuera nada, aun cuando lo único que hacen es andar por ahí, a la espera del marido adecuado. Tú haces lo que tienes que hacer para sobrevivir, Sofía. Siempre y cuando no hagas daño de verdad a alguien, hazlo y no lo pienses dos veces. Me hubiera gustado tener la valentía para hacer lo que tú estás haciendo.

Ahora mismo, Sofía no se sentía muy valiente.

—No me contestaste si te parecía estúpido. Es decir, si una persona lo descubre y me entrega…

—No seré yo —le prometió Cora—. Y sí, podría ser estúpido, pero solo si lo haces mal. El hecho de que estés aquí dice que has estado pensando algo en ello, pero ¿lo has pensado bien? ¿Quién se supone que eres?

—Pensé en ser una chica de los Estados mercantes —dijo Sofía, cayendo en el rastro de un acento que había elegido—. Estoy aquí…

Lo cierto es que no había pensado en un motivo.

—Que seas del otro lado del mar está bien —dijo Cora—. Incluso el acento se acerca lo suficiente como para engañar a la mayoría de la gente. Di que estás aquí a causa de las guerras. Tu padre era un noble menor de Meinhalt; es una ciudad de la vieja Liga. He oído a la gente decir que las batallas que hubo allí la barrieron, así que nadie podrá comprobarlo. Esto también explicará que no tengas nada.

Sofía de Meinhalt. Sonaba bien.

—Gracias —dijo Sofía—. Yo nunca hubiera… ¿cómo sabes todo esto?

Cora sonrió.

—La gente olvida que estoy allí cuando estoy trabajando en ellos. Ellos hablan y yo escucho. Hablando de esto, siéntate allí y yo… bueno, no te pondré hermosa, ya eres hermosa, pero te convertiré en lo que ellos esperan.

Sofía se sentó y la chica se puso a trabajar, escogiendo la base

del maquillaje y el colorete, la sombra de ojos y el color de labios.

—¿Qué conoces del protocolo de aquí? —preguntó Cora—. ¿Conoces a la gente?

—No conozco lo suficiente —confesó Sofía—. Antes, un hombre gordo me pidió mi tarjeta de baile y tan solo sé qué era eso. Empezó a hablar sobre alguien llamado Hollenbroek y creo que hice lo correcto, pero no estoy segura.

—Hollenbroek es un artista —explicó Cora—. Tu tarjeta de baile es un trozo de hueso, mármol o pizarra sobre el que escribir los nombres de las parejas a las que has prometido un baile. Y si un hombre gordo te pregunta por ambas cosas, lo más probable es que sea Percy d'Auge. Evítalo, es un sátiro y no tiene un céntimo.

Siguió con los demás, los nobles y sus familias, la rica viuda y sus dos hijos, el Príncipe Ruperto y el Príncipe Sebastián.

—El príncipe Ruperto es el que va a heredar —dijo—. Es… bueno, todo lo que esperas que sea un príncipe: elegante, guapo, arrogante, inútil. Dicen que Sebastián es diferente. Es más tranquilo. Pero no hace falta que te preocupes por ellos. Tú necesitas algún noble menor, Phillipe van Anter, tal vez.

Mientras Cora continuaba, cada vez era más evidente que Sofía no podía recordarlo todo. Cuando se lo dijo, Cora negó con la cabeza.

—No te preocupes. Al ser del otro lado del mar, nadie esperará que lo sepas todo. De hecho, sería sospechoso que así fuera. Ahí está, creo que casi estás lista.

Sofía se miró en el espejo. Era ella y, de algún modo, a la vez tampoco era ella. Desde luego, era una versión más hermosa de ella que cualquier cosa que hubiera podido imaginar. Estaba increíblemente lejos de lo que ella hubiera podido haber hecho por sí misma.

—Una cosa más —dijo Cora—. Me gustan las botas, pero las dos sabemos lo que hay debajo. Quítatelas y ocultaré tu marca. Nadie lo sabrá.

Sofía se quitó las botas y las medias, dejando al descubierto la marca que tenía en la pantorrilla. Cora restregó una base de maquillaje espeso en aquel lugar y la mezcló hasta que desapareció por completo.

—Ya está —dijo—. Ahora, si seduces a algún noble menor, no

hará falta que te vayas a la cama con las botas puestas.

—Gracias —dijo Sofía, abrazándola—. Muchas gracias por lo que has hecho.

Cora sonrió.

—Soy afortunada. Tengo un trabajo que se me da realmente bien, en un lugar que no me molesta mucho. Pero si puedo ayudar a otra como yo, lo haré. Y ¿quién sabe? Tal vez cuando seas una dama rica, necesitarás una doncella que sepa cómo sacar lo mejor de ti.

Sofía asintió; no iba a olvidar esto. Se quedó delante de los espejos, ahora se sentía como si fuera un caballero anticuado, preparado para la batalla con la armadura. Cuando se puso la máscara, fue como bajar el visor.

Estaba preparada para la batalla.

Capítulo ocho

Catalina soñaba con el orfanato, lo que significaba que soñaba con violencia. Estaba de pie en una clase. La rodeaban unas siluetas, vestidas con los hábitos de las monjas o las túnicas lisas de los chicos de allí.

Le hacían preguntas que no tenían sentido, sobre cosas estúpidas: la manera correcta de bordar una almohada, las principales exportaciones de Isettia del Sur. Cosas que Catalina no podía esperar saber.

La golpeaban a cada fallo. Las hermanas atacaban con cinturones y bastones, mientras los chicos sencillamente usaban los puños. Todo el tiempo, coreaban lo mismo.

—No estás hecha para ser una chica libre. No estás hecha para ser una chica libre.

Catalina notó unas manos sobre ella e intentó retorcerse y contraatacar. Se giró para arañar, dar puñetazos y morder y no fue hasta que volvió en sí misma que se dio cuenta de que las manos que la sujetaban no eran las de los chicos o las de las hermanas Enmascaradas. En su lugar, Emelina estaba sobre ella, con un dedo delante de los labios.

—Silencio —dijo—. Si haces demasiado ruido, despertarás a los trabajadores de la barcaza.

Catalina consiguió controlarse a tiempo y evitar gritar a raíz de la contrariedad y el pánico.

—Pensaba que eras tú la trabajadora de la barcaza —consiguió decir Catalina.

Vio que Emelina negaba con la cabeza.

—Ellos están durmiendo en la parte delantera. Dijeron que me llevarían río arriba si yo guiaba la barca mientras ellos dormían.

Ahora Catalina no se sentía tan segura. Su nueva amiga la había salvado y Catalina había dado por sentado que en la barcaza solo

estaban ellas dos, haciendo camino por el ancho río. Ahora, había hombres a los que no conocía en algún lugar y, en parte, Catalina quería ir hasta ellos y tirarlos de la barca de un empujón, solo por el crimen de atreverse a estar allí.

En realidad, no. Ahora tan solo necesitaba golpear algo y los habitantes del orfanato no estaban a mano. Deseaba volver allí y reducirlo a cenizas, solo para estar segura de que había desaparecido de su vida. Quería venganza por cada humillación y cada golpe que había recibido durante los años que había estado allí.

—Eh, ahora estás a salvo —dijo Emelina—. No tienes por qué preocuparte. Los que te perseguían ahora no te atraparán.

Catalina asintió, pero había una parte de ella que todavía no lo creía. La Casa de los Abandonados no era un lugar que dejases atrás. Al contrario, era un lugar que llevabas contigo, que siempre estaba allí por muy lejos que escaparas. Tal vez esta era una razón por la que no se molestaban en cerrar las puertas con llave.

Haciendo un esfuerzo por ignorarlo todo, Catalina echó un vistazo a la ciudad. Con la luz del atardecer, la niebla que la había envuelto estaba empezando a arder, dejando al descubierto la amplitud del río que se extendía a ambos lados, iluminada por los candiles de los marineros y cortado por pequeños bancos de arena y remolinos, trozos de agua más rápida y trechos lentos y serpenteantes.

La ciudad, a lado y lado, parecía igual de variada. Había edificios de madera mezclados con otros de piedra, algunos estaban colocados en filas ordenadas, otros llegaban hasta el espacio que pertenecía al agua que fluye. Evidentemente, algunos edificios usaban el agua para sus comercios, con sistemas de poleas o muelles que mostraban el lugar donde las mercancías se cargaban y descargaban. Otros simplemente estaban allí, con vistas al río para los habitantes ricos.

Catalina vio a un hombre allí sentado, intentando pintar la escena del río a la luz de una lámpara y se preguntó por qué alguien iba a molestarse. ¡Pero si aquello no era hermoso! La ciudad provocaba un gran impacto en él. El agua tenía el olor lleno de sedimento terroso y aguas residuales de un canal en el que la gente tiraba cosas. La superficie del río estaba demasiado llena de barcas

y barcazas como para ver los juncos en los bordes, o los pájaros que revoloteaban entre ellas. No había ningún lugar que ella hubiera querido pintar.

—Cuidado —dijo Emelina cuando Catalina se disponía a levantarse—. Más adelante hay puentes. ¿No querrás golpearte la cabeza?

Catalina, obediente, se sentó de nuevo, mirando hacia delante donde, efectivamente, había un puente largo que cruzaba el río, tan bajo que probablemente solo las barcazas bajas como esta podían atravesarlo.

—Tienen que tener muelles separados a cada lado —dijo Emelina—. Solo las barcazas pueden cruzarlo sin que sus mástiles lo golpeen.

Empujaba con la vara con la que guiaba mientras se acercaban, alineando la barcaza con uno de los arcos del puente. Catalina vio los pinchos que había allí, con las cabezas de criminales conservadas en alquitrán para que no se pudrieran tan rápidamente. Se preguntaba cuáles eran sus crímenes. ¿Robo? ¿Traición? ¿Algo entremedio?

Además de edificios, había espacios abiertos en el lado del río, en esos espacios, Catalina vio a unos hombres que entrenaban para la guerra, manejando mosquetes y ballestas de madera pues, nadie quería gastar dinero en los de verdad por unos simples reclutas. Algunos de ellos estaban practicando en cuadros con barrotes, mientras unos cuantos, probablemente oficiales del ejército, estaban practicando esgrima con floretes frente a los demás.

—Parece que estés deseando nadar hasta allí y unirte a ellos —dijo Emelina.

—¿Tú no lo harías? —dijo Catalina—. Ser así de fuerte, sin que nadie te vuelva a decir lo que tienes que hacer.

Emelina rio al escuchar eso.

—¿En una de las tripulaciones mercenarias? La única cosa que tienen son personas que les dan órdenes. Además, ¿tú querrías atravesar el Puñal-Agua y arriesgar tu vida por una causa que no significa nada?

Catalina no estaba segura de ello. De la manera que Emelina lo dijo, la idea parecía una insensatez, pero también parecía una oportunidad para la aventura.

—Además, podrías no tener que ir al extranjero si los rumores son ciertos —dijo Emelina.

Con la mayoría de las personas, Catalina hubiera leído sus pensamientos para intentar comprender lo que querían decir, pero cuando llegó hasta los de la chica, no pudo ver dentro.

«Catalina» —mandó Emelina—, «¿no sabes que eso es irrespetuoso?».

—Lo siento —dijo Catalina. No quería molestar a su nueva amiga—. Pero ¿a qué te referías?

—Solo a que las guerras tienen la costumbre de no quedarse donde tú quieres —respondió Emelina—. La gente habla de que el Puñal-Agua es un agujero inexpugnable, más que unos treinta kilómetros de mar tranquilo.

Catalina no había pensado en ello de esta manera. Cuando había oído hablar de las guerras al otro lado del mar entre los estados fragmentados que había allí, siempre le había parecido que era algo que estaba sucediendo en el otro lado del mundo. En realidad, partes de las tierras de allí estaban probablemente más cerca de Ashton que los molinos de agua del norte o las zonas de montaña de granito de más lejos.

—¿Así que no estás pensando en escapar y unirte a una de las compañías? —dijo catalina—. Entonces ¿qué? ¿Por qué estás buscando quien te lleve río arriba?

Emelina medio cerró los ojos y Catalina supo que había alguna fantasía o algo parecido titilando tras aquellos párpados.

—Por el Hogar de las Piedras —dijo Emelina con una voz que, por un instante, parecía atrapada en su éxtasis.

—¿El Hogar de las Piedras? —dijo Catalina—. ¿Eso qué es?

Vio que la chica abría los ojos como platos sorprendida.

—¿No lo sabes? Pero tú… tú eres como yo. ¡Puedes escuchar los pensamientos!

Probablemente, lo dijo un poco más fuerte de lo que tenía intención, desde luego, era lo que había dicho más fuerte desde que Catalina había despertado.

—El Hogar de las Piedras es un lugar para gente como nosotras —dijo Emelina—. Dicen que es un lugar en el que puedes estar a salvo y donde los otros no nos atacarán por lo que podemos hacer.

Catalina no estaba segura de creer que existiera un lugar así.

Apenas creía que en el mundo hubiera otras personas con el mismo don que ella. Durante mucho tiempo, había estado segura de que solo eran ella y su hermana.

—¿Estás segura de que este lugar existe? —preguntó Catalina. Apenas parecía posible.

—He… he oído rumores —dijo Emelina—. No estoy segura de dónde está exactamente. Si estuviera a la vista, sería demasiado peligroso. Dicen que está en algún lugar pasadas las Vueltas. Pensé que podría centrarme en salir de la ciudad y, a continuación, lo encontraría, es decir, la gente va allí; no puede ser imposible de encontrar.

Parecía mucho que la chica cifrara sus esperanzas en ello, pero por lo menos la barca era una buena manera de sacarlas de la ciudad. Y tal vez intentar encontrar un lugar donde los que eran como ellas pudieran estar a salvo no era un sueño tan malo.

—¿Cómo era el orfanato? —preguntó Emelina.

Catalina negó con la cabeza.

—Peor de lo que te puedas imaginar. Nos trataban como si no fuéramos personas, la verdad. Solo cosas inadecuadas a las que hay que moldear y vender.

De algún modo, es lo que habían sido. La casa de los Abandonados simulaba ser un lugar seguro para los niños abandonados, pero en realidad era una especie de fábrica de criados, que existía para proveerlos de las habilidades que los harían útiles una vez llegaran a la edad en que los venderían.

—¿Y tú? —preguntó Catalina—. ¿Cómo fuiste a parar a una barca como esta?

Emelina encogió los hombros.

—Durante un tiempo viví en las calles. Fue… duro.

Catalina sabía cuánto dolor cabía en una pausa como esta. Alargó el brazo para rodear a la chica.

—Yo vigilaba para… bueno, básicamente eran ladrones —dijo Emelina—. Ellos entraban en comedores y tabernas y salían con la ropa de otras personas, junto con lo que hubiera en los bolsillos. Yo podía decirles dónde había gente que los vigilaba.

Catalina pensó en las maneras en las que había tenido que usar sus poderes para robar.

—¿Y qué sucedió?

Emelina encogió los hombros.

Pillé algunos de sus pensamientos, estaban pensando en deshacerse de mí. Pensaban que era demasiado compasiva.

Catalina imaginaba lo duro que debería haber sido, estaba a punto de ofrecerle su apoyo a su nueva amiga cuando oyó el ruido de unos pasos. Esto era lo que odiaba de su talento: que fuera tan impredecible. ¿Por qué no podía avisarle de todos los posibles problemas?

Se dio la vuelta a tiempo para ver a un hombre alto de la barcaza que las estaba supervisando, su pecho de barril presionaba los límites de su camisa manchada de cerveza y tenía las manos cerradas en puños.

—¡Una niña bruja! ¿Dejé subir a una niña a mi barcaza? ¿Y ahora sois dos? ¡No, por ahí no paso! Largaos de mi barcaza.

—Espere un minuto —dijo Catalina.

—He dicho que os larguéis de mi barcaza —dijo bruscamente. Le quitó a Emelina la vara con facilidad, sujetándola del modo en que uno de los soldados de la orilla podría haber sujetado una pica.

—Dicen que las brujas no saben nadar, ¡vamos a averiguarlo!

Primero golpeó a Emelina, lanzándola al agua mientras ella soltaba un pequeño ruido de sorpresa. Catalina estaba de pie, enfrentándose al hombre, deseando poder tener entonces una espada con la que apuñalarlo.

Pero no era así y no había lugar en la barcaza en el que esquivar a la vara cuando se acercó dibujando un arco. Notó que el aire le golpeó con fuerza por el impacto al golpearle en el abdomen y, por un instante, Catalina notó que se la llevaba el aire.

El agua del río le dio una fría bofetada por todo el cuerpo. Catalina se hundió y, por un instante, se puso a pensar que tal vez el hombre de la barcaza tenía razón en que ella no flotaría. Entonces dio un puntapié y apareció de repente en la superficie como un corcho y respirando con dificultad.

No duró mucho. Había otra barca que iba directa hacia ella. Catalina consiguió alejarse de ella a tiempo, pero el movimiento la llevó de nuevo bajo el agua. Se puso a mirar hacia arriba a los cascos de las barcas que pasaban, intentando encontrar un espacio vacío al que salir.

El agua estaba fría, aun con el calor del día. Tan fría que el

cuerpo de Catalina deseaba respirar agitadamente, pero se aguantó las ganas. Nadó hasta la superficie, consiguiendo salir entre dos barcas que remaban con grandes remos.

—¡Ayudadme! —exclamó Catalina, pero los hombres que iban en ellas rieron.

—Para eso tendrás que nadar, chaval —le contestó uno—. Aquí no hay sitio para los tuyos.

En aquel momento, Catalina deseaba poder apuñalarlos a todos, pero apenas podía mantener la cabeza por encima del agua. Miró a su alrededor para intentar encontrar a Emelina, pero allí no había ni rastro de ella. ¿La habían arrastrado las corrientes del río o…? No, no iba a pensar en eso.

«Emelina» —envió Catalina, o lo intentó. Sus poderes no eran consistentes en las mejores circunstancias y ahogándose en medio de un río no era la mejor de las circunstancias. Le pareció entrever una cabeza que se movía de arriba a abajo en algún lugar entre más barcas e intentó nadar en esa dirección.

Las corrientes no se lo permitían. Lo que habían parecido suaves remolinos cuando estaba en la barca ahora se convertían en cosas más fuertes que agarraban las extremidades de Catalina y amenazaban con arrastrarla bajo el agua en cualquier momento. No había modo de que pudiera nadar en la dirección en que estaba Emelina. Lo único que podía hacer era nadar hacia un lado, atravesando la corriente, en dirección a la orilla mientras el río la llevaba río abajo.

Intentó agarrarse al puente cuando el río la arrastró a través de él, pero el enladrillado era demasiado resbaladizo por el musgo y el barro. Continuó nadando hacia el otro lado, con la esperanza de que si podía llegar a una de las orillas, podría correr, localizar a Emelina y tal vez lanzarle una cuerda o algo. Ayudarla de alguna manera.

Este lado del puente estaba, si cabía, más lleno. Había remos que cortaban camino en el agua y varas y quillas, así que Catalina tenía que esquivar a cada golpe que nadaba. Por fin, fue a parar a aguas más tranquilas y sus músculos adoloridos consiguieron tirar de ella hasta la otra orilla. Catalina sintió que sus manos tocaban tierra en un muelle y consiguió subir.

Durante un minute o más, se quedó tumbada allí sobre la madera, tomando aire. Le ardían los brazos de luchar contra la

corriente. Su ropa estaba empapada y sucia de la inmersión en el agua fría del río. Ahora mismo, sentía que podría enroscarse allí mismo y morir.

En cambio, Emelina se incorporó y se obligó a echar una mirada al río en busca de alguna señal de Emelina.

«¿Estás ahí?» —mandó, esperando alguna respuesta de la chica, pero sus poderes nunca eran tan sencillos como eso. Catalina acababa de descubrir que podía comunicarse con otra persona que no fuera su hermana; las posibilidades de conectar de nuevo con Emelina parecían remotas. Como mucho podía esperar divisar a la otra chica flotando río abajo, llevada por las corrientes.

Pero ella había ido primero al agua. Podría haber sido arrastrada más corriente abajo. Catalina intentó correr a lo largo de la orilla en su busca, pero no tenía fuerzas para ello y, en cualquier caso, era inútil. No veía ni señal de la otra chica. En el mejor de los casos, Había sido arrastrada hacia la orilla a unos cuantos kilómetros. En el peor de los casos, estaría muerta en algún lugar bajo el agua.

Aquel pensamiento le provocó un nudo en el estómago a Catalina, pero lo cierto era que no podía hacer nada.

Se detuvo y miró a su alrededor. Ahora no sabía dónde estaba dentro de Ashton. Había intentado salir de la ciudad, pero el río la había devuelto una buena distancia. Estaba sola de nuevo, mojada, cansada, con frío y sola.

Catalina se arrodilló y lloró.

«Sofía» —mandó. «¿Dónde estás?».

Esperó, durante demasiado tiempo, en silencio, hasta que finalmente se dio cuenta de que su hermana no podía oírla.

Capítulo nueve

Sofía se dirigió de nuevo al palacio, intentando parecer más segura de sí misma de lo que se sentía. Por lo que había visto en las chicas nobles de alrededor hasta ahora, nunca aceptaban ni un solo momento de duda.

Le ayudaba ver que se empezaban a formar multitudes, que se deslizaban por el castillo haciendo grupos con los demás. Pilló algunas miradas que le lanzaban y, por uno o dos instantes, le preocupó que pudieran ver a través de su disfraz. Cuando una de las mujeres más mayores se acercó a ella, Sofía estaba segura de que la desenmascararía y la mandaría de vuelta al orfanato. Su talento le dio cierto consuelo.

«¿Quién es? Debe ser nueva. Todos hubiéramos visto a una chica tan hermosa, estoy segura. Me recuerda a mí misma cuando tenía esa edad. Estoy segura de que habrá rumores».

—Bienvenida —dijo la mujer mayor, ofreciéndole su mano—. Yo soy *Lady* Oliva Casterston.

—Sofía… de Meinhalt —dijo Sofía, tomando la mano de la mujer y recordando tanto su voz como su nombre adoptados justo a tiempo—. Mucho gusto en conocerla.

«Ah, de los estados Mercantes. No me extraña que no haya oído hablar de ella. Supongo que esto explica también el modo en que tomó mi mano sin hacer una reverencia».

Sofía extendió su talento mientras ella hablaba, leyendo lo que podía de la mujer. No parecía desconfiada. Más bien al contrario, parecía decidida a ser amable. Parlotearon sobre nada en concreto y Sofía lo usó como un momento para continuar estudiando la sala.

—Disculpe si mis costumbres no son a lo que usted está acostumbrada —dijo Sofía—. Aquí las cosas son… muy diferentes, creo.

—Espero que no sean demasiado diferentes —dijo *Lady* Oliva—. Pero imagino que, con la guerra… oh, pobrecita. ¿Estuviste atrapada en todo aquello? Vamos, ven conmigo. Te presentaré a la gente. Sir Geofredo, esta es Sofía de Meinhalt, tiene que conocerla.

De este modo, Sofía empezó a conocer a una serie de personas con tanta rapidez que era imposible controlar quién era quién. *Lady* Oliva se quedó con ella con los primeros, presentando la imagen de una chica que huía de las guerras en el continente, lo que significaba que Sofía nunca tuvo que decir una mentira descarada, tan solo… dejar que la gente continuara pensando lo que estaban pensando.

Por supuesto, sabía lo que estaban pensando y sus poderes eran la única razón por la que se mantenía a flote en el mar de gente que debía conocer. Le permitían entrever lo que esperaba esa gente y coger pedazos de información que permitían que ellos pensaran que, por lo menos, había oído hablar de la política de Ashton.

Dejó que la marea de gente a la que sencillamente tuvo que conocer la llevara hasta el salón de baile y, allí, Sofía tuvo que resistir la necesidad de dar un soplido ante todo aquel espectáculo.

—¿Está todo bien, querida? —le preguntó un oficial retirado, con la esperanza claramente de tener una ocasión para ser cortés. Evidentemente, no había tenido mucho éxito en lo de esconder su conmoción.

Pero ¿cómo iba a poder hacerlo? Todas las paredes de la sala de baile estaban cubiertas de espejos y los espejos rodeados por marcos dorados. El suelo era una obra maestra de madera empotrada, que formaba un mapa del mundo conocido que incluso incluía algunas de las tierras descubiertas al otro lado del mar. En el techo había unos candelabros que parecía que podían contener mil velas entre ellos, mientras un trío de músicos vestidos color de oro ocupaban un pequeño espacio a un lado. En las paredes no había espacio para cuadros, pero los arquitectos lo habían compensado con un fresco por encima de ellos al estilo moderno, que hacía que pareciera que la sala de baile se abría hacia un gran paisaje pastoril.

—¿Señorita?

—Sí, estoy bien —le aseguró—. Es solo que nunca pensé que tendría una ocasión como esta… de nuevo. —Evidentemente, Sofía de Meinhalt había asistido a cosas de estas antes—. Pero gracias por

preguntar.

Todavía no había baile. En su lugar, los asistentes comían huevos de codorniz y manzanas pochadas en vino, bebían vinos suaves en copas o los tomaban de lo que parecía ser una pequeña fuente en un rincón, de la que fluía su rojo intenso.

Pero, en su mayoría, parecían competir por la posición como la gente en un mercado buscando las mejores gangas, o como ejércitos en busca del terreno más alto. Tal vez ambas cosas, porque verdaderamente parecía haber un poco de cada cosa en la sala. Los pedazos de pensamiento que Sofía captaba dejaban claro que había más que baile en marcha.

«Por supuesto que yo no estoy por debajo de su rango».

«¿Cómo se puso permitir el Conde de Charlke la casa nueva de la que habla?»

«¿Encontrará mi hija un marido esta noche? ¡Casi tiene veinte años!»

Sofía tenía una imagen de estas cosas como asuntos majestuosos y elegantes, pero los pensamientos intermitentes de los que estaban a su alrededor dejaban claro cuánto estaba pasando bajo la superficie. Parecía que cada gesto, cada palabra, era parte de un juego más grande de posición y ascenso. Todos los que estaban allí parecía que asistían porque querían algo, aunque solo fuera para mostrar el poder y la posición que ya poseían.

Pero allí había elegancia. Algunas de las chicas que estaban allí se veían tan elegantes como cisnes con sus máscaras, mientras todo el mundo parecía haber hecho todo lo que podía con sus atuendos y sus máscaras. Era el tipo de acontecimiento que en cualquier otro lugar podría haber hecho a todo el mundo anónimo, pero aquí servía más para alardear de su gusto y su habilidad para permitirse las mejores cosas.

O para robarlas, en el caso de Sofía.

Se deslizaba por la sala con pasos delicados, escuchando tanto los chismes que los nobles intercambiaban entre ellos y la capa más profunda por debajo de ello que solo pensaban. Oía los rumores sobre qué hombres y mujeres habían perdido a las cartas o apostando en los caballos, junto con preocupaciones más profundas de aquellos que sospechaban que esta vez no podrían pagar sus deudas. Oyó las historias de aventuras e infidelidades, y su talento

le permitía distinguir las que eran ciertas de aquellas que solo se difundían intencionadamente para causar problemas.

Quizás si ella hubiera sido otro tipo de persona, podría haber intentado hacer una fortuna traficando con esos secretos. Pero eso no es lo que ella quería. Ella quería ser feliz, no odiada. Ella quería ser parte de este lugar, no un depredador en sus bordes. Quería ser algo más que simplemente el don que tenía.

Aquello significaba encontrar un modo más permanente de conectar con esta corte. Significaba encontrar un marido aquí. Sofía tragó saliva al pensar en ello. Este era un compromiso grande que hacer y, visto de esta manera, sonaba increíblemente mercenario. Pero ¿era algo peor que los nobles que estaban por allí intentando hacer buenos matrimonios entre ellos o para su descendencia?

Desde luego que era mejor que ser una criada, pasara lo que pasara.

Y, de alguna manera, Sofía tenía una ventaja por encima de los demás que estaban allí: por lo menos podía ver qué tipo de personas eran realmente los hombres que había a su alrededor. Podía mirar muy dentro de ellos y ver que el hombre honesto de su izquierda tenía algo de crueldad, o localizar al joven que pensaba en la cortesana a la que visitaría de nuevo esta noche.

Sofía echó un vistazo a la sala, sentía las miradas sobre ella, sentía las expectativas de algunos de los hombres que miraban en su dirección. Algunos de ellos parecían depredadores, como los lobos rodeando a un ciervo. Otros, evidentemente, querían utilizarla y deshacerse de ella.

Había un hombre joven que llevaba una máscara en forma de sol y un vestido de tela de oro que no hacía más que realzar las hermosas líneas de sus rasgos, estaba en el centro de un nido de parásitos, y Sofía supo incluso antes de mirar a través de sus pensamientos que se trataba de Ruperto, el hijo mayor de la viuda y heredero del reino.

Un vistazo a los pensamientos de él hizo que Sofía apartara la mirada. Para él, ella no era más que un trozo de carne. Peor, bajo aquella fachada de broma, había un toque de violencia. Sofía había oído que el Príncipe Ruperto era un buen soldado a quien le gustaba entrenar junto a otros oficiales del ejército nobles, pero aún había más y era suficiente para que Sofía se asegurara de no querer

acercarse a él.

Empezó a concentrarse en buscar al noble que Cora le había recomendado: Phillipe van Anter. Pero intentar buscar a una persona concreta en una multitud enmascarada era difícil, incluso con un talento como el suyo. Miró a un hombre alto con el pelo igual de pelirrojo que el suyo. No, no era él. Tampoco era un hombre que llevaba un traje de arlequín o uno que pensaba que su uniforme militar era un traje perfecto.

Se giró y se quedó helada al ver a un hombre joven en los bordes de la multitud que había allí. Iba lujosamente vestido, con un traje que parecía evocar el agua que fluye y el tiempo variante del reino de la isla. Llevaba una túnica gris y plateada encima de unas calzas y una camisa azules, con unas botas ligeramente enjoyadas que en cierto modo resultaban más elegantes que exageradas.

La máscara le tapaba media cara, pero aun con ella, Sofía vio que era guapo. No tenía los rasgos duros de algunos de los soldados de la sala, pero aun así parecía fuerte y atlético.

No era uno de los que la miraban lascivamente, a ella o a las otras mujeres jóvenes de la sala. A Sofía no le daba nada de la sensación de violencia que había tenido con el Príncipe Ruperto ni de ninguno de los problemas que había visto en muchos otros pensamientos allí. Él tenía algo tranquilo, casi pacífico.

Pero así no era como Sofía se sentía. Notaba que respiraba más rápido al verlo y no le sacaba los ojos de encima mientras él se movía por la sala. Hasta que un hombre hizo una gran reverencia frente a él, no se percató de lo que no se había dado cuenta:

Era el Príncipe Sebastián, hijo pequeño de la viuda. No era el que iba a heredar, pero aun así era más de lo que ella podía esperar jamás.

Sofía intentó apartar la mirada, pero su mirada volvía hacia él como si no pudiera parar. Al dirigirse hacia allí, avistó a *Lady* D'Angelica y sus amigas y, aunque no hubiera podido leer sus pensamientos, Sofía hubiera visto la mirada deseosa que la noble lanzó al príncipe.

Cuando miró a los pensamientos de Angelica, Sofía se quedó paralizada.

«Una bebida y no tardará en estar adormilado».

Sofía se dirigió hacia la chica a través de la multitud que parloteaba. Sofía vio que tocaba una bolsita que tenía colocada en la cintura.

«Solo espero que el galeno no me engañara. Si esto no funciona con suficiente rapidez, nunca seré la que lo lleve a la cama».

Ahora Sofía podía imaginar su plan. Angelica planeaba darle algún tipo de sedante al Príncipe Sebastián y, a continuación, marchar del baile de su brazo. Le iba a engañar para que se fuera a la cama con ella, sin tener en cuenta sus deseos.

«Cuando esté encinta, tendrá que casarse conmigo».

Este pensamiento interceptado llevó a Sofía al límite. Tenía que parar esto. Se colocó a hurtadillas cerca detrás de la chica, usando su talento tal y como lo había usado para robar en la calle, vigilando el momento en que Angelica desviara su atención, para después estirar el brazo para agarrar la bolsa de su cinturón, con la misma tranquilidad que si se estuviera abanicando.

Sofía se hubiera deshecho del sedante en aquel mismo momento, pero ahora mismo sentía que la noble merecía más que eso —como mínimo—, por cómo se había portado con Cora. Sofía cogió una copa de vino, le añadió algo de los polvos que había dentro discretamente y los mezcló con la bebida. Volvió a acercarse a Angelica, esperando el instante en el que dejaría por un instante su vino en una de las mesitas que había por la sala.

Fue cuestión de unos segundos como mucho, pero Sofía había estado esperándolo y eso facilitó el que pudiera cambiar el vino. Se marchó, dando un sorbo a la bebida de Angelica, mientras la joven noble bebía de la que Sofía había adulterado.

Tardó un rato en verse el efecto. De hecho, durante un par de minutos Sofía no estaba segura de haber conseguido hacer algo en absoluto. Entonces vio que Angelica se tambaleaba ligeramente, apartando de un golpe a una de sus amigas que pretendía ayudar.

«¿Qué sucede? ¿Me he equivocado?».

Sofía vio que se agarraba el cinturón, en busca de la bolsita ahora desaparecida. Angelica tropezó y esta vez sí que la cogió una de sus compinches. Parecía que quería pelear, o discutir, pero toda la camarilla la sacó rápidamente de la sala, supuestamente en busca de algún lugar en el que descansar.

Sofía sonrió al pensar que la chica estaba recibiendo lo que

merecía. Echó un vistazo a Sebastián.

Ahora iba a por la parte que ella merecía.

Pues lo cierto era que no tenía ojos para nadie más en la sala que no fuera él.

Capítulo diez

Catalina se sentía peor de lo que había estado antes de subir a la barca. Tiritaba mientras caminaba por la ciudad, la luz endeble ni se acercaba a secar la ropa empapada que llevaba.

También tenía hambre, tanta hambre que ya estaba pensando en robar para llenar su barriga rugiente. Catalina empezó a mirar a cada tienda y puesto, buscando una oportunidad, pero de momento no había ninguna ocasión, incluso cuando su talento le permitía divisar cuando la costa estaba despejada.

Casi empezaba a desear estar de nuevo en el orfanato, pero ese era un deseo estúpido. Antes de escapar, había sido un lugar incluso peor que este. Por lo menos, en las calles no había monjas que te azotaran por equivocarte, ni horas interminables trabajando en tareas inútiles para evitar el pecado de la pereza.

Pero se le acercaba y Catalina esperaba que en mejores circunstancias que estas. Sin embargo, sus intentos por conectar con Sofía no estaban funcionando. O eso, o estaba atrapada en algo que tenía su atención y no podía responder. También intentó conectar con Emelina otra vez. De nuevo, no hubo respuesta.

Catalina continuó caminando.

Ahora no estaba segura de dónde estaba dentro de la ciudad, pero por su aspecto, no había desembarcado en un barrio noble. Ella imaginaba que allí los adoquines serían de un mármol blanco reluciente, más que de ladrillo y granito resquebrajado cubierto de una capa de excrementos de caballo. Las casas que había a su alrededor parecían incluso más baratas que las que había alrededor de la Casa de los Abandonados y, desde su interior, Catalina de vez en cuando oía gritos y chillidos, discusiones y risas.

Pasó por delante de una taberna, donde la luz de las velas de dentro iluminaba a los hombres y trabajadores de las barcazas corriéndose una juerga. Las palabras de una canción obscena

llegaban hasta la calle y, muy a su pesar, Catalina se sonrojó. Uno de los hombres le hizo un gesto para que se acercara y Catalina empezó a andar a toda prisa.

A la luz del día, Ashton era un lugar ajetreado y tosco. A medida que oscurecía, este rincón parecía mucho menos afable. En un callejón de por cercano, Catalina estaba segura de haber oído ruidos de violencia. Al pasar por otro, pilló a un hombre y a una mujer apretados juntos contra una pared y apartó la mirada.

Catalina sabía que debía calentarse más de lo que estaba. Durante el día, hacía el calor suficiente como para secarse simplemente caminando por allí, pero por la noche, ¿qué iba a hacer con la luz de la luna cayendo sobre ella como una neblina de plata y el viento desbrozándola a cuchilladas siempre que no estaba cerca de una de las paredes?

Si no encontraba una hoguera, iba a congelarse hasta la muerte.

Había hogueras en chimeneas y hogares por toda la ciudad. Las chimeneas de las casas de alrededor escupían humo al cielo nocturno mientras sus habitantes cocinaban en ellas y se calentaban. Pero no era cuestión de entrar en una de sus casas.

Podía probar en una taberna, pero las tabernas costaban dinero y, si merodeaba por una, Catalina no tenía ninguna duda de que alguien querría saber qué estaba haciendo allí. Así que continuó caminando, mirando con anhelo las tabernas cercanas e intentando ignorar los ruidos de los habitantes más peligrosos de la ciudad mientras estaban ocupados con sus asuntos nocturnos.

Finalmente, Catalina sintió que ya no podía seguir. A la siguiente taberna a la que llegó, se coló en el patio que la rodeaba. Puede que no pudiera pagar una habitación, pero esta tenía un establo y, por lo menos, podría mantenerse caliente allí si iba con cuidado. Por algún lugar estarían los trabajadores del establo y los propietarios de los caballos que estaban dentro saldrían por la mañana para llevárselos. Sin embargo, por ahora, Catalina no recibía ningún pensamiento que apuntara que había gente demasiado cerca.

En ese momento, había tres caballos en los establos. Uno era un semental oscuro, grande y con aspecto agresivo. Otro era un poni blanco y manso que parecía estar demasiado delgado y mal cuidado. El tercero era una yegua de color castaño, que resopló al

acercarse Catalina y volvió de nuevo al establo para acurrucarse entre la paja. Ella cogió una manta que estaba colocada sobre el lomo del caballo y a este no pareció importarle que Catalina se envolviera con ella.

No era gran cosa, pero era mucho mejor que andar por la calle intentando secarse. No intentó dormir, pues no quería arriesgarse a que alguien se acercara sigilosamente mientras lo hacía. Simplemente, se quedó sentada hasta que, lenta y gradualmente, empezó a entrar un poco en calor.

También empezó a pensar. Había planeado salir de la ciudad cuando los chicos la encontraron y se había visto obligada a correr. Su plan había sido robar todo lo que necesitaba, desde comida a armas, desde ropa a… bueno, un caballo. ¿Existía alguna razón por la que no pudiera hacerlo todavía?

Catalina fue lentamente hasta la parte delantera del establo, vigilando a la vez que desplegaba sus otros sentidos. No quería ni pensar qué le sucedería si la pillaban robando algo tan caro como un caballo. Como mínimo, sería el hierro de marcar y, más probablemente, la horca.

Pero ahora mismo, cuando la alternativa era morir de una muerte lenta en la ciudad, el riesgo parecía valer la pena de sobras.

Hacerlo de verdad era lo difícil. Catalina vio algunos de los arreos para un caballo puestos en la pared y la yegua color castaño se quedó quieta mientras Catalina ponía la manta en su sitio y le colocaba la silla encima. Era evidente que estaba acostumbrada a que la ensillaran personas extrañas en lugar de su dueño. Encontró más arreos para ella y las clases del orfanato, que recordaba a medias, sobre cómo ser una buena sirvienta le revelaron parte de lo que necesitaba saber sobre dónde iba todo. El restó se lo imaginó y, al no alejarse el caballo con todos sus esfuerzos, supuso que lo había hecho bien.

Abrió la puerta del establo lo más silenciosamente que pudo, cada crujido de la madera o chirrido del pestillo sonaba tremendamente fuerte en contraste con el silencio de la noche. No se atrevía a salir de los establos montando a caballo, así que en su lugar lo guio silenciosamente, paso a paso, hasta llegar al portón que daba a la calle.

—¡Oye, tú! ¿Qué te crees que estás haciendo?

Catalina no lo dudó. Su subida a la silla no fue elegante, pero fue rápida. Clavó los tacones en los flancos del caballo y gritó todo lo que su voz le permitía. A la vez, mandó con tanta fuerza como pudo, la necesidad de correr.

Catalina no sabía qué fue lo que llevó al caballo al galope, pero ahora mismo no importaba. La única cosa que realmente importaba era que estaba agarrada al caballo mientras este atravesaba a toda prisa las calles por la noche. Detrás suyo se oían gritos, pero rápidamente desaparecieron en la distancia.

La verdadera dificultad era aferrarse al caballo. Catalina no había montado antes. En el orfanato daban por sentado que los únicos que iban a montar a su alrededor serían los que la compraran como criada. Desde luego que ella no y, desde luego, no tan rápido.

Eso significaba que se aferraba al cuello del caballo con todas sus fuerzas, sin tan solo intentar dirigirlo, ya que él escogía su propio camino por delante de las carretas y los transeúntes que todavía estaban por allí fuera. Se agarró hasta que la fuerza del caballo empezó a desvanecerse y, en ese momento, tiró de las riendas para intentar detenerlo.

Consiguió frenarlo hasta llegar a caminar para, por lo menos, poder orientarse. No sabía exactamente dónde estaba dentro de la ciudad, pero tenía una idea de dónde estaba el río, pues no hacía tanto que había salido de él. Si continuaba en dirección contraria al mismo, acabaría saliendo de la ciudad.

Catalina dirigió al caballo en la dirección que esperaba que fuera la correcta y continuó cabalgando. Puede que no hubiera cabalgado antes, pero rápidamente le cogió el ritmo, agarrándose fuerte con las piernas y continuando la marcha mientras su nuevo caballo la llevaba por delante de tiendas y tabernas, prostíbulos y salones de apuestas.

Pasó por uno de los agujeros que había en las viejas murallas. Hubo un tiempo en el que hubiera tenido que pasar una puerta cerrada, superando guardias que hubieran querido saber dónde había conseguido el caballo. Pero aquellos días hacía tiempo que habían pasado, las puertas fueron destruidas por los cañones en una de las guerras civiles. Ahora, catalina podía pasar con facilidad, cruzando hacia la mayor tranquilidad de la periferia de la ciudad.

Todavía había gritos en algún lugar tras ella, pero Catalina dudaba de que alguien pudiera alcanzarla ahora. Solo para asegurarse, no iba por los caminos principales, de tal modo que cualquiera que la persiguiera tendría que buscarla. Aquí fuera, eso significaba pasar por delante de hileras de edificios de madera, la mayoría de los cuales tenía su propio huerto pequeño para intentar cultivar algo más de comida.

Por primera vez en su vida, se sentía verdaderamente libre. Podía continuar hasta las Vueltas, con sus campos abiertos y sus pequeñas aldeas, y nadie la detendría. Allí podría encontrar lo que necesitaba, tanto si era comida, o armas o simplemente la libertad para vivir de la tierra.

Respiró profundamente, aguantando las ganas de dar un puntapié al caballo para que galopara de nuevo. Ya había corrido lo suficiente por una noche. Por ahora, quería continuar a un paso que el castaño pudiera mantener hasta la mañana, así que dejó que este continuara a su paso ligero a través de las extensiones de la periferia de la ciudad.

No fue hasta que vio la tienda de un herrero que Catalina hizo que el caballo se detuviera de nuevo. Era el único grupo de edificios construidos con piedra en un mar de construcciones de madera y ladrillos de arcilla, con un aspecto tan sólido que parecía que siempre había estado allí. Había muestras del trabajo del propietario por el espacio que la rodeaba por fuera, desde puertas de hierro forjado hasta guadañas esperando a ser afiladas, o hasta barriles de astas para flechas, que aguardaban que les ajustaran las puntas.

Estas llamaron la atención de Catalina. Si había puntas de flecha, podría ser que hubiera otras cosas que fueran con ellas dentro. Podría ser que hubiera arcos cortos de caza, a la espera del tipo de accesorios de metal elaborado que algunas personas adoraban. Podría haber cuchillos. Podría incluso haber espadas.

Catalina sabía que debía continuar. Lo más seguro sería no arriesgarse a robar más hasta que estuviera fuera de la ciudad. Incluso el caballo había sido un riesgo enorme. Pero había sido un riesgo que por el que ahora estaba mejor, ¿verdad?

Y tal vez era mejor hacerlo ahora, todo de una vez. Ya había gente que la buscaba, así que tal vez era mejor correr todos los

peligros esta noche, más que arriesgarse a que las cosas se estropearan una vez estuviera en campo abierto. De algún modo, catalina tenía la sensación de que debía dejar atrás todos sus pequeños crímenes una vez dejara Ashton. Esto aún era parte de la vida que estaba intentando dejar atrás; ella no quería echar a perder su nueva vida haciéndose enemigos en las aldeas de las Vueltas o los Condados que hay más allá.

Se decidió, ató el caballo a la valla que rodeaba el lateral de la tienda del herrero. Saltó por encima de la valla y, en el instante que lo hubo hecho, le apreció que había hecho algo irrevocable. Fue lentamente hacia la tienda del herrero, agachada todo el rato.

Había tres edificios. Uno estaba claro que era la tienda principal, otro parecía que podía ser la casa del herrero, mientras que el tercero era probablemente una especie de zona de almacenaje y el taller. Ese fue en el que se coló Catalina en la oscuridad, basándose en que era el que tenía menos posibilidades de estar firmemente cerrado y el que tenía más posibilidades de albergar armas terminadas.

Como era de esperar, cuando catalina miró por una de las diminutas ventanas, vio barriles de los que sobresalían empuñaduras de espada y arcos, mezclados con forja decorativa y clavos largos diseñados para la construcción de barcas.

Ahora, solo tenía que encontrar una manera de entrar. Catalina se dirigió hacia la puerta, pero en ella había una gran cerradura de hierro forjado y un picaporte que no se movió cuando lo probó. Volvió de nuevo a la ventana y observó el vidrio emplomado que había allí. ¿Cabría por allí? Si lo hacía sería justo, pero Catalina pensaba que podía conseguirlo.

Tendría que romper la ventana para hacerlo, pero con tantos objetos esparcidos por el patio, eso resultaba ser fácil. Simplemente, cogió el barrote de una reja de hierro forjado y lo balanceó.

El ruido al romperse el cristal fue demasiado fuerte en contraste con el silencio y catalina se quedó inmóvil, escuchando por si había movimiento. Al ver que no había, destrozó el resto del cristal y entró por la ventana.

Catalina buscó entre los barriles. No sabía tanto sobre armas como ella quería, pero Catalina vio que algunas de las creaciones que había aquí eran mejores que otras. Había algunas espadas que

parecían ligeras y flexibles, mientras otras parecían copias baratas de las mismas. Incluso algunas de las espadas con las empuñaduras con un aspecto más trabajado tenían hojas que no se doblaban nada y con un brillo apagado, en lugar de metal que dibuja ondas de las mejores.

Lo mismo pasaba con los arcos. Algunos eran simplemente tejo y ceniza, mientras otros parecían ser compuestos de muchas capas de madera y cuerno, atado con metal. Catalina cogió lo mejor que encontró. Si lo iba a hacer, iba a hacerlo bien. No había manera de volver a saltar de nuevo por la ventana si los llevaba atados a ella, así que los tiró antes que ella y después salto de nuevo, cayó al suelo en la oscuridad y se levantó hasta quedar en cuclillas.

Una mano la agarró por el hombro, tan grande y fuerte que catalina no tuvo ocasión de escapar. Se giró, para intentar apartarse y unos brazos fuertes la rodearon.

Catalina tragó saliva, sabiendo que estaba acabada.

Capítulo once

Sofía se forzó a quedarse quieta y observar el baile cuando empezó, grupos de personas que se movían en formales bailes de la corte de los que ella sencillamente no conocía los pasos. Ella deseaba salir corriendo en dirección al Príncipe Sebastián, pero ahora mismo era difícil hacer que sus pies se movieran en la dirección adecuada.

«Entonces, ¿a qué viniste aquí?» —se preguntó Sofía a sí misma.

Esa era la cuestión. No podía asustarse por eso. Si no podía conseguir ni tan solo hablar con el príncipe, entonces tendría que dirigirse hacia uno de los otros hombres que había en la sala. Si no podía hacer eso, tendría que marcharse, vender lo que tenía y esperar que fuera suficiente para sacarla de las calles durante una o dos noches.

¿No era mejor ir hacia el príncipe que cualquiera de esas dos cosas? ¿No era mejor simplemente hablar con un joven que le gustaba? Con ese pensamiento, Sofía pudo volver a moverse y se dispuso a abrirse camino entre la multitud.

No todo el mundo estaba bailando, incluso ahora. La mayoría de nobles más mayores que había allí observaban desde los laterales, hablando entre ellos sobre el hijo, la hija o la sobrina de quién bailaba con más elegancia, sobre las guerras al otro lado del Puñal-Agua, sobre los últimos artistas que eran clientes de la viuda o sobre el hecho que la hija de Lord Horrige había escogido convertirse en monja de la Diosa Enmascarada. Solo mencionarlo fue suficiente para que Sofía se alejara de la conversación.

Continuó avanzando hacia el príncipe. Él todavía no bailaba, aunque su hermano sí, yendo de pareja en pareja con el entusiasmo risueño de un hombre que sabía que podía escoger entre las mujeres. Sofía se aseguró de evitarlo. No le interesaba ser arrastrada el remolino de su entretenimiento.

Mientras se dirigía hacia el Príncipe Sebastián, estaba segura de

que lo atrapó hacia ella. Era difícil decirlo con seguridad con la máscara que ocultaba su gesto, pero al parecer su talento pilló su sorpresa.

«¿Está viniendo hacia mí?» Imagino que una chica tan bonita ya tendrá la tarjeta de baile llena.

—Su Alteza —dijo Sofía al llegar hasta él, haciendo una reverencia, pues en la casa de los Abandonados por lo menos les habían enseñado a hacer hasta aquí—. Espero que no le importe que me acerque de esta manera.

«¿Importarme? A menos que empiece a hablar de lo perfecto que es el baile. Odio lo forzadas que son estas cosas».

—No. No me importa —dijo—. Lo siento, no puedo imaginar quién está bajo esa máscara.

—Sofía de Meinhalt —dijo ella, recordando su falsa identidad—. Lo siento, no se me dan muy bien las fiestas. No tengo claro lo que debería estar haciendo.

—A mí tampoco se me dan muy bien —confesó Sebastián.

«Son mercados de carne».

—No tiene que esconderse de mí —dijo Sofía—. Ya veo que no le gustan mucho. ¿Es como si mucha gente estuviera buscando beneficio en un solo lugar? —Hizo una pausa—. Lo siento, he sido demasiado directa. Si quiere que me vaya…

Sebastián la cogió por el brazo.

—No, por favor. Es una novedad conocer a alguien que esté preparado para ser sincero acerca de lo que está sucediendo aquí.

En realidad, Sofía se sentía un poco culpable por ello, ya que era más que consciente de que estaba allí bajo excusas falsas. Al mismo tiempo, sentía como una conexión con Sebastián mientras este estaba cerca de ella que con ninguno de los demás que estaban allí. Parecía auténtico mientras muchos de los demás parecían simples fachadas.

La verdad es que le gustaba y parecía que a él le gustaba ella. Sofía podía ver sus pensamientos con la misma claridad que los peces al fondo de un río. Eran brillantes, sin el filo de crueldad que tenían los de su hermano. Aún más, podía ver cómo se sentía y pensaba cuando la miraba.

—¿Por qué vino al baile si los odia tanto? —preguntó Sofía—. Yo pensaba que un príncipe podía escoger no hacerlo.

Sebastián negó con la cabeza.

—Tal vez en Meinhalt funcione así. Aquí, el deber lo es todo. Mi madre desea que yo asista y yo asisto.

—Probablemente, espera que conozca a una buena chica —dijo Sofía. Miró alrededor intencionadamente—. Estoy segura de que debe haber alguna en algún lugar.

Con eso consiguió hacerlo reír.

—Pensaba que acababa de hacerlo —replicó Sebastián. Al parecer se dio cuenta de lo que acababa de decir—. ¿Y usted, Sofía? ¿Por qué está en este baile?

Sofía pensó que no quería mentirle sobre esto; al menos, no más de lo necesario.

—No tenía ningún otro lugar al que ir —dijo, y Sebastián debió notar la tristeza que había en ello. Evidentemente, no podía conocer la razón para ello, pero incluso aunque pensara que era una noble que había escapado de las guerras, lo importante fue la compasión en sus siguientes palabras.

—Lo siento. Mi intención no era sacar temas difíciles —dijo Sebastián. Le ofreció la mano—. ¿Le gustaría bailar?

Sofía la tomó, sorprendida de ver que en aquel momento no había nada que quisiera más.

—Sí que me gustaría.

Fueron juntos hacia la pista de baile. Entonces a Sofía se le pasó por la cabeza que había un problema evidente al hacerlo.

—Probablemente, debería advertirle que no soy la mejor bailarina. Ni tan solo conozco los pasos de todos los bailes de aquí.

Vio que Sebastián sonreía.

—Por lo menos tiene la excusa de que allí en Meinhalt hay un conjunto de bailes de la corte completamente diferentes. A mí sencillamente no se me da muy bien y algunos maestros me lo han dicho, así que debe ser cierto.

Sofía le puso la mano encima del brazo. Conocía de primera mano lo que era tener profesores crueles. Dudaba que alguno de los del príncipe le hubiera dado una paliza, pero había maneras de ser cruel sin ni siquiera ponerle un dedo encima a alguien.

—Decir eso a alguien es horrible —dijo—. Estoy segura de que baila mejor de lo que cree.

—Por lo menos, podemos aprender juntos —dijo Sebastián.

Durante los primeros pasos del nuevo baile, Sofía se tambaleaba, sin saber qué hacer. Entonces pensó en lo evidente: había una sala llena de gente a su alrededor que sí que conocía los pasos del baile, y que tendrían que pensar en ellos para poder ejecutarlos.

Escuchó utilizando su poder, con la esperanza de que pillaría todo lo que ella necesitaba, usando los ojos para pillar el resto mientras observaba los ritmos de los otros bailarines. Había una chica un poco más lejos que parecía estar pensando en los pasos con la concentración de alguien a quien un maestro de baile se los ha hecho practicar no hace mucho tiempo.

—Está aprendiendo rápidamente —dijo Sebastián cuando Sofía empezó a moverse.

—Usted tampoco lo hace tan mal —le aseguró.

Así era. A pesar de las afirmaciones de que no sabía bailar bien, el único problema que Sofía veía con el baile de Sebastián era una especie de rigidez por vergüenza. Que parecía ir y venir, dependiendo de si recordaba que la gente lo estaba mirando, así que Sofía decidió distraerlo.

—Cuénteme cosas sobre usted —dijo mientras daban vueltas alrededor de las otras parejas.

—¿Qué puedo contar? —respondió Sebastián—. Soy el hijo pequeño de la viuda de un noble, técnicamente el señor de un ducado menor en el oeste y, principalmente, nada importante en lo que a sucesión se refiere. Hago todo lo que el deber me obliga, lo que incluye asistir a bailes.

Sofía le rozó el hombro con la mano.

—Me alegro de que lo hiciera. Pero no me interesa nada de eso. Quiero saber de usted. ¿Qué le hace sonreír? ¿Qué es lo que más le gusta del mundo? Cuando está con amigos, ¿todavía le tratan como si fuera un príncipe o para ellos es simplemente Sebastián?

Sebastián se quedó callado durante tanto tiempo que Sofía pensó que se había equivocado a pesar de las ventajas que sus poderes le daban.

—No lo sé —dijo por fin—. Realmente no estoy seguro de tener amigos. Como mucho, siempre he sido el que estaba al margen del grupo social de mi hermano. Confrontado con la mayoría de ellos, tal vez eso no es tan malo. En cualquier caso, mi único trabajo como príncipe más joven es no avergonzar. Resulta más fácil si

evito los líos que crea mi hermano. Y, para ser sincero, los libros son más interesantes que la mayoría de ellos.

Sofía se acercó un poco más a él.

—Esto suena a soledad. Por lo menos, yo espero ser más interesante que un libro.

—Mucho más interesante —dijo Sebastián y entonces pareció darse cuenta de lo que había dicho—. Lo siento, no debería…

«Aunque sea cierto».

—No pasa nada —dijo Sofía. Podía ver la vergüenza que tenía por haberse sobrepasado, pero su talento le mostraba lo contento que estaba porque a ella no le importaba y lo que pensaba cada vez que la miraba. Se hacía extraño ver que la sala parecía iluminarse para alguien solo porque Sofía estaba allí.

Parecía que Sebastián estaba a punto de decir algo cuando otra chica escogió ese momento para acercarse a ellos, con el brazo extendido como si le pidiera un baile. Sofía podía ver cómo evolucionaría eso, príncipe pasaría de una chica bonita a otra, y se olvidaría de ella por completo.

Pero, ante su sorpresa, Sebastián dio un paso atrás para alejarse de la chica.

—Quizás más tarde —dijo, aunque lo hizo educadamente—. Como ve, tengo pareja para este baile.

—Yo tengo mi tarjeta de baile… —empezó a decir la chica, pero Sofía ya estaba bailando con Sebastián en dirección contraria.

No tendría que haberse preocupado. Sebastián solo tenía ojos para ella mientras bailaban. A Sofía le encantaba su voz mientras hablaba de las cosas que le entusiasmaban, no las guerras insignificantes que hubieran interesado a la mayoría de nobles, sino del arte y del mundo, de la gente de la ciudad y de lo que podía hacer como príncipe para mejorar las cosas.

—Evidentemente —dijo—, no es como los días previos a las guerras civiles, cuando los reyes y las reinas podían hacer lo que querían. Ahora, todo pasa por la Asamblea de los Nobles.

—¿Y le deja con la sensación de que no puede hacer el bien? —intuyó Sofía.

Sebastián asintió.

—Ashton es una ciudad cruel —dijo— y el resto del país no es mucho mejor. Es peor en algunas de las partes más anárquicas.

Estaría bien poder ayudarles.

Sofía siempre había dado por sentado que los nobles simplemente despreciaban a los que estaban por debajo de ellos, sin importarles lo duras que fueran sus vidas. En el caso de Sebastián, por lo menos, parecía que se equivocaba.

Aun así, no quería decirle la verdad sobre quién era. Ahora mismo, el momento parecía demasiado hermoso para ello. Parecía igual de bien tejido que una telaraña, e igual de frágil. Un movimiento en falso y todo podría irse al traste.

Sofía no quería que se fuera al traste. Le gustaba Sebastián y una mirada a sus pensamientos le decía que a él le gustaba mucho ella. Ahora mismo, parecía que podía quedarse y bailar con él, hablar con él, toda la noche.

Así lo hizo.

Daba vueltas en los brazos de Sebastián mientras sonaba otra canción. Habló con él sobre la vida en palacio, sobre los lugares que había visto y las personas con las que había hablado. De sus pensamientos extraía las partes de él que brillaban como diamantes, alejándolo de los días rutinarios y de las presiones de la vida en la corte.

Cuando llegó el turno de la vida de Sofía, habló tan en general como pudo. Podía confesar que tenía una hermana, pero no podía contarle historias de sus vidas con excepción de los detalles más vagos, pues eso hubiera significado hablar del orfanato. Solo podía continuar con alusiones a las últimas novedades porque podía sacar los detalles de la mente del príncipe. Lo mejor que podía hacer era desviar la conversación hacia Sebastián, o hablar de las cosas que no desvelaran de dónde venía, o lo que había hecho para llegar allí.

En algún momento, sencillamente parecía muy natural besarle. Sofía retrocedió por un instante y, a continuación, se acercó intencionadamente, ignorando las miradas de algunos de los nobles jóvenes que estaban a los lados de la sala. Lo importante no eran ellos. Era ella y Sebastián y…

Cuando sonaron los relojes, el clamor de sus campanas cortó la música y todo lo que había unido a Sofía a Sebastián durante toda la noche. Ese sobresalto hizo que ambos apartaran la mirada y, en aquel instante, todo lo que podía haberlos llevado a un beso se hizo añicos.

Al alzar la vista, Sofía vio que algunos de los que estaban a los lados les observaban y hablaban en voz baja. Indudablemente, las mujeres más jóvenes no parecían felices mientras empezaban a alejarse y se sacaban las máscaras al irse.

—¿Ha terminado la fiesta? —preguntó Sofía—. No… no parece que haya pasado ni una hora desde que empezó.

—Han pasado tres —dijo Sebastián, después de echar una mirada a la esfera reflejada de un reloj para confirmarlo. Sofía vio que para él el tiempo también había volado—. Es una sensación extraña. Normalmente, estas cosas parecen alargarse una eternidad.

—Debe ser por la compañía —dijo Sofía con una sonrisa.

—Creo que probablemente sea por eso —dijo Sebastián. Entonces se quitó la máscara y, si el corazón de Sofía no hubiera estado latiendo fuerte por pensar en él, lo hubiera hecho entonces. Era más guapo de lo que ella pensaba, no era del montón y fácil de olvidar comparado con su hermano, como parecía en los pensamientos de muchos otros.

—¿Me permite? —preguntó Sebastián, alargando el brazo hacia su máscara—. Trae mala suerte llevar la máscara puesta después de acabar el baile de máscaras, y pensarán que no conoce nuestras costumbres si la lleva de vuelta a su carruaje.

Entonces sintió miedo por un instante. Tras su máscara, ella era Sofía de Meinhalt, una desconocida a quien no podían identificar. Sin ella… ¿sería suficiente?

Sintió que los dedos de Sebastián le quitaban con delicadeza la media máscara tras la que se escondía. Entonces él la miró y Sofía pudo escuchar sus pensamientos con la misma claridad que si los hubiera gritado.

«¡Diosa, es incluso más perfecta de lo que podría haber creído! ¿Es esto… es esto lo que se siente con el amor?»

Sofía se estaba haciendo la misma pregunta y eso iba acompañado de un problema. Sofía intentó esconderlo cuando Sebastián empezó a acompañarla hacia la parte delantera del palacio, deslizándose con ella entre las multitudes de gente.

Sofía vio que algunas de las chicas que había allí la observaban con una hostilidad que apenas escondían.

«¿Quién es? ¿Qué está haciendo aquí?»

Sofía sentía su rabia por no ser ellas las que iban del brazo del

príncipe, pero ahora mismo solo quería concentrarse en Sebastián.

—¿Cuándo te volveré a ver? —preguntó Sebastián.

Sofía no estaba segura de qué decir. ¿Cómo iba a contestar eso, cuando la única razón por la que había entrado allí era una mentira? El gran error de su plan se abría ante ella: le había logrado la entrada a palacio una vez, pero más allá de eso no le proporcionaba nada. Le mostró este mundo y, a continuación, la dejó fuera del mismo.

Sebastián alargó el brazo para tocarle la cara.

—¿Qué sucede?

Sofía no pensaba que su preocupación se notara de una forma tan clara. Pensó lo más rápido que pudo.

—El carruaje que me está esperando… —empezó, intentando no mentir tanto como pudo pero sabiendo que no le quedaba elección —… me llevará de vuelta a…

—¿Al barco? —ofreció él, con preocupación en el rostro—. ¿De vuelta a casa, al otro lado del mar?

Ella asintió, aliviado de que lo dijera él y de que ella no tuviera que pronunciar la mentira.

—Así sería —dijo—, sin embargo… no tengo hogar, en realidad —dijo—. Mi hogar no es lo que era. Está todo en ruinas. —Por lo menos esa parte era fácil de fingir, ya que tenía algo de verdad—. Atravesé el océano en barco para escapar de casa. Soy reacia a volver. Especialmente, tan poco después de conocerte.

Vio que el desconcierto atravesaba la cara de Sebastián y, a continuación, la decisión.

—Quédate aquí —dijo Sebastián—. Esto es un palacio. Hay más habitaciones de invitados de las que puedo contar.

Sofía no respondió. Pensaba que no quería mentirle más de lo necesario. Eso era una estupidez, pues cada centímetro de su ser era una mentira ahora mismo, pero aun así, Sofía no quería decir las palabras.

—¿Me estás ofreciendo quedarme? —dijo—. ¿Así de sencillo?

Sofía apenas podía creerlo. Sebastián llenó el vacío y resultó que solo hicieron falta dos palabras para ello, ofreciéndole su mano mientras los demás iban marchando de la sala.

—¿Quieres quedarte? _preguntó de nuevo.

Sofía alargó el brazo y tomó su mano, que la estaba esperando, y

poco a poco sonrió.

—Nada me gustaría más —dijo ella.

Capítulo doce

Catalina hizo una mueca de dolor cuando el herrero dio un golpe de martillo al bucle de una cadena que tenía alrededor de la muñeca. Catalina intentó soltar su mano, pero el metal no cedía.

Tampoco parecía ceder el hombre que la había forjado, parecía tan fuerte como el hierro que trabajaba, de pecho fuerte y grueso y poderoso. Su esposa tenía unos rasgos estrechos y un aspecto preocupado.

—¿Ya está, Tomás? ¿Vas a dejarla para que se pueda escapar?

—Tranquila, Winifred —dijo el herrero—. La chica no escapará. Conozco mi trabajo.

Su esposa todavía no parecía convencida. Debería intentar ponerse en el lugar de catalina. Ahora mismo, parecía que le hubieran atornillado la muñeca. Quería soltarse, luchar, pero las armas que había robado habían desaparecido y no podía ni tan solo liberarse.

—Es algo mejor que un animal —dijo la mujer—. Deberíamos entregarla a un magistrado, Tomás, antes de que nos mate a todos.

—No va a matarnos —dijo el herrero, sacudiendo la cabeza ante tanta exageración—. Y si se la entregamos a un magistrado, la colgarán. Apenas es poco más que una niña. ¿Quieres ser responsable de que la cuelguen?

A Catalina le entró sigilosamente miedo al pensarlo. Ya conocía los peligros de robar cuando lo hizo, pero saberlo era muy diferente a la amenaza de que realmente pudiera llegar su muerte. Hacía todo lo que podía para parecer todo lo inocente e inofensiva posible. Catalina no estaba segura de que se le diese muy bien. Era el tipo de cosas en las que Sofía siempre había sido mejor. Algunas veces, en el orfanato, había podido evitar que la pegaran solo porque a las hermanas enmascaradas les gustaba.

Aunque no muy a menudo. Al fin y al cabo, la Casa de los

Abandonados era un lugar duro.

—Lo siento —dijo Catalina.

—Eso apenas me lo creo —dijo bruscamente la mujer del herrero—. Allí hay un caballo que dudo que adquiriera de forma honesta y estaba robando las armas. ¿Por qué iba a querer armas una chica así? ¿Qué estaba planeando hacer? ¿Convertirse en bandida?

—«¿Y si ven el caballo? ¿Y si piensan que estamos amparando a una ladrona?»

Catalina pudo ver que los miedos de la mujer eran más sobre qué pasaría si no entregaban a Catalina, más que un odio real hacia ella.

—Yo no iba a ser una bandida —dijo Catalina—. Iba a vivir libre y cazar mi comida.

—¿Ser un cazador furtivo es mejor? —exigió Winifred—. Esto es una idiotez. Haz lo que quieras, Tomás, yo me mete en casa.

Cumplió con su declaración, yendo ofendida hacia el edificio principal. El herrero observó cómo se iba y Catalina aprovechó la oportunidad para intentar escapar de nuevo. No cambió nada.

—Sería mejor que dejaras de intentarlo —dijo el herrero—. Yo forjo bien mi metal.

—Podría pedir ayuda a gritos —dijo Catalina—. Podría decir a la gente que me secuestrasteis y que me tenéis retenida contra mi voluntad.

Vio que aquel hombre grande extendía las manos.

—Yo les mostraría la ventana rota y las cosas que intentabas robar. Entonces te enfrentarías al magistrado.

Catalina imaginó que eso era verdad. Probablemente, el herrero estaba en el centro de la comunidad de esta pequeña parte de la ciudad, mientras que ella era una chica que había salido de la calle. Después estaba el caballo y la gente que sabría que ella lo había robado.

—Eso está mejor —dijo Tomás—. Tal vez ahora podemos hablar. ¿Quién eres? ¿Tienes nombre?

—Catalina —dijo ella. En aquel momento no podía mirarlo directamente. Realmente se avergonzaba de todo esto y era algo que Catalina no pensaba que sentiría.

—Bueno, catalina, yo me llamo Tomás. —Su voz era más amable

de lo que catalina esperaba—. Bueno, ¿de dónde vienes?

Catalina encogió los hombros.

—¿Eso importa?

—Importa si tienes una familia que te esté buscando. Unos padres.

Catalina resopló ante aquella idea. Sus padres se habían ido hacía tiempo, perdidos en una noche que… negó con la cabeza. Incluso ahora se negaba a venir a ella. Sofía podría saberlo, pero Sofía no estaba allí.

—Lo que deja diferentes posibilidades —dijo Tomás. La agarró por la pierna de sus pantalones robados, levantándola hasta dejar al descubierto el tatuaje que la marcaba como a una de los Abandonados. Catalina intentó librarse de él, pero para entonces ya era demasiado tarde.

—¿Estás escapando de tu contrato como criada? —preguntó Tomás. Negó con la cabeza—. No, eres demasiado joven. Entonces ¡de uno de los orfanatos? ¿Te están persiguiendo?

—Mandaron a algunos de los chicos del orfanato —confesó catalina.

Entonces intentó leer al herrero y adivinar qué iba a hacer a continuación. Si la devolvía, no tenía ninguna duda de que habría alguna recompensa para él y, según su experiencia, la gente hacía lo que fuera mejor para su propio interés. Fue a por su mente y vio que la miraba fijamente.

—¿Eres uno de ellos, verdad? —dijo Tomás.

—¿Qué quieres decir? —replicó Catalina.

Por su dolorosa experiencia sabía que cualquiera que supiera lo que era reaccionaría mal. ¿No la había lanzado al río el trabajador de la barcaza por esa razón?

Vio que Tomás negaba con la cabeza.

—No tiene sentido que intentes esconderlo. Uno de los hijos de nuestro vecino… era como tú. Siempre parecía saber lo que estábamos pensando, incluso cuando no lo decíamos. Aprendí a sentir cuándo él estaba escuchando. No lo supimos hasta que oímos a algunos de los sacerdotes enmascarados dando sus sermones.

—No sé… no sé de qué está hablando —dijo Catalina.

Tomás estiró el brazo y le quitó la cadena de la muñeca.

—Puedes escapar si quieres —dijo—, pero yo no te voy a hacer

daño.

Catalina no escapó. Tenía la sensación de que el herrero tenía que decir algo más.

Así fue.

No me importa lo que seas capaz de hacer. En lo que a mí respecta, no estás maldita, ni eres maligna, ni nada de lo que dicen. Escucha… mi hijo Will se ha ido a una de las compañías. Quiere ser un gran soldado. Bueno, yo necesito ayuda en la forja desde que se fue.

Catalina frunció el ceño al escuchar eso, intentando entender lo que estaba diciendo el herrero.

—¿Me está ofreciendo un trabajo?

No era por lo que había escapado de la Casa de los Abandonados. Tampoco era lo que había buscado cuando había intentado marchar de la ciudad. Pero debía admitir que las perspectivas eran algo tentadoras.

—Estás escapando —dijo Tomás—, pero supongo que no tienes un plan muy claro. Persiguen a los contratados que escapan. Si te atrapan, te harán daño y después te venderán, de esta manera, trabajas en algo que imagino que te gustaría. Tú estás a salvo y yo tengo ayuda. Puedes tener comida y techo, aprender mi oficio. —Miró a Catalina con esperanza—. ¿Qué dices tú?

Catalina no esperaba esto cuando la atrapó. No esperaba otra cosa que no fuera violencia y, probablemente, la cuerda del verdugo. Sentía que todo estaba pasando demasiado rápido, dejándola vacilando.

Pero tenía razón, de este modo estaría segura y aprendería algo que quería saber cómo hacer. No estaría en el campo, pero tal vez habría tiempo para eso en el futuro.

—¿Cuándo empezamos? —preguntó.

La herrería era un espacio oscuro cuando entraron en ella y catalina sintió una pizca de preocupación cuando notó la mano de Tomás sobre su hombro, para guiarla. ¿Y si todo esto era una especie de trampa? Pero, ¿para qué? Catalina no podía imaginar lo que podría querer.

Querría algo. Todo el mundo quería algo.

Esperó mientras él encendía un candil, después iba hacia la forja, extendía carbón con mucho más cuidado que lo que sería una

mezcla aleatoria.

—Observa atentamente —dijo él—. Uno de nuestros trabajos será ayudar a iluminar la herrería por la mañana y hacerlo bien es todo un arte.

Catalina observó sus patrones, intentando verles el sentido.

—¿Por qué hay que hacerlo de este modo? —preguntó—. ¿Por qué no se tira el carbón y ya está?

Vio que Tomás encogía los hombros.

—El calor es la mayor herramienta de un herrero. Debe tratarse con cuidado, demasiado combustible, o demasiado poco, demasiado aire o demasiado poco, todo esto puede echar a perder el hierro.

Catalina se sorprendió cuando le pasó sílex y acero, señalando hacia un lugar donde había preparado madera para encender fuego.

—Empezamos con madera, después encendemos.

Catalina se puso a trabajar con el sílex y el acero, encendiendo chispas hasta que las llamas destellaron en la madera.

—¿Por qué escapaste? —preguntó Tomás.

—¿Sabe cómo era el orfanato? —replicó Catalina. Era difícil mantener la voz firme al pensar en ello.

—No estuve allí, así que imagino que no —dijo el herrero—. He oído rumores.

Rumores. No eran lo mismo que la realidad. Ni tan solo se le acercaban. Un rumor eran unas cuantas palabras, que se olvidaban rápidamente. La realidad había sido dolor, violencia y miedo. Había sido un lugar donde cada día incluía que le dijeran que era menos que cualquiera y que debería estar agradecida por la oportunidad de que se lo dijeran.

—¿Así de malo era entonces? —preguntó Tomás y, con solo decirlo, Catalina imaginó lo mucho que se habría notado en su cara.

—Así de malo era —coincidió Catalina.

—Sí, existen sitios malvados en el mundo —dijo Tomás—. Y a menudo no están donde los sacerdotes nos dicen que están. —Hizo una señal con la cabeza hacia una gran serie de fuelles—. Te haré trabajar duro aquí, Catalina, si quieres quedarte. Vamos a ver si puedes meter algo de aire en el fuego para que se caliente lo suficiente.

Catalina fue hacia los fuelles, esperando que se movieran con facilidad. En cambio, fue tan difícil como lo había sido una de las

manivelas de las ruedas de amolar del orfanato. La diferencia era que, cuando ella se esforzaba con los fuelles, veía que algo cambiaba en ellos. El fuego de la forja crecía, cambiaba de color cuando lo alimentaba con aire y carbón. Observó que las llamas cambiaban de amarillo a naranja y a un blanco que podía cambiar el acero.

Tomás cogió un trozo de hierro y lo colocó dentro de la forja.

—Continúa, catalina. El hierro cambia lentamente. Hay cosas que no podemos hacer deprisa.

Lo dijo con la paciencia de alguien que ha trabajado mucho el metal. Catalina continuó trabajando, ignorando el sudor que empezaba a aparecer en su piel. Quería impresionar al herrero. Después de lo que le había ofrecido, quería demostrarle que lo merecía. Era una sensación extraña; en el orfanato, no le había importado. Tal vez fuera simplemente porque no se habían preocupado por ella, excepto como una mercancía.

—¿Ves la sombra que se ha hecho en el hierro? —preguntó Tomás—… Cuando saquemos el metal de la forja, tendremos que trabajarlo rápidamente. Cuando empiece a desvanecerse, tenemos que devolverlo a la forja.

Catalina lo entendió y se apresuró a coger un par de pinzas, para llegar al metal y sacarlo a toda velocidad. No quería desperdiciar ni un solo instante en su forja. El movimiento fue demasiado rápido y Catalina notó el momento en el que el metal resbaló y se le escapó, hasta caer al suelo de piedra de la forja.

Le rozó la pierna al caer y Catalina chilló. Le dio un fogonazo de calor blanco, un simple roce era pura agonía. Tomás llegó allí al instante, volcando un abrevadero de agua tanto encima de ella como del metal. Catalina oyó cómo crujía el metal, pero ahora mismo no había tiempo para preocuparse. Sencillamente, le dolía demasiado.

—Quédate quieta —dijo Tomás, mientras cogía un tarro de ungüento con un olor fuerte. Resultó calmarla y refrescarla, adormeciendo la pierna de Catalina de manera que el dolor agudo se esfumó, desde donde estaba tumbada, veía las grietas en la palanqueta de hierro que había cogido demasiado rápido.

—Lo siento —dijo. Esperaba que Tomás la golpeara por su torpeza, tal y como hubieran hecho las monjas. En cambio, le

tendió una mano y la levantó.

—Lo principal es que no te hayas hecho más daño —dijo—. Es una mala quemada, pero sanará.

—Pero el hierro… —empezó Catalina.

Tomás lo ignoró.

—El hierro se agrieta. Lo importante es que tú aprendas a ser paciente. No puedes convertirte en una herrera maestra en un día, ni incluso en cien. No se puede ir deprisa en una forja. Es un lugar para la paciencia y la calma, pues la alternativa es la piel quemada y el metal roto.

—Lo haré mejor —insistió Catalina.

Él asintió.

—Sé que lo harás.

Capítulo trece

Sofía caminaba al lado de Sebastián, adentrándose en palacio con él. Su mano se deslizó en la suya mientras caminaban, sus delicados dedos se entrelazaron con los de él, mucho más fuertes. Nunca hubiera pensado que un momento de contacto humano tan simple pareciera tan importante.

—¿Por qué aceptaste bailar conmigo? —preguntó Sofía.

Sebastián la miró como si no lo comprendiera.

—Pareces sorprendida.

—¿No debería estarlo? —dijo, inclinado la cabeza a un lado—. Es decir, yo no soy nadie, en realidad. Y tú eres… bueno, eres tú.

Esto probablemente se acercaba más a la realidad de lo que Sofía debiera, pero ahora mismo se hacía difícil evitar decir más de lo que debía. Podría haber ido al baile con la intención de hacer algo así, pero pensar que podría tener éxito con alguien tan amable, bueno y guapo como Sebastián era más de lo que podía haber esperado.

«Es más increíble que cualquiera que haya conocido ¿y se pregunta por qué quiero bailar con ella?»

Sofía sonrió al pillar ese pensamiento, aunque no dijo nada al respecto. Imaginó que nada estropearía el estado de ánimo con tanta rapidez como hacerle saber a Sebastián lo que realmente era ella.

—Yo sencillamente me alegro de que tú quisieras bailar conmigo —dijo Sebastián, como si no fuera un príncipe, o guapo, o todo lo que Sofía imaginaba que cualquiera podía querer. ¿Realmente no lo sabía? No, Sofía veía que no, y a su manera eso solo lo hacía más deseable.

Sofía había ido allí con la intención de seducir a alguien, pero ahora empezaba a pensar que esas cosas iban en las dos direcciones.

Ese pensamiento trajo una sensación de nerviosismo que Sofía

no había esperado sentir, incluso mientras miraba a Sebastián, imaginando el juego de los músculos bajo su ropa. También se sentía un poco culpable, pues todo lo que era en ese momento era una mentira y por todo lo que había ido a hacer allí.

Ahora parecía muy cínico, ir a la corte para conseguir las atenciones de algún hombre rico, o abrirse camino engatusando hacia las buenas gracias de algún amigo noble. Comparado con lo que sentía ahora, todo eso parecía ordinario y de mal gusto.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Sebastián, estirando el brazo para tocarle la cara. Sofía reflexionó un momento sobre lo extraño que debía ser vivir tu vida teniendo que preguntar esto. Pero, por encima de todo, pensó en lo perfecta que se sentía su piel sobre la de ella.

—Solo en que todavía no puedo creer que esto esté sucediendo —dijo Sofía—. Es decir… yo no tengo nada. Yo no soy nada.

Vio que Sebastián negaba con la cabeza.

—No digas eso jamás. Puede que la guerra se haya llevado tu hogar, pero tú todavía eres… eres increíble, Sofía. Te vi en la fiesta y fue como si tú fueras el sol entre estrellas sombrías.

—¿No era tu hermano quien se suponía que era el sol? —bromeó Sofía, pero puso una mano sobre el brazo de Sebastián para que se detuviera cuando se disponía a contestar. En parte, porque no quería ir por allí y, en parte, porque sentía que Sebastián tampoco quería.

—No, no lo hagas. No quiero hablar del Príncipe Ruperto. Prefiero oír hablar de ti.

Entonces Sebastián rio de verdad.

—Normalmente, es al revés. Por el número de veces que se me han acercado mujeres solo porque quieren estar más cerca de mi hermano, pensarías que yo era su alcahuete o su mediador.

Sofía percibió una nota de amargura en ello. Imaginó que era difícil ser el hermano al que nadie prestaba atención. Continuaron caminando por pasillos forrados con paneles de madera y trofeos de caza, de cada hornacina adornada con tapices y cuadros que hacían que Sofía quisiera pararse y contemplar la gran calidad del trabajo que llevaban.

—Pienso que resulta difícil de creer que las mujeres te ignoren —dijo Sofía—. ¿Están ciegas?

Era demasiado, pero ahora mismo, no podía evitarlo.

—Hay algunas —confesó Sebastián—. A veces se amontonan alrededor y veo qué están planeando quién hará el siguiente movimiento.

—¿*Milady* D'Angelica? —preguntó Sofía.

Eso le provocó una sonrisa.

—Entre otras.

Entonces Sofía no pudo aguantarse.

—Es hermosa. Y me han dicho que tiene un gusto excelente para los vestidos.

Con eso se ganó una mirada atónita, que se esfumó rápidamente.

—Creo que estoy buscando algo más que eso —dijo Sebastián—. Y… bueno, tengo la sensación de que están esperando atraparme para casarse. Quiero ser algo más que el objeto en un juego para alguien.

La culpa de antes volvió de forma repentina pues, a su manera, ella era totalmente tan mala como lo eran las otras. Bueno, tal vez no tan mala como la chica que había planeado envenenar a Sebastián para aprovecharse de ello, pero seguía siendo cualquier cosa menos sincera con él.

—Desearía poder decir que mis intenciones eran completamente puras —dijo Sofía. No debería advertir al príncipe, pero ahora mismo sentía que se lo debía. Podía ver el tipo de hombre que era. Exactamente, el tipo de sinceridad y amabilidad que lo hacían tan atractivo para ella significaban que Sofía sentía que no debería estar haciendo esto en absoluto—. Desearía estar aquí solo porque tú me gustabas.

—Pero ¿te gusto? —dijo Sebastián.

En ese momento, no había nadie más por allí, así que Sofía se permitió hacer lo que había deseado hacer desde el baile y lo besó.

Fue una experiencia extraña. La única vez que esto había sucedido en el orfanato había sido cuando un chico mayor había empujado a Sofía contra la pared, presionando su boca contra la de ella hasta que una de las monjas los separó. Después le dieron una paliza a Sofía por ello, como si hubiera tenido elección. Eso había sido brusco, breve y repugnante.

Este beso no fue ninguna de esas cosas. Resultó que Sebastián besaba con dulzura y que su boca se encontró con la de Sofía en lo

que parecía una unión perfecta de las dos mitades de un todo. Sofía notaba su preocupación, no quería alejarse de ella mientras deseaba besarla más intensamente. Ella lo rodeó con sus brazos, para animarlo, y por uno o dos instantes, Sofía se dejó llevar.

—Espero que esto responda a tu pregunta —dijo Sofía—. Es solo que…

—¿Que no tienes hogar y que tienes que hacer lo que debe hacer una chica noble para sobrevivir? —sugirió Sebastián—. Lo comprendo, Sofía. Seamos claros, la mayoría de chicas que allí había no hubieran sido ni la mitad de honestas.

Sofía imaginaba que probablemente no, pero ahora mismo no quería que Sebastián pensara en las otras chicas que había en la sala de baile.

—¿Nos entendemos? —preguntó ella. No había pensado que fuera tan difícil conseguir seducir a alguien. Tal vez debería haberlo intentado con otro. Alguien a quien le pudiera hacer esto sin sentirse culpable.

Lo cierto era que Sofía no quería a nadie más.

—Creo que nos entendemos perfectamente dijo Sebastián, ofreciéndole el brazo.

Sofía lo tomó, disfrutando de la sensación de estar tan cerca de él. Esto hizo que su corazón latiera un poco más rápido solo por estar allí y vio que se estaba perdiendo la mitad de las cosas hermosas que pasaban en el palacio, sencillamente porque en su lugar pasaba el tiempo mirando fijamente a Sebastián.

Pero el palacio era impresionante. Parecía alargarse para siempre, en ondas de mármol y oro que debería haber costado una fortuna construir.

—Crecer en un lugar así debe de haber sido increíble —dijo Sofía, pensando en lo diferente que era todo eso del orfanato. Aquí había la cosa más valiosa de todas: espacio. Espacio sin gente gritando o dando órdenes. Espacio sin otras cien chicas obligadas a odiarse entre ellas porque tenían que competir por cada resto de cariño y comida.

—Es un edificio impresionante —dijo Sebastián—, pero sinceramente no es en el que pasé más tiempo de niño. Mi madre hizo que creciera en una de las haciendas del campo que poseemos, pues había momentos en los que la ciudad parecía demasiado

peligrosa.

Sofía no había pensado en ello. Era evidente que la viuda tuviera una docena de castillos y hogares esparcidos por el reino.

—¿Solo tú? —preguntó Sofía—. ¿No tú y tu hermano, o tú con tu madre? —Entonces percibió algo de tristeza en los pensamientos de Sebastián y alargó el brazo para acariciarle la mandíbula con los dedos—. Lo siento, no quería estropear el momento.

—No, no pasa nada —respondió Sebastián—. Realmente está bien que alguien quiera saberlo. Pero no, generalmente estaba separado de Ruperto y de Madre, la idea era que no estuviéramos todos en el mismo lugar si sucedía… algo.

En otras palabras, para que uno de ellos sobreviviera si había un ataque o un incendio, una plaga o algún otro desastre. Sofía podía entenderlo en parte, pero aun así, parecía un modo duro de vivir. Cuando eran pequeñas, Catalina había sido la única que le daba fuerza para continuar.

—Bueno, me alegro de que ahora estés aquí —dijo Sofía.

—Y yo también —le aseguró Sebastián.

Subieron hacia una serie de habitaciones separada del resto del palacio por sólida una puerta de roble. Sofía esperaba que tras ella hubiera un dormitorio, pero en su lugar parecía una casa entera embutida en el espacio. Había una sala de recepción amueblada con divanes y alfombras más viejos/antiguos, pero cómodos, y había unas puertas que llevaban al sitio que Sofía esperaba que llevara a los dormitorios y vestidores.

Sebastián se separó un poco de ella.

—Sofía, hay un segundo dormitorio si lo quieres. Yo… no quiero que sientas que tienes que hacer algo, solo para conseguir mi ayuda.

Esa era una de las cosas más amables que alguien había hecho por Sofía. Ella había dado por sentado que todo el mundo quería algo. Había dado por sentado que, incluso para los nobles, la seguridad era una especie de negocio. Pero aquí estaba el príncipe, dándole la oportunidad de conseguir todo lo que quería sin tener que acercarse a su cama.

—Eres un buen hombre, Sebastián —dijo, cogiéndole las manos —. Un hombre amable.

Le besó las manos y, a continuación, lo acercó más a ella.

—Y es por eso que no quiero dormir en la habitación de al lado.

Entonces volvieron a besarse, y hubo más pasión en esta ocasión de la que había habido en la previa. Tal vez, en parte era porque Sofía tenía mucha más confianza porque ahora sabía qué hacer. Tal vez, en parte era porque Sebastián no sentía que tuviera que reprimirse.

Se agarraron, besándose mientras sus manos empezaban a explorar el uno al otro. Entonces Sofía sintió un momento de nerviosismo y Sebastián la miró.

—¿Estás bien? —preguntó.

Ella asintió.

—Solo es que… Yo no he…

—Lo comprendo —dijo Sebastián—. Pero no debes tenerme miedo.

Sofía lo besó de nuevo.

—No lo hago.

De algún modo, entre los dos, consiguieron atravesar el suelo de la recepción sin soltarse. Sofía manoseaba torpemente el corpiño de su vestido, pero suspiró cuando Sebastián empezó a desabrochárselo.

Él abrió de golpe la puerta de una de las habitaciones y Sofía vislumbró una cama con dosel de seda azul antes de que Sebastián la levantara y la tumbara encima con la suavidad de una pluma.

—¿Sí? —preguntó.

Sofía lo miró sonriendo.

—Sí, Sebastián. Rotundamente sí.

Más tarde, Sofía estaba tumbada en la oscuridad, acurrucada contra Sebastián y escuchando su respiración mientras dormía. Podía sentir la presión de sus músculos contra la espalda, y el movimiento cuando cambiaba de posición dormido, hacía que deseara despertarlo y empezar de nuevo todo lo que habían terminado.

Pero no lo hizo, aunque todo lo que había sucedido antes había sido más hermoso, más placentero, simplemente… más, de lo que ella podía haber imaginado jamás. Quería tomar todo lo que pudiera ahora, pero la verdad era que Sofía esperaba que habría el tiempo suficiente para no tener que hacerlo. Esperaba que habría una docena de noches más como esta, cien.

Toda una vida.

Sintió el peso de su brazo rodeándola mientras dormía y, ahora

mismo, sentía que tenía todo lo que podría haber querido jamás.

Capítulo catorce

Llegó la mañana y, al hacerlo, Catalina no estaba segura de haber trabajado tan duro en su vida. Ni en ninguna de las ruedas o quehaceres del orfanato y, desde luego, desde entonces. Lo más extraño de todo es que también estaba más feliz de lo que jamás había estado. Feliz por estar haciendo este trabajo, golpeando metal y trabajando en el fuelle.

Ayudaba que Tomás fuera un maestro paciente. Mientras en el orfanato le habrían dado una paliza, él la corregía enseñándole maneras mejores de hacer las cosas y recordándoselas cuando se olvidaba.

—Tenemos que trabajar más el metal —dijo—. Una guadaña tiene que ser fina y afilada. Debes golpear con efecto cortado, no con impacto.

Catalina asintió, esperando mantener inmóvil la palanqueta mientras él golpeaba y bombeando después el fuelle para conseguir que las llamas tuvieran la temperatura correcta. Había mucho que aprender en la forja, muchas pequeñas sutilezas que iban más allá de simplemente calentar el metal y golpearlo. Hoy ya había aprendido el arte de soldar metal en la forja, las capas que se formaban en el hierro si se trabajaba demasiado y conocer la diferencia entre hierro bueno y malo.

—Quiero cubrir la mitad posterior de la espada con arcilla cuando la endurezcamos —dijo Tomás— ¿por qué…?

—¿Porque eso significará que se enfría más lentamente que la punta? —adivinó Catalina.

—Muy bien —dijo Tomás—. Eso significará que la punta está más dura, mientras el resto es menos frágil. Lo estás haciendo bien, Catalina.

Catalina no estaba segura de que alguien la hubiera animado antes. A día de hoy, en su vida solo había habido castigos cuando se

había equivocado.

Algunas lecciones eran más fáciles que otras. El trabajo en metal necesitaba una paciencia que Catalina no había desarrollado. Siempre quería hacer lo siguiente, cuando a veces lo único que tenía que hacer era esperar mientras el metal se calentaba o enfriaba.

—Hay cosas para las que no puedes tener prisa —dijo Tomás—, tienes tiempo, Catalina. Saborea tu vida, no te quedes esperando los momentos.

Catalina hacía todo lo que podía, pero aun así no era fácil. Ahora que había encontrado algo que disfrutaba haciendo, no quería desperdiciar ni un momento. Sin embargo, había muchos desperdiciados, la mayoría los pasaba mirando la forja o buscando cosas que necesitaban en el cobertizo de allí cerca. A pesar de los evidentes talentos de Tomás como herrero, estaba claro que la organización no era una de ellas.

—Voy a buscar algo de comida para nosotros —dijo Tomás—. Winifred ha hecho pan. No intentes forjar nada tú solo mientras yo no estoy.

Salió hacia la casa y Catalina se quedó fastidiada por el peso de su instrucción. Si no le hubiera dicho que no lo hiciera, probablemente se hubiera lanzado y se hubiera puesto a trabajar en un cuchillo o en un trozo de hierro forjado. Probablemente en un cuchillo, pues Catalina veía su utilidad en un modo que no lo hacía con un soporte decorativo o la reja de un portón.

Pero no podía quedarse quieta, descansando simplemente, a pesar del calor y de lo cerca que estaba la forja. Ante la falta de algo mejor que hacer, Catalina se puso a reorganizar las cosas. No tenía sentido que las pinzas estuvieran en revoltijo aleatorio de objetos de hierro, así que Catalina las colgó en un gancho. No tenía sentido que los trozos de metal estuvieran en un montón revuelto en el que no se distinguía el latón del hierro, el acero duro del blando.

Catalina empezó a clasificarlo todo, colocándolo en claros montones. Colocó las herramientas en los lugares que parecían ser lógicos, basándose en dónde probablemente podría necesitarlas Tomás. De la forja fue al cobertizo, con sus barriles y sus montones, lo puso todo en su lugar, intentando poner algo de orden a todo ese

caos.

Le llevó un rato, pero Catalina veía cómo hacerlo. Se imaginaba a sí misma moviéndose por el cobertizo y la forja, escogiendo las cosas que necesita. Entonces ponía las cosas donde tenían que estar para hacer que eso funcionara. Barrió el suelo, recogiendo los trozos de metal que habían caído por allí y la arena que había caído al arrojar dentro latón y bronce.

—Parece que has estado ocupada —dijo Tomás cuando volvió.

En aquel momento, el miedo se apoderó del corazón de Sofía. ¿Y si se había equivocado? ¿Y si la castigaba por ello? ¿Y si le decía que se fuera y Catalina tuviera que buscarse la vida de nuevo en las calles de Ashton? No estaba seguro de poder volver a ello, tan poco después de haber encontrado un lugar en el que estar a salvo.

—No estás enfadado, ¿verdad? —preguntó Catalina.

—¿Enfadado? —dijo Tomás riéndose—. Hace años que intento ordenar este lugar. Winifred no para de decírmelo, pero entre una cosa y otra… bueno, nunca me he puesto a ello. Parece que también lo has hecho muy bien.

Entonces Tomás le pasó una barra de pan, llena de queso y jamón. Era más comida de la que Catalina estaba acostumbrada a que le dieran en el orfanato y, desde luego, más de la que había conseguido robar para ella en las calles. Quería pensar que hubo un tiempo de pequeña en el que la habían alimentado y cuidado bien, pero lo cierto era que Catalina no podía recordarlo. Costaba creer que fuera posible que todo eso fuera para ella.

Aun así, Catalina comió, pues no iba a dejar que la comida se echara a perder. En particular, no iba a hacerlo porque estaba muerta de hambre después de trabajar tanto tiempo en la forja. Devoró el pan a una velocidad que hizo que Tomás levantara la ceja.

—Si hubiera sabido que tenías tanta hambre, hubiéramos parado antes.

Catalina se limpió la boca, pensó que tal vez no parecía muy civilizada entonces y no le importó. Eso era algo por lo que podría haberse preocupado su hermana, pero no era algo que a ella le afectara.

Miró a su alrededor y esperó que su hermana hubiera encontrado algo tan bueno como esto para ella. Catalina no estaba

segura de que esto durara para siempre, pues ahora mismo no podía imaginar que algo durara para siempre, pero si esto lo hacía, no le importaría. Esto era lo más cercano a la perfección que hubiera podido esperar.

Cuando terminó su comida, parecía que Tomás tenía más lecciones para ella.

—Quieres saber sobre armas más que cualquier otra cosa, ¿verdad? —preguntó él.

Catalina asintió.

—Antes de saber forjarlas, debes conocer las diferencias entre ellas, ven conmigo.

Se dirigió hacia el cobertizo, llevando a catalina hasta dentro. Gracias a su reorganización, no le costó mucho encontrar lo que estaba buscando. Catalina estaba realmente un poco orgullosa de ello.

—No solo hay espadas, puñales y hachas —dijo, levantando chapas de espada y un par de espadas de madera que, evidentemente, servían de modelo—. Un florete no es un sable. Una improvisada trampa no es un estilete. Tienes que aprender las diferencias en equilibrio y peso, la forma en que deben usarse y los lugares en los que se espera que sean fuertes.

—Quiero aprenderlo todo —le aseguró catalina. No había nada que quisiera más que eso.

Tomás asintió.

—Lo sé. Por eso quiero que pases el resto del día probando espadas y grabando una que pienses que te va mejor. Cuando hayas acabado esto, calcularemos qué has hecho bien y qué tienes que trabajar más.

—¿Por qué grabarla? —preguntó Catalina—. ¿Por qué no simplemente forjarla?

Tomás la miró a la espera.

—Ya conoces la respuesta a eso, Catalina.

—Porque la madera cambia con más facilidad que el acero —dijo Catalina.

—Exactamente. —Le entregó un cuchillo de tallar—. Ahora ponte a ello y veremos con qué nos sorprendes. Si es lo suficientemente bueno, incluso dejaré que la forjes.

Esta expectativa le entusiasmaba más que todo el resto junto.

Haría un buen trabajo con esto. No recordaba a su padre, pero ahora mismo, Tomás parecía uno para ella.

Iba a hacer que se sintiera orgulloso de ella.

Catalina pasó el resto del día aprendiendo que la madera no cambiaba ni de cerca tan fácilmente como ella había pensado que lo hacía. Desde luego, no cambiaba de la misma manera que lo hacía el acero y las habilidades que había aprendido de Tomás no resultaban muy útiles cuando se trataba de grabar su arma de madera.

La madera no fluía como el agua cuando la calentabas. La madera no se doblaba de la misma manera. No cedía para adoptar nuevas formas. Lo único que se podía hacer era hacer láminas de ella, sacando más material para ver lo que queda. Llevaba un tiempo acostumbrarse a esto, y Catalina sopesaba cada golpe de cuchillo mientras buscaba crear el arma que fuera perfecta para ella.

En la esquina del jardín, su caballo robado resoplaba. Para Catalina, sonó como si se estuviera divirtiendo.

—Para ti es fácil —dijo—. Nunca nadie te ha hecho diseñar una espada.

Tenía que ser esbelta y ligera, por supuesto, pues ella no era tan grande ni tan fuerte como podría haber sido un chico. Pero aun así debía tener fuerza en la empuñadura, para que Catalina pudiera bloquear sin que se partiera. Necesitaría una empuñadura que le protegiera la mano, mientras continuara siendo suficientemente ligera para mantener bien el equilibrio. No podía ser demasiado corta, pues Catalina no quería luchar contra contrincantes más altos sin el inconveniente añadido de una espada más corta que la de ellos.

Tallaba y reflexionaba, daba forma y le volvía a dar hasta que, por fin, tuvo una espada que pensó que podría ser lo suficientemente buena. A ella le recordaba más a un florete que a los otros tipos de espada, solo que con las curvas más delicadas para poder cortar eficazmente. Era el tipo de arma que podría haber salido si se hubiera diseñado un sable para luchar en duelos más que para dar machetazos a caballo.

Catalina la levantó y ahora la empuñadura encajaba bien en su mano, perfectamente adaptada a sus dedos. El peso de la espada era

exactamente lo que había esperado que fuera, lo suficientemente ligera que fluía con la misma facilidad que la respiración cuando cortaba el aire.

Intentó imaginar rivales frente a ella y los atacó, practicando estocadas y cortes, bloqueos y embrollos. En su mente, luchaba con los chicos del orfanato y con rivales de montones de tierras. Atacaba y daba un salto atrás, protegiéndose de golpes imaginarios.

Entonces Catalina sintió que la necesidad de venganza crecía en su interior. Se puso a imaginar a toda la gente que quería atacar con esa espada, desde los chicos que la habían atacado hasta las monjas que las habían mantenido a ella y a las demás como prisioneras virtuales. Si tuviera la ocasión, los derribaría a hachazos a todos, uno a uno.

En medio de todo esto, se puso a fantasear con una época diferente. Con su hermana levantándola y corriendo por una casa donde había unos enemigos que ella no había pensado. Catalina entrevió unas llamas…

Dio un traspié y tropezó en la hierba del pequeño jardín delantero de la forja.

—¿Estás bien? —exclamó una voz, y Catalina se puso de pie de un salto, avergonzada, mirando con hostilidad alrededor pensando que alguien pudiera haberla visto caer. Casi por instinto, levantó su espada de madera, a la altura del recién llegado.

—Me alegro mucho de que no sea una espada de verdad —dijo él.

Era más alto que Catalina con el pelo rubio y cortado de una forma que insinuaba que estaba pensada para que no molestara. No podía ser mucho mayor de lo que era Catalina, su cuerpo empezaba a rellenarse con los músculos que tendría cuando fuera mayor. Por ahora, era esbelto, dando una sensación de ser robusto que a Catalina le gustó.

Llevaba el uniforme de una de las compañías mercenarias, con una túnica gris que evidentemente había sido remendada después de algún episodio de lucha. Catalina no estaba segura de si debía preocuparse por eso o no.

No estaba para nada segura de lo que sentía hacia él, pues ahora mismo parecía estar intentando sentir un montón de cosas a la vez. Por lo que debía ser la primera vez en su vida, Catalina se sentía

nerviosa al estar cerca de un chico.

—No tienes pinta de estar aquí para robar a mi padre —dijo el chico.

—No lo estoy —dijo Catalina—. O sea… es decir… Me llamo Catalina.

¿Qué le pasaba? Esto se acercaba más a la manera que ella esperaba que reaccionara su hermana estando cerca de un chico guapo. Y el mero hecho que estuviera pensando que este chico era guapo indicaba todo tipo de cosas que Catalina no estaba segura de estar preparada para pensar.

Las monjas de la Casa de los Abandonados no habían ni tan solo intentado enseñar sus obligaciones en el amor, o en el matrimonio, o en cualquier cosa que tuviera que ver con esto. Se suponía que si las chicas acababan con un hombre, sería porque las habían comprado para ello, y nada más.

—Me llamo Will —dijo, extendiendo una mano para que ella la cogiera. Catalina consiguió a duras penas no tirar la espada de madera al hacerlo.

—Pensaba que te habías unido a una de las compañías mercenarias —dijo Catalina—. Quiero decir, es evidente que lo has hecho. Llevas un uniforme.

¿Cómo podía haberse convertido en algo tan estúpido? Catalina no lo sabía y no le gustaba. Pero podía ver los pensamientos de este chico y no ayudaban.

«Me gusta. Es un poco… quisquillosa».

—Y me he unido —dijo Will—, pero hemos vuelto a formarnos y a buscar más reclutas. Las guerras al otro lado del mar cada vez son más graves. Me alegro de conocerte, Catalina. ¿Estás ayudando a mi padre?

Ella asintió.

—Me deja quedarme aquí mientras le ayude con la forja. Estoy aprendiendo de él.

Vio que Will sonreía al escuchar eso.

—Me alegro de oír eso —dijo—. Cuando me alisté, estaba preocupado. Pensé que él no podría hacerlo todo. Ahora tendría que entrar, pero… me alegro de que estés aquí, Catalina.

—Yo también me alegro de que tú estés aquí —dijo Catalina y, a continuación, se maldijo a sí misma por decirlo. ¿Quién dice cosas

así? Afortunadamente, Will ya iba camino a la casa. Catalina observaba cómo se marchaba, intentando no admitir para sí misma lo mucho que disfrutaba de hacerlo, o lo que sentía entonces por él.

Le gustaba.

Capítulo quince

A juzgar por la luz, cuando despertó era más tarde de lo que Sofía tenía pensado y le llevó un momento recordar que no estaba en las calles, o en las duras camas de la casa de los Abandonados.

Al ver a Sebastián a su lado, Sofía recordó exactamente dónde estaba y, por un instante, se puso tensa por la magnitud del engaño que había empezado la noche anterior. Si tuviera algo de sensatez, huiría sin ser vista y no volvería.

El problema era que no quería. Ahora mismo, Sofía se sentía mejor de lo que lo había hecho en cualquier momento de su vida. La noche anterior había sido todo lo que ella podía esperar, y más. Había sido dulce, había sido apasionada. Había sido cariñosa y por lo menos esta parte a Sofía le había causado más que una pequeña sorpresa.

Por instinto, estiró el brazo y rozó la mejilla de Sebastián con los dedos, disfrutando de su sensación donde podía tocarlo. Sofía sentía que había conocido cada centímetro de su piel la noche anterior, pero aun así, quería tocarlo de nuevo. Quería asegurarse de que era real. Aquello bastó para que Sebastián abriera los ojos y le sonriera.

—Así que todo esto no fue un hermoso sueño —susurró.

Sofía lo besó por ello. Bueno, por eso y porque quería. Quería hacer mucho más que eso, pero Sebastián se apartó.

—Yo… —Justo a tiempo recordó el acento que ahora se suponía que tenía—. ¿Hice algo malo? —preguntó Sofía.

—No, en absoluto —le aseguró Sebastián y, en ese momento, Sofía pudo sentir sus sentimientos al mirarla. Esperaba deseo, pero en su lugar había más que eso. Podía sentir amor—. Solo tengo que saber la hora.

Sofía vio que miraba un reloj que había en un rincón de la habitación y sus manos dejaron claro lo mucho que habían dormido.

—Diosa —dijo Sebastián—, ¿ya es esta hora?

—«Los sirvientes no me despertaron. Es evidente que imaginaron lo que estaba sucediendo».

Sofía atrapó este pensamiento aislado y alargó el brazo para tocar el de él.

—Espero no haberte complicado las cosas. Espero que no… te arrepientas de la noche anterior.

Sebastián negó con la cabeza.

—De ninguna manera. Ni tan solo lo pienses. Es solo que se supone que hoy debo ir a las Vueltas, a pasar revista a algunas de las milicias del pueblo. Me gustaría no tener que ir, pero…

—Pero tienes deberes que cumplir —dijo Sofía. Por la noche anterior, sabía lo mucho que el deber formaba parte de la vida de Sebastián—. No pasa nada, Sebastián. Entiendo que debas irte.

—Odio hacer estas cosas —dijo Sebastián—. Si no es prepararse para la guerra, es cazar. Yo siempre espero que Ruperto lo hará todo, pero nuestra madre insiste.

Lo besó de nuevo antes de que se levantara para vestirse y Sofía disfrutó de ver cómo lo hacía. Nunca pensó que estaría así, simplemente disfrutando de cada pequeño movimiento que hacía alguien, de todo en él. Hoy se vestía de forma sencilla, con una túnica oscura y unas calzas trabajadas con un bordado de plata, sobre una camisa de lino blanquecino. Las hebillas de plata de su cinturón y de sus zapatos brillaban aún más por eso. Igual que sus ojos.

Distaba mucho de lo que había llevado en el baile, pero aun así…

—Oh —dijo Sofía, mordiéndose el labio—. Me acabo de dar cuenta de que lo único que tengo para ponerme es mi vestido de baile.

Sebastián sonrió al oír eso.

—Me lo imaginé. No es gran cosa, pero…

Levantó un vestido de un montón de ropa. No tenía el brillo ni el destello del vestido de baile que había robado, pero aún era más hermoso que cualquier cosa que jamás hubiera tenido ella. Era de un verde profundo y suave que parecía la alfombra cubierta de musgo del suelo de un bosque y, en parte, Sofía quería saltar de la cama para probárselo, a pesar del hecho de que Sebastián aún

estuviera allí.

Se detuvo justo a tiempo al recordar la marca que tenía en la pantorrilla y que anunciaba lo que era para el mundo. Puede que el maquillaje de la noche anterior hubiera aguantado, pero Sofía no podía arriesgarse.

—No pasa nada —dijo Sebastián—. Es normal sentir más vergüenza a la luz del día. Puedes probártelo cuando me haya ido.

—Es precioso, Sebastián —respondió Sofía—. Mucho más de lo que yo merezco.

—«No es ni una décima parte de precioso de lo que ella es. Diosa, ¿así que esto es estar enamorado?».

—Tú mereces mucho más —le dijo Sebastián. Se adelantó para robarle un último beso a Sofía—. No dudes en ir donde quieras del palacio. Los sirvientes no te molestarán. Tan solo… prométeme que todavía estarás aquí cuando yo vuelva.

—¿Tienes miedo de que me convierta en neblina y me vaya flotando?

—Dicen que en los viejos tiempos existían mujeres que resultaban ser espíritus o ilusiones —dijo Sebastián—. Eres tan hermosa que casi podría creerlo.

Sofía lo observó mientras se iba, deseando todo el rato que no tuviera que hacerlo. Se levantó, se lavó usando una jofaina de agua y se puso el vestido que Sebastián le había traído. Había unos zapatos de un marrón suave a conjunto y un ligero tocado para colocárselo por encima del pelo que brillaba al sol.

Sofía se lo puso todo y, a continuación, empezó a preguntarse qué más se suponía que debía hacer. En las calles, hubiera salido y hubiera empezado a buscar algo para comer. En el orfanato, ya hubieran tenido preparadas tareas domésticas para que ella las llevara a cabo.

Primero salió a las habitaciones exteriores del dormitorio de Sebastián y vio los lugares donde su ropa había caído la noche anterior. Sofía la guardó cuidadosamente, pues no quería arriesgarse a perder las pocas cosas de valor que tenía. Vio que un sirviente había dejado chorizo, queso y pan en las habitaciones exteriores, así que se tomó unos minutos para desayunar.

Después echó un vistazo al resto de las habitaciones, contemplando una colección de cascarones en conserva que

probablemente venían del otro lado del mar y un mapa del reino pintado que parecía que lo hubieran pintado antes de las guerras civiles, pues todavía mostraba algunas de las ciudades libres como espacios independientes.

Pero Sofía no podía quedarse mucho rato en un sitio. Lo cierto era que ella no quería quedarse allí sola, esperando a que Sebastián regresara. Quería ver lo que pudiera del palacio y experimentar de verdad la vida que, de alguna manera, había conseguido.

Salió del apartamento que Sebastián tenía dentro de palacio, en parte esperando que alguien apareciera en el momento de hacerlo para decirle que se marchara o que regresara a los aposentos de Sebastián. No pasó ninguna de las dos cosas y Sofía pudo deambular por palacio con normalidad.

Sin embargo, usó su talento para mantenerse alejada de la gente, pues no quería arriesgarse a que la pillaran haciendo lo que no debía, o a que le dijeran que ese no era su lugar. Evitó los espacios en los que había más pensamientos y se quedó en las habitaciones y pasillos vacíos que parecían extenderse en kilómetros en el tipo de maraña que solo puede resultar tras centenares de años de construcción y reconstrucción.

Sofía debía admitir que aquello era hermoso. Al parecer no había paredes sin cuadros o sin un fresco, una hornacina sin una estatua o un jarrón decorado lleno de flores. Todas las ventanas tenían vidrio emplomado, normalmente con cristales pintados que transmitían luz de diferentes colores que se desparramaba por los suelos de mármol como si hubieran volcado allí los cuadros de un artista.

Sofía vio unos jardines de una belleza impresionante fuera, la salvaje vida de las plantas controlada en elegantes hileras de hierbas medicinales y flores, árboles bajos y arbustos. Vio un elegante laberinto, con arbustos más altos de lo que era Sofía. Empezó a caminar con más decisión, pues pensó que sería agradable poder salir fuera y disfrutar de los jardines.

La única cosa que la detuvo fue el ver unas puertas dobles con un letrero encima que anunciaba la presencia de una biblioteca.

Sofía nunca había estado en una biblioteca. Las monjas de la Diosa Enmascarada aseguraban que en el orfanato había una, pero los únicos libros con los que Sofía las había visto eran el *Libro de*

las Máscaras, los libros de oraciones, panfletos impresos por su orden y unas cuantas obras cortas sobre los temas que ellas aseguraban enseñar. De algún modo, Sofía sospechaba que esta biblioteca sería diferente.

Sofía empujó las puertas con más esperanza que expectativas, sospechando que sería algo tan valioso que estaría guardado bajo llave y que nunca se le permitiría acercarse.

En cambio, las puertas de roble se abrieron de golpe con elegancia al estar bien engrasadas, permitiéndole la entrada a una sala que era todo lo que ella podría haber imaginado y más. Tenía dos niveles, con una capa de estanterías con un entresuelo en el nivel de arriba que contenía todavía más.

Cada estantería contenía libro tras libro con tapa de cuero de todas las formas y tamaños, tan apiñados que Sofía apenas podía creer que pudieran existir tantos en un lugar. En el centro de la sala había una mesa grande, mientras en los recovecos había sillas con un aspecto tan cómodo que, de no estar tan emocionada, Sofía se hubiera acurrucado y se hubiera dormido en cualquiera de ellas con mucho gusto ahora mismo.

En lugar de hacer eso, dio una vuelta alrededor de la sala, buscando libros al azar y mirando sus contenidos. Encontró libros sobre todo, desde botánica a arquitectura, desde historia a la geografía de tierras remotas. Incluso había libros que contenían cuentos que parecían haber estado solo inventados por completo para entretener, como obras de teatro, pero escritas. Sofía tenía la ligera sensación de que a las monjas enmascaradas esto no les hubiera gustado.

Probablemente, esta fue la razón principal por la que escogió uno de ellos, se colocó en una de las sillas y leyó una historia de dos caballeros que siempre estaban luchando el uno con el otro hasta que una amante que hacía tiempo que había muerto regresó de la tumba para decir a cuál de los dos quería más. Sofía se encontró abstraída por las palabras, intentando entender todos los lugares de los que hablaba y atrapada por la idea que alguien pudiera evocar otro mundo con nada más que papel y tinta.

Tal vez estaba un poco demasiado atrapada en ella, pues no captó los pensamientos de un grupo de chicas que se acercaba hasta que fue demasiado tarde. Cuando esos pensamientos le dijeron

quién se estaba acercando exactamente, Sofía se acurrucó en la silla, esperando que el libro que sostenía le sirviera lo suficiente de escudo para que no la vieran.

—Lo que te digo —*Milady* D'Angelica dijo a una de sus cómplices—, alguien me envenenó ayer por la noche.

—Eso es terrible —le dijo otra, mientras sus pensamientos todo el rato le decían a Sofía que estaba disfrutando del apuro de la otra.

—¿Quién podría haberlo hecho? —preguntó una tercera, aunque sus pensamientos decían que sabía exactamente lo que su amiga había planeado para el príncipe y daba por sentado que solo era un error.

—No lo sé —dijo Angelica—, pero lo que sí que sé es que… ¿eres tú? ¿Qué estás haciendo aquí?

Sofía se dio cuenta de que la chica le estaba hablando, así que se levantó y dejó el libro a un lado cuidadosamente.

—¿Querías decirme algo? —preguntó Sofía, tomándose un instante para observar a las otras chicas. Hoy, Angelica todavía se veía hermosa, vestida con un traje de montar que podría haber estado decidida a echar el guante a Sebastián si ella no pareciera también un poco pálida por los efectos secundarios de su veneno. De sus dos compañeras, una era más bajita y rolliza, con el pelo castaño y media melena, mientras la otra tenía el pelo casi negro que le caía hasta la cintura, y era más alta que Sofía.

—¿Por qué iba a tener algo que decirte a ti? —replicó la chica, pero continuó de todas formas—. Ayer por la noche te llevaste algo que debería haber sido mío. ¿Sabes quién soy yo?

—*Lady* D'Angelica —respondió Sofía de inmediato—, lo siento pero no conozco tu nombre de pila. Aun así, de todos modos he oído que tus amigas te llaman Angelica, así que ¿nos ceñimos a eso?

Probablemente, ese era un tono estúpido que adoptar con ella, pero Sofía había visto cómo era esa chica con cualquiera que considerase menos importante. Sofía no podía permitirse dar marcha atrás, pues eso la haría parecer lo suficientemente débil para convertirla en presa. Por lo menos, el orfanato le había enseñado esa lección.

—¿Crees que nosotras somos amigas? —replicó Angelica.

—Estoy segura de que podríamos ser buenas amigas —respondió Sofía, tendiendo una mano—. Sofía de Meinhalt.

Angelica ignoró la mano que le había ofrecido.

—Una misteriosa extraña que resulta que aparece justo a tiempo para el gran baile —dijo Angelica—. Asegurando ser de los Estados mercantes. ¿Piensas que yo no sabría que alguien así ha estado en la ciudad? Mi padre tiene intereses allí y yo nunca he oído tu nombre.

Sofía forzó una sonrisa.

—Tal vez no has estado atenta.

—Tal vez no —dijo Angelica estrechando los ojos—. Pero ahora lo estaré. ¿Crees que me costará mucho tiempo saberlo todo sobre ti?

—«Escribiré a… No sé a quién escribiré, pero lo descubriré».

Sus pensamientos no sonaban tan seguros como el resto de ella, pero aun así, Sofía se quedó helada ante la amenaza. Se obligó a pensar.

—¿Y si no puedes encontrar ningún documento en una ciudad destruida, me delatarás? —preguntó—. ¿Por qué, Angelica? Si hubiera sabido que estarías tan celosa, me hubiera presentado antes.

—Yo no estoy celosa —dijo bruscamente Angelica, pero Sofía podía sentir que se levantaba de sus pensamientos como el humo—. Solo quiero proteger al Príncipe Sebastián de vividoras cazafortunas.

—«Es mío».

La fuerza de eso hizo que Estefanía diera un paso atrás.

—Bueno, muy amable por tu parte —dijo—. Me aseguraré de decírselo cuando regrese. Estoy segura de que necesita protección de la clase de gente que, por ejemplo, intentaría envenenarlo para llevárselo a la cama.

Angelica enrojeció al escuchar eso y ni tan solo ella pudo hacer que aquello sonara bien.

—Descubriré quién eres —prometió—. Te destruiré. Haré que acabes vendiéndote en una esquina de la calle.

Estefanía se forzó a irse ofendida de la biblioteca, aunque fuera un lugar en el que había pensado pasar el resto del día.

Hizo todo lo que pudo para no temblar mientras se iba.

Sentía que se acercaban problemas —y las paredes de este palacio ya no parecían tan seguras.

Capítulo dieciséis

Catalina no podía ni recordar el sentirse parte de una familia. No, eso no era cierto, pues tenía una hermana y esa conexión era como un consuelo constante en el fondo de su mente. También tenía imágenes confusas y destellos de cosas antes del orfanato. Una cara sonriente mirándola. Una habitación donde todo parecía mucho más grande que la forma diminuta de una niña.

Pero esto nunca lo había tenido: estar sentada alrededor de una mesa con una familia y comiendo estofado y pan, como si encajara con el resto de la gente que allí había. Tomás y Will estaban riendo. Incluso Winifred parecía más feliz de lo que había estado cuando llegó Catalina, pero eso era de esperar. Había llegado como ladrona; se quedó como alguien que podía ayudar en la forja.

Probablemente, también ayudaba que Will estuviera allí. Su presencia parecía mejorarlo todo, relajaba a su madre y hacía feliz a su padre porque él estaba bien. A Catalina le gustaba simplemente observarlo, y pensar en eso hizo que apartara la mirada avergonzada.

—¿Te vas a quedar en casa mucho tiempo? —preguntó su madre.

Catalina vio que Will negaba con la cabeza.

—Sabes que esto no funciona así, Madre —dijo—. Las compañías libres no se quedan quietas en un lugar durante mucho tiempo. Las guerras más allá del Puñal-Agua están empeorando. Havers cayó ante los Separatistas y los contingentes del Verdadero Imperio uno tras otro. Pagaron a la compañía de Lord Marl para que hacer un alzamiento dejara las armas en el Valle Serralt, y descubrieron que habían formado una compañía de bandidos que robaban a todo el que podían.

—Parece peligroso —dijo Winifred, y Catalina notó la preocupación en su voz. Catalina no podía culparla. Quería proteger

a su hijo.

Catalina quería escuchar más acerca de la emoción de ser soldado.

—¿Qué se siente al ser parte de una de las compañías? —preguntó Catalina—. ¿Es diferente a ser un soldado normal?

Will encogió los hombros.

—No es tan diferente. Un ejército puede funcionar de muchas maneras —dijo Will. Parecía un poco que estaba intentando convencerse a sí mismo—. Aunque el ejército permanente del reino no es tan grande de todos modos. Siempre ha confiado en la lealtad de los comandantes de la compañía y en la habilidad de comprar sus servicios.

Aquellos planes no le parecieron demasiado buenos a Catalina.

—¿Qué sucede si alguien ofrece más? —preguntó.

Tomás respondió a eso.

—Entonces tienes a la mitad de tu ejército cambiando de bando en medio de un conflicto, pero los antepasados de la viuda siempre consiguieron presentar una oferta mejor que sus enemigos, y eso es mejor que lo que sucedió en las guerras civiles.

—Con un gran ejército central masacrando a la gente —dijo Will —. No creo que la Asamblea de los Nobles lo permita ya, aunque el Príncipe Ruperto ha reforzado un poco el ejército.

Catalina vio que Winifred negaba con la cabeza.

—Ya está bien de hablar de guerras, violencia y matanzas —dijo —. No me hace sentir segura el pensar que pronto vas a volver a toda esa crueldad, Will.

—Es bastante seguro, madre —dijo, alargando el brazo para cogerle la mano—. La mayor parte de la guerra es estar a la espera. Las compañías se evitan una a la otra cuando pueden y Lord Cranston siempre va con cuidado de donde compromete a sus hombres.

A Catalina no tuvo suficiente con aquello.

—Yo esperaba historias de aventuras.

—No estoy seguro de tener muchas de esas —respondió Will. Vio que evidentemente le cambiaba la cara—. Pero tengo algunas. Te las contaré cuando mi madre no se preocupe por ellas.

—Me preocupo cada vez que marchas para luchar —dijo Winifred.

Continuaron comiendo y lo único que quería hacer Catalina era encontrar excusas para preguntarle más a Will por su vida. Curiosamente, él parecía igual de interesado en ella.

—¿O sea que solo llevas un día ayudando a mi padre en la forja? —preguntó.

Catalina asintió.

—Aparecí… ayer por la noche.

—Es una ladrona —le corrigió Winifred—. Nos iba a robar todo lo que teníamos.

Catalina se quedó muy en silencio cuando la mujer dijo eso. Veía que a la madre de Will aún no le acababa de gustar, e imaginaba que tenía mucho que ver el modo en el que apareció en la forja. Sin embargo, no podía evitar sentir que podría tener algo que ver con otras cosas: con el talento que tenía y con la marca de criada ligada por contrato de su pantorrilla.

—No todo —dijo Tomás, evidentemente al darse cuenta del malestar de catalina—. Y desde entonces ha trabajado duro, Winifred.

—Sí, supongo que sí.

Catalina podía ver lo suficiente de los pensamientos de la mujer como para saber que más que aversión era desconfianza. Catalina no tenía claro lo que iba a hacer a continuación, y que Winifred no confiara en los que tenían sus talentos tanto como lo hacía su marido no ayudaba. Catalina se retiró, pues no deseaba inmiscuirse donde no la querían.

—Esta historia parece demasiado interesante para ignorarla —dijo Will—. Catalina, vas a tener que contarme más sobre ella. Tal vez… ¿podíamos ir juntos a la ciudad más tarde?

Sin tan solo presionar en los pensamientos de Winifred, Catalina pudo captar su sorpresa ante ello.

—Will, no creo que esto sea…

—Estoy seguro de no habrá problema —dijo Tomás—. Vosotros dos deberíais salir juntos.

Ahora mismo, no había nada que Catalina deseara más.

Por supuesto, no era tan fácil como dejar la forja atrás. Catalina todavía tenía que mostrarle a Tomás su trabajo con la espada, haciendo pequeños ajustes, pues él sugirió que en la espiga debería haber más metal y que el estrechamiento del filo debería ser menos

cuadrado.

Después estaban las tareas domésticas que, repentinamente, Winifred le buscó, desde limpiar el patio hasta pelar verduras en la casa. A Catalina le pareció evidente lo que estaba intentando hacer: intentaba absorber mucho tiempo para que no pudiera ir a la ciudad con su hijo.

Catalina lo eludió escapándose a escondidas cuando ella no miraba, aunque Tomás sí. Él asintió, y a catalina le pareció que le daba permiso. Aquello estaba bien, pues Catalina no quería arriesgarse a enojarlo.

Will la estaba esperando en el patio, y Catalina vio que tenía la emoción escrita en cada línea de él.

—¿Estás preparada para irte? —preguntó—. ¿Querías lavarte primero, o…?

—¿Por qué? —replicó Catalina—. ¿Así no me veo bien para salir contigo?

—Te ves maravillosa —dijo Will, y esto en sí mismo era extraño, pues Catalina no estaba acostumbrada a los halagos. Sofía era la que recibía cumplidos, no ella.

—Bien —dijo—. Además, creo que tu madre intentará retenerme aquí para siempre si no nos vamos ahora.

—Entonces será mejor que nos vayamos —dijo Will, riendo mientras echaba una mirada hacia la casa. Estiró el brazo para coger la mano de Catalina y, para sorpresa de la propia Catalina, ella le dejó que la cogiera.

Iban caminando hacia la ciudad y quedaba claro que Will conocía el camino como un experto, de un modo que Catalina no. Él marcó el camino unas calles anchas mientras el sol empezaba a ponerse y Catalina empezó a observar a la gente que se amontonaba en las calles mientras caminaban. La mayoría solo eran personas que volvían a sus casas, pero también había artistas callejeros: un hombre que caminaba sobre unos zancos que sobrepasaban la cabeza de Catalina; dos luchadores que peleaban por lanzarse el uno al otro en un círculo lleno de arena.

—¿A dónde vamos? —preguntó Catalina.

—Pensé que podríamos ir a uno de los teatros —dijo Will—. Los Actores del viejo rey están representando una versión de *El cuento de Cressa*.

Catalina no quería confesar que no había oído hablar ni de la obra ni de los actores, pues imaginaba que era algo que todo aquel que no hubiera crecido en la casa de los Abandonados conocería. En su lugar, siguió a Will mientras este se dirigía a un edificio grande, redondo y con aspecto de establo, pintado por fuera con escenas ordinarias. Ya había gente allí reunida, esperando a que los actores, que estaban en la puerta para recoger el penique que costaba la entrada, les dejaran pasar dentro.

Will pagó por los dos y Catalina se encontró en medio de una multitud tan abarrotada que apenas podía respirar.

—¿Estás bien? —preguntó Will.

Catalina asintió.

—Nunca he estado en un teatro. Está lleno de gente.

La obra no tardó mucho en empezar y Catalina se perdió en la historia de una chica de un extremo de la península del Bucle que tenía que viajar para ir en busca de un chico cuyo amor había perdido. Catalina no podía imaginar hacer tanto camino por un chico, pero se quedó absorta por el espectáculo. Era evidente que los Actores del viejo rey habían deducido que su público quería acción y música, destellos de fuegos artificiales y apariciones repentinas. Se aprovechaban de ello, aunque se detuvieran por aquí y por allí para hacer discursos preparados para rimar que parecían durar más, como si se hubieran añadido como un intento para hacer algo más de todo aquello. Se reía a carcajadas de algunos de los momentos cómicos y observaba con entusiasmo durante las luchas en el escenario.

También agarró de la mano a Will durante todo el rato, pues no quería soltarlo o arriesgarse a perder aquel contacto. No sabía si viajaría a lo largo del Bucle por él, pero sí que se abriría camino a golpes en un teatro abandonado si lo perdiera.

Para cuando salieron empujados a la calle con el resto de la multitud, Catalina se había quedado sin aliento con la obra. Se sentía viva y despierta.

—Deberíamos ir hacia casa —dijo Will, aunque sus pensamientos no estaban de acuerdo con ello.

«Yo no quiero todavía».

—De aquí a un rato —dijo Catalina, repitiendo sus pensamientos —. De momento, ¿por qué no caminamos un poco?

A Will eso pareció sorprenderle, como si esperara que ella quisiera regresar lo más rápido posible, pero asintió con entusiasmo. Empezó a marcar el camino.

—Claro. Podemos subir al corredor del jardín.

Catalina no sabía qué era y se sorprendió gratamente cuando Will siguió por unas cuantas calles hasta llegar a una escalera, que llevaba a los tejados de la ciudad. Por un instante, Catalina pensó en el escondite que habían encontrado ella y su hermana, metidas tras los montones de chimeneas donde nadie podía encontrarlas o hacerles daño.

—¿Quieres subir allí? —preguntó Catalina.

—Confía en mí —dijo Will.

Ante su sorpresa, Catalina lo hizo, no debería haberse fiado de nadie con esa facilidad. Empezó a trepar y hasta que no llegó arriba, no vio lo que había allí. Una sucesión de árboles estaban increíblemente situados a la altura del tejado, en un jardín que parecía extenderse a lo largo de varias casas.

—Es hermoso —dijo Catalina—. Es como un trozo de campo en medio de la ciudad.

Era más que eso; era algo esperanzador y desafiante, que se resistía a la abrumadora presión de la ciudad en un simple acto de crecimiento y verdor.

Will asintió.

—Dicen que un noble lo plantó como lugar para pensar, pero después de morir, la gente continúa yendo. —Empezaron a caminar alrededor de una pequeña cantidad de árboles, donde fanales colgantes atraían a las mariposas nocturnas—. Probablemente, no pudiste ver mucho de la ciudad, al crecer en un orfanato.

Catalina se quedó helada por un instante, pues sabía que ella no le había contado eso a Will. Tal vez se lo había explicado su madre, con la esperanza de convencerlo para que no lo hiciera. Sabía que Winifred no la odiaba exactamente. Solo estaba preocupada por el impacto que podría tener la presencia de catalina.

—No. Dejaban la puerta abierta, pero era como una burla. Podías irte, pero siempre sabías que no había ningún lugar al que pudieras ir. Y si volvías y regresabas…

Catalina no quería ni pensar en algunos de los castigos que había visto por ello. La Casa de los Abandonados había sido mala en

el mejor de los casos, pero aquellas cosas habían dejado a las chicas destrozadas y con la mirada fija.

—Suena horrible —dijo Will. Catalina no quería compasión, pues no quería ser alguien que la necesitara. Aun así, parecía diferente, al venir de Will y no de otra persona.

—Lo fue —le dio la razón Catalina—. Sabían que nos venderían como criadas, así que pasaban nuestras vidas intentando convertirnos en pequeñas cosas obedientes que tuvieran las destrezas suficientes para traerle el vino a un noble o para trabajar como aprendiz. —Catalina hizo una pausa y puso la mano contra un árbol—. Pero no importa. Ahora no estoy allí.

—Así es —dijo Will—. Y me alegro de que estés aquí.

Catalina sonrió al escuchar eso.

—¿Y tú? —preguntó—. Imagino que la guerra no es tan aburrida y segura como querías fingir ante tu madre.

De hecho, imaginaba que era cualquier cosa menos segura. Quería oír la verdad sobre ella, las batallas y los pequeños combates, los lugares donde Will había estado. Quería oír cualquier cosa que él le pudiera contar.

—En realidad, no —dijo Will con un suspiro—, generalmente, Lord Cranston evita que vayamos a pequeños combates, pero cuando tienes que luchar, es aterrador. No hay más que violencia por todas partes. E incluso cuando no la hay, está la comida horrible, el riesgo de enfermedad…

—Haces que suene heroico —dijo catalina riéndose.

Will negó con la cabeza.

—No lo es. Si las guerras pasan del Puñal-Agua hasta aquí, la gente descubrirá que no lo es.

Catalina esperaba que eso no sucediera, pero a la vez, una parte de ella lo deseaba, pues esa sería una oportunidad para luchar. Ella quería luchar. Lucharía contra el mundo entero si fuera necesario. El horror de aquello no importaba. También habría gloria.

—La mitad de las veces, las batallas solo son venganzas por otras batallas de hace toda una vida o más —dijo Will—. La venganza no tiene sentido.

Catalina no estaba tan segura de ello.

—Hay algunas personas de las que yo sí que querría vengarme.

—Eso no trae nada bueno, Catalina —dijo Will—. Tú te vengas

y, a continuación, ellos quieren vengarse, hasta que no queda nadie. —Se detuvo por un instante y rio—. ¿Cómo se volvió esto tan deprimente con tanta rapidez? Se supone que lo estábamos pasando bien.

Catalina alargó la mano para tocarle el brazo, deseando tener el valor para hacer más que eso. Le gustaba Will.

—Yo lo estoy pasando bien —dijo—. Y pienso que tu regimiento parece muy valiente. Me gustaría verlo.

Will sonrió al escuchar eso.

—No creo que fuera tan elegante como crees.

Catalina sospechaba que sería todo lo que ella esperaba y más.

—Aun así —dijo Catalina.

Cuando Will asintió, no podría haberse sentido más feliz.

—De acuerdo —dijo—. Pero por la mañana. Se verán más impactantes con la luz del día.

Catalina casi no podía esperar.

Capítulo diecisiete

Sofía daba vueltas por palacio y, mientras lo hacía, era imposible no pensar en lo afortunada que había sido. Había venido de ningún lado y ahora… parecía que esta realmente podría ser su vida de ahora en adelante. Había encontrado el lugar que buscaba y era todo lo que podía haber esperado. El palacio era hermoso.

Sofía deseaba poder quedarse aquí. Es más, deseaba poder quedarse aquí con Sebastián. Se quedó mirando fijamente a un cuadro de un noble que hacía tiempo que había muerto, mientras reflexionaba sobre lo que podía hacer para asegurarse de que Sebastián no le pidiera que se fuera. Era evidente que le gustaba, pero ¿cómo sabía Sofía que iba en serio? En aquel momento era feliz, pero eso parecía ser frágil como una cáscara de huevo. No quería que nada lo estropeara.

Sofía continuó deambulando, sin saber muy bien a dónde ir a continuación. No quería simplemente volver a los aposentos de Will, porque parecería que Angelica y sus compinches la habían llevado a esconderse allí, o como si estuviera sencillamente allá metida esperando a que Sebastián la rescatara. No quería volver a la biblioteca, pues había demasiadas posibilidades de que estuvieran allí.

En su lugar, deambuló por una galería donde la gente daba vueltas mirando los cuadros y, a continuación, bajó a los cuartos de los sirvientes, con la intención de conocer la distribución del palacio. Fue hasta un solario con el techo de cristal, donde había unas delicadas plantas colocadas para crecer con más calor y pasó un tiempo sentada en un rincón por el que parecía que no iba a pasar nadie.

En aquel instante, Sofía se dijo a sí misma que se estaba portando como una estúpida. Al fin y al cabo, por lo menos tenía una amiga en el palacio.

Le llevó un tiempo encontrar a Cora, haciendo camino desde el salón de baile hasta encontrar el lugar donde la sirvienta llevan a cabo su trabajo con maquillaje y perfumes.

—Mi señora —dijo Cora con una sonrisa mientras Sofía se acercaba—. Venga y siéntese. Le pondré unos polvos en las mejillas.

—Cora, no es necesario que me llames así _dijo Sofía.

Cora asintió.

—Sí que es necesario y debe acostumbrarse a ello. Por lo que he oído de las cosas entre usted y el Príncipe Sebastián, va a quedarse aquí por algún tiempo. Debe recordar quién es.

—Quién finjo ser, querrás decir —dijo Sofía. Sofía de Meinhalt le parecía tanto una máscara como la que había llevado al baile.

Cora la empujó para que se sentara en la silla.

—Ni tan solo puede decir esto aquí. No sabe quién podría estar escuchando. De ahora en adelante, usted es Sofía de Meinhalt.

«No sé qué sería de nosotras si la viuda descubriera que han engañado a su hijo».

Sofía atrapó ese pensamiento con claridad. Se suponía que podía comprender la idea de que hubiera espías, o simplemente sirvientes en posición de oír más de lo que debían. Al fin y al cabo, ella se pasaba la vida escuchando más de lo que debía de los pensamientos de la gente. También podía entender el peligro. A nadie le gustaba que lo trataran de idiota, y la viuda actuaría para proteger a su hijo, ¿verdad?

—De acuerdo —dijo Sofía—, pero todavía puedo venir a verte, ¿no? Incluso una señora noble necesita que la maquillen.

—Así es —le dio la razón Cora, y empezó a empolvar la cara de Sofía con unos polvos que convirtieron su piel naturalmente pálida en luminosa y sin manchas—. Y mientras lo hace, puede contarme cómo le fueron las cosas con cierto príncipe.

—Maravilloso —dijo Sofía, incapaz de contenerse—. Es… perfecto, Cora.

Cora le pintó los labios con un toque de colorete.

—No es el hombre que sugerí.

¿Se había enfadado por eso? No, con una mirada a los pensamientos de su nueva amiga, Sofía se dio cuenta de que estaba preocupada. Preocupada por todas las cosas que podían ir mal ahora que Sofía había elegido a un príncipe y no a un aburrido

noble menor.

—No fue algo que planeara —dijo Sofía. Quería que Cora lo comprendiera. No quería que pensara que, sencillamente, había ignorado su consejo.

—Es solo que… esto hace las cosas más peligrosas si esto va mal —dijo Cora—. ¿Sabe que por palacio vuelan rumores sobre usted ahora?

Sofía imaginaba que los habría, simplemente por lo mucho que Angelica había oído hablar sobre ella.

—¿Qué tipo de rumores?

—Que consiguió echar a *Milady* d'Angelica a un lado para hacerse con el corazón del príncipe. Que usted es increíblemente hermosa y que ha aparecido de la nada. Que ha huido de las guerras del otro lado del mar y que allí tiene peligrosos enemigos. Se lo prometo, la mitad de los sirvientes están cotilleando sobre lo hermosa que es y lo maravillosamente bien que baila.

Sofía negó con la cabeza al oír eso.

—Apenas conseguí bailar sin tropezar con mis pies.

Aquello hizo que la sirvienta se echara a reír.

—¿Cree que eso importa? La gente ve lo que quiere ver.

Por lo que, por supuesto, a Sofía le había salido bien en un primer momento. La única razón por la que había conseguido encontrar un lugar en la corte era porque la gente quería ver a una chica misteriosa huyendo de un conflicto, en lugar de la realidad.

—Solo que… —empezó Cora—. Vaya con cuidado. Ya hay gente que está intentando descubrir quién es usted exactamente. He oído que *Milady* d'Angelica está haciendo preguntas y que no es la única. Los nobles odian no saber todo lo que hay que saber.

Sofía lo podía entender.

—Intentaré ir con cuidado.

Se marchó, y sospechaba que tenía mejor aspecto incluso que en el baile. Costaba creer que pudiera caminar por el palacio sin que nadie la desafiara. Tal vez debido a su asombro ante aquello, no estaba prestando mucha atención a los pensamientos que había a su alrededor, tal y como debería, o tal vez se había acostumbrado a la idea de que nadie la molestaría al pasar por delante.

En cualquier caso, al girar una esquina se quedó helada al encontrarse cara a cara con Ruperto, el heredero del reino y

hermano mayor de Sebastián.

No iba vestido tan radiantemente como para la fiesta, pero se le acercaba. Había mucho brocado de oro sobre un traje de terciopelo rojo, salpicado con destellos de seda de color crema. Como Sebastián, era un joven apuesto, aunque en su conducta había una seguridad, incluso arrogancia, que decían que el Príncipe Ruperto era completamente consciente de ello. Sofía observó que la recorría con la mirada en una combinación de sorpresa, diversión y… admiración.

—Su Alteza —dijo Sofía, con una apresurada reverencia, debía recordar la etiqueta, aunque pudiera ver lo que Ruperto era exactamente.

—Y tú eres Sofía, ¿cierto? —No se molestó en usar la mentira que era su apellido. Con cualquier otra persona, Sofía podría habérselo tomado como cordialidad. Con él, veía que simplemente él no sentía la necesidad de darle el lujo de tanto respeto a nadie. Ella era solo una chica más entre un montón de ellas, aunque estuviera con su hermano.

—Sí, Su Alteza —dijo Sofía—. Sofía de Meinhalt.

Le tomó la mano, haciendo que se alzara así de su reverencia con toda la elegancia que Sofía podría haber esperado de un príncipe de la corona. Pero él no le soltó la mano, sujetándola de un modo que, para cualquiera que lo viera, podría parecer elegante y romántica, pero que en realidad a Sofía le parecía que la inmovilizaba, reclamándola con la certeza con la que un hombre agarra el brazo de un ladrón.

—La vi en el baile ayer por la noche —dijo—. Bailando con mi hermano. Debería haber venido hacia mí. Podríamos haber bailado.

Con una mirada a sus pensamientos, Sofía vio que el baile no estaba en ningún lugar en su mente.

—Parecía que estaba ocupado con otras parejas —dijo Sofía con una risa delicada.

Ruperto la miró directamente a los ojos.

—Ahora no estoy ocupado, y me gustaría descubrir qué cautivó tanto a Sebastián. Tal vez podríamos ir a algún lugar.

Una vez llegaron allí, Sofía no tuvo que preguntar sus intenciones. Lo podía ver en su mente con la misma claridad que si alguien lo hubiera pintado. Agradeció los polvos que Cora le había

aplicado en la cara, pues escondían la profundidad de su sonrojo.

—Su Alteza, yo no podría. Su hermano…

—No está aquí —remarcó Ruperto.

«Solo es una puta. ¿Por qué iba a importarle?»

—Su Alteza —empezó Sofía, intentando pensar en una manera de salir de allí sin tener que dar una bofetada al heredero al trono. Podía ver cómo la veía Ruperto: como algo que usar porque su hermano lo había hecho. Como un premio que reclamar simplemente porque era el mayor. La encontraba hermosa, pero Sofía dudaba de que la viera como una persona de verdad.

—Estoy seguro de que encontraste a mi hermano dulce y amable —dijo Ruperto, de nuevo, Sofía pilló imágenes que la hicieron desear apartarse—. Y aburrido. Creo que tú y yo no nos aburriremos cuando…

—¿Sofía?

Sofía nunca se había alegrado tanto por nada como lo hizo al escuchar la voz de Sebastián en aquel momento. Consiguió librarse de Ruperto cuando este apareció por la esquina y fue a toda prisa hacia él.

—Sebastián —dijo con toda la felicidad que le daba que Ruperto ya no estuviera cogiéndola, añadida a la felicidad normal al ver a Sebastián—. ¡Has vuelto! Espero que hayas tenido un buen día.

—Si conozco a mi hermano —dijo Ruperto, como si no hubiera pasado nada— se habrá aburrido a morir con todo eso. Sebastián, Madre quiere que cenemos con ella en una hora, más o menos. Trae a Sofía. Estoy seguro de que a Madre le encantará. Parece encantadora.

Sofía captó un último destello de las cosas que estaba pensando antes de que se fuera. Bastó para hacer que se agarrara al brazo de Sebastián y deseara poder borrar de su mente las cosas que había visto.

—Me alegro de que estés aquí —dijo Sofía, apoyándose en él.

—Espero que Ruperto no fuera demasiado agobiante —respondió Sebastián. Sofía vio que estaba preocupado. Antes que Sofía, Ruperto había hecho que algunas chicas se apartaran de Sebastián al darse cuenta de que él era el que deseaba ser más extravagante. El hecho de que ahora no estuvieran aquí solo significaba lo rápido que las había hecho a un lado.

—No, tranquilo.

Una parte de ella deseaba contarle a Sebastián lo que había sucedido exactamente, pero ¿qué iba a decir? ¿Que había leído la mente de Ruperto y sabía lo que quería?

—Todavía tenemos algo de tiempo antes de la cena —dijo Sebastián—. ¿Queremos que paseemos por el laberinto un rato?

Sofía asintió. Lo que fuera, siempre y cuando saliera de allí, con Sebastián. Caminó con él hacia los jardines, donde los fanales empezaban a iluminar las flores que se habían abierto en la oscuridad, pálidas y plateadas.

—Son orquídeas de media noche —dijo Sebastián, evidentemente fijándose en lo que miraba Sofía—. Se abren para atraer a las mariposas nocturnas que no salen durante el día, así no tienen que pelear con las otras flores por la atención de las mariposas.

—¿Sienten que no pueden atraer a las mariposas? —preguntó Sofía—. Pero si son hermosas.

Sebastián le tocó el brazo y el contacto bastó para provocar un escalofrío en la piel de Sofía.

—A veces, las cosas más hermosas aparecen en los momentos más insospechados.

Continuaron por el laberinto. Sofía tenía la sensación de que Sebastián conocía el camino, pues giraba las esquinas con seguridad aunque para ella no tenían sentido.

—Parece un buen lugar para perderse por un rato —dijo Sofía—. ¿Por eso te gusta venir aquí?

—En parte —dijo Sebastián—. Aunque también significa que tenemos algo de intimidad.

Sofía aprovechó y se inclinó para besarlo. No podía creer que fuera libre de hacer eso con alguien como Sebastián, eso, y casi todo lo que quisiera. Aún más, apenas podía creer que hubiera encontrado a alguien como él.

Pero lo había hecho y Sofía siguió abrazada a él mientras continuaban por el laberinto.

—En el centro hay un reloj de sol —dijo Sebastián—. Y una pérgola con un diván dentro.

—Me gusta cómo suena —dijo Sofía con una sonrisa. Un lugar para sentarse juntos. Potencialmente, un lugar para hacer algo más

que sentarse. Sofía no se había sentido así por nadie antes—. Siempre y cuando conozcas el camino.

—Lo conozco.

—Continuaron por los tramos cerrados por muros del elegante laberinto. Era reconfortante saber que él conocía la salida, pero aun así, se encontró atrapada en los recuerdos: corriendo a lo largo de pasillos estrechos, corriendo, escondiéndose, con la esperanza de que no las encontrarían. De las llamas, prendiendo los bordes de las cosas de tal modo que podía sentir el calor y notar la amargura del humo. Diciéndole a su hermana que se callara, porque el mínimo ruido podía…

—¿Sofía? —dijo Sebastián en un tono suave.

Sofía volvió en sí, lo miró y lo rodeó con los brazos.

—Lo siento. Por un momento, no estaba aquí.

—¿Estás bien? —preguntó Sebastián—. Si no estás bien, tal vez pueda convencer a mi madre de que no pasa nada si no vienes a cenar.

Pero Sofía veía que esa no era una opción. Lo que la viuda quería, al parecer, la viuda lo conseguía.

—No, no pasa nada —dijo—. No me gustaría hacer las cosas difíciles con tu madre.

Y aun así, tenía el presentimiento de que las cosas con su madre estaban a punto de ponerse muy difíciles de verdad.

Sofía estaba al otro lado de las puertas con Sebastián, esperando a que un sirviente los anunciara. Intentó por todos los medios que no se le notaran los nervios, pero el temblor de su mano en la de él la delató.

—No pasa nada —dijo Sebastián—. Mi madre no es un monstruo.

Era más fácil decirlo para él que creerlo para ella. La viuda había gobernado el reino sin ayuda de nadie desde la muerte de su marido, consiguiendo que no la agobiaran la Asamblea de los Nobles o la Iglesia de la Diosa Enmascarada. Había resistido conspiraciones y problemas económicos, guerras en el extranjero y amenazas de rebelión en las Colonias Cercanas. Sofía tenía la certeza de que, cuando se encarara con ella, su engaño sería desenmascarado en un instante.

—¡El Príncipe Sebastián y Sofía de Meinhalt! —anunció un

sirviente, abriendo la puerta hacia un comedor que parecía bastante pequeño para lo que era habitual en palacio. Eso quería decir que era más pequeño que un edificio entero en otro lugar.

Allí había una mesa y tal vez media docena de personas estaban sentadas a su alrededor, todas vestidas con un tipo de ropa elegante de la corte que, sin embargo, eran un escalón menos elegante de lo que podrían haber sido para un banquete oficial. Sofía reconoció al Príncipe Ruperto, pero a ninguno de los otros.

Pronto se encontró atrapada en una confusa serie de instrucciones, evidentemente pensadas para que se sintiera cómoda, pero que en su mayoría parecían recalcarle lo fuera de lugar que estaba.

Una mujer con un velo gris se reveló como Justina, la Suma Sacerdotisa de la Diosa Enmascarada. Un hombre con patillas largas y el pelo canoso resultó ser un almirante. Los otros eran un *baronet*, el gobernador de un Condado y la esposa del gobernador. Parecía no haber una razón particular para este grupo de invitados, excepto que así lo quería la viuda. Tal vez fueran amigos de su juventud o gente a su favor que, por casualidad, estaban de visita.

Lo único que puso más nerviosa a Sofía fue la misma viuda al entrar. La Reina Viuda María de la Casa de Flamberg no era una mujer alta, y con la edad su pelo y su palidez eran grises, pero había una dureza de hierro en su actitud que decían que nada la haría temblar. Llevaba el negro de luto, como había hecho desde la muerte de su marido. Se colocó a la cabeza de la mesa e hizo un gesto a los que estaban allí.

—Por favor, tomen asiento —dijo.

Así lo hizo Sofía, esperando que la presencia de los demás le permitiera esconderse un poco, como una invitada más entre todos los que allí había. Sin embargo, cuando los sirvientes empezaron a traer pichón y urogallo notó aquellos ojos de acero sobre ella.

—Sebastián, debes presentarme a tu invitada, querido.

—Por supuesto, Madre. Ella es Sofía de Meinhalt. Sofía, ella es mi madre, María de Flamberg.

—Su Majestad —consiguió decir Sofía, inclinándose desde su sitio lo mejor que pudo.

—Oh, Meinhalt. ¡Qué asunto! Dime, chica, ¿qué opinas de las guerras que asolan el continente?

Sofía vio lo suficiente en sus pensamientos como para saber que era una prueba, pero no lo suficiente para saber cuál debería ser la respuesta. Al final, atrapó la respuesta de los pensamientos de Sebastián, con la esperanza de que él conocería lo suficiente a su madre como para que fuera una buena elección.

—Mi preocupación es que no se queden allí —dijo Sofía.

—Una preocupación que estoy segura de que todos compartimos —respondió la viuda. Sofía no podía saber si la anciana había pasado la prueba o no—. Aunque parece que mi hijo está agradecido de que por lo menos algunas cosas hayan pasado el Puñal-Agua. Deben hablarnos de ti.

Sofía hizo lo que pudo, intentando esconder su falta de conocimiento como modestia y reserva.

—Yo vine antes de que cayera la ciudad, Su Majestad. Creo que tuve bastante suerte con eso.

—La Diosa da sus regalos —murmuró la Suma Sacerdotisa.

—Ciertamente —dijo la viuda—. Aunque creo recordar que dijiste que nos da regalos difíciles igual que agradables a veces, Justina.

Siguieron más preguntas. ¿Había disfrutado de patinar sobre el río allí en invierno? ¿Qué pensaba de los diferentes bandos de la guerra? Sofía hizo lo que pudo, pero su talento no podía hacer mucho y tampoco lo que sabía sobre Meinhalt. Debería haber pasado más tiempo leyendo sobre ello en la biblioteca. Al final, hizo lo único que pudo y buscó una distracción.

—Almirante, siempre he querido saber cómo se consigue saber el seguimiento de los movimientos de toda una armada. ¿Cómo logra hacerlo?

—Con mapas, querida —dijo—. Sobre todo con mapas.

Estaba claro que pretendía hacer una broma, así que Sofía río con él. Pasó a ser una discusión acerca de los diferentes métodos para combinar cartas de navegación. El Príncipe Ruperto interrumpió, asegurando que no era posible que nadie lo supiera y, a cambio, empezó a hablar de caza. A Sofía le daba igual, siempre y cuando el tema de conversación no fuera ella.

En su mayoría, los demás no la miraban, aunque había excepciones. La Suprema Sacerdotisa la miraba de vez en cuando, con una extraña mirada que Sofía no se atrevía a leer para

interpretar. Parecía que Sebastián la miraba siempre que ella lo miraba, su expresión era cariñosa, de amor, o esperanzada, o para quererse asegurar de que estaba bien. Ruperto la miró más de una vez con una mirada deseosa que indicaba que lo que había sucedido antes entre ellos no había acabado. Aquello bastó para hacer que Sofía se agarrara más a Sebastián y no lo soltara.

Y la viuda la miraba regularmente, como intentando darle un sentido a Sofía o clavar los ojos en su corazón. Había algo inalterable y, desde luego, imperturbable, en su mirada. Eso le preocupaba más que todo el resto. Se sentía como un espécimen examinado bajo una lupa, sin poder esconder nada. Ahora mismo, se sentía como si fuera una impostora, y cada mirada, cada palabra fuera de lugar, solo hacía que lo sintiera más. ¿Cuánto tiempo podría mantener este engaño?

De alguna manera, consiguió superar la cena, intercambiando conversaciones educadas con los demás mientras comían lo que parecía la comida digna de un banquete. Sofía comió con moderación y, cuando llegó el momento de irse, se sintió muy agradecida de poder levantarse y prepararse para irse.

Evidentemente, todavía había que decir adiós y, uno a uno, Sofía tomó la mano de los otros invitados, murmurando despedidas y comentarios sobre lo mucho que había disfrutado de la noche. Incluso el contacto con Ruperto no duró más de un segundo de lo que debería.

La viuda sonrió cuando Sofía le ofreció una reverencia pero, en cambio, le tomó la mano.

—Me gusta ver que mi hijo ha encontrado una chica tan agradable e inteligente para pasar el rato —dijo y, en otras circunstancias, Sofía se hubiera sentido feliz con el cumplido. Tal como estaban las cosas, se forzó a sonreírle y a murmurar que era un honor, a causa de los pensamientos que notaba detrás de las palabras.

«Descubriré quién es esta chica. Mi hijo debe tener una pareja adecuada, y las chicas no aparecen de la nada».

Sofía tuvo que reprimir la necesidad de salir corriendo de la sala. Se sintió agradecida cuando Sebastián la tomó del brazo y salieron de allí.

—Ha ido mejor de lo que esperaba —dijo Sebastián cuando

salían—. Creo que a mi madre le gustas.

Sofía le sonrió.

—Eso espero.

Lo esperaba, pero no lo creía. Notaba que sus planes se desenmarañaban, se desmontaban bajo el peso de la sospecha de la viuda. Ahora mismo, una parte de Sofía solo quería escapar y no regresar.

No. No podía marcharse de todo esto. Ahora no, no después de todo lo que había pasado, después de haber trabajado tanto para llegar a este punto, de haberse arriesgado tanto.

Después de haberse enamorado de Sebastián.

Por mucho que lo deseara, no podía escapar.

Entonces le vino como un fogonazo lo que debía hacer: necesitaba hablar con su hermana. Catalina era la sensata. Catalina tendría un plan y, probablemente, la salida a este lío.

Se lanzaría a las calles de la ciudad y haría todo lo posible por encontrarla.

«Catalina —mandó—. Ya vengo».

Capítulo dieciocho

Catalina sentía que la emoción crecía en su interior mientras caminaba con Will hacia las afueras de Ashton. Allí, las casas daban paso a más espacios abiertos y catalina pudo ver el verdor de las Vueltas a lo lejos, llanas, abiertas y libre.

Un día, se dirigiría hacia ese espacio abierto, pero no esta mañana. Esta mañana, a Catalina le interesaba más el lugar en el extremo de la ciudad donde estaban las banderas grises y azules del regimiento de Will.

—¿Estás segura de que quieres ir a ver a mi compañía? —preguntó Will. Parecía sorprenderle el pensar que para Catalina pudiera ser interesante—. Hay cientos de otras cosas que podríamos hacer hoy.

Catalina atrapó algunos destellos en sus pensamientos. Podían ir al teatro o caminar en uno de los espacios verdes cerca de la ciudad. Podían ir a buscar comida juntos en una de las tabernas o deambular hacia un lugar donde Will sabía que un violinista estaría tocando y la gente estaría bailando. Todo eso sonaba bien, pero no era lo que Catalina deseaba.

—Quiero ver cómo es —dijo Catalina—. ¿Cómo se supone que voy a hacer las mejores armas si no sé nada del tipo de personas que van a usarlas?

Era una buena razón, pero no era toda la verdad. La verdad era que tan solo pensar en que una de las compañías libres estaba allí hacía que a Catalina le picara la curiosidad. Esos hombres viajaban por el mundo, luchaban contra los enemigos y visitaban lugares exóticos. Quería saberlo todo sobre ello. Quería verlo por sí misma.

Aun así, Will parecía un poco nervioso mientras iban acercándose, y catalina veía que le preocupaba lo que podría suceder cuando llegara allí y cómo reaccionarían ante Catalina los otros miembros de su regimiento. Catalina estaba decidida a no

dejar que eso le afectara. Ella lo quería.

Finalmente, llegaron al lugar donde el regimiento estaba acampado, las tiendas se extendían en un pulcro cuadrado para aquellos miembros que no tenían familias en la ciudad para acogerlos, o para los que no podían confiar que regresaran si se iban, Catalina imaginaba que, en parte, también era para mantener a los soldados en el límite de la ciudad, donde no pudieran hacer mucho daño.

Allí había hombres entrenando y trabajando, de brazos cruzados bajo el calor del día o haciendo apuestas entre ellos. Catalina vio unos soldados rasos únicamente con sus uniformes practicando el quedarse en formación mientras un sargento les gritaba órdenes. Había hombres con más experiencia practicando la lucha con espadas y el tiro con arco, entrenando con mosquetes y peleando.

También había una ventaja en ello. Catalina recogió preocupaciones ante la posibilidad de una guerra, hombres que entrenaban más porque querían estar preparados en caso de que llegara la violencia. Dos hombres que peleaban con espadas desafiladas parecían estar provocándose moratones el uno al otro por la violencia de sus esfuerzos.

—Sé que no es gran cosa —dijo Will—, y ahora mismo todo es un poco hostil, pero…

—Es perfecto —dijo Catalina.

Se puso rumbo al campamento, sintiéndose atraída por la tienda de suministros donde las espadas y las picas, las ballestas y los trabucos estaban pulcramente amontonados. Había moldes para disparar al lado de piedras para afilar cuchillos y alabardas. Un intendente con la cabeza afeitada la miró con desconfianza hasta que vio que Will estaba con ella. Entonces dejó que se moviera entre las armas, para admirar el trabajo.

—¿Buscando defectos en las espadas? —preguntó, aunque era evidente que no creía que catalina tuviera ni idea de por dónde empezar.

—Bueno, los filos de esos cuchillos podrían trabajarse más —dijo Catalina—, y creo que aquel hacha se ha deformado un poco mientras se endurecía.

Ahora el intendente la miró con un nivel de sorpresa que a Catalina le pareció ofensivo.

—Catalina ha estado aprendiendo de mi padre mientras yo no estaba —dijo Will.

—¿Por qué no iba a saber sobre espadas? —exigió catalina.

Continuó caminando por el campamento, fijándose en todo lo que allí sucedía, desde el entusiasmo de los reclutas mientras trabajaban para aprender las habilidades para servir en el ejército a los movimientos cuidadosos y para ahorrar energía de los veteranos.

En aquel instante, Catalina supo que aquello se acercaba más a lo que ella quería que la vida en la forja. En la forja, ella fabricaba las armas y aprendía sobre ellas, pero estos hombres las usaban. Tenían vidas en las que viajaban y luchaban, trabajaban juntos y escapaban del tedio de la ciudad.

Aún más, si existía un camino por el que catalina se podía acercar más a la venganza, era este.

—¿Te gustaría pelear? —le preguntó Catalina a Will, mientras cogía dos de las espadas de práctica de madera. Pesaban más que la que ella había diseñado, los mangos de roble eran ásperos en su mano.

—¿Estás segura? —preguntó.

Como respuesta, Catalina le lanzó una. Will la cogió y la colocó en posición de guardia. Catalina le copió. Él golpeó lentamente y ella lo bloqueó, devolviéndole el golpe. Iban de un lado para el otro, y Catalina notaba que estaba cogiendo el ritmo, desviando los golpes que se le acercaban demasiado, mientras sus propios golpes oscilaban para que Will los parara. Las espadas eran pesadas, pero Catalina consiguió mantener la suya para que se interpusiera a los ataques que venían hacia ella.

—¿Intentas prepararte para unirte a la compañía, Will? —gritó un hombre mayor—. ¿O solo intentas impresionarla?

Catalina dio un paso atrás, preguntándose cómo sería. Ella y Will podrían ir por ahí juntos, luchando uno al lado del otro, viajando a lugares de los que catalina apenas había oído hablar.

—Tal vez quiera unirme yo —dijo catalina, poniendo los puños sobre las caderas.

El veterano rio como si fuera el mejor chiste que había oído en todo el día.

—¿Quieres unirte? Ah, muy bueno. Deberías haberla traído

antes, Will. Unas buenas risas siempre van bien.

Catalina notaba que su mano apretaba la empuñadura de su espada de madera.

—Lo digo en serio —dijo bruscamente.

—¿Habéis oído, chicos? —exclamó el veterano y todavía parecía que estuviera repitiendo un buen chiste que había oído—. Lo dice en serio. ¡Quiere unirse a los hombres de Lord Cranston!

Aquello provocó más risas alrededor del campamento y ahora se empezó a formar un círculo irregular alrededor de Catalina y Will. Era evidente que habían decidido que eso era un entretenimiento.

Catalina notaba lo preocupado que estaba Will por todo aquello. Ahora mismo, quería marcharse de allí. Quería llevar a Catalina a la forja antes de que sucediera algo más. En cambio, Catalina se quedó allí, enfrentándose a ellos.

—¿Por qué no podría unirme a vosotros? —exigió Catalina—. Si todos estáis tan preocupados de que pueda venir una guerra, ¿no vais a necesitar a todo el que podáis conseguir?

—A todos los hombres que podamos conseguir —dijo el veterano—. Los ejércitos no son un lugar para chicas, especialmente las que no son lo suficientemente mayores para estar lejos de sus madres.

Catalina notó que su expresión se endurecía mientras su rabia crecía.

—Cierra la boca. Tú no sabes nada sobre mi madre.

Vio que el veterano encogía los hombros.

—Oh, ¿vas a obligarme? ¿Bailando por aquí con tu espada de madera como si tuvieras alguna idea de qué hacer con ella? Will fue suave contigo, chica. ¿Quieres saber lo que es una lucha de verdad?

Ahora catalina notaba que se estaba enfureciendo.

—Yo sé lo que es una lucha de verdad.

Aquello provocó otra risa de los hombres allí reunidos y, tras ella, había cierta crueldad. Catalina cogió pensamientos de batallas, de momentos en los que los hombres habían ido hacia ellos con espadas. No se la estaban tomando en serio. Incluso Will parecía desear más sacarla de allí que apoyarla.

—No lo creo —dijo el veterano. Hizo una señal hacia uno de los reclutas más jóvenes, un chico que tenía más grasa que músculo pero que aun así era más grande que Catalina—. Tú, sal ahí con una

espada de prácticas. Vamos a enseñarle a esta niñita que no está hecha para la guerra.

El chico dio un paso hacia delante, con aspecto de estar nervioso mientras cogía una espada de madera. Aun así, se puso frente a Catalina, ajustando su agarre mientras alzaba el arma, como si intentara recordar lo que estaba haciendo.

—No es una buena idea —dijo Will—. ¿Por qué no nos…?

—Tú la trajiste aquí —dijo el veterano con brusquedad—. Ahora recuerda dónde estás en esta compañía y no te entrometas. Si la chica quiere luchar, que luche.

Catalina alargó el brazo y puso la mano en el hombro de Will.

—No pasa nada, Will.

Salió a encararse con su rival, levantando el arma en el modo que había estado practicando con Will. Los hombres que había alrededor se reían, o bromeaban el uno con el otro, o hacían apuestas sobre cuánto tiempo duraría exactamente.

—La lucha continúa hasta que uno de vosotros se rinda —dijo el veterano—. ¿Quieres ser uno de nosotros, chica? Debes demostrarnos que no eres débil. ¡Empezad!

Sus poderes le advirtieron lo suficiente acerca de los primeros dos ataques, permitiéndole esquivarlos y haciendo que cortaran el aire. Pero sus poderes no eran una guía perfecta y Catalina aún tenía que confiar en sus reflejos y en sus reacciones, bloqueando por instinto, intentando interponer su espada.

Al hacerlo, el impacto hizo que su brazo temblara. Puede que el recluta al que se enfrentaba tuviera que perder algo de peso, pero todavía tenía la fuerza que su tamaño le daba. La espada de Catalina temblaba con cada golpe y sabía que este chico quería hacerle daño. Deseaba demostrar a los hombres que había allí que era uno de ellos; que tenía la misma dureza, la misma crueldad. Catalina cedía ante los ataques.

Catalina podía ver lo mucho que se había contenido Will cuando había estado luchando con ella. No había habido este impacto incesante, o este grado de agresión detrás de los golpes. A pesar de ello, Catalina apretaba los dientes e intentaba contraatacar. Imaginaba que, al menos, sería más veloz que el chico, aunque el peso de la espada de prácticas lo hacía aún más difícil.

Catalina atacaba y golpeaba, aunque el chico paraba sus golpes

con más violencia que antes. Catalina retrocedió para intentar pensar, calculando si podría hacer un amago para evitar los bloqueos del chico, tal vez, o rodearlo con su menor tamaño y su agilidad.

—¡No te quedes ahí! —chilló el veterano—. ¡Atácala! ¡Liquídala!

Catalina deseaba quejarse de que al chico le dieran instrucciones desde los lados pero no había tiempo para ello. El chico fue al ataque, apretando, forzando su espada contra la de ella mientras se iba acercando. De aquella forma, no había espacio para que Catalina usara su velocidad, mientras él podía usar todo su tamaño y fuerza para resistir.

Él golpeó con la empuñadura de su espada de entrenamiento de madera y su cesta redondeada alcanzó a catalina en la mandíbula. Sintió el ruido sordo de la madera contra el hueso del golpe seco y chirriante y, por un instante, le pareció que el mundo daba vueltas. El chico la golpeó de nuevo y ella cayó sobre una rodilla.

—No te detengas —gritó el veterano—. Si un enemigo cae, ¡acaba con él!

Catalina intentó levantar la espada para bloquear el siguiente golpe, pero el impacto bastó para que el arma le cayera de la mano esta vez, haciendo que diera vueltas sobre la hierba llena de barro. El chico la golpeó una y otra vez con la espada de madera. No se echaba atrás, como si hacerlo fuera mostrar debilidad frente a los demás. En su lugar, tenía la cara enrojecida por el esfuerzo de blandirla, como si el hecho de que Catalina todavía estuviera allí le enfureciera más.

A Catalina ya la habían pegado antes. Sabía que se trataba de asimilar los golpes, no mostrar nunca dolor, simplemente aceptar lo que no podías cambiar. Pero ella no iba a ceder ante eso. En su lugar, se lanzó hacia delante, intentando derribar al chico y que la lucha continuara.

La empuñadura de la espada de madera le golpeó de nuevo la mandíbula y cayó sobre la hierba de cuerpo entero. El chico dirigió la espada hacia sus hombros, después hacia su espalda, decidido evidentemente a no detenerse hasta que se lo dijeran.

Entonces Will estaba allí y le arrancó la espada de las manos violentamente y con facilidad. Catalina imaginó que debía estar agradecida de que él se metiera, pero ahora mismo, solo parecía

una muestra de lo inexperto que era el rival que la acababa de derrotar. Will fue a ayudarla y Catalina rechazó la ayuda, forzándose a ponerse de pie.

—Puedo hacerlo —dijo.

—Hablando de lo que puedes hacer —dijo bruscamente el veterano desde un lado—. Will, llévate a esta chica de nuestro campamento. No quiero volver a verla. El único lugar para las mujeres en el ejército es como esposas o como putas.

Catalina deseaba escupirle en la cara, pero sospechaba que lo único que ganaría sería otra paliza y, ahora mismo, apenas podía mantenerse en pie después de la que le acababan de dar. Esta vez, dejó que Will la cogiera del brazo.

—Vamos —dijo Will—, tenemos que salir de aquí antes de que decidan hacer algo peor.

Catalina asintió y dejó que la ayudara a salir del campo de entrenamiento. Nunca antes se había sentido tan humillada como entonces. Pensaba que sabía luchar, pero un chico más grande había bastado para derrotarla. Hubiera añadido su nombre a la lista de aquellos de los que se quería vengar, pero eso era un problema en sí mismo.

¿Cómo iba ni tan solo esperar vengarse si ni tan solo podía ganar una lucha en un campo de prácticas? ¿Cómo podía hacerlo si era así de débil e indefensa?

Capítulo diecinueve

Sofía se sentía extraña, yéndose discretamente del área del castillo hacia la ciudad. Uno de los guardias de las puertas le seguía el paso, ella se giró y lo miró fijamente, sin saber qué quería.

«El príncipe nos quitará el puesto, si dejamos que suceda algo».

—¿Me estás siguiendo porque crees que es lo que quiere el Príncipe Sebastián? —preguntó Sofía.

—Sí, mi señora —dijo el guardia.

Una parte de ella deseaba explicarle que eso no era lo que ella quería, pues había lugares a los que tenía que ir hoy que era mejor visitar sin que te observaran. Pero no lo hizo, y no solo porque hubiera sido sospechoso que una mujer noble rechazara este tipo de protección.

Lo cierto era que Ashton era un lugar peligroso. Solo pensar que tenía que bajar allí llenaba a Sofía con una sensación de miedo por todas las cosas que podrían suceder. Durante el poco tiempo que estuvo en la calle, había visto el lado más oscuro de la ciudad y, lo que era peor, sabía que todavía podía haber cazadores por allí.

—Muy bien —dijo Sofía, intentando pensar en cómo lo diría una noble—, pero es un asunto un poco… delicado. ¿Puedo confiar en tu discreción?

—Totalmente, mi señora. ¿Quiere que le lleve su bolsa?

Sofía agarró el zurrón de piel que había hecho traer a un sirviente. Lo que había dentro le podía traer muchos problemas.

—Está bien —dijo—. Se trata de un regalo para Sebastián. —La mentira le vino con bastante facilidad. Era lo único que Sofía pudo pensar que podría asegurar que el príncipe no sabría ni un detalle.

—Por mí no lo sabrá —prometió el guardia.

Pero primero debía mandar un mensaje.

«¿Catalina? ¿Puedes oírme?»

Evidentemente, no obtuvo respuesta. Era pedir demasiado que

su poder funcionara tan fluidamente a través de la ciudad como a través de una sala. Aun así, Sofía evocó una imagen de una de las plazas que había por debajo del castillo, con la esperanza de que su hermana la recibiría y podría venir.

Era imposible saber si Catalina había recibido el mensaje, así que Sofía fue a por la otra tarea en la ciudad, preguntó por la plaza, con discreción, levantando pensamientos cuando tenía que hacerlo hasta que encontró lo que buscaba. Era difícil hacerlo con la presencia del guardia a solo unos pasos por detrás, pero en su favor, no hizo comentarios ni intentó disuadirla. En sus pensamientos pudo ver por qué.

«Los nobles hacen cosas extrañas. No me voy a meter».

Cuando llegó a la casa de empeños, Sofía hizo todo lo que pudo para que pareciera que era una joven noble nerviosa. No tuvo que interpretar mucho, solo necesitó unos cuantos pensamientos acerca de lo que podría pasar si las personas equivocadas la veían allí. Ya era lo bastante malo que el guardia todavía estuviera cerca de ella, observando todos sus movimientos.

—Espérame aquí —ordenó Sofía y, a continuación, se metió deprisa en la tienda.

Dentro, un hombre vestido con un traje con telas que, evidentemente, habían sido remendadas muchas veces la observaba cautelosamente.

—¿Qué puedo hacer por usted… mi señora?

—Es delicado —dijo Sofía.

—La discreción es mi lema.

—Me he quedado sin fondos después del último baile y, obviamente, no puedo volver a llevar este vestido… ¿estaría interesado en este tipo de cosas?

Resultó ser que sí, aunque ni de cerca por lo que verdaderamente valían. Aun así, el pequeño montón de Monedas Reales y chelines que le entregó parecían una fortuna. Por primera vez, su robo de la ropa le parecía lo que era, porque ahora Sofía podía ver exactamente lo mucho que había quitado a Angelica y a las demás.

Sin embargo, necesitaría el dinero si tenía que interpretar el papel de la noble Sofía de Meinhalt, y no podía permitirse guardar el vestido donde algún día podrían reconocerlo. Era mejor estar

segura, deshacerse de él.

Acababa de terminar la venta cuando miró a través de la ventana de la tienda y vio una silueta conocida en un extremo de la multitud. Sofía vio que su hermana observaba como si estuviera preparada para salir corriendo al primer indicio de problema.

Llevar con ella un guardia para ver a Catalina probablemente no sería una buena idea.

—¿Hay otra salida aquí? —preguntó Sofía.

—Mi señora va con mucho cuidado para que no la vean —dijo el prestamista—. No debe preocuparse. Por alguna razón estoy tan cerca del barrio noble.

No obstante, la dejó salir por una puerta trasera y Sofía pasó de largo del lugar donde estaba el guardia. Pudo comprar dos pasteles de anguila y algo de cerveza mientras atravesaba la plaza de camino hacia su hermana. Se puso a pensar en cómo le habrían ido las cosas a su hermana durante los últimos dos días y esperaba que le hubieran ido bien. Realmente esperaba que las cosas fueran menos complicadas para su hermana de lo que lo eran para ella.

El momento en el que Sofía vio a su hermana caminando hacia ella en la plaza, el momento en que vio la cara de Catalina, vio que las cosas eran cualquier cosa menos sencillas para ella.

Tenía moratones, parecía que tenía el labio partido y se le estaba empezando a formar costra. Tenía una mano vendada, como si estuviera quemada, y se movía sin su energía y fuerza habituales. Sofía fue corriendo hacia Catalina y la rodeó con sus brazos.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Sofía—. ¿Estás bien?

—No es nada —dijo Catalina y Sofía vio la mirada de decisión que significaba que Catalina estaba intentando ser valiente.

«No puedes esconderme cosas» —envió Sofía y, al estar tan cerca, no fue como enviarlo a ciegas al otro lado de la ciudad—. «¿Qué pasó?»

—Todo tipo de cosas —dijo Catalina. Cogió uno de los pasteles de anguila que Sofía le ofreció—. En parte pude venir por eso. Tomás me absolvió de la forja después de todo.

—¿Es él el que te hizo esto? —preguntó Sofía. No sabía lo que le podía hacer a alguien que había herido así a su hermana, pero encontraría algo.

—¿Qué? —preguntó Catalina—. ¡No! Esto… me da vergüenza.

Intenté unirme a una de las compañías libres.

—¿Intentaste unirte a un regimiento? —dijo Sofía—. ¿Y es por eso que te pegaron? ¿De aquí vienen todas estas heridas?

—No todas ellas —confesó Catalina—. Me quemé en la forja por torpeza. Ah, y los trabajadores de una barcaza me lanzaron de ella cuando intentaba salir de la ciudad.

Esto era lo último que Sofía quería oír. Quería que su hermana fuera feliz.

—Ay, Catalina, ¿por qué no podías mantenerte a salvo? ¿Ser la clase de chica a la que le gusta sentarse a leer en una biblioteca?

—Lo soy, ¿no te acuerdas? —replicó Catalina—. Por mí vinimos aquí.

Sofía había olvidado que la biblioteca había sido el primer lugar al que habían ido en busca de seguridad. Parecía que hacía toda una vida, aunque solo había sido cuestión de días.

—Te encantaría la biblioteca de palacio —dijo Sofía—. Tiene más libros de los que nadie puede esperar leer.

—Entonces debes estar encantada de estar allí —dijo catalina—. No puedo creer que consiguieras entrar.

—No fue fácil —le aseguró Sofía—. Tuve que colarme en medio de un baile.

Sofía empezó a contar la historia y vio que su hermana había los ojos como platos en respuesta.

—¿Sedujiste a un príncipe? —dijo Catalina, con evidente incredulidad.

—Creo… que más bien nos sedujimos el uno al otro —dijo Sofía. No quería pensar que lo que tenía con Sebastián era la clase de manipulación que algunas nobles perpetraban con aquellos que tenían más dinero—. Es maravilloso, Catalina.

—Y es evidente que te va bien —dijo Catalina, con un gesto hacia las ricas ropas de Sofía.

—Sí, y… —Sofía dudó y, a continuación, negó con la cabeza—. Esto también es peligroso. Ya hay gente que hace preguntas, que quiere saber quién soy. Puede que no me peguen, pero allí hay chicas que… están molestas conmigo porque Sebastián me escogió a mí. No lo olvidarán.

—Catalina alargó la mano y la puso sobre su brazo.

_parece que las dos debemos tener cuidado. ¿Estás segura de que

estás haciendo lo correcto?

—¿Y tú? —replicó Sofía. No podía permitir que Catalina viera la verdad: que no estaba segura. Que había una parte de ella que deseaba alejarse de todo aquello antes de que fuera demasiado mal, tenía algo de dinero. Ella y Catalina podían subir a una barca y alejarse de la ciudad. Solo que… no estaba segura de poder dejar a Sebastián tan fácilmente.

—Tengo que hacerlo —dijo Catalina—. Estos moratones no son nada. Voy a aprender a luchar. Voy a ir a donde no tenga que fiarme de nadie.

A Sofía le pareció que estaba intentando convencerse a sí misma, pero Sofía no dijo anda. Sabía lo que era querer creer que las cosas saldrían bien, incluso cuando había tantas cosas que podían salir mal.

—Y —dijo Catalina— hay un chico. Se llama Will.

Ahora su hermana parecía esperanzada. Sofía conocía ese tono, pues era el que oía en su propia voz cuando hablaba sobre Sebastián.

—Háblame de Will —dijo Sofía con una sonrisa.

—Es maravilloso —dijo Catalina—. Iba a ir a su regimiento y…

—¿E intentabas impresionarlo? —preguntó Sofía.

Catalina parecía algo avergonzada.

—Un poco.

Sofía rodeó con un brazo a su hermana.

—Catalina, no deberías hacer cosas con las que puedas hacerte daño.

—Tú tampoco deberías —replicó catalina—. El palacio parece realmente peligroso. —Se detuvo por un momento—. Todavía podemos escapar, ven conmigo. Podemos marcharnos, dejar la ciudad y encontrar otro lugar.

Sofía deseaba poder hacerlo. No había nada que deseara más que cuidar de su hermana y asegurarse de que nunca volvía a resultar herida.

—No puedo —dijo, en cambio, aunque le doliera hacerlo—. Tengo que hacerlo. Tengo que regresar.

Catalina la abrazó.

—¿Estás segura?

Sofía no estaba segura, pero no podía permitir que su hermana

lo viera.

—Puedes confiar en mí —dijo, en cambio—. Si oigo tu llamada, vendré.

—Yo también —prometió Catalina—. Dondequiera que estés, dondequiera que vayas, vendré si me necesitas. Asaltaré el palacio si es necesario.

Probablemente, lo haría y solo pensarlo hizo sonreír a Sofía.

—Mientras tanto, toma esto —dijo Sofía, apretando contra la mano de su hermana la mayoría de las monedas que había conseguido por el vestido—. Y, Catalina, ¿por qué no intentas pasar más tiempo en las bibliotecas que recibiendo golpes?

Vio que su hermana asentía.

—Tal vez lo haga —dijo Catalina—. Tal vez lo haga.

Catalina se dirigió de nuevo a la ciudad, vigilando como lo hacía habitualmente por si alguien quisiera hacerle daño. La lucha en los campos de entrenamiento le había enseñado que siempre había alguien que intentaría herirla. Dondequiera que fuera, alguien siempre querría demostrar que era más fuerte, o que ella era inútil.

Había estado a punto de pedirle a su hermana que la sacara de todo en lo que estaba atrapada, a punto de pedirle a su hermana mayor que la arrancara del peligro como si fuera una niña desamparada. Si no hubiera visto lo peligrosas que eran las cosas también para Sofía, puede que Catalina lo hubiera hecho.

O tal vez no. No antes de que hubiera aprendido a luchar. No antes de haberse vengado. Por lo menos, su hermana le había podido dar una pista de cómo hacerlo.

No había estado en la biblioteca del centavo desde el día en que ella y Sofía habían escapado de la casa de los Abandonados. Incluso ahora, acercarse al viejo edificio parecía un movimiento estúpido, pues ¿qué sucedería si alguien estaba observando, esperando a que lo hiciera? Catalina solo podía confiar en que incluso las monjas enmascaradas no serían tan vengativas. Al fin y al cabo, había más chicas a las que atormentar además de ella.

Se coló dentro y, como era de esperar, Godofredo estaba allí en el escritorio exterior, arrojando una mirada que probablemente él pensaba que era seria a aquellos que intentaban entrar. Cuando Catalina se acercó, pudo ver su sorpresa.

—Catalina, no te atraparon. Me… me alegro. Y siento no

haberme atrevido a esconderos.

Catalina no le dijo que lo perdonaba. No tenía la costumbre de perdonar a la gente. Aun así, lo ignoró y cogió un centavo del dinero que Sofía le acababa de dar.

—Quiero utilizar la biblioteca. ¿Vas a llamar a la guardia mientras lo hago?

—No, por supuesto que no. Y no hace falta que pagues. Te debo por lo menos esto.

Le debía más que esto, pero por ahora, Catalina estaba preparada para ignorarlo. Necesitaba saber algunas cosas Y Godofredo siempre sabía dónde encontrar las cosas dentro de la caótica organización de la biblioteca del centavo.

—¿Dónde puedo encontrar libros sobre lucha, Godofredo? —preguntó Catalina—. ¿Existen libros sobre eso?

Godofredo extendió las manos.

Tenemos historias sobre algunos de los grandes guerreros del pasado y manuales sobre la guerra moderna con picas y mosquetes. Incluso hay un par de libros escritos por los maestros de la espada del continente.

Catalina empezó por esos, pues parecían los más prometedores, aunque en algunos aspectos eran los libros más decepcionantes que había leído. Uno contenía serie tras serie de ilustraciones, pero no tenía palabras que las acompañaran, y parecía seguir un orden completamente aleatorio. Uno estaba escrito en uno de los idiomas del otro lado del Puñal-Agua, e incluso sin saber las palabras, Catalina vio que iba más de mostrar todas las cosas que sabía el autor que de enseñarlas. Era una manera de proclamar sus habilidades, o tal vez de asegurarse un puesto como maestro de esgrima, no estaba pensado para aprender de él.

En su lugar, empezó a leer los libros que se centraban en las historias de los grandes guerreros del pasado: Renaud de Bevan, el isleño McIlty. Desde el principio, Catalina vio que eran solo colecciones de leyendas, e incluso las partes que hablaban sobre cómo habían conseguido su gran fuerza parecían algo que Catalina no podía esperar hacer. ¿Llevar un ternero sobre los hombros cada día hasta que fuera adulto? ¿Luchar con cada hombre que se encontrara hasta que ninguno se le acercara? eso parecía imposible.

El siguiente libro no parecía mucho mejor. Era un volumen

delgado y extraño, que parecía ser medio manual de espada, medio crónica fantástica de la vida de un espadachín llamado Argento. Al principio parecía prometedor, pues su obra aseguraba que era de Ashton, pero había fragmentos que parecían pura fantasía. Había una sección que aseguraba que había empezado su vida como un espadachín hábil pero débil, pero que había ganado fuerza yendo a un claro del bosque al sur de la ciudad y había engañado a los espíritus que había encontrado allí en una fuente. Lo completaba un mapa, asegurando que mostraba el lugar al que había ido y señalaba las señales que llevaban hasta allí: un indicador del camino, una serie de escalones de piedra y más. Catalina suspiró y dejó el libro con más fuerza de lo que debería haberlo hecho.

—Con cuidado, Catalina —la advirtió Godofredo—. Ya sabes que no se deben dañar los libros que otros pueden querer leer.

—No creo que nadie quiera leer esto —replicó Catalina—. ¿Espadachines que consiguen su fuerza de fuentes mágicas? ¿Maestros de la espada invencibles que aparecen de la nada? Son tonterías.

Vio que Godofredo miraba hacia el libro.

—Es la historia de Argento, ¿verdad? Sí… sí, tienes razón… deberías ignorarla.

«No quiero que ella acabe como él. Es mejor que piense que es una fábula».

—Godofredo —dijo Catalina—, ¿qué es lo que no me cuentas? Este Argento fue una persona real.

—No, yo solo te dije…

«Real y peligrosa».

—Godofredo —dijo Catalina con un tono de advertencia—. No me ayudaste cuando te necesité. Me lo debes. Dime la verdad.

—Argento fue un espadachín cuando yo era joven —dijo—. No era muy bueno. Un día se marchó de la ciudad. No por mucho tiempo. Desde luego, no el tiempo suficiente para ser tan bueno como fue cuando regresó. ¡Derrotó a d'Aquisto y Newman uno tras otro en combates de práctica! Cuando la gente le preguntaba cómo lo hizo, él hablaba de una fuente al sur de la ciudad y eso es todo lo que dijo sobre ello.

—¿Estás diciendo que fue real? —preguntó Catalina—. ¿Estás diciendo que yo podría…?

—No, Catalina —insistió el bibliotecario—. No podrías. ¿Sabes que le pasó a Argento? Desapareció, justo en la cima de sus talentos. Luchó contra todo el que tuvo que luchar, escribió su libro y después se esfumó. Están los que dicen que los sacerdotes de la Diosa Enmascarada se lo llevaron, pero hay otros… hay otros que dicen que fue alguien, alguna otra cosa.

Catalina notó el miedo procedente de Godofredo. Lo decía en serio, pero esa seriedad no hacía que ella compartiera su miedo. En su lugar, la entusiasmaba, porque significaba que era real. Esa fuente podría existir.

—Prométemelo, Catalina —dijo—. Prométeme que no irás a buscarla. Es peligroso.

—Lo prometo —dijo Catalina, levantando la mano como si hiciera un juramento. Al mismo tiempo, se puso a pensar en el mapa que había visto en el libro, para intentar recordar los detalles.

A Godofredo eso pareció bastarle. Catalina escuchó que suspiraba aliviado y volvía a sus libros mientras Catalina reflexionaba sobre su siguiente paso.

Probablemente, ya estaba bien que fuera ella la que podía leer la mente del bibliotecario, y no al revés. Significaba que no podía ver lo que Catalina tenía la intención de hacer.

Significaba que no podía ver la mentira.

Capítulo veinte

Sofía regresó a palacio, se coló tan silenciosamente como pudo, pero no consiguió evitar las miradas de algunas personas que allí había. Vio sirvientes que huían apresurados al verla y se preguntó a quién correrían a contárselo. Vio que Angelica la miraba desde un balcón, con una expresión como de truenos.

Estaba sucediendo algo, y la gente se movía demasiado rápido como para que Sofía pudiera acercarse a alguien para averiguar qué era. Tenía impresiones confusas de violencia y tensión, de hombres que se preparaban para el conflicto, pero ¿por qué Angelica iba a estar enojada por eso? No tenía sentido.

Por un instante, toda aquella incertidumbre casi fue suficiente para hacer que Sofía diera la vuelta y se dirigiera de nuevo a la ciudad, pues algo no iba bien y, ahora mismo, lo único que se le ocurría a Sofía era que podrían haberla descubierto. Si lo sabían, ahora tenía que correr y correr.

Pero, de ser ese el caso, ¿Angelica no estaría victoriosa? ¿Por qué no iba a estar allí para regodearse mientras veía rebajar a Sofía? Aquel pensamiento bastó para que Sofía continuara hacia palacio, en busca de respuestas. En busca de Sebastián.

No tuvo que buscarlo muy lejos. La estaba esperando a la entrada de sus aposentos, tenía un aspecto inesperadamente militar, iba vestido con una sobrecesta azul de la realeza y de su cintura colgaba un sable. Tendió su mano cubierta por un guante hacia Sofía, y ella la tomó.

—¿Sebastián? ¿Pasa algo?

Sebastián asintió.

—Muchas cosas. Para empezar, he planeado un día para nosotros.

Sonrió al decirlo, pero no dijo más. En sus pensamientos, Sofía pilló un revoltijo de cosas. ¿Había… una barca?

En efecto, había una barca. Sebastián fue andando con Sofía hasta un pequeño afluente del río que atravesaba la ciudad, rodeado por los terrenos del palacio, con peces martín pescador revoloteando por los raros trozos de agua transparentes de Ashton. Allí había una pequeña barca con dragones grabados y cubierta de oro hasta llegar a brillar, con un cuarteto de hombres vestidos de azul en librea sentados a los remos, y un diván en una pequeña cubierta de encima.

Sebastián la ayudó a subir y la barca se deslizó de su embarcadero con suaves golpes. Sobre la hierba de la orilla del río un par de faisanes dorados caminaban con aire orgulloso, mientras a Sofía le pareció ver ciervos en la distancia.

—Esto es hermoso —dijo Sofía—. Más hermoso que el resto del río.

—Estamos bastante río arriba —dijo Sebastián—. Antes de que esté demasiado perjudicado por la ciudad.

Sofía imaginaba que Ashton podía coger cualquier cosa y convertirla en algo horrible. Desde luego, con la gente lo hacía muy a menudo, los endurecía hasta convertirlos en tipos deseosos de quitar a los demás lo que fuera. Pero, de algún modo, en medio de todo esto, Sebastián no era así. Él era amable, generoso y perfecto.

Siguieron remando a través de la ciudad hacia otro trecho de verdor, donde los sauces se arqueaban sobre el agua y un pequeño muelle llevaba hasta un jardín lleno de coloridas flores que, a la vez, atraían a las abejas que zumbaban y a las mariposas de brillantes colores. También había una manta extendida, con comida preparada encima.

—¿Planeaste todo esto para mí? —preguntó Sofía.

—Todo esto y más —le aseguró Sebastián. Hizo un gesto hacia un lugar donde había un caballete preparado un poco más allá de la manta con la comida y una mujer vestida con un blusón de artista estaba sentada al lado, trabajando ya en el fondo del cuadro del jardín.

—¿Quién es? —preguntó Sofía.

—Es Laurette van Klet —dijo Sebastián—. Será una artista importante, más grande que Hollenbroek, cuando los nobles de por aquí vean su obra. No se me ocurrió nadie mejor para pintarte.

—¿Para pintarme a mí? —dijo Sofía. Aquella idea la cogió un

poco por sorpresa. La idea de que alguien pudiera querer pintarla parecía algo irreal, algo imposible. Los cuadros que había visto en palacio eran de príncipes y reyes, de reinas y mujeres nobles. También había figuras alegóricas y escenas mitológicas de mujeres de una belleza suprema. Sofía no vio que hubiera ningún huérfano.

—No dejen que mi presencia les distraiga —dijo la mujer—. A mí no me sirve la formalidad aburrida de otros retratos. Continúen como estaban.

Era una sensación extraña, recibir órdenes de pasarlo bien del mismo modo que un general podría haber ordenado a las tropas que fueran a la batalla. Aun así, Sofía lo intentó, se tumbó sobre la manta mientras Sebastián se acercaba más a ella y le ofrecía un huevo de codorniz.

Era hermoso estar tumbada al sol, tomando un tentempié de dulces y pastas, besando a Sebastián, disfrutando de este espacio privado que parecía que el resto del mundo no podía tocar. Sofía estaba cerca de Sebastián y era fácil perderse en su presencia, así que a pesar de que la artista estuviera un poco más allá, y a pesar de los remeros que los habían traído, le parecía que estaban solos en el mundo.

Entonces los remeros trajeron instrumentos de la barca y empezaron a tocar, el arpa y la flauta baja, el tambor y el laúd. Toda aquella incongruencia hizo reír a Sofía.

—¡Ahí está! —Quiero capturar su rostro así.

Pero para sorpresa de Sofía, no le pidió que mantuviera la pose. Se puso las puntas de los dedos en las sienes como si intentara que el momento penetrara en su cerebro.

—Es su don —dijo Sebastián—. Puede recordar un momento y pintarlo a la perfección.

—¿Por qué iba a pintarlo de otro modo? —preguntó la artista, sorprendida al parecer por la idea.

Sofía vio cómo la inspeccionaba, desde el modo en que estaba tumbada sobre su costado hasta el modo en que su vestido se había subido un poco hasta las pantorrillas. Según el patrón de los retratos aburridos que había visto en palacio, probablemente este sería revolucionario o, por lo menos, impactante.

Allí estaba Sofía, ahora con una sensación extraña, al saber que alguien estaba observando cada movimiento que hacía. ¿Qué

pensaría del retrato la madre de Sebastián? ¿Haría que la viuda pensara que era una pareja para su hijo incluso menos probable de lo que podría haber pensado después de la cena de la otra noche?

—Dejando todo esto de lado —dijo Sofía—, tengo la sensación de que te estás esforzando por impresionarme, Sebastián.

—¿No debería? —replicó—. Si me dejaras, te daría el mundo entero.

Esta era una de esas cosas que sonaban demasiado románticas para ser ciertas, pero Sofía veía que Sebastián lo pensaba, exactamente como lo decía. Literalmente, le daría cualquier cosa; quería dárselo todo.

Parecía haber empezado con las mejores exquisiteces que las cocinas de palacio pueden producir. Había lonchas de carne de venado asada sobre pan negro, dulces pasteles que contenían frutas del bosque de los jardines de palacio, con azafrán por encima que debía haber llegado en un barco mercante. Incluso había un pastel hecho con ganso, pato y codorniz, todo dispuesto en capas.

—Aparte de esto —Sofía negó con la cabeza—, a mí me basta con que tú estés conmigo. —Se sorprendió aún más de ver que ella también lo decía en serio. Había ido a palacio con la intención de asegurarse una vida mejor, pero ahora mismo no le hubiera importado estar en una choza, siempre y cuando Sebastián estuviera con ella—. No tienes que hacer nada fuera de lo normal para que así sea.

—Eso que dices es muy dulce —dijo Sebastián—. Pero yo quiero que todo sea perfecto para ti.

Era perfecto. Desde que llegó a palacio, le parecía que andaba dentro de un sueño, y no uno de los sueños que la acosaban por la noche, con imágenes que recordaba a medias de una casa en llamas, de correr por los pasillos con su hermana. En su lugar, este había sido el tipo de sueño que parecía imposible por su belleza, que le ofrecía cosas que Sofía daba por sentado que se esfumarían al amanecer.

Pero allí estaba, con el príncipe del reino, comiendo la mejor comida, con músicos expertos dándole una serenata, mientras le hacían un retrato. Si alguien le hubiera dicho unas pocas semanas antes que esto sucedería, Sofía hubiera pensado que era una broma y una broma cruel. Hubiera dado por sentado que era solo una

manera de hacer peor su venta como criada con la promesa de que no podría llegar a ello.

—¿Sucede algo? —dijo Sebastián, tendiéndole la mano.

Sofía tomó sus manos y las besó.

—Solo son recuerdos del pasado.

—No quiero que nada vaya mal hoy. Por lo menos quiero un día perfecto antes de…

Sofía inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Antes de qué, Sebastián?

Vio la respuesta antes de que él la diera y ya estaba palideciendo con las palabras que pilló de su mente antes de que se lo explicara.

—¿Has oído que las guerras están empeorando? —dijo Sebastián. Él negó con la cabeza—. ¿Qué estoy diciendo? Tú has visto por ti misma lo mal que se han puesto las cosas, con todos los diferentes bandos, las guerras menores.

—Pero no están aquí —remarcó Sofía. Deseaba poder hacer más que eso. Deseaba poder alejar todas las guerras, las amenazas y las preocupaciones de Sebastián.

—Todavía no —dijo Sebastián—, pero las guerras son como pequeñas corrientes que fluyen hasta un río, y ese río fluye hasta nosotros. Cuando hay montones de bandos luchando los unos contra los otros, es fácil de ignorar, y ser una isla ha ayudado por un tiempo, pero ahora, con todo aquí… hay quien piensa que somos débiles.

—Y vais a demostrarles que no lo sois —dijo Sofía—. Con la esperanza de que no contraataquen.

Lo dijo con más amargura de la que pretendía. Había visto de primera mano lo que podía hacer la violencia, aunque no hubiera estado en la guerra. Lo que era más, estaba preocupada por Sebastián. No quería arriesgarse a que le hicieran daño.

—Es algo necesario —dijo Sebastián—. Lo que es más importante, es algo en lo que no tengo mucha elección. Madre ha decidido que debo parecer más un príncipe de verdad.

Sofía hubiera reído de eso, si no hubiera sido tan grave. Sebastián iba a partir hacia la guerra, donde no había garantías de seguridad. Donde podía suceder cualquier cosa.

—¿Más como Ruperto, quieres decir? Créeme, comparado con él, comparado con cualquiera, tú eres el príncipe perfecto.

—Desearía que fueras tú quien tomara la decisión —dijo Sebastián—. Entonces podría quedarme aquí contigo. Tal y como están las cosas, mi madre dice que debo parecer un príncipe ante la Asamblea de los Nobles. Por eso me han dado un cargo. Voy a ser un oficial en la caballería de la casa real.

—¿Esforzándote por ir lo más elegante posible? —preguntó Sofía, pero mientras lo hacía notaba que se le rompía el corazón.

Aún más, empezaba a tener una sospecha cada vez más grande. En el continente había habido guerras desde que Sofía podía recordar, ¿pero era justamente ahora que la madre de Sebastián lo mandaba a participar? ¿Era realmente por el aumento de la violencia, o la viuda estaba simplemente buscando un modo de separar a su hijo de la chica que acababa de conocer? Sofía sabía que la madre de Sebastián no se fiaba de ella.

O tal vez lo había hecho Ruperto. Tal vez el hermano mayor había susurrado las cosas adecuadas al oído a su madre acerca de hacer de Sebastián un hombre, o de la necesidad de tener éxito en las guerras. Sofía había notado la envidia cuando los dos habían estado juntos. También había visto lo que quería de ella. ¿Era ese simplemente un modo de aislarla?

Sofía no quería pensar más acerca de lo que eso podría significar. Había un peligro para Sebastián, el peligro que traía la guerra… pero también el problema más práctico de que él no estaría allí. En el mejor de los casos, ella estaría en palacio esperándolo. En el peor de los casos, podrían pedirle que marchara en el momento en que no tuviera su protección. Podrían expulsarla de un modo que sería un insulto insignificante para un noble de verdad, pero que para ella sería devastador.

—No tengas miedo, Sofía —dijo Sebastián—. Estoy seguro de que yo no correré ningún peligro, y tampoco dejaré que a ti te suceda nada. Por eso, en parte hice todo esto. Quiero asegurarme.

Sofía frunció ligeramente el ceño.

—¿Asegurarte de qué?

—De que dirás que sí.

A Sofía le subió el corazón a la boca cuando Sebastián se puso de pie y se dirigió al lugar donde su barca estaba amarrada. Había algo en su mano y, cuando Sofía vio allí el joyero, apenas se atrevía a respirar. Podía pensar al menos en una cosa que podría hacer y

que explicaría mucho de lo que estaba sucediendo hoy. Algo que también explicaría mucho lo furiosa que se veía a Angelica en palacio.

Cuando Sebastián se arrodilló, Sofía se levantó sorprendida, lo que facilitó que él le tomara la mano y la sujetara, mientras abría el joyero con la otra mano.

El anillo que había dentro era de oro brillante, con unos diamantes que deberían haber venido del otro lado del mundo, y unos zafiros de un lila intenso que eran casi igual de raros. En la alianza se entrelazaban unos hilos, trenzados de manera delicada y elegante. Era el tipo de anillo en el que un maestro joyero probablemente había trabajado durante días, y tenía un aspecto antiguo que sugería que probablemente había sido un recuerdo de familia desde bastante antes de las guerras civiles.

—Sofía —dijo Sebastián—. Hubiera querido tomarme mi tiempo antes de esto, pero lo cierto es que ya sé lo que quiero respecto a ti, y yo… yo quiero hacer esto antes de que tenga que marcharme. Quiero que seas mi esposa.

—¿Me estás pidiendo que me case contigo? —preguntó Sofía.

Sebastián asintió.

Solo había una respuesta para eso. Esto sobrepasaba cualquier inconveniente en el que Sofía pudiera haber pensado, cualquier preocupación que pudiera haber tenido acerca de cómo podían haber reaccionado los demás. Atrajo a Sebastián hacia sus brazos, lo abrazó fuerte y lo besó.

—¡Sí, Sebastián! Sí, quiero casarme contigo.

Capítulo veintiuno

Al día siguiente, Catalina casi se golpeó la mano en tres ocasiones, estaba muy distraída. No dejaba de mirar hacia el lugar donde estaba atado su caballo robado, masticando hierba y avena vieja felizmente. La primera vez que sucedió, Tomás rio y le dijo que tuviera cuidado. La segunda vez, frunció el ceño.

Esta vez, él se detuvo a medio forjar una serie de herraduras, dejando que las llamas se apagaran hasta volver a un brillo naranja.

—No, no te detengas por mí —dijo Catalina—. Si dejas de trabajar el metal, se…

—Ya sé lo que pasará —dijo Tomás—. Pero prefiero malgastar esfuerzos a que tú te rompas los nudillos blandiendo un martillo a ciegas.

Catalina Tampoco lo quería, pero estaba dispuesta a correr el riesgo si la alternativa era decepcionar al herrero. No iba a echar a perder el trabajo de él porque estaba ocupada soñando con fuentes que podían asegurarle habilidad con una espada.

—¿Qué sucede? —dijo Tomás—. ¿Está Will allí fuera para distraerte? —Se dirigió hacia la ventana—. ¿El caballo? ¿Estás pensando en dejarnos, Catalina?

Había cierta decepción en ello, y Catalina lo podía entender. Tomás le había dado mucho y aquí estaba ella, sin prestar atención al trabajo que él tenía para ella.

—No es eso —dijo Catalina—. Es solo que… ¿te has enterado de lo que sucedió en el campo de entrenamiento?

Vio que Tomás asentía e imaginó que Will le había contado los detalles. O eso, o uno de los soldados había hablado de ello cuando había venido a que le arreglaran una abolladura en una greba o en un casco.

—Existe un lugar en el que podría aprender a luchar —dijo.

—¿Te marcharías allí para no volver? —preguntó Tomás.

—Volvería —insistió Catalina—. No quiero dejar de estar aquí.

Se sorprendió al ver que era cierto. Era la primera vez que tenía algo parecido a un hogar de verdad; la primera vez que tenía a gente que parecían preocuparse por ella. Incluso Winifred lo parecía a su manera. A su modo en el que estaba profundamente preocupada por el bienestar de su hijo y de su marido. Era el primer lugar en el que Catalina había sentido que estaba haciendo algo útil.

Después estaba Will. Catalina no estaba segura de lo que tenía con él todavía. Nunca había tenido la ocasión de ver a los chicos como algo que no fuera abusos o amenazas, pero ahora había uno y le gustaba, le gustaba mucho.

—En ese caso, parece que deberías ir —dijo Tomás—. Antes de que tu distracción haga que resultes herida.

—Pero… —empezó Catalina. Tenía la intención de, por lo menos, terminar el trabajo del día.

Tomás negó con la cabeza.

—Me las arreglaré sin aprendiz un día más. O dos, si hace falta, adelante. Intentaré salvar estas herraduras.

A Catalina no tuvieron que decírselo dos veces, salió corriendo hacia el caballo que había robado, miró a su alrededor hasta que encontró sus arreos y, a continuación, empezó a atarlos. Estaba a medio camino de hacerlo cuando vio que Will salía de la casa.

—¿Catalina? No te vas, ¿verdad?

Parecía estar preocupado por si lo hacía, tal vez preocupado de que quisiera marcharse después de lo que había sucedido con su regimiento.

—No me voy para siempre —dijo Catalina, y sonrió al pensar que esto era lo que diría un chico que se marchara a la guerra—. Es solo que… hay cosas que debo hacer. Debo ser más fuerte.

—¿Por qué? —preguntó Will—. Aquí estás a salvo. Yo podría protegerte.

Catalina negó con la cabeza. Con eso no bastaba. Ella no quería estar a salvo simplemente porque Will estaba cerca. No quería tener que confiar en alguien para estar a salvo, ni tan solo en él. Quería ser fuerte por sí misma y ahora había una manera.

—Yo podría venir contigo —sugirió Will.

—Creo que debo hacer esto sola —dijo catalina, pues cualquier

otra cosa hubiera significado explicar qué tenía intención de hacer exactamente. Incluso después de todo lo que Godofredo había dicho, a ella todavía le costaba creer que pudiera haber una fuente que podía hacerla invencible. Intentar explicarle eso a Will podría ser incluso peor.

—¿Intentarás por lo menos estar a salvo? —dijo Will acercándose a ella. Se acercó tanto que, por un instante, Catalina pensó que iba a besarla. Pero no lo hizo y Catalina sintió cierta decepción por ello.

Tal vez cuando regresara.

—Lo haré —dijo Catalina—. Y regresaré pronto, ya lo verás.

Lo haría. Con la fuerza que conseguiría en la fuente, sería capaz de hacer todas las cosas que quisiera.

El camino hacia el bosque fue más largo de lo que Catalina esperaba. Su caballo era fuerte y rápido, pero Catalina no tenía tanta experiencia cabalgando como para dirigirse al sur a todo galope. En su lugar, cabalgaba a un ritmo regular, manteniéndose en los caminos anchos y pavimentados al principio, para después salir a los senderos de barro cuando hubo árboles a la vista.

Intentaba recordar el mapa del libro, había un lugar concreto marcado en él, pero ella no había visto el mapa durante mucho tiempo. Había indicadores de camino y una escalera. Catalina solo esperaba que fueran evidentes.

Lo eran. Vio el primero antes de llegar al bosque. Era un bloque de piedra, los dibujos que había en él casi no tenían relieve por el paso del tiempo y la erosión. Catalina siguió un dibujo con los dedos que podría haber sido una fuente, o podrían haber sido las fauces de alguna gran bestia. Había una flecha tallada en la piedra, que señalaba hacia un sendero más pequeño. Catalina lo tomó.

Lentamente, el follaje empezó a rodear a Catalina, oprimiéndola hasta que tuvo que bajarse del caballo y llevarlo ella. No quería dejarlo, pero el sendero era tan estrecho que debería hacerlo si las cosas continuaban así.

Le pareció ver un destello de piedra trabajada al lado del sendero, y contrastaba tanto con las ramas enredadas que tiraban de ella, que se detuvo para verla más de cerca. Catalina quitó hiedra enredada con el pie y vio que debajo había el bloque de piedra de un escalón. Encima de este había otro, y otro, una serie

de escalones de piedra que se habían perdido con el tiempo y el musgo.

Ahora Catalina ató a su caballo y de las alforjas cogió un cuchillo y la espada de madera que ella había hecho para practicar con la fabricación de espadas. Usaba la espada de madera para quitar el follaje enredado que tenía por delante, y cortaba con el cuchillo siempre que necesitaba algo más afilado.

Al cortar, dejó al descubierto más piedra en forma de otro indicador, este casi tan alto como ella. Tenía símbolos grabados en ella, con líneas y espirales de un idioma que no tenía nada que ver con el del reino. También había algo más: la imagen de una fuente.

Catalina se quedó sin respiración ante eso y subió corriendo el resto de los escalones, atreviéndose a esperar que todo eso fuera real. Había estado segura de que todo eso era un cuento, y después pensó que no podría encontrar la fuente aunque existiera. Ahora, parecía estar a poca distancia.

Los pies de Catalina resbalaron y tropezó mientras subía los escalones de piedra, el musgo cedió bajo ella, mientras las zarzas que parecían sólidas cuando se sujetó a ellas resultaron ser cualquier cosa menos eso. Acabó apoyándose en su espada de prácticas en el modo en que cualquiera hubiera usado un bastón para caminar, utilizándola para comprobar el terreno que tenía delante mientras trepaba por los escalones desmoronados. Cada uno de ellos parecía estar pensado como un reto para ella a medida que avanzaba.

—Espero que la fuente valga la pena —dijo Catalina mientras escalaba.

Aunque no estaba tan lejos, la subida fue tan difícil que le llevó unos minutos llegar arriba del todo. Cuando lo hizo, encontró otro camino corto a través de árboles incluso más espesos, que parecían obstruir la luz, convirtiendo el mundo en algo extraño y desconocido. Se enredaban entre ellos y formaban una especie de arco frondoso y Catalina lo atravesó, para ir a parar a un espacio abierto al otro lado.

Allá no había árboles, sino más de la antigua piedra por la que había escalado para llegar hasta allí. Estaba encima de las ruinas de algo que parecía mucho más antiguo, con fragmentos de pared que sobresalían del terreno como dientes y columnas rotas que parecían

dedos que se alzaban a través de la hierba. Todos ellos eran reliquias ruinosas de algún tiempo muy lejano, antes de las guerras civiles, tal vez incluso anterior al reino.

En el centro se encontraba la fuente y, al verla, a Catalina le dio un vuelco el corazón.

En otros tiempos, debió haber sido impresionante. Era ancha y oscura, tallada en piedra de allí tan meticulosamente que parecía ser una protuberancia natural del paisaje más que una estructura artificial. Tenía forma de concha amplia, curvada, con una estatua en el centro que tal vez había sido una mujer, pero que ahora estaba tan cubierta de musgo que era difícil saberlo.

De la fuente ya no salía agua.

Este hecho, más que todo lo demás, le decía a Sofía lo inútil que era su viaje. Las piedras desmoronadas no fueron prometedoras, pero finalmente, no significaban nada. Sin embargo, ella había ido en busca de una fuente. Había supuesto que podría haber algo especial en el agua de allí, algo mágico. Ahora que no había agua, parecía que se había dejado llevar por lo que Godofredo le había dicho. Se sentía estúpida por estar perdiendo el tiempo aquí en lugar de estar en la forja, trabajando en la espada que ahora mismo solo era de madera.

Catalina se recostó en la fuente y cerró los ojos para contener las lágrimas. Había sido una estúpida por venir hasta aquí. Estúpida por pensar que alguna vez podría ser tan fuerte como los chicos del regimiento de Will. Había sido un sueño vacío.

—¿Cómo iba a hacer fuerte a alguien una fuente? —preguntó catalina al bosque que la rodeaba.

—Las fuentes no pueden —dijo una voz de mujer—. Pero si la gente busca una fuente, para mí es más fácil encontrarlos.

Catalina abrió los ojos de golpe, sujetando su espada de práctica de madera delante de ella. Allí había una mujer, vestida con una túnica con capucha de un verde bosque intenso. Tenía el pelo oscuro y parecía tener hiedra enredada, y sus ojos eran de un color verde hoja que parecía hacer juego con las plantas que la rodeaban. Era mayor que Catalina, tal vez de unos treinta años, pero con una mirada que decía que incluso podría ser mayor que eso.

—Me han amenazado con muchas cosas —dijo la mujer. Apartó la espada de prácticas de Catalina cuidadosamente—. Nunca con un

palo.

—Yo… —Catalina bajó el arma—. Lo siento, me cogiste por sorpresa.

—Pero viniste a este lugar —dijo—. Viniste en busca de ayuda, o no estarías aquí.

—Solo que no esperaba… —empezó Catalina. Se dio cuenta de que podía parecer estúpida—. ¿Quién eres tú?

Por instinto, intentó leer la mente de la mujer, pero lo único que encontró fue algo sólido como un muro. Su intento por atravesarla resbaló y Catalina miró fijamente a la mujer sorprendida.

—No es tan fácil leerme a mí con un don como el tuyo —respondió, aunque no parecía enfadada por la intromisión. Más bien al contrario, parecía feliz por ello, reacción que catalina no esperaba—. Y ahora te preguntarás si somos iguales. No somos iguales, chica. La mía es una versión mucho más oscura de tus poderes. Y mucho más retorcida. Una versión en la que deberías ir con cuidado de no fisgonear demasiado.

De repente, Catalina sintió un destello de la mente de la mujer, como si se lo enviara a ella, e involuntariamente se llevó las manos a los oídos y chilló. Era muy oscuro, horrible, un manchón de cosas espeluznantes, que se movían todas demasiado deprisa para distinguirlas, pero que dejaban una impresión increíble de miedo.

Finalmente, se detuvo.

Catalina se quitó las manos de los oídos, respirando con dificultad, mirando fijamente con los ojos abiertos como platos. Jamás en su vida nadie había invadido su mente así. Todo este tiempo había supuesto que era inmune. Que la mente de nadie era tan poderosa como la suya.

Miró a la mujer —si eso es lo que era— de arriba abajo con un miedo y un respeto nuevos. Tal vez no debería haber venido aquí, al fin y al cabo.

Como respuesta, la mujer sonrió, con una sonrisa horrible e invasiva.

—¿Quién eres? —preguntó de nuevo Catalina.

La mujer se quedó callada durante mucho tiempo. Finalmente, habló.

—Algunos me llaman Siobahn —dijo—. Pero los nombres son simplemente etiquetas para los débiles. Has venido aquí por una

razón. Pide lo que sea que quieres y yo te diré el precio.

Catalina parpadeó.

—No lo entiendo —dijo Catalina.

La mujer frunció el ceño y Catalina pudo imaginar su descontento.

—No me hagas perder el tiempo, chica. Viniste aquí por una razón. Estabas buscando algo. ¿De qué se trata?

Catalina tragó saliva, pero no dejó que el tono de Siobahn la intimidara. Sería fuerte.

—Deseo poder luchar —dijo—. Quiero tener el poder suficiente para no volver a ser nunca indefensa.

La mujer se quedó en silencio durante unos latidos. Catalina notó cada uno de ellos como un golpe seco en el interior de su pecho. ¿Qué haría si la mujer le decía que no? ¿Qué haría cuando Siobahn le dijera a Catalina que era imposible y que estaba perdiendo el tiempo?

—Tienes un talento y yo podría enseñarte a construir sobre él. Podría enseñarte a luchar de unas maneras que no tienen nada que ver con la fuerza primitiva de los hombres. Podría enseñarte a aprovechar los poderes más allá de cualquier cosa que hayas visto.

Hacía que sonara muy fácil, cuando durante toda su vida a Catalina le habían dicho que había cosas que eran demasiado malas para incluso hablar de ellas. Había una razón por la que Catalina y Sofía habían escondido lo que podían hacer.

—Ya no tendrías que tener miedo de lo que eres —dijo Siobahn —. Podrías ser fuerte. Podrías ser libre. Los de mi especie podemos ayudaros, si os dejáis.

Una parte de Catalina quería decir que sí, pero sabía que era más sensato no hacerlo. Raras veces la gente era tan generosa.

—¿Y qué es lo que tú querrías? —preguntó Catalina.

Siobahn parecía satisfecha.

—Dos cosas, a cambio.

—¿Dos cosas? —replicó Catalina.

—Tú me pides mucho —respondió la mujer.

—Dos cosas no parece tan excesivo.

Hizo que sonara casi como una broma, como si todo eso fuera un juego. Había algo en la risa que le siguió que casi no parecía ni humano. Parecía que el bosque estaba riendo.

—¿Qué cosas? —preguntó catalina, a pesar de todo.

—Sé mi aprendiz y aprende todo lo que yo desee enseñarte.

Aquello no sonaba tan diferente al acuerdo que tenía con Tomás. No sonaba tan diferente, en muchos sentidos, al mejor tipo de acuerdo que su venta como criada hubiera podido tener.

—¿Y la segunda cosa? —preguntó Catalina.

La mujer entró en la fuente y, por un instante, resplandeció. Catalina vio una imagen de ella brillante y nueva, llena de agua. La estatua que había encima brilló y, para el gusto de Catalina, parecía demasiado similar a la bruja que allí había.

Entonces vino un largo silencio. Después:

—Un favor.

Catalina inclinó la cabeza a un lado.

—¿Qué favor?

Siobahn volvió a reír con esa risa preocupante. Parecía estar disfrutando demasiado con todo aquello.

—No lo he decidido. Pero lo harías, fuera lo que fuera.

Aquello eran palabras mayores. Catalina no estaba segura de poder soportarlo.

Negó con la cabeza. Era mucho. Era demasiado. Notaba la maldad de esta mujer y notaba que, fuera el favor que fuera, sería horrible. Sería como vender su alma.

Se alejó de la fuente, un paso tras otro.

—No —dijo, sorprendida de escuchar sus propias palabras, sorprendida por rechazar la única cosa que siempre había deseado.

La mujer simplemente sonrió como respuesta, como si supiera que catalina no tenía elección.

Catalina se alejó y, tan pronto como llegó a los escalones, corrió, tropezando por el camino. La risa loca de Siobahn la seguía.

—Estaré aquí cuando cambies de opinión.

Capítulo veintidós

Sofía todavía no podía creer que Sebastián le hubiera pedido matrimonio. Apenas había podido acostumbrarse al hecho de haber encontrado un lugar en el palacio como su amante y que ahora, de repente, tuviera su anillo en el dedo. No podía creer que las cosas hubieran avanzado tan deprisa y que ahora iba a casarse, daba la sensación de que la llevaba una corriente, tan rápido que la mitad del tiempo no había modo de saber qué estaba sucediendo.

Sofía no sabía que planificar una boda implicaría tantas cosas. Sabía que no solo sería cuestión de que encontrara un sacerdote, tratándose de la realeza, pero había complicaciones en las que ella nunca había pensado. Tenían que organizarse banquetes, tenían que hacerse invitaciones. Incluso debían pedirse permisos, pues la viuda y la Asamblea de los Nobles tendrían que dar su bendición antes de que el matrimonio de un príncipe pudiera llevarse a cabo. Lo último, según los oficiales a los que había preguntado, sería una formalidad. Esta sería una cuestión donde los nobles aceptarían cualquier cosa que dijera su dirigente.

Hacer que la madre de Sebastián lo aceptara parecía cualquier cosa menos una formalidad, había sido suficientemente amable durante la cena en que Sofía la había conocido, pero Sofía no era tan estúpida como para creer que una dirigente estaría feliz de que uno de sus hijos se casara con alguien que no afianzar una alianza o traer nuevas tierras. Ahora mismo, Sofía estaba rodeada por una pequeña camarilla de ayudantes, con un clérigo que se encargaba de todo el protocolo para pedir permiso, una modista trabajando en los diseños para un traje de novia y el cocinero de palacio hablando de si deberían comer cisne o ganso.

—Evidentemente, esto es tradición aquí, pero he pensado que tal vez podía hacer una selección de exquisiteces de su tierra.

Sus nombres se movían rápido por la mente del cocinero, así que

Sofía escogió un par y después ignoró el asunto.

—Estoy segura de que será maravilloso, escoja lo que escoja —dijo Sofía. Deseaba que Cora estuviera allí para ayudarla a hacerse un camino en medio de todo esto.

Deseaba que Sebastián estuviera allí, en lugar de estar atrapado en las preparaciones para el ejército y el papel que él tendría dentro del mismo. Sofía sentía que había mucho por hacer ella sola y estando con él… bueno, de eso se trataba, ¿verdad? ¿Qué sentido tenía casarse si su futuro marido no estaba allí?

Si estuviera haciendo esto solo para tener una buena vida, eso podría no haber importado. Podría haber planeado una boda de ensueño, sin la casi innecesaria presencia de un marido. Sofía podía imaginar a Angelica sentada felizmente en una de las habitaciones de Sebastián, dando órdenes a los sirvientes mientras pensaba en su posición como su esposa.

Sofía quería a Sebastián. Más que eso, lo amaba. Sentía el dolor de la necesidad cuando él no estaba allí, y el mundo parecía iluminarse siempre que estaba. Ahora, parecía estar atrapada en los preparativos para una boda, sin la oportunidad real de ver a su futuro marido.

Entonces apareció y Sofía se levantó para lanzarse en sus brazos. Se sorprendió al ver que él se apartaba.

—¿Sebastián?

—Ven conmigo, Sofía —dijo él.

—¿De qué se trata? —preguntó Sofía. Intentó encontrar la respuesta en los pensamientos de Sebastián, pero ahora mismo estaban enredados, llenos de dolor y confusión. Había demasiadas cosas a la vez para concentrarse en un solo hilo—. ¿Ha sucedido algo? Sebastián, ¿qué pasa?

—Esperaba que tú me lo pudieras explicar —dijo Sebastián, en un tono que hizo que a Sofía se le helara la sangre. Algo había salido mal. Las chicas del castillo habían inventado un rumor sobre ella, o su madre había rechazado el matrimonio. Tal vez habían venido de la tienda donde había vendido el vestido para hablar con Sebastián sobre su nueva novia. Había tantas cosas que podían haber ido mal en su plan que siempre parecía que todo se aguantaba con hilos de gasa.

Sofía no sabía qué había ido mal, así que siguió a Sebastián por

el palacio, yendo de las habitaciones principales a las de los invitados, hasta llegar a una en la que todo parecía normal, exceptuando que en la puerta había un guardia.

—Gracias —le dijo Sebastián al hombre—. Puedes irte.

—Sí, su alteza —dijo el hombre. Se marchó, pero su mera presencia hizo que Sofía se preguntara qué estaba pasando allí.

Cuando Sebastián abrió la puerta de un empujón, tuvo una especie de respuesta. La habitación había sido replanteada como el estudio de un artista, habían quitado la mayor parte de los muebles para poder extender los lienzos, preparados para trabajar. Sofía no tuvo que preguntar de quién eran esas habitaciones: era evidente que eran para Laurette van Klet, la artista a la que Sebastián había traído para que hiciera un retrato de Sofía. Los bocetos de Sofía así lo decían. En el centro de todo aquello incluso había los inicios de un cuadro, trabajado al óleo. Todavía no estaba ni de cerca acabado y Sofía imaginaba que era la obra preparatoria para una mayor, pero aun así estaba más avanzada de lo que ella hubiera pensado, mostrándola como estaba en el jardín, informal y más hermosa de lo que ella sospechaba que era en la vida real.

—¿Y bien? —preguntó Sebastián.

—Bueno, es hermoso —dijo Sofía—. Pero no comprendo…

—Aquí —dijo Sebastián, señalando a un lugar del cuadro. Un lugar en el que a Sofía se le había subido el vestido por la alegría relajada del día, dejando al descubierto un trozo de su pantorrilla y la marca que allí había a modo de acusación.

La había tapado con maquillaje para el baile. Lo había hecho de manera intermitente desde entonces, pero hoy no lo había hecho. Se le había olvidado. ¿También lo había olvidado para su excursión por el río? Lo cierto es que no lo sabía, pero la prueba estaba allí delante de ella. La única pregunta era qué iba a hacer con esto ahora.

—No lo entiendo —fue lo único que se le ocurrió.

Sebastián negó con la cabeza.

—No me mientas, Sofía. Laurette pinta lo que ve. Solo lo que ve. —Entonces fue hacia ella y, aunque Sofía hizo la intención de apartarse, él la cogió por los hombros—. Algunas mujeres de palacio han estado hablando también, diciendo que algo no iba bien contigo. Pensaba que simplemente tenían envidia, pero ¿y si no es

así?

Sofía intentó detenerlo cuando él levantó los bajos de su vestido, sabiendo que una vez lo hiciera, aquello habría terminado. Pero no pudo hacer nada y, en cuestión de segundos, el símbolo de la esclavitud tatuado en su pantorrilla quedó a la vista.

Sebastián lo miró fijamente durante unos segundos y después retrocedió. Sofía notó que la sorpresa crecía en él, sus pensamientos venían tan rápido que era difícil seguir el ritmo de todos. Vio cómo se caía hundido al suelo en medio de todos los caballetes allí dispuestos, parecía como si quisiera no escuchar al mundo.

—¿Sebastián? —empezó Sofía, deseando ir hacia él para consolarlo, pero eso no funcionaría, ¿verdad? No cuando era ella la que le estaba haciendo daño.

Él alzó la vista y Sofía vio el atisbo de lágrimas en sus ojos. No era algo que ella esperara y, desde luego, no era algo de lo que a ella le hubiera gustado nunca ser la causa.

—¿Por qué? —preguntó él—. ¿Por qué me mentiste, Sofía? Si es que este es tu nombre verdadero.

—Sí —le aseguró Sofía. Por primera vez desde que lo conocía, descuidó el acento que había adoptado—. Menos por el de Meinhalt.

—¿Ni tan solo tu voz era real? —dijo Sebastián y ahora parecía desconsolado—. Hace que nos conocemos… ¿cuánto? Días, como mucho. No sabemos nada el uno del otro, ¿verdad? ¿Quién eres tú?

Sofía tragó saliva al escuchar esa pregunta. Era una pregunta para la que no estaba segura de tener respuesta. Había intentado inventar una respuesta, pero no era la real. Se hacía esa pregunta una y otra vez sin respuesta. Pero aun así, le hacía daño oírla de Sebastián.

Quería contárselo todo desesperadamente. Sobre ella, sobre su pasado y, sobre todo, de lo sinceramente que lo amaba. Sobre cómo, aunque todo lo demás fuera falso, su amor por él era real. Sobre que nunca quiso hacerle daño. Sobre su mentira, el haberse comportado así, no era su manera de ser.

Pero en su frenesí de emociones, las palabras se le quedaron atrapadas en la garganta. Lo único que pudo decir fue:

—Yo no quería que fuera así.

Sebastián se levantó y fue hacia uno de los lienzos. Tan rápido

como una tormenta, lo cogió y lo golpeó, destrozándolo.

—¡Me engañaste! —gritó—. ¡Te aprovechaste de mí! ¡Lo único que perseguías era mi riqueza! ¡Mi posición! ¡Yo nunca te importé!

Ella sintió un dolor en el pecho al escuchar sus palabras, ante toda aquella violencia repentina, al ver su imagen hecha pedazos. Era una imagen adecuada para cómo se sentía consigo misma, con su vida, toda hecha pedazos a su alrededor.

A pesar de sus esfuerzos, se puso a llorar. Se quedó allí llorando como una niña pequeña sin nadie que la consuele.

Esto apreció sorprender a Sebastián. Dejó de hacer lo que estaba haciendo y su furia se redujo. La miró de nuevo fijamente, como si lo sintiera, como si se diera cuenta de que había ido demasiado lejos.

Y aun así no se acercó a consolarla.

Ella quería leer sus pensamientos desesperadamente y, sin embargo, estos eran un revoltijo tal de emociones intensas, de sentimientos contradictorios, que no podía leerlos de ninguna manera.

—No tengo ningún lugar al que ir —soltó Sofía involuntariamente.

Se arrepintió de inmediato. Ya no quería su compasión, ni su ayuda.

Y, aun así, él estaba allí en silencio. Su rabia y su sorpresa parecían haberse calmado, su cara parecía adaptarse a algo parecido a la compasión o la lástima.

Ella no quería lástima. Y mucho menos de él.

Ella quería amor. Amor verdadero. Y en aquel instante comprendió que; aunque lo hubiera encontrado con Sebastián, lo había perdido para siempre.

Sofía dio un pasó atrás.

Secándose las lágrimas que le salían, se sacó el anillo que él le había dado. Lo dejó caer sobre la alfombra, pues no se atrevía a volver a tocar a Sebastián y no podía llevárselo.

Desesperadamente deseaba decir: *Quiero que sepas que, aunque todo lo demás fuera una mentira, mi amor no lo fue*.

Pero, en aquel momento, una ganas tan grandes de llorar se le agarraron a la garganta, que le ahogaron el habla.

Lo único que podía hacer era dar la vuelta y huir. Huir de este

castillo, de este hombre al que amaba, y de esta vida que estaba lejos de su alcance.

Capítulo veintitrés

Catalina regresó a Ashton frustrada, pero también con una especie de paz. Frustrada porque no había conseguido la fuerza que estaba buscando. En paz, porque eso simplificaba las cosas en muchos aspectos. No podía aceptar la oferta de la bruja, así que su vida volvía a los días sencillos en que era la aprendiza de Tomás en la forja, intentando aprender sobre espadas mientras las blandía en el aire.

No era lo que quería cuando partió hacia la ciudad, pero era una buena vida en potencia, particularmente con Will por allí. Tal vez no conseguías lo que querías en la vida, pero tal vez las alternativas también podían ser buenas. El pensar en Will esperándola en la forja hizo sonreír a Catalina mientras se acercaba a las afueras de la ciudad. No tardaría mucho en estar de vuelta.

Catalina bajó del caballo y llevó a su caballo durante el último tramo hasta la herrería. Ya había cabalgado suficiente por un día y le dolían las piernas por el esfuerzo.

—Cuando volvamos —le dijo al caballo—, volverás a tener una vida tranquila y yo seré la mejor aprendiz que Tomás pueda pedir.

Desde luego, él era mejor profesor que la alternativa. Era amable y paciente y, crucialmente, ser la aprendiza de un herrero no representaba ningún peligro comparado con deberle un favor sin nombre a una bruja. Había algunas cosas que no podía hacer, ni tan solo por la fuerza de poder vengarse. Entender eso le daba una especie de paz, como si la llama que había amenazado con consumir todo lo que había en Catalina se hubiera atenuado.

Tal vez eso estaba bien. Tal vez todo eso era señal de que debía dejar a un lado la violencia. Tal vez…

—¡Aquí estás! —gritó una voz—. ¡Yo te conozco!

Y Catalina conocía esa voz. La última vez que la había oído, su propietario la había perseguido hasta la orilla del río, decidido a

golpearla hasta hacerla puré antes de arrastrarla de vuelta al orfanato.

Como era de esperar, al mirar, el mayor de los chicos de los muelles estaba allí, contoneándose hacia ella con la seguridad de alguien que sabe que Catalina no tenía ningún lugar al que ir. Se tomó su tiempo y Catalina sabía lo suficiente sobre la táctica de los abusones como para saber que solo le estaba dando tiempo para que se asustara.

De sus pensamientos podía leer que apenas podía creer la suerte que había tenido al encontrarla por fin después de tanto tiempo buscándola.

No tenía buen aspecto. Todavía tenía los moratones del altercado en los muelles, pero les acompañaban otras marcas nuevas que, evidentemente, venían de alguna paliza. Si se hubiera tratado de otra persona, Catalina podría haber sentido algo de compasión por él. Tal y como estaban las cosas, se iba alejando de él, mientras se preguntaba si podría subir al caballo y largarse.

—No tiene sentido que corras —dijo él—. ¡He pasado días buscándote, pequeña zorra! Los demás se arrastraron de vuelta al orfanato, diciendo que preferían que los vendieran a una mina que continuar buscando. Pero yo continué.

—Bien hecho —dijo bruscamente Catalina. Todavía estaba intentando llegar al caballo. Si podía montarlo, podría alejarse de ese idiota con la misma rapidez que lo había hecho en el río.

—Para mí es bueno, para ti es malo —dijo el chico—. No intentes escapar. ¿Crees que no sé que estás trabajando para el herrero? Te busqué. Pregunté por ti. Y ahora…

Catalina dejó de dirigirse al caballo, manteniéndose firme mientras el chico se le acercaba.

—¿Y ahora qué? —preguntó Catalina—. Esta vez no tienes dos amigos que te ayuden.

—¿Crees que los necesito? ¿Para encargarme de una chica? te he cazado, he evitado a los cazadores y ahora voy a hacer que me supliques que te arrastre de vuelta.

Catalina se sacó la espada de prácticas del cinturón. Solo era madera, pero era lo suficientemente larga para amenazarlo.

—Debes pensarlo —dijo Catalina.

—Estoy pensando —dijo el chico—. Estoy pensando que cuando

te devuelva, dejarán que me una a las bandas de cazadores. Pagaré mi contrato como esclavo con mi primera captura. Entonces podré hacer lo que quiera.

Catalina suspiró ante aquella estupidez. Lo sabía todo sobre cómo funcionaban los planes en el mundo real.

—Ya puedes hacer lo que quieras. Mira, ¿cómo te llamas?

—Zacarías —dijo el chico en tono defensivo, como si esperara alguna trampa.

—Bueno, Zacarías, mira dónde estás. No estás en el orfanato, ¿verdad? No te están vendiendo como esclavo. Puedes escapar y hacer lo que quieras. Has evitado a los cazadores durante uno o dos días, ¿por qué no para siempre? Tampoco hay muchos en el país, ¿no es así? Puedes dar la vuelta y escapar.

A ella le parecía muy evidente. No habían vendido a ninguno de ellos como esclavo ni estaban en peligro. El chico seguiría su camino y ella el suyo, y la Casa de los Abandonados no tendría ningún control sobre ellos. Él podría forjarse una vida por ahí, buscando una granja para trabajar en ella o, más probablemente, pasarse la vida robando. ¿No bastaba con eso?

—Podría —dijo él—. Pero no quiero. Lo que quiero es golpearte hasta hacerte sangre, llamar al vigilante y después reírme mientras te arrastran de vuelta. ¡Guardias!

Gritó tan fuerte que Catalina hizo un gesto de dolor.

—¡Guardias! ¡Hay una fugitiva! —Miró a Catalina haciendo una mueca—. Y cuando te atrapen, harán que dejes a esa hermana tuya. Tal vez conseguiré…

—¡No hables de mi hermana! —exclamó Catalina, blandiendo la espada de prácticas hacia su cabeza. Él se encogió, le golpeó en el hombro y rebotó.

—Voy a golpearte hasta hacerte puré —prometió, lanzándose hacia delante. Impactó contra Catalina y, en un instante, los dos tropezaron y cayeron al suelo, el impulso del ataque los hizo caer a los dos juntos.

Catalina le golpeó con su espada de madera, pero el chico la cogió, retorciéndole la mano hasta que le cayó de la mano. La golpeó fuerte y, en aquel instante, fue como si Catalina estuviera de nuevo en el campo de entrenamiento o al lado del muelle. Notaba el mismo gusto a sangre, sentía que le resonaba la cabeza. Sentía la

misma impotencia absoluta y odiaba eso.

—Voy a dejarte como si ese caballo tuyo te hubiera dado coces —dijo—. Después voy a encontrar a tu hermana y voy a arrastraros a las dos juntas.

Catalina alargó el brazo en busca de la espada de madera que él había hecho caer de su mano. La golpeó de nuevo, cogió él la espada y la levantó.

—Oh, ¿querías esto? —preguntó.

—No —respondió, y su voz le sonó extraña incluso a ella misma —. Solo quiero que tengas las manos ocupadas.

Sacó su cuchillo de comer de su funda y se lo clavó en el pecho en un movimiento.

Fue más fácil de lo que ella pensaba que sería. El cuchillo estaba afilado y la carne del chico era blanda, pero aun así, no parecía que matar a alguien fuera tan fácil. No debería ser tan fácil como deslizar un cuchillo por debajo de las costillas de alguien y escuchar como jadea cuando le alcanza el corazón.

Zacarías parecía atónito ante aquel repentino dolor. Parecía que iba a intentar decir algo, tal vez llamar de nuevo al vigilante, pero no le salieron las palabras. En su lugar, la sangre goteaba por un lado de su boca y se desplomó, cayendo todo su peso encima de Catalina.

Lo peor fue que su poder le dejó ver el momento en el que murió, sus pensamientos iban del dolor al pánico y a una especie de vacío total cuando su alma lo abandonó. Notó el instante en el que murió y sintió…

… bien, ¿qué sintió? Era una pregunta más difícil de lo que había pensado. Sobre todo, que lo merecía. Que necesitaba salir de debajo de aquel peso muerto antes de que la aplastara. Pero no había remordimientos. Todavía no. Ni tampoco el pánico que Catalina estaba segura de que debería haber sentido, pues acababa de matar a alguien.

En cambio, estaba casi extrañamente tranquila por ello. Calmada, como el centro de una tormenta, como si el resto del mundo fuera algo que no estaba sucediendo en realidad. Catalina consiguió librarse del gran peso del chico, limpió su cuchillo y después vio que en su túnica también había sangre. Pero no había nada que pudiera hacer al respecto.

En la distancia, los silbidos y los gritos señalaban que los guardias se estaban acercando, o simplemente la gente del pueblo que se agrupaban cuando alguien pedía ayuda. Eso es lo que hacían cuando había peligro, ¿verdad? Lanzaban un grito y todos los que vivían allí se unían para perseguir a los ladrones o para ahuyentar a los lobos. O para colgar a los asesinos. Catalina oyó que se estaban acercando y, durante un largo instante, lo único que pudo hacer fue quedarse allí, intentando encontrar un sentido a aquello.

Ahora, la emoción se empezaba a notar tras el choque de todo aquello. Acababa de matar a alguien y todo aquel horror cayó sobre ella como un gran peso. Por la razón que fuera, por la situación que fuera, acababa de apuñalar a alguien. Si el vigilante iba hacia ella, o la justicia más dura de la multitud, ¿cambiaría algo que él la hubiera estado golpeando hasta dejarla medio muerta a la vez?

De algún modo, Catalina lo dudaba. Volvió al caballo, medió dando traspiés en una combinación de emoción y el dolor de haber sido golpeada. Le costó tres intentos montarlo, se subió torpemente sobre la silla y estuvo casi a punto de caer.

No sabía qué hacer con el cuerpo de Zacarías, no estaba segura de poder hacer algo, pues su peso muerto era demasiado para moverlo. En cualquier caso, los ruidos de problemas se estaban acercando y no había tiempo. Así que lo dejó allí, en medio del camino y se puso a cabalgar en dirección a la herrería.

Mientras cabalgaba, empezó a ser consciente de las consecuencias de todo lo que acababa de hacer. Era una de las que iban a ser vendidas como esclavas, que había escapado de su destino, que había matado a alguien cuando intentaba llevarla de vuelta. La matarían por ello y sería un milagro si solo la colgaban por ello, en lugar de dejarla en una horca para que muriera de hambre o romperla en una rueda.

Ya estaba casi de vuelta en la herrería, cuando fue consciente de la verdad: no podía volver. Catalina no sabía si alguien la había visto peleando con Zacarías. Por supuesto, alguien habría escuchado lo que él estaba gritando. La gente no tardaría mucho en descubrir que era ella a quien él había encontrado, particularmente si había estado preguntando por ella.

Si regresaba, llevaría el problema directamente a la puerta de Tomás y Winifred. Directamente a Will. ¿Cuál era el castigo por

ayudar a un asesino? Solo pensar que le sucediera algo a Will hacía sentir mal a Catalina.

Él y Tomás estaban fuera cuando Catalina volvió. Ella no bajó del caballo. No se atrevía, pues si bajaba, podrían convencerla para que se quedara, o podrían decirle que la protegerían de lo que vendría cuando no podían. Cuando nadie podía.

—Catalina —dijo Will con una sonrisa—. ¡Has vuelto! Qué bien, justo a tiempo, mi padre y yo tenemos una sorpresa para…

—Will —dijo su padre, cortándolo. Era evidente que Tomás veía más de lo que lo hacía su hijo—. Cállate un momento. Algo no va bien.

Catalina estaba sentada sobre el caballo, simplemente mirándolos fijamente, sin saber qué decir. No parecía adecuado decir algo, pues en el momento en que lo hiciera, traería un enorme dolor a las únicas personas que le habían mostrado algo de bondad.

—¿Catalina? —dijo Will—. ¿Qué sucede? ¿Por qué hay sangre en tu túnica? ¿Te atacó alguien?

Catalina asintió.

—Un chico de la Casa de los Abandonados. Quería llevarme de vuelta. Me atacó y…

Era difícil que saliera y decirlo. No quería que Will y Tomás pensaran que era una especie de monstruo.

—¿Y? —preguntó Tomás.

—Y le maté —dijo Catalina—. No tuve elección.

¿Era eso cierto? Cuando le clavó el cuchillo, parecía no que no había habido alternativas, pero lo cierto era que en aquel momento, ella había querido a Zacarías muerto. Lo merecía, después de todo lo que había hecho y todo lo que había amenazado con hacer.

—Métete dentro —dijo Will—. Tendremos que esconderte.

Pero Tomás fue más sensato.

—La encontrarían aunque la escondiéramos, Will. Sabrán que tengo una nueva aprendiz. No les llevará mucho tiempo.

—Entonces ¿qué hacemos? —preguntó Will.

Catalina respondió a eso.

—Solo puedo hacer una cosa: tengo que irme. Si me voy de la ciudad, no me buscarán para siempre, pero si me quedo aquí, os harán daño a vosotros y a mí.

—No —dijo Will—. Podemos hacer que esto no suceda. Podemos

luchar contra ellos.

Entonces Catalina negó con la cabeza.

—No podemos. No contra todos ellos. Simplemente, nos matarían a vosotros y a mí, y yo no quiero eso, Will. Tengo que irme.

Catalina podía sentir que el dolor y la decepción salían hirviendo del interior de Will como el humo. Se parecía algo a lo que ella sentía en ese momento, pero sabía que él no comprendía los peligros que estaban por venir.

—No quiero que te vayas —dijo él.

—Y yo no quiero irme —respondió Catalina—. Pero tengo que hacerlo. Lo siento, Will. Tomás, gracias, me diste un hogar y me gustaría haber aprendido más.

—Hubieras sido una buena aprendiz —dijo Tomás—. Tengo algo para ti. Iba a ser una sorpresa para ti. ¿Will?

Will no contestó por un instante, pero después asintió. Fue hacia un lugar donde había algo cubierto por una tela y la apartó. Catalina vio el brillo de una espada. Más que eso, era una espada que reconocía, porque en su cadera llevaba su versión en madera.

—No hubo tiempo más que para forjar la espada básica —dijo Tomás—. Tenía la intención de que su afilado, la cubierta del mango y el trabajo del detalle fueran parte de tu aprendizaje, pero es fuerte, y es ligera.

La cogió y se la entregó a Catalina. Le faltaba mucho para estar terminada, pero aun así era más de lo que ella podía esperar. Era larga y ligera, parecía que tendría un equilibrio perfecto una vez le colocara un mango. Era probablemente la cosa más hermosa que jamás había tenido.

—Trabajé con mi padre en ella —dijo Will—… Queríamos recibirte con ella. Ahora… imagino que es un regalo de despedida.

—No sé qué decir —dijo—. Gracias. Muchas gracias a los dos.

Catalina la cogió, la colocó al lado de la espada de madera para que las dos colgaran de su cinturón una al lado de la otra. Sentía como si tuviera que decir algo más que no fuera solo gracias. Quería decir muchas cosas más, hacer muchas cosas más, pero todavía podía escuchar los gritos en la distancia, que se intensificaron cuando encontraron el cuerpo que ella había abandonado. Dejaban claro que no había tiempo suficiente para

nada más.

Tuvo que apañárselas para inclinarse desde la silla y besar a Will rápida y bruscamente, sin estar segura de que lo estaba haciendo bien. Parecía que no había tenido tiempo de practicar cómo besar. Se puso derecha antes de que él pudiera decir algo, aunque eso no cambiaba mucho las cosas cuando su talento le decía todas las cosas que él deseaba decir de todos modos. Incluso oírlas de aquella manera dolía, le hacía sentir que si daba la vuelta, el corazón le saldría del pecho.

De todos modos, Catalina lo hizo. Puso los talones contra el caballo y se fue cabalgando, mientras oía los gritos que iban creciendo a medida que más gente empezaba a buscarla. No tuvo que pensar hacia dónde iría. Solo había un lugar al que podía ir, si quería sobrevivir.

Al parecer, la mujer de la fuente iba a conseguir lo que quería, después de todo.

Capítulo veinticuatro

Sofía caminaba por las calles de Ashton y esta vez era peor de lo que había sido antes. La última vez, acababa de salir del orfanato y estaba agradecida de no estar allí. También tenía a su hermana a su lado y, entre las dos, parecía que todo era posible.

Sin embargo, ahora le hacía daño la sensación de pérdida que estaba allí desde que Sebastián le había dicho que tenía que irse. No importaba que él no quería eso más de lo que lo quería ella. Lo que importaba era que lo había dicho. Había hecho que terminara en la calle como seguramente hubiera hechos u hermano después de que hubiera conseguido lo que quería, había dicho que era para proteger a Sofía, ¿pero realmente no era también para protegerse a sí mismo? ¿No estaba realmente preocupado por lo que sucedería cuando su madre y los otros nobles descubrieran de quién se había enamorado?

Sofía sentía el calor de las lágrimas al caer mientras caminaba y ni tan solo intentó contenerlas. Nadie miraba en su dirección mientras andaba a lo largo de las calles adoquinadas de uno de los distritos más ricos de Ashton. Nadie se quedaba mirando su manera de caminar abatida. A nadie le importaba lo suficiente como para mirar.

«¡Catalina!», —mandó por millonésima vez—. «¿Dónde estás?»

Por primera vez en su vida, Sofía se sentía verdaderamente sola.

Estar en la calle era peor esta vez por todo lo que casi había tenido. Sofía se había sentido como si hubiera estado a las puertas de todo lo que hubiera podido desear: una vida segura con un hombre al que amaba y que parecía amarla también; un lugar entre los nobles más ricos del reino; ser aceptada como algo más que solo una huérfana, solo apta para ser contratada como lo que escogieran los que pagaran su deuda.

Sofía continuaba, no quería detenerse donde pudieran verla y

reconocerla. Era suficientemente vergonzoso que hubiera sucedido todo eso, sin pensar en lo que podría pasar si alguien de palacio la localizaba. No quería pensar cómo se regodearía *Milady* d'Angelica si descubría que habían obligado a Sofía a marcharse de palacio y que habían cancelado su boda.

Realmente no quería pensar qué sucedería si descubría la verdad. ¿Qué pasaría si al noble descubría que una chica que tan solo era una de las que vendían como esclavas la había engañado y le había arrebatado el amor del príncipe?

¿Qué diría Sebastián que había pasado? ¿Qué la habían emplazado a su país de adopción? ¿Qué había habido algún escándalo del que no se podía hablar? ¿Diría alguna cosa Sebastián? Tal vez la viuda haría saber que tan solo mencionar a Sofía de Meinhalt provocaría su descontento y aquí acabaría todo.

Pasara lo que pasara, Sofía no podría volver y eso también lo empeoraba. Cuando se fue del orfanato, quedaba un destello de esperanza en su sueño de encontrar un lugar entre los nobles. Ahora, Sofía sentía que había perdido su última esperanza, sin que le quedara otra cosa que no fuera la perspectiva de una vida peor por venir.

Por lo menos, esta noche no iba a dormir con la espalda apoyada contra una chimenea. Todavía tenía el dinero que había conseguido al vender su vestido robado. Podía comprar… bueno, si iba con cuidado, Sofía podía comprar muchas cosas, pero ahora mismo era muy doloroso pensar en todas las cosas que podían suceder a continuación. Solo quería una habitación para la noche para poder dormir y llorar por el dolor de haber tenido que salir de la vida de Sebastián.

¿Podía haber hecho algo de forma diferente? Sofía se hacía esa pregunta una y otra vez mientras miraba alrededor, en busca de una taberna en la que todavía pudieran tener una habitación para ella. Parecía no haber una buena respuesta para ello. Podría haber disimulado mejor su marca, evidentemente, pero lo cierto era que no importaba lo cuidadosa que hubiera sido, tarde o temprano, alguien la hubiera visto. Allí estaba, indeleblemente marcándola como algo inferior; algo que se debía odiar. Hubiera olvidado el maquillaje en otra ocasión, o se hubiera borrado con la lluvia, y entonces…

Bueno, tal vez entonces Sebastián no hubiera sido el único en verla. Tal vez un montón de nobles hubieran estado allí para agarrarla y exigir su vida por la ofensa, en lugar de que solo hubiera un hombre que se preocupara por ella.

Sofía continuó hasta encontrar una taberna lejos del palacio. Quería estar lo suficientemente lejos del distrito de los nobles, para que no la reconocieran ninguno de los nobles ni de sus sirvientes, pero no quería meterse de lleno en las peores partes de la ciudad. Había algunos lugares a los que no quería volver, incluso aunque quedarse aquí le costara una o dos monedas de más.

Entró, intentando que no se notara demasiado el dolor que le atravesaba el corazón, que le hacía sentir como si debiera implemente seguir caminando hasta que cayera por el agotamiento. La taberna estaba muy lejos del lujo de palacio, pero parecía estar limpia y la gente que había allí tenía más aspecto de comerciantes que estaban de paso en la ciudad que de rudos trabajadores del muelle o mercenarios.

Sofía no se sentía segura allí, pues ¿dónde podía sentirse segura cuando había estado en peligro incluso en palacio? Aun así, ya estaría bien para una noche. Después de eso… bueno, Sofía no podía pensar más allá de eso. Tal vez viviría como una ladrona, usando su poder para sentir cuando la gente no la miraba, hasta que acabaran pillándola. Tal vez debería intentar encontrar a su hermana, aunque Sofía odiaba la idea de llevar sus problemas a la vida que su hermana hubiera encontrado para sí misma.

Se dirigió a la barra de la taberna, aguardando la atención del tabernero mientras sacaba un par de monedas.

—Querría una habitación para la noche —dijo. Incluso era difícil decir eso sin romper a llorar.

El tabernero negó firmemente con la cabeza.

—No nos quedan habitaciones.

—Pero…

—No nos quedan habitaciones —repitió el hombre y, esta vez, Sofía pilló algo de los pensamientos que había tras ello.

«Viene de la calle sin equipaje y habla como si viniera de los barrios pobres. ¿Cree que no reconozco a una puta cuando la veo? Aunque no dará muy buena impresión si tengo que echarla de cabeza a la calle».

Los pensamientos de todos los que estaban allí le decían que todos pensaban más o menos lo mismo. Para ello, ella no podía ser otra cosa que alguien a quien algún hombre rico ya no quería.

Quizás, de algún modo, era incluso así.

—En ese caso tendré que encontrar otro lugar —dijo Sofía, intentando dar la vuelta con lo que ella esperaba que fuera una pizca de dignidad.

Se dirigió hacia la puerta antes de que volvieran las lágrimas y salió a la calle, con la esperanza de que la creciente oscuridad escondiera del mundo lo disgustada que estaba.

Ahora cada paso era doloroso, una sensación de sinsentido y futilidad desbrozaba todo lo que Sofía hacía. No había podido encontrar un lugar en palacio. No había tenido la sensatez de ir con su hermana. Ni tan solo podía encontrar una taberna en la que la aceptaran. No sabía qué iba a hacer a continuación.

Sofía empezó a caminar hacia el río, hacia las partes más pobres de la ciudad. No estaba segura de por qué lo estaba haciendo, si era por encontrar una taberna más barata en al que no importara lo que fuera, o para continuar caminando, o para lanzarse a los fríos brazos del río. Ahora mismo, las tres cosas parecían igual de probables, y Sofía no estaba segura de que le preocupara la diferencia.

Continuó hacia las calles más estrechas donde las casas estaban amontonadas y no daba la sensación de que los edificios se arreglaran igual de bien. Pasó por delante de tipos en los callejones sin mirarlos, e ignoró una oferta obscena que le gritaron desde un portal.

Ahora mismo estaba tan herida que era insensible a todo eso, la ciudad se convirtió en un ruido de fondo para el peso aplastante que rodeaba a su corazón. Sofía andaba arrastrando los pies, sin importarle los ruidos de Ashton mientras sus habitantes nocturnos despertaban y salían a la calle.

Tal vez por ese entumecimiento al principio no oyó los pasos tras ella. Y desde luego por eso no extendió su talento para recoger los pensamientos de los que estaban a su alrededor. Ahora mismo ya tenía suficientes problemas con sus propios pensamientos, sin añadir a los hombres que se preguntaban si podrían comprarla para pasar la noche, o los matones que se preguntaban si deberían pelear

con alguien.

Hasta que no anduvo un poco más no vio la realidad: alguien la estaba siguiendo.

Capítulo veinticinco

Catalina se marchaba de la única felicidad que había podido encontrar jamás, mientras se obligaba a sí misma a no llorar. Cabalgaba más rápido de lo que lo había hecho en todo el día, ignorando el hecho de que ahora estaba oscureciendo y dejando simplemente correr a su caballo.

Tenía que correr, pues ahora era una criminal. Había matado a alguien. Había robado este caballo. Cualquiera que la cazara ahora intentaría cortarle el cuello o arrastrarla hasta una horca, no devolverla a la Casa de los Abandonados.

Cuando catalina se marchó, habían gritos de persecución detrás de ella. Ahora se habían desvanecido en el silencio, y a Catalina solo le cabía esperar que no fuera porque estuvieran sacando su rabia con Will y su familia. Al marchar, esperaba que pareciera que los estaba traicionando junto a todos los demás y que aquel problema la persiguiera a ella, no a ellos.

Cabalgó hasta que fue demasiado oscuro para seguir haciéndolo, y la carretera era tan solo una diferencia en el reflejo de la luz de la luna. Incluso su caballo estaba evitando continuar, tirando hacia un lado del camino a la vez que iba más lento. Catalina captó la indirecta y se apartó cincuenta pasos del camino antes de atar a su caballo a las ramas de un arbusto bajo y sacarle la silla del lomo.

Durmió sobre el suelo duro, con frío porque no podía arriesgarse a hacer fuego, con la espada que le había dado Tomás a su lado sobre el suelo por si acaso venía alguien. No sabía qué haría con ella si eso pasara. ¿Lo mataría, como había matado al chico que había intentado devolverla? ¿Sería capaz de ahuyentarlos si no lo hacía?

Catalina durmió a ratos, incapaz de mantener los ojos cerrados por mucho tiempo. Los miedos se amontonaban con las pesadillas, hasta que apenas podía distinguir cuál era cuál. ¿Estaba escapando

de unas sombras en una casa en llamas, o realmente había gente que iban a por ella? Catalina se despertó de forma brusca un montón de veces y se incorporaba respirando aceleradamente, hasta que se daba cuenta de que los atacantes que iban a por ella solo eran fragmentos de sueños.

Hasta que no salió el sol no vio que su caballo se había soltado del arbusto donde lo había atado. Se había ido, las huellas se perdían en la distancia. Catalina caminó en un amplio círculo para intentar encontrarlo, pero había desaparecido. Tal vez había escapado para vivir en libertad. Tal vez había vuelto con el propietario a quien ella se lo había robado.

En cualquier caso, significaba que ahora tenía que andar. Catalina cogió las sillas de montar, su espada y las otras pocas posesiones que tenía y partió a pie. No sabía si ahora la perseguirían los cazadores, pero al principio tomó un camino diferente al de las huellas de las pezuñas, siguiendo un camino pedregoso en el que no dejaría huellas, sencillamente para asegurarse de que cualquiera que le siguiera la pista iría en la dirección equivocada. Hasta que no estuvo lejos del lugar en el que había acampado, Catalina no siguió en dirección al bosque.

Mientras andaba se mantenía fuera del camino principal, moviéndose, en cambio, entre los límites de los campos y los pequeños senderos que serpenteaban a lo largo de los caminos reales. Significaba que había menos posibilidades de que alguien que supiera lo que había hecho la viera, pero también significaba que el sol estaba alto hasta que Catalina no vio que los árboles ya estaban más cerca. Para entonces estaba cansada y hambrienta; solo había saciado su sed bebiendo agua de la lluvia que había recogido en el hueco de una piedra baja.

Catalina se alegraba de que a su hermana las cosas le fueran mejor que a ella. Tal vez fueran los dos lados de una balanza, así que si las cosas iban cuesta abajo para Catalina, la vida de Sofía mejoraba. Por poco tiempo, Catalina pensó qué podría pasar si se dirigía a palacio para pedir ayuda a Sofía. Si estaba tan cerca de un príncipe, tal vez ella pudiera conseguir alguna especie de perdón por todo lo que Catalina había hecho.

Catalina reía con aquel pensamiento, mientras continuaba en dirección a los árboles. Si se presentaba por sorpresa en palacio, en

el mejor de los casos le prohibirían la entrada y, en el peor de los casos, la colgarían. Ahora solo había una dirección en la que podía ir y ya estaba yendo hacia allí.

Catalina se dirigió hacia los árboles, buscando el principio de las escaleras de piedra que llevaban hasta la fuente. Catalina había pensado en todas las otras posibilidades, pero la verdad es que no había ninguna opción real. Las había destruido todas en el momento en que su cuchillo de comer se había colado bajo las costillas de Zacarías. Tal vez se había estado dirigiendo hacia esto desde el momento en que ella y Sofía habían huido del orfanato, atrapada por el destino como seguramente lo hubiera estado con un contrato como esclava.

Catalina no quería creerlo, pero todavía caminaba hacia el lugar donde la fuente, junto con Siobahn, la estaba esperando.

Al menos, eso creía. Aquí en el bosque, era difícil saber en qué dirección iba. Los árboles se amontonaban a su alrededor, empujando a Catalina hacia atrás y obligándola a alejarse del camino a cada paso. Este no era el camino por el que había venido la primera vez que estuvo aquí, y ahora el barro se le pegaba a las botas, dificultándole el movimiento mientras las ramas la arañaban como si quisieran vigilar el lugar.

Catalina percibió un destello de diversión procedente de arriba. Se puso derecha y escuchó. No se escuchó ningún ruido, pero aquella sensación era inconfundible. La bruja estaba allí. Vigilándola. Disfrutando con su sufrimiento.

Se estaba acercando.

Empezó a caer la lluvia, atravesando los árboles de forma persistente y pegándole la ropa a Catalina en la piel.

—Sé lo que estás haciendo —exclamó Catalina—. ¡Déjame avanzar, maldita seas!

No hubo respuesta.

Pero aun así, el camino parecía más fácil.

Los pinchos todavía pinchaban a Catalina, pero no se enredaban y la detenían. El barro todavía se le pegaba a los pies, pero no amenazaba con quitarle las botas. Ahora los árboles no le obstruían el camino, pero en su lugar le hacían como de embudo.

Finalmente, encontró un pequeño camino que le resultó conocido. Ayer había estado aquí; estaba segura de ello. Vio la

piedra desmoronada de los primeros escalones.

Alzó la vista y se preparó.

Y, a continuación, paso a paso, empezó a escalar.

Capítulo veintiséis

Sofía miró hacia atrás por encima del hombro, intentando avistar a las personas que la estaban siguiendo. Pero no vio nada.

Dentro, su miedo crecía, forzándola a avanzar. Giró hacia una calle lateral y los pasos todavía iban al mismo ritmo que los suyos. Los escuchó con más atención. Seguían el ritmo de sus propios pasos, acelerando a la vez, reduciendo el ritmo cuando ella vigilaba a su alrededor en busca de amenazas. Había demasiados pensamientos en la ciudad para estar segura de quién la estaba siguiendo o por qué, pero estaba segura de que por lo menos había tres pensamientos diferentes que la seguían de cerca.

Caminaba más deprisa y los pasos aceleraban con ella.

Rompió a correr. Escogía las direcciones al azar, dirigiéndose hacia la oscuridad sin importarle hacia dónde fuera. Fue a para a un patio, cruzó agachada una puerta medio abierta e intentó clamar su respiración lo suficiente para que no la delatara. Con cuidado, tan lentamente que apenas era perceptible, Sofía acabó de cerrar la puerta. No quería dejar rastro de su presencia.

Se quedó allí en las sombras, con la esperanza de que quien la estuviera siguiendo continuaría, dejándola tranquila en el momento en que ella fuera demasiado problema. Así era cómo trabajaban los depredadores en la ciudad. Solo perseguían lo que era fácil y se olvidaban de lo que era difícil. Si podía quedarse en silencio y fuera de la vista, ellos pasarían de largo y buscarían otro objetivo en algún otro lugar.

Entonces pilló un destello de sus pensamientos y supo que eso no funcionaría. Se alejó de la entrada, en busca de un arma, pero no había nada y, en cualquier caso, Sofía no era su hermana. No tenía la habilidad para luchar contra los atacantes. Podía hablar con ellos, convencerlos, escapar de ellos, pero no luchar contra ellos.

Sofía se puso a buscar una salida, vio una pila de cajas al otro

lado del patio y empezó a trepar. No llegaban hasta las tejas inclinadas del tejado, pero se le acercaban bastante. Ya había trepado hasta los tejados de la ciudad; podía volverlo a hacer. Sentía la aspereza de las cajas de madera bajo sus manos mientras se forzaba a sí misma a subir caja tras caja, intentando encontrar el camino hasta el tejado que había allí arriba. Cuando oyó que se abría la puerta del patio, Sofía intentó ir más rápido.

Notó que las cajas se movían debajo de ella y, en un instante, Sofía cayó.

Notó el impacto de los adoquines contra ella cuando fue a parar contra el suelo, y Sofía ni tan solo pudo chillar de dolor, pues la fuerza para hacerlo le quitaría la respiración. Unas manos la cogieron y Sofía se revolcaba para intentar liberarse. No sirvió de nada.

Una tela le cubrió la cara, tapándole la poca luz que había, dificultándole la respiración. Unas manos la apretaban y ahora Sofía no podía respirar. Continuaba luchando, pero sentía que la fuerza se le escapaba y una oscuridad que no tenía nada que ver con la tela empezaba a nublarle la visión.

Una voz se dirigió a ella, aparentemente desde muy lejos.

—¿De verdad pensabas que podías escapar de la Diosa Enmascarada?

Capítulo veintisiete

Catalina subía y subía y, esta vez, los escalones parecían no tener fin. Tenía la sensación de que la estaban castigando, poniéndola a prueba. Tal vez solo le recordaban que era algo diferente a Siobahn, algo menos.

A pesar de ello, continuaba, forzándose a subir.

Cuando llegó arriba del todo, sentía que estaba a punto de desplomarse. Se acercó a la fuente y, ahora mismo, deseaba que estuviera llena, para poder beber agua fresca de ella.

Siobahn estaba al lado de ella, tenía un aspecto elegante y la lluvia no la había tocado. Sonreía y en su sonrisa había crueldad.

Estaba allí, mirando fijamente a Catalina en silencio, sus ojos la atravesaban ardientes.

Era evidente que esperaría a que Catalina hablara primero.

—Yo… no tengo ningún otro lugar al que ir —dijo finalmente Catalina, bajando la cabeza y llena de vergüenza.

Aun así, Siobahn esperó, estaba claro que quería más.

Catalina respiró profundamente.

—Maté a alguien —añadió—. Me iba a devolver al orfanato y lo maté.

Vio que la mujer asentía indicando que la comprendía.

—Las lecciones que se aprenden con sangre son siempre las más duras —dijo finalmente—. Pero también son las más fuertes.

Siobahn alargó una mano.

Su piel tenía un tacto suave como el musgo o el roce de la seda.

—Has aprendido lo que te harán allá en el mundo. Has aprendido por qué debes ser fuerte.

Catalina asintió. Tenía que ser fuerte. Tenía que ser tan fuerte que nadie pudiera volver a hacerle daño, y que ninguno de los que la perseguían pudiera tocarla. Para poder proteger a su hermana. Para poder vengar una infancia que le habían arrebatado.

Pero necesitaba más que eso. Necesitaba un lugar en el que poder estar a salvo.

Siobahn fue hacia el otro extremo de la fuente. El lugar parpadeó y Catalina vio que salía agua.

La fuente estaba viva de nuevo.

Catalina estaba impresionada por el poder de la mujer. Pero temía las aguas que tenía delante, sabiendo el precio que suponían.

Siobahn extendió el brazo con un pequeño cucharón de plata y lo llenó con una mano firme.

Entonces se dirigió a Catalina y se lo ofreció.

—¿Estás preparada, Catalina?

Catalina alargó su mano temblorosa y cogió el cucharón. Era increíblemente pesado en su mano, antiguo, una cosa de un gran poder en sí misma.

Miró las aguas brillantes que había dentro del mismo y se sorprendió de la poca agua que contenía. Menos que en un cuenco pequeño.

Pero la suficiente para cambiar su vida para siempre.

La suficiente para hacer de ella la guerrera más fuerte que jamás haya existido.

Y la suficiente para estar en deuda con la bruja para siempre.

No era un pacto que deseara hacer.

Sin embargo, este mundo era duro y cruel y Catalina veía que no podía fiarse de nadie que no fuera ella misma.

Quería ese poder. Quería esa fuerza.

Quería destruir aquel orfanato.

Y quería convertirse en la mayor guerrera que jamás haya existido.

Así que, con la mano temblorosa, se acercó el cucharón a los labios; el metal estaba frío, el agua aún más.

Y cerró los ojos.

Y bebió.

MORGAN RICE. Escritora estadounidense autopublicada, autora de libros de fantasía y ciencia ficción para jóvenes, con un gran componente de terror y romance.

En 2011 declaró que no tenía interés en continuar con la edición tradicional de sus novelas.

En 2013 conquistó el puesto número uno de la lista de *bestsellers* de Amazon con su serie *El anillo del hechicero*, de la que ya se han publicado 17 títulos.

En febrero del 2016 cuatro de sus novelas estaban en el *top 20 highest-selling American iBooks* y en abril «*Rise of the Valiant*» llegó al sexto puesto.

Además, es autora de seis series más: *Diario de un Vampiro*, traducida a seis idiomas; *Trilogía de Supervivencia* una serie de ciencia ficción postapocalíptica de la que ya ha publicado 3 títulos; *Reyes y Hechiceros*, una serie brillante de seis libros, que nos sumerge en una fantasía de trolls y dragones; *De Coronas y Gloria*, una trilogía de fantasía épica; *Vampire, Fallen*, su nueva serie de vampiros y *El camino del acero*.

MORGAN RICE
UNA CORTE PARA LOS LADRONES
UN TRONO PARA LAS HERMANAS – LIBRO 2

Sofía, de 17 años, ve que su mundo se pone patas arriba, la expulsan del romántico mundo de la aristocracia y vuelve a los horrores del orfanato. Esta vez las monjas parecen decididas a matarla. Pero eso no le duele tanto como su corazón roto. ¿Se dará cuenta Sebastián de su error y volverá a por ella?

Su hermana menor Catalina, de 15 años, se embarca en su entrenamiento con la bruja, alcanzando la mayoría de edad bajo sus auspicios, dominando la espada, ganando más poder del que nunca hubiera imaginado que fuera posible, y decidida a embarcarse en una misión para salvar a su hermana. Se encuentra inmersa en un mundo de violencia y combate, de una magia que ansía y que, aun así, puede consumirla.

Un secreto sobre los padres que perdieron Sofía y Catalina sale al descubierto, y puede que no todo sea lo que parece para las hermanas. De hecho, el destino puede dar un giro.

Morgan Rice

Una corte para los ladrones

Un trono para las hermanas - 2

ePub r1.0
Titivillus 24.06.2023

Título original: *A Court for Thieves*
Morgan Rice, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Capítulo uno

Hicieron un espectáculo del castigo de Sofía, como Sofía debería haber imaginado. La arrastraron de vuelta a la Casa de los Abandonados y no le sacaron la capucha hasta llegar a sus confines, empujándola mientras ella andaba a trompicones por las calles de Ashton.

«¡Catalina, ayúdame!» —envió Sofía, a sabiendas de que su hermana era la mejor opción que tenía para salir de esta.

Nadie la ayudó, ni tan solo aquellos que pasaban por delante de ella. Sabían que no era una chica rica a la que habían secuestrado, solo una de las que contrataban como criadas a la que llevaban de vuelta para que se enfrentara con la justicia. Incluso encapuchada y llevando el exquisito vestido de su engaño, parecía que la gente podía verlo. Ella podía ver sus pensamientos, en los que tantos de ellos pensaban que lo merecía que ella se sentía como si le estuvieran escupiendo mientras la arrastraban.

Las monjas enmascaradas hicieron sonar las campanas cuando sus captores la trajeron de vuelta. Podría haber parecido una celebración, pero Sofía sabía por lo que era: un llamamiento. Estaban sacando a los niños de sus camas para que vieran lo que les pasa a los que son tan estúpidos como para escapar.

Ahora Sofía podía verlas, apiñadas en las puertas y las ventanas del orfanato. Estaban las más mayores, a las que conocía, y las más jóvenes, que acababan de llegar a lo que pasaba por el cuidado del lugar. Todos ellos observarían lo que le pasaba a ella y, probablemente, algunos de ellos tendrían pesadillas con esto más tarde. Las monjas enmascaradas querían que los niños que estaban allí recordaran lo que eran, y que aprendieran que para ellas no podía haber nada mejor.

—¡Ayudadme! —les gritó, pero eso no cambió nada.

Podía ver sus pensamientos. Estaban demasiado asustadas para

moverse, algunas aún estaban parpadeando sin entender lo que estaba pasando. Unas pocas incluso pensaban que lo merecía; que debían castigarla por romper las normas.

Las monjas le sacaron el vestido. Sofía intentó forcejear, pero una de las monjas le dio una bofetada por ello mientras las otras la mantenían inmovilizada.

—¿Crees que debes llevar ropas finas? Una cosa desvergonzada como tú no merece ropa elegante. Apenas mereces la vida que la diosa escogió darte.

La desvistieron hasta dejarla solo con sus enaguas, ignorando la vergüenza que Sofía sentía por ello. Le deshicieron las trenzas de su pelo, dejándolo salvaje, sin permitirle ni tan solo controlar su apariencia en ese aspecto. Siempre que mostraba la más mínima resistencia, la golpeaban con la mano abierta, haciendo que se tambaleara. Aun así, la hacían avanzar.

La Hermana O'Venn era la más ansiosa por hacerlo. Hacía avanzar a Sofía, hablando todo el rato con un volumen que los habitantes del orfanato que estaban observando oyeran con seguridad.

—¿Pensabas que estarías por allí fuera en el mundo durante mucho tiempo? —exigió—. ¡La Diosa Enmascarada exige que se paguen sus deudas! ¿Pensabas que una cosa desvergonzada como tú podía evitarlo simplemente entregándose a un hombre rico?

¿Era una suposición, o de algún modo sabían lo que había estado haciendo Sofía? Si era así, ¿cómo era posible?

—Miradla —gritó la Hermana O'Venn a los niños que estaban mirando—. Mirad lo que sucede con los ingratos y los fugitivos. ¡La Diosa Enmascarada os da cobijo aquí, pidiendo solo trabajo a cambio! Os da la oportunidad de vidas llenas de sentido. ¡Si lo rechazáis, este es el precio!

Sofía podía sentir el miedo de los huérfanos que había a su alrededor, demasiados pensamientos juntos formando una ola. Unos cuantos debatían ayudarla, pero nunca había una posibilidad real. La mayoría simplemente estaban agradecidos de no ser ellos.

Sofía peleaba mientras la arrastraban hasta el patio, pero eso no cambiaba nada. Tal vez Catalina podría haber peleado hasta librarse de ellas, pero Sofía nunca había sido una luchadora. Ella había sido la lista, solo que no lo suficiente. La habían atrapado, y

ahora…

… ahora había un poste aguardándola en el centro del patio, con intenciones evidentes.

Algunos de los niños se mofaron mientras las monjas llevaban a Sofía hacia aquel poste, y eso dolía casi más que todo el resto. Sabía por qué lo hacían, pues si ella hubiera estado allí se hubiera unido, solo para asegurarse de que no la escogieran para algún castigo. Aun así, Sofía sentía las lágrimas en los ojos mientras a su alrededor veía la ira en algunos de los jóvenes rostros que observaban.

Ella iba a ser un aviso para ellos. Para el resto de sus vidas, pensarían en ella cada vez que pensaran en escapar.

Sofía gritaba con sus poderes mientras la ataban al poste, presionando su cara contra él e inmovilizándola con cuerdas de áspero cáñamo.

—¡Ayuda, Catalina! ¡Me atraparon!

Pero no hubo respuesta, mientras las monjas continuaban atándola para que no se moviera como un sacrificio para las cosas más oscuras que la gente había adorado ante la Diosa Enmascarada. Chilló pidiendo ayuda con todo el esfuerzo mental que pudo reunir, pero eso no parecía cambiar nada.

Las monjas se tomaron su tiempo. Evidentemente, la intención era tanto el teatro como el dolor. O tal vez simplemente no querían que el escozor de cualquiera de los golpes que Sofía recibiría a continuación se redujera.

Una vez Sofía estuvo inmovilizada, las monjas hicieron entrar a algunos de los niños más pequeños, haciéndolas mirar como si ella fuera alguna bestia salvaje atrapada en un bestiario.

—Debemos ser agradecidos —dijo la Hermana O'Venn—. Debemos ser humildes. Debemos devolver a la Diosa Enmascarada lo que le debemos por sus regalos. Si falláis, hay un precio. Esta chica escapó. Esta chica fue lo suficientemente arrogante como para ponerse por encima de la voluntad de la diosa. Esta chica fue deshonesta y orgullosa.

Lo dijo como un juez que pasa sentencia, incluso antes de acercarse a Sofía. Ahora estaba empezando a llover y Sofía podía sentir el frío en la oscuridad.

—Arrepiéntete —dijo—. ¡Arrepiéntete de tus pecados y paga a la diosa el precio de tu perdón!

«Va a sufrir de todos modos, pero debe escoger».

Sofía podía ver el mismo sentimiento en los pensamientos de las demás. Tenían la intención de hacerle daño a pesar de lo que dijera. No servía de nada intentar mentir y pedir perdón, pues lo cierto era que incluso la más dócil de las hermanas que había allí quería hacerle daño. Querían hacerlo como ejemplo para los demás, porque verdaderamente creían que sería bueno para su alma, o simplemente porque les gustaba observar cómo hacían daño a la gente. La Hermana O'Venn era de las segundas.

—Lo siento —dijo Sofía. Veía que los demás que estaban allí estaban pendientes de sus palabras—. ¡Siento no haber corrido dos veces más rápido! Todos vosotros deberíais escapar —gritó a los niños que había allí—. No os pueden detener a todos. ¡No pueden atraparos a todos!

La Hermana O'Venn le golpeó la cabeza contra la madera del poste de castigo y, a continuación, le metió un pedazo de tarugo entre los dientes a Sofía, tan bruscamente que fue un milagro que no le partiera ninguno.

—Para que no te muerdas la lengua gritando —dijo con una dulzura fingida que no tenía nada que ver con las cosas que Sofía podía ver en su mente. Entonces Sofía comprendió la necesidad de venganza de Catalina, su deseo de prender fuego a todo lo que había a su alrededor. Hubiera prendido fuego a la Hermana O'Venn sin pensárselo dos veces.

La hermana enmascarada sacó un látigo y lo probó donde Sofía podía ver. Era una cosa horrenda, con múltiples hilos de piel, con nudos a lo largo de ellos. Era el tipo de cosa que podía dejar moratones y desgarrar, con mucha más dureza que cualquiera de los otros cinturones o varas que habían usado para golpear a Sofía en el pasado. Intentó liberarse de sus ataduras, pero no sirvió de nada. Lo mejor que podía esperar era quedarse allí con actitud desafiante mientras la castigaban.

Cuando la Hermana O'Venn la golpeó por primera vez, Sofía casi atravesó el tarugo del mordisco. El poder agudo le explotó a lo largo de la espalda y sentía cómo se desgarraba por los golpes.

«Por favor, Catalina» —envió—, «¡por favor!».

De nueva, estaba la sensación de que sus palabras flotaban sin conexión, sin respuesta. ¿Las había oído su hermana? Era imposible

saberlo, si no había respuesta. Sofía solo podía quedarse allí, esperar y llamarla.

Al principio, Sofía intentó no gritar, aunque solo fuera para negarle a la Hermana O'Venn lo que quería, pero lo cierto era que no esto no podía mantenerse a raya cuando un dolor como el fuego le quemaba toda la espalda. Sofía gritaba a cada golpe, hasta que parecía que no quedaba nada en su interior.

Cuando por fin le quitaron el tarugo de la boca, Sofía notó el gusto de sangre en ella.

—¿Te arrepientes ahora, niña malvada? —exigió la hermana enmascarada.

Sofía la hubiera matado allí mismo de haber tenido la oportunidad tan solo por un momento, hubiera corrido mil veces si pensara que había una oportunidad para escapar. Aun así, obligó a su cuerpo sollozante a asentir, con la esperanza de aparentar suficiente arrepentimiento.

—Por favor —suplicó—. Lo siento. No debería haber escapado.

Entonces la Hermana O'Venn se inclinó lo suficientemente cerca para reírse de ella. Sofía podía ver la rabia y el deseo de más.

—¿Piensas que no puedo ver cuando un aniña está mintiendo? —preguntó—. Debería haber sabido desde el momento en que viniste aquí que eras algo malvado, teniendo en cuenta de dónde venías. Pero haré que te arrepientas de la forma adecuada. ¡Te sacaré la maldad a golpes si hace falta!

Entonces se dirigió a los demás que estaban allí y Sofía odió el hecho de que aún estuvieran allí observando, quietos como estatuas, inmovilizados por el miedo. ¿Por qué no la estaban ayudando? ¿Por qué no estaban, por lo menos, retrocediendo horrorizados, escapando de la Casa de los Abandonados para ir lo más lejos posible de las cosas que esta hacía mientras podían? Simplemente se quedaron allí cuando la Hermana O'Venn se dirigió sigilosamente hasta ponerse delante de ellos, con el látigo ensangrentado colgando de su mano.

—¡Llegasteis a nosotras como nada, como la prueba del pecado de otro, o como las cloacas del mundo! —gritó la monja enmascarada—. Salís de aquí transformados en chicos y chicas preparados para servir al mundo como se os pida. Esta buscó escapar antes de ser contratada. Aquí tuvo años de seguridad y

adiestramiento, ¡e intentó escapar de lo que esto cuesta!

Porque lo que costaba eran las vidas del resto de los huérfanos, que se echaban a perder cuando cualquiera que pudiera pagar su crianza las contrataba. En teoría, podían pagar el precio, pero ¿cómo lo hacían muchos? y ¿qué sufrían durante los años que les llevaba?

—¡A esta la tenían que haber contratado hace unos días! —dijo la monja enmascarada, señalando—. Bueno, lo harán mañana. Será vendida como la despreciable ingrata que es, y ahora las cosas no serán fáciles para ella. No habrá hombres amables que busquen comprar una esposa, o nobles que busquen una sirvienta.

Eso era lo que pasaba por una buena vida, una vida fácil, en este lugar. Sofía odiaba este hecho casi tanto como odiaba a la gente de allí. También odiaba pensar qué podría pasarle ahora. Había estado a punto de convertirse en la esposa de un príncipe, y ahora…

—Los únicos que querrán una cosa endiablada como esta —dijo la Hermana O'Venn— son hombres crueles con propósitos más crueles. Esta chica se lo buscó y ahora irá donde debe.

—¡Donde usted escoja mandarme! —replicó Sofía, pues de los pensamientos de la monja enmascarada podía ver que había ido a buscar a las peores personas que se le ocurrieron. Poder ver eso era una especie de tormento. Miró a su alrededor a cada una de las monjas enmascaradas que había allí, intentando ver a través de los velos hasta llegar a las mujeres que había debajo.

—Voy a ir a parar a gente como esa porque ustedes eligieron mandarme. Ustedes eligieron vendernos para servir. ¡Nos venden como si no fuéramos nada!

—No sois nada —dijo la Hermana O'Venn, metiendo de nuevo el tarugo en la boca de Sofía.

Sofía le lanzó una mirada fulminante, para intentar encontrar alguna mota de humanidad en algún lugar con el contacto. No pudo encontrar nada, tan solo crueldad disfrazada de firmeza necesaria y maldad fingiendo ser deber, sin tan solo una real convicción detrás. A la Hermana O'Venn simplemente le gustaba hacer daño a los débiles.

Entonces hizo daño a Sofía y ella no pudo hacer nada, excepto gritar.

Se lanzó contra las cuerdas, intentando romperlas para liberarse

o, por lo menos, encontrar una pizca de espacio en el que escapar del azote que le arrancaba la penitencia. Pero no podía hacer nada, excepto gritar, suplicando en silencio en la madera que mordía mientras su poder mandaba gritos a la ciudad, con la esperanza de que su hermana los oiría en algún lugar de Ashton.

No hubo respuesta con excepción del silbido constante del cuero trenzado en el aire y el azote del mismo contra su espalda ensangrentada. La monja enmascarada la golpeó con una fuerza aparentemente interminable, más allá del punto en el que las piernas de Sofía podían sujetarla y más allá incluso del punto en el que le quedaban fuerzas para gritar.

En algún punto tras esto, debió haber perdido el conocimiento, pero eso no cambió nada. En aquel punto, incluso las pesadillas de Sofía eran violentas, devolviéndole los viejos sueños de una casa en llamas y hombres a los que tenía que dejar atrás. Cuando volvió en sí, habían terminado, los demás hacía tiempo que se habían marchado.

Todavía atada sin poder moverse, Sofía lloraba mientras la lluvia se llevaba la sangre de su castigo. Hubiera sido fácil creer que no podía empeorar, salvo que sí que podía.

Podía empeorar mucho.

Y, mañana, lo haría.

Capítulo dos

Catalina estaba por encima de Ashton y observaba cómo ardía. Había pensado que estaría feliz de verla desaparecer, pero no era solo la Casa de los Abandonados o los espacios donde los trabajadores del muelle guardaban sus barcazas.

Era todo.

La madera y la paja de los tejados prendieron en llamas y Catalina podía sentir el pánico de la gente que había dentro del amplio círculo de casa. Los cañonazos rugían por encima de los gritos de los moribundos, y Catalina veía hileras de edificios caer con la misma facilidad que si estuvieran hechos de papel. Sonaban los trabucos, mientras las flechas llenaban el aire tan densamente que costaba ver el cielo a través de ellas. Caían, y Catalina caminaba a través de aquella lluvia con la extraña y distante calma que solo puede venir de estar en un sueño.

No, no en un sueño. Esto era algo más.

Cualesquiera que fueran los poderes de la fuente de Siobhan, ahora atravesaban a Catalina y ella veía la muerte por todas partes a su alrededor. Los caballos corrían por las calles, los jinetes atacaban hacia abajo con sables y espadas. Los gritos provenían de todas partes a su alrededor hasta que parecían llenar la ciudad con la misma certeza que lo hacía el fuego. Incluso el río parecía estar en llamas ahora, aunque cuando Catalina miró, vio que eran las barcazas las que llenaban su amplia extensión, el fuego saltaba de una a otra mientras los hombres luchaban por escapar. Catalina había estado en una barcaza y podía imaginar lo aterradoras que debían ser esas llamas.

Había siluetas que corrían por las calles, y era fácil distinguir a los aterrados habitantes de la ciudad de las siluetas vestidas con uniformes color ocre que los perseguían con espadas, dándoles hachazos mientras escapaban. Catalina nunca había visto saquear

una ciudad, pero esto era algo horrible. Era violencia por violencia, sin señal de detenerse.

Ahora había filas de refugiados más allá de la ciudad, dirigiéndose con las posesiones que podían llevar encima en largas filas hacia el resto del país. ¿Buscarían refugio en las Vueltas o irían más lejos, hacia ciudades como Treford o Barriston?

Entonces Catalina vio que los jinetes se les echaban encima y supo que no llegarían tan lejos. Pero había fuego detrás de ellos, así que no tenían a donde correr. ¿Cómo sería estar atrapado así?

Aunque ella lo sabía, ¿no?

La escena cambió y ahora Catalina sabía que no estaba mirando a algo que podría ser, sino a algo que había sido. Conocía este sueño, pues era uno que tenía con demasiada frecuencia. Estaba en una casa vieja, una casa grande, y se acercaba el peligro.

Pero esta vez había algo diferente. Había gente allí, y Catalina alzó la vista hacia ellos desde tan abajo que sabía que debía ser diminuta. Allí había un hombre, que parecía preocupado pero fuerte, vestido con el terciopelo de un noble, puesto por encima apresuradamente, y una peluca negra rizada deshecha por las prisas de tratar la situación, que dejaba al descubierto el pelo canoso y rapado de debajo. La mujer que estaba con él era hermoso pero estaba desliñada, como si normalmente le llevara una hora vestirse con la ayuda de sirvientas y ahora lo hubiera hecho en minutos. Tenía una mirada amable y Catalina estiró el brazo hacia ella, sin entender por qué la mujer no la levantaba, cuando era lo que normalmente hacía.

—No hay tiempo —dijo el hombre—. Y si intentamos liberarnos todos, simplemente nos seguirán. Tenemos que ir por separado.

—Pero las niñas… —empezó la mujer. Sin que se lo dijeran, Catalina supo que se trataba de su madre.

—Estarán más seguras lejos de nosotros —dijo su padre. Se dirigió a una sirvienta y Catalina reconoció a su niñera—. Tienes que sacarlas de aquí, Anora. Llévalas a algún lugar seguro, donde nadie las conozca. Las encontraremos cuando esta locura haya terminado.

Entonces Catalina vio a Sofía, con un aspecto mucho más joven pero, al parecer, también dispuesta a discutir. Catalina conocía esa mirada demasiado bien.

—No —dijo su madre—. Debéis iros, las dos. No hay tiempo. Corred, queridas mías. —Hubo un estruendo en algún otro lugar de la casa—. Corred.

A continuación, Catalina estaba corriendo, cogiendo de la mano a Sofía con firmeza. Hubo un estruendo, pero ella no miró hacia atrás. Simplemente continuó, a lo largo de los pasillos, solo parando para esconderse cuando pasaban unas siluetas oscuras. Corrieron hasta que encontraron una serie abierta de ventanas, que llevaban fuera de la casa, a la oscuridad…

Catalina parpadeó, volviendo en sí. La luz de la mañana que había allá arriba parecía demasiado luminosa, su brillo era cegador. Intentó aferrarse al sueño al despertar, intentó ver lo que había sucedido a continuación, pero ya estaba huyendo más rápido de a lo que ella podía atenerse. Catalina se quejó de ello, pues sabía que la última parte no había sido un sueño. Había sido un recuerdo, y era un recuerdo que Catalina quería ver más que todos los demás.

Aun así, ahora tenía las caras de sus padres en la mente. Las mantuvo allí, obligándose a no olvidar. Se incorporó lentamente, su cabeza flotaba como consecuencia de lo que había visto.

—Deberías tomarla lentamente —dijo Siobhan—. Las aguas de la fuente pueden tener consecuencias.

Estaba sentada en el borde de la fuente, que ahora parecía de nuevo destrozada, no brillante y nueva como había sido cuando Siobhan había sacado agua de ella para que Catalina bebiera. Ella tenía exactamente el mismo aspecto que tenía lo que debía ser una noche atrás, incluso las flores entrelazadas en su pelo parecían intactas, como si no se hubieran movido en todo ese tiempo. Estaba observando a Catalina con una expresión que no decía nada acerca de lo que estaba pensando, y los muros que tenía alrededor de su mente significaban que era un espacio en blanco completo, incluso para el poder de Catalina.

Catalina intentó levantarse simplemente porque esta mujer no iba a detenerla. A su alrededor, el bosque parecía flotar cuando lo hizo, y Catalina vio una neblina de colores alrededor de los filos de los árboles, las piedras, las ramas. Catalina tropezó y tuvo que apoyar la mano contra una columna rota para sujetarse.

—Tendrás que aprender a escucharme si vas a ser mi aprendiz —dijo Siobhan—. No puedes pretender sencillamente ponerte de

pie tras tantos cambios en tu cuerpo.

Catalina apretó los dientes y esperó a que pasara la sensación de mareo. No tardó mucho. A juzgar por su expresión, incluso Siobhan se sorprendió cuando Catalina se apartó de la columna en la que se apoyaba.

—No está mal —dijo—. Te estás adaptando más rápido de lo que hubiera pensado. ¿Cómo te sientes?

Catalina negó con la cabeza.

—No lo sé.

—Entonces tómate un tiempo para pensar —respondió bruscamente Siobhan con una pizca de enfado—. Yo quiero una alumna que piense acerca del mundo, en lugar de simplemente reaccionar ante el mismo. Creo que eres tú. ¿Quieres demostrar que me equivoco?

Catalina negó de nuevo con la cabeza.

—Estoy… el mundo parece diferente cuando lo miro.

—Estás empezando a verlo tal y como es, con las corrientes de la vida —dijo Siobhan—. Te acostumbrarás a él. Intenta moverte.

Catalina dio un paso indeciso, después otro.

—Puedes hacerlo mejor que eso —dijo Siobhan—. ¡Corre!

Estaba un poco demasiado cerca de los sueños de comodidad de Catalina, y ella se preguntaba hasta dónde de ellos había visto Siobhan. Había dicho que ella y Catalina no eran lo mismo, pero si estaban los suficientemente cerca para que la mujer quisiera enseñarle, entonces tal vez también estaban lo suficientemente cerca para que Siobhan viera en sus sueños.

Ahora mismo no había tiempo para pensar en ello, pues Catalina estaba demasiado ocupada corriendo. Corría a toda velocidad entre los bosques, sus pies rozaban el musgo y el barro, las hojas caídas y las ramas rotas. Hasta que no vio los árboles azotados por ello, no se dio cuenta de lo rápido que se estaba moviendo.

Catalina brincó y, de repente, estaba saltando sobre las ramas más bajas de uno de los árboles de su alrededor, con la misma facilidad que si hubiera saltado de un barco a un muelle. Catalina mantenía el equilibrio sobre la rama, parecía sentir cada soplo del viento que la movía antes de que pudiera sacudirla. Saltó de nuevo al suelo y, sin pensarlo, se fue hacia una pesada rama caída que antes no podría haber esperado levantar. Catalina sintió la aspereza

de la corteza contra sus manos al agarrarla, y la levantó sin sobresaltos, alzándola por encima de su cabeza como uno de los hombres fuertes de las ferias que venían a Ashton cada cierto tiempo. La lanzó, observando cómo la rama desaparecía entre los árboles hasta ir a parar al suelo con un estruendo.

Catalina lo oyó y, por un instante, oyó todos los otros ruidos que había a su alrededor en el bosque. Oyó el crujido de las hojas unas cosas pequeñas se movían debajo de ellas, el piar de los pájaros en las ramas. Oyó el sonido de unos pies diminutos contra el suelo y supo el lugar donde iba a aparecer una liebre antes de que lo hiciera. El simple abanico de sonidos era demasiado al principio. Catalina tuvo que apretar las manos contra los oídos para no dejar entrar el goteo del agua de las hojas, el movimiento de los insectos por la corteza. Lo reprimía del modo en que había aprendido a hacerlo con su talento para oír pensamientos.

Regresó al lugar donde estaba la fuente destrozada y allí estaba Siobhan, sonriendo con lo que parecía ser cierto orgullo.

—¿Qué me está pasando? —preguntó Catalina.

—Solo lo que pediste —dijo Siobhan—. Querías fuerza para vencer a tus enemigos.

—Pero todo esto… —empezó Catalina. La verdad es que nunca había creído que le pudiera pasar tanto a ella.

—La magia puede tomar muchas formas —dijo Siobhan—. No echarás una maldición sobre tus enemigos o adivinarás su futuro desde la distancia. No lanzarás rayos o convocarás a los espíritus de los muertos turbados. Estos son caminos para otros.

Catalina levantó una ceja.

—¿Algo de esto es posible?

Vio que Siobhan encogía los hombros.

—Ni importa. Ahora la fuerza de la fuente corre por tu interior. Serás más rápida y más fuerte, tus sentidos serán más agudos. Verás cosas que la mayoría de personas no pueden ver. Combinado con tus propios talentos, serás formidable. Te enseñaré a golpear en la batalla o desde las sombras. Te haré mortífera.

Catalina siempre había deseado ser fuerte, pero aun así, todo esto la asustaba un poco. Siobhan ya le había dicho que habría un precio por todo esto, y cuanto más maravilloso parecía, mayor sospechaba que iba a ser el precio. Pensó de nuevo en lo que había

soñado y esperaba que no fuera una advertencia.

—Vi algo —dijo Catalina—. Lo soñé, pero no parecía un sueño.

—¿Qué parecía? —preguntó Siobhan.

Catalina estaba a punto de decir que no lo sabía, pero captó la expresión de Siobhan y se lo pensó mejor.

—Parecía la verdad. Aunque espero que no. En mi sueño, Ashton estaba a medio ser arrasada. Estaba en llamas y estaban masacrando a la gente.

Medio esperaba que Siobhan se riera de ella tan solo por mencionarlo, o tal vez lo esperaba. En cambio, Siobhan parecía meditabundo, asintiendo para sí misma.

—Debería haberlo esperado —dijo la mujer—. Las cosas se mueven más rápido de lo que yo pensaba que lo harían, pero el tiempo es una cosa que ni tan solo yo puedo hacer nada al respecto. Bueno, no para siempre.

—¿Sabes lo que está sucediendo? —preguntó Catalina.

Aquello le valió una sonrisa que no pudo descifrar.

—Digamos que estaba esperando acontecimientos —respondió Siobhan—. Hay cosas que yo había previsto y cosas que deben hacerse en poco tiempo.

—Y no vas a contarme lo que está sucediendo, ¿verdad? —dijo Catalina. Intentaba que no se notara la frustración en su voz, centrándose en todo lo que había ganado. Ahora era más fuerte, y más rápida, así que ¿debería importar que no lo supiera todo? Sin embargo, así era.

—Ya estás aprendiendo —respondió Siobhan—. Sabía que no me equivocaba al escogerte como aprendiz.

¿Al escogerla? Había sido Catalina la que había buscado la fuente, no una vez, sino dos. Había sido la que había pedido poder y la que había decidido aceptar las condiciones de Siobhan. No iba a permitir que la mujer la convenciera de que había sido al revés.

—Yo vine aquí —dijo Catalina—. Yo escogí esto.

Siobhan encogió los hombros.

—Sí, lo hiciste. Y ahora es el momento de que empieces a aprender.

Catalina miró a su alrededor. Esto no era una biblioteca como la de la ciudad. Era un campo de entrenamiento con maestros de espada como en el que había sido humillada por el regimiento de

Will. ¿Qué podía aprender aquí, en este lugar salvaje?

Aun así, se preparó, quedándose frente a Siobhan y esperando.

—Estoy preparada. ¿Qué tengo que hacer?

Siobhan inclinó la cabeza hacia un lado.

—Esperar.

Se dirigió hacia un lugar donde se había preparado un pequeño fuego para encenderlo dentro de un círculo. Siobhan lanzó un titileo de llama sin problema con sílex y acero y, a continuación, susurró unas palabras que Catalina no pudo pillar mientras salía humo del mismo.

El humo empezó a dar vueltas y a retorcerse, adoptando formas mientras Siobhan lo dirigía como un director de orquesta podría haber dirigido a los músicos. El humo se fusionó en una forma que era ligeramente humana, para finalmente consumirse y acabar en algo que parecía un guerrero de un tiempo muy lejano. Allí estaba, sujetando una espada que parecía extremadamente afilada.

Tan afilada, de hecho, que Catalina no tuvo tiempo para reaccionar cuando se la clavó en el corazón.

Capítulo tres

Dejaron a Sofía colgando allí toda la noche, sujeta solo por las cuerdas que habían usado para atarla al poste de castigo. La misma inmovilidad era casi tanta tortura como su castigada espalda, mientras sus extremidades ardían por la falta de movimiento. No podía hacer nada para aliviar el dolor de su paliza, o la pena de que la hubieran dejado allí fuera bajo la lluvia como una especie de aviso para los demás.

Entonces Sofía las odiaba, con el tipo de odio por el que siempre reprendía a Catalina por tener demasiado cerca. Quería verlas morir y el desearlo era una especie de dolor también, pues no existía un modo en el que Sofía pudiera estar en posición de hacer que eso sucediera. Ni tan solo podía liberarse a sí misma ahora.

Tampoco podía dormir. El dolor y la postura incómoda se encargaban de ello. A lo que más se podía acercar Sofía era a una especie de delirio medio en sueños, en el que el pasado se mezclaba con el presente mientras la lluvia continuaba pegándole el pelo a la cabeza.

Soñaba con la crueldad que había visto en Ashton, y no solo en el infierno viviente del orfanato. Las calles habían sido casi igual de malas con sus depredadores y su cruel falta de preocupación por aquellos que acababan en ellas. Incluso en el palacio, por cada alma bondadosa, había otra como *Milady* d'Angelica que parecía gozar del poder que su posición le daba para ser cruel con los demás. Pensaba en un mundo que estaba lleno de guerras y crueldad provocada por los humanos, preguntándose cómo podía haberse convertido en un lugar tan desalmado.

Sofía intentaba llevar sus pensamientos a cosas más agradables, pero no era fácil. Empezó a pensar en Sebastián, pero lo cierto era que eso le dolía demasiado. Las cosas parecían perfectas entre ellos y después de descubrir quién era ella… se había hecho pedazos tan

rápidamente que ahora su corazón parecía ceniza. Ni tan solo había intentado hacer frente a su madre y quedarse con Sofía. Simplemente la había despachado.

En su lugar, pensó en Catalina y, pensando en ella, vino la necesidad de gritar para pedir ayuda una vez más. Mandó otra llamada en los primeros destellos de la luz del amanecer, pero aun así, no hubo nada. Peor aún, pensar en su hermana sobre todo traía consigo recuerdos de los tiempos difíciles en el orfanato, o de otras cosas anteriores.

Sofía pensó en el fuego. En el ataque. Era tan pequeña cuando esto había sucedido que apenas recordaba nada de ello. Podía recordar las caras de su madre y de su padre, pero no sus voces gritando las pocas instrucciones para que corrieran. Recordaba tener que huir, pero tan solo podía juntar los más débiles destellos del tiempo anterior a esto. Había un caballito mecedor de madera, una casa grande donde era fácil jugar a perderse, una niñera:

Sofía no podía sacar nada más que eso de su memoria. La Casa de los Abandonados la había cubierto casi por completo con un miasma hecho de dolor, de manera que era difícil pensar más allá de los azotes y de las ruedas de moler, la sumisión forzosa y el temor que venía de saber hacia donde llevaba todo esto.

Lo mismo que ahora aguardaba a Sofía: ser vendida como un animal.

¿Cuánto tiempo estuvo allí colgada, sin poderse mover por mucho que intentara escapar? Por lo menos, el tiempo suficiente para que el sol estuviera en el horizonte. El tiempo suficiente para que cuando vinieran las monjas enmascaradas para cortar las cuerdas, las extremidades de Sofía cedieran, haciendo que se desplomara sobre las piedras del patio. Las monjas no hicieron ni un movimiento para ayudarla.

—Levántate —ordenó una de ellas—. No querrás vender tu deuda con este aspecto.

Sofía continuó allí tumbada, apretando los dientes para aguantar el dolor mientras la sensibilidad trepaba de nuevo a sus piernas. Solo se movió cuando la monja la atacó, pateándola.

—Levanta, te dije —dijo bruscamente.

Sofía se obligó a ponerse de pie y las monjas enmascaradas la tomaron por los brazos del mismo modo que Sofía imaginaba que

un prisionero podría ser escoltado hacia su ejecución. Ella no se sentía mucho mejor ante la expectativa de lo que le esperaba.

La llevaron hasta una pequeña celda de piedra, donde había cubos esperando. Entonces la restregaron y, de alguna manera, las monjas enmascaradas consiguieron convertir incluso esto en una especie de tortura. Parte del agua estaba tan caliente que escaldó la piel de Sofía mientras le limpiaba la sangre, haciéndola gritar con todo el dolor que había sufrido cuando la Hermana O'Venn la había azotado.

Había más agua que estaba fría como el hielo, de un modo que hizo tiritar a Sofía. Incluso el jabón que utilizaban las monjas escocía, quemándole en los ojos mientras le fregaban el pelo y se lo ataban atrás en un nudo irregular que no tenía nada que ver con los elegantes diseños del palacio. Le quitaron sus enaguas blancas y le dieron la indumentaria gris del orfanato para que se la pusiera. Después de las ropas elegantes que Sofía había llevado los días anteriores, esta hacía que le picara la piel junto con la promesa de mordeduras de insectos. No le dieron de comer. Presuntamente, no valía la pena, ahora que su inversión en ella llegaba al final.

Así era este lugar. Era como una granja para niños, engordándolos justo lo suficiente y con las habilidades y el miedo para convertirlos en aprendices útiles o sirvientes para después venderlos.

—Saben que esto está mal —dijo Sofía mientras la llevaban hacia la puerta—. ¿No ven las cosas que están haciendo?

Otra de las monjas le dio un coscorrón detrás de la cabeza, que hizo tropezar a Sofía.

—Proporcionamos la misericordia de la Diosa Enmascarada a aquellos que la necesitan. Ahora, cállate. Te venderás por un precio peor si tienes la cara amoratada por haberte pegado.

Sofía tragó saliva al pensar en ello. No había pensado en lo cuidadosamente que habían escondido las marcas de sus azotes bajo el gris apagado de su indumentaria. De nuevo, se puso a pensar en los granjeros, aunque ahora se trataba del tipo de comerciante de caballos que podría teñir el pelaje de un caballo para venderlo mejor.

La llevaban por los pasillos del orfanato, pero ahora no había caras observando. No querían que los niños que había allí vieran

esta parte, probablemente porque a demasiados les recordaría el destino que les esperaba. Los alentaría a escapar, mientras los azotes de la noche anterior probablemente los habían aterrorizado para que no lo hicieran nunca.

En cualquier caso, ahora se dirigían a las secciones de la Casa de los Abandonados donde ahora no iban los niños, hacia los espacios reservados para las monjas y sus visitas. En su mayoría era sencillo, aunque había notas de riqueza por todas partes, en candelabros bañados de oro, o en el brillo de la plata alrededor de los bordes de una máscara ceremonial.

La habitación a la que llevaron a Sofía era casi lujosa para el nivel del orfanato. Parecía un poco la sala de recepción de una casa noble, con sillas colocadas alrededor de los lados, cada una con una pequeña mesa en la que había una copa de vino y un plato con dulces. En un extremo de la sala había una mesa, tras la que estaba la Hermana O'Venn, con un trozo de vitela doblada a su lado. Sofía imaginó que sería la cuenta de su venta. ¿Le harían saber la cantidad antes revenderla?

—Formalmente —dijo la Hermana O'Venn—, debemos preguntarte, antes de venderte, si tienes los medios para devolver tu deuda a la diosa. Aquí está la cantidad. Ven, cosa inútil, y descubre lo que en realidad vales.

Sofía no tuvo elección; la llevaron hasta la mesa y miró. No se sorprendió al ver que había anotado cada comida, cada noche de alojamiento. Subía tanto que Sofía retrocedió por instinto.

—¿Tienes los medios para pagar esta deuda? —repitió la monja.

Sofía la miró fijamente.

—Sabe que no los tengo.

Había un taburete en medio de la sala, tallado de madera dura y que completamente con el resto de la sala. La Hermana O'Venn señaló hacia él.

—Entonces te sentarás allí, y lo harás recatadamente. No hablarás a menos que se te pida. Obedecerás cualquier instrucción al instante. Falla y habrá castigo.

Sofía estaba demasiado herida para desobedecer. Fue hacia el taburete bajo y se sentó, bajando lo suficiente la mirada para no atraer la atención de las monjas. Aun así, observó cómo entraban unos tipos en la sala, hombres y mujeres, todos rodeados por una

sensación de riqueza. Sin embargo, Sofía no pudo ver mucho más que eso, pues llevaban velos que no eran diferentes a los de las monjas, evidentemente para que nadie pudiera ver a quién le interesaba comprar la esclava.

—Gracias por venir avisándolos con tan poca antelación —dijo la Hermana O'Venn, y ahora su voz tenía la afabilidad de un comerciante ensalzando las virtudes de una seda o un perfume buenos.

—Espero que piensen que vale la pena. Por favor, tómense un momento para examinar a la chica y, a continuación, hagan sus apuestas conmigo.

Entonces rodearon a Sofía, mirándola fijamente del modo que un cocinero podría haber examinado un trozo de carne en el mercado, preguntándose para qué serviría, intentando ver algún rastro de putrefacción o exceso de nervio. Una mujer ordenó a Sofía que la mirara y Sofía hizo todo lo que pudo por obedecer.

—Tiene buen color —dijo la mujer—, y supongo que debe ser lo suficientemente bonita.

—Es una lástima que no nos la dejen ver con un chico —dijo un hombre gordo con un rastro de acento que indicaba que venía del otro lado del Puñal-Agua. Sus caras sedas estaban manchadas por un viejo sudor, su hedor disfrazado con un perfume que probablemente era mejor para una mujer. Echó una mirada a las monjas como si Sofía no estuviera allí—. A no ser que hayan cambiado su opinión sobre ello, hermanas.

—Este todavía es un lugar de la Diosa —dijo la Hermana O'Venn, y Sofía distinguir la auténtica disconformidad en su voz. Era extraño que se opusiera a ello, cuando no lo hacía a tantas otras cosas, pensó Sofía.

Extendió su talento, intentando distinguir lo que podía de las mentes de aquellos que estaban allí. Pero no sabía lo que esperaba conseguir, pues no se le ocurría el modo en el que podía influir en sus opiniones sobre ella de un modo u otro. En su lugar, solo le dio una oportunidad de ver las mismas crueldades, los mismos finales duros, una y otra vez. Lo mejor que podía esperar era la servidumbre. Lo peor la hacía temblar de miedo.

—Mmm, tiembla de forma hermosa cuando está asustada —dijo un hombre—. Demasiado bella para las minas, imagino, pero haré

mi oferta.

Fue hasta la Hermana O'Venn y le susurró una cantidad. Uno a uno, los demás hicieron lo mismo. Cuando acabaron, ella miró alrededor de la sala.

—En este momento, Meister Karg tiene la oferta más alta —dijo la Hermana O'Venn—. ¿Alguien desea subir su oferta?

Un par parecieron pensárselo. La mujer que había querido mirar a los ojos a Sofía fue hacia la monja enmascarada y, presuntamente, le susurró otra cantidad.

—Gracias a todos —dijo al fin la Hermana O'Venn—. Nuestro negocio ha concluido. Meister Karg, ahora el contrato de esclavitud le pertenece. Debo recordarle que, en caso de que sea redimido, la chica será libre para marcharse.

El hombre gordo resopló bajo su velo y, al apartarlo, dejó al descubierto una cara rojiza, con demasiada papada, que no mejoraba la presencia de un espeso bigote.

—¿Y cuándo ha pasado esto con mis chicas? —respondió bruscamente. Levantó una mano rechoncha. La Hermana O'Venn cogió el contrato y lo dejó en su mano.

Los demás que allí había hacían pequeños ruidos de enfado, aunque Sofía notaba que varios de ellos ya estaban pensando en otras posibilidades. La mujer que había subido su oferta estaba pensando que era una pena que hubiera perdido, pero solo en el modo que la enojaba que uno de sus caballos perdiera una carrera contra los de sus vecinos.

Al mismo tiempo, Sofía estaba sentada, sin poderse mover ante el pensamiento que toda su vida se le entregara a alguien con tanta facilidad. Unos días atrás, había estado a punto de casarse con un príncipe, y ahora… ¿ahora estaba a punto de convertirse en la propiedad de este hombre?

—Solo está la cuestión del dinero —dijo la Hermana O'Venn.

El hombre gordo, Meister Karg, asintió.

—Me encargaré de esto ahora. Es mejor pagar con monedas que con promesas de banqueros cuando hay que coger un barco.

¿Un barco? ¿Qué barco? ¿Dónde tenía pensado llevarla este hombre? ¿Qué iba a hacer con ella? Las respuestas a eso eran fáciles de arrancar de sus pensamientos, y solo aquella idea era suficiente para hacer que Sofía se levantara a medias, dispuesta a correr.

Unas manos fuertes la cogieron, las monjas la agarraron fuerte por los brazos una vez más. Meister Karg la miraba con desprecio distraído.

—¿Podéis llevarla a mi carreta? Yo arreglaré las cosas aquí y después…

Y, después, Sofía veía que su vida se convertiría en una cosa de un horror aún peor. Quería pelear, pero no había nada que pudiera hacer mientras se la llevaban. Nada en absoluto. En la intimidad de su cabeza, gritaba para que su hermana la ayudara.

Pero parecía que su hermana tampoco la había oído —o no le importaba.

Capítulo cuatro

Una y otra vez, Catalina moría.

O, por lo menos, "murió". Armas ilusorias se deslizaban en su carne, manos fantasmales la estrangulaban hasta la inconsciencia. Unas flechas parpadearon hasta la existencia y dispararon a través de ella. Las armas eran solo cosas formadas de humo, llevadas a la existencia por la magia de Siobhan, pero cada una de ellas hacía tanto daño como el que hubiera hecho un arma de verdad.

Pero no mataban a Catalina. En su lugar, cada momento de dolor solo traía un ruido de decepción por parte de Siobhan, que observaba desde la banda con lo que parecía ser una combinación de diversión y exasperación por la lentitud con la que Catalina estaba aprendiendo.

—Presta atención, Catalina —dijo Siobhan—. ¿Crees que estoy convocando estos fragmentos de sueño para entretenerme?

La silueta de un hombre con espada apareció delante de Catalina, vestido para un duelo más que para una batalla completa. La saludó, nivelando un florete.

—Este es el pase en tiempo de Finnochi —dijo con la misma monotonía plana que parecían tener los demás. Se lo clavó y Catalina fue a defenderse con su espada de madera de prácticas pues, por lo menos, había aprendido a hacer eso. Fue lo suficientemente rápida para ver el momento en que el fragmento cambiaba de dirección, pero el movimiento aún la cogió desprevenida, la espada efímera se deslizó en su corazón.

—Otra vez —dijo Siobhan—. Hay poco tiempo.

A pesar de lo que ella decía, parecía haber más tiempo del que Catalina podía haber imaginado. Los minutos parecían alargarse allí en el bosque, lleno de contrincantes que intentaban matarla y, mientras ellos lo intentaban, Catalina aprendía.

Aprendía a luchar contra ellos, derribándolos con su espada de

madera porque Siobhan había insistido en que dejara a un lado su espada de verdad para evitar el peligro de una herida de verdad. Aprendió a clavar y a cortar, a bloquear y a amagar, pues cada vez que cometía un error, el contorno fantasmal de una espada se colaba dentro de ella con un dolor que parecía demasiado real.

Después de los que llevaban espadas estaban los que llevaban palos y mandarrias, arcos y mosquetes. Catalina aprendió a matar de un montón de maneras con sus manos, y a interpretar el momento en el que un enemigo le dispararía un arma, lanzándose al suelo. Aprendió a correr a través del bosque, saltando de rama en rama, huyendo de los enemigos mientras esquivaba y se escondía.

Aprendió a esconderse y a moverse en silencio, pues cada vez que hacía un ruido, los enemigos efímeros se le echaban encima con más armas que con las que ella podía corresponder.

—¿No podrías simplemente enseñarme? —exigió Catalina a Siobhan, gritando hacia los árboles.

—Te estoy enseñando —respondió al aparecer de uno de los que había por allí cerca—. Si estuvieras aquí para aprender magia, podríamos hacerlo con libros y palabras amables, pero estás aquí para convertirte en mortífera. Para esto, el dolor es el mayor maestro que existe.

Catalina apretó los dientes y continuó. Por lo menos aquí, había una razón para el dolor, a diferencia de la Casa de los Abandonados. Partió de nuevo hacia el bosque, manteniéndose en las sombras, aprendiendo a moverse sin alterar ni la hoja o ramita más pequeñas mientras se acercaba sin hacer ruido a un nuevo grupo de enemigos conjurados.

Aun así moría.

Cada vez que lo hacía bien, aparecía un nuevo enemigo, o una nueva amenaza. Cada una era más dura que la anterior. Cuando Catalina aprendió a evitar los ojos humanos, Siobhan hizo aparecer perros cuya piel parecía hincharse hasta convertirse en humo a cada paso que daban. Cuando Catalina aprendió a burlar las defensas de la espada de un duelista, el siguiente rival llevaba armadura de manera que ella solo podía atacar por los agujeros de entre las placas.

Cada vez que paraba, parecía que Siobhan estaba allí, con consejos o pistas, ánimos o la especie de entretenimiento

exasperante que animaba a Catalina a hacerlo mejor. Ahora era más rápida, y más fuerte, pero parecía no ser suficiente para la mujer que controlaba la fuente. Tenía la sensación de que Siobhan la estaba preparando para algo, pero la mujer no lo decía, ni contestaba ninguna pregunta que no fuera sobre lo que Catalina tenía que hacer a continuación.

—Tienes que aprender a usar el talento con el que naciste —dijo Siobhan—. Aprende a ver la intención de un enemigo antes de que ataque. Aprende a distinguir la localización de los enemigos antes de que te encuentren.

—¿Cómo voy a practicar eso si estoy luchando contra ilusiones? —exigió Catalina.

—Yo las dirijo, así que dejaré mirar a una fracción de mi mente —dijo Siobhan—. Pero ten cuidado. Hay lugares a los que no querrás mirar.

Aquello captó el interés de Catalina. Ya se había topado con los muros que la mujer tenía para evitar que mirara dentro de su mente. ¿Ahora iba a poder dar un vistazo? Cuando notó que los muros de Siobhan se movían, Catalina se lanzó dentro hasta donde los nuevos límites le permitieron.

No fue muy adentro, pero aun así fue lo suficiente para hacerse una idea de una mente ajena, tanto como la de cualquier persona normal que Catalina hubiera visto antes. Catalina retrocedió por su rareza, retirándose. Lo hizo justo a tiempo para que un enemigo efímero le atravesara el cuello con una espada.

—Te dije que fueras con cuidado —dijo Siobhan mientras Catalina tenía arcadas—. Ahora, inténtalo de nuevo.

Había otro hombre con una espada delante de Catalina. Se concentró y esta vez pilló el momento en el que Siobhan le dijo que atacara. Se agachó, derribándolo.

—Mejor —dijo Siobhan. Esto se acercaba todo lo que ella podía a un elogio, pero el elogio no detuvo las pruebas constantes. Solo significaba más enemigos, más trabajo, más entrenamiento. Siobhan empujaba a Catalina hasta igualar la nueva fuerza que tenía, ella sentía que estaba a punto de desplomarse por el agotamiento.

—¿No he aprendido lo suficiente? —preguntó Catalina—. ¿No he hecho lo suficiente?

Vio que Siobhan sonreía, pero no por diversión.

—¿Piensas que estás preparada, aprendiz? ¿Realmente estás tan impaciente?

Catalina negó con la cabeza.

—Es solo que…

—Que piensas que ya has aprendido lo suficiente por un día. Piensas que sabes lo que está por venir, o lo necesario. —Tal vez tengas razón. Tal vez ya dominas lo que yo quiero que aprendas.

Entonces Catalina notó el punto de enojo. Siobhan no tenía la misma paciencia como maestra que Tomás había mostrado con ella.

—Lo siento —dijo Catalina.

—Es demasiado tarde para sentirlo —dijo Siobhan—. Quiero ver lo que has aprendido. —Dio una palmada—. Una prueba. Ven conmigo.

Catalina quería discutir, pero vio que no tenía sentido hacerlo. En su lugar, siguió a Siobhan hasta un lugar donde el bosque se abría hacia un claro más o menos circular rodeado por majuelos y zarzas, rosas silvestres y ortigas. En medio de esto, había una espada, puesta en equilibrio a través del tocón de un árbol.

No, no era simplemente una espada. Catalina reconoció al instante la espada que Tomás y Will le habían hecho.

—¿Cómo…? —empezó.

Siobhan hizo una señal con la cabeza hacia ella.

—Tu espada no estaba acabada, como no lo estabas tú. La he terminado, igual que estoy intentando mejorarte a ti.

Ahora la espada tenía un aspecto diferente. Tenía una empuñadura de madera oscura y clara en espiral, que Catalina imaginaba que encajaría a la perfección en su mano. Tenía marcas a lo largo de la hoja que no estaban en ningún idioma que hubiera visto antes, mientras el filo de la espada ahora brillaba con un aspecto diabólico.

—Si piensas que estás preparada —dijo Siobhan—, lo único que debes hacer es ir hasta allí y coger tu arma. Pero si lo haces, debes saber esto: allí el peligro es real. No es ningún juego.

En otra situación, Catalina podría haber dado un paso atrás. Podría haberle dicho a Siobhan que no le interesaba y haber esperado un poco más. Dos cosas la frenaban. Una era la insoportable sonrisa que nunca parecía irse del rostro de Siobhan. Se burlaba de Catalina con la insolencia de que todavía no era lo

suficientemente buena. De que nunca sería lo suficientemente buena para estar a la altura del nivel que Siobhan le había fijado. Era una expresión que le recordaba demasiado el desprecio que las monjas enmascaradas le habían mostrado.

Ante aquella sonrisa, Catalina sentía que su rabia crecía. Quería borrar la sonrisa de la cara de Siobhan. Quería demostrarle que cualquiera que fuera la magia que la mujer del bosque poseyera, Catalina estaba al nivel de los trabajos que le preparara. Quería una pequeña cantidad de satisfacción por todas las espadas fantasmales que le habían clavado.

La otra razón era más sencilla: aquella espada era suya. Había sido un regalo de Will. Siobhan no tuvo que mandarle para que Catalina fuera a buscarla.

Catalina cogió carrerilla y saltó hasta una rama, a continuación saltó por encima de un círculo de espinas que rodeaba el claro. Si esto era lo mejor que podía ingeniar Siobhan, ella cogería la espada y volvería en desbandada con la misma facilidad que si anduviera por un camino del campo. Cayó en cuclillas sobre el suelo, mirando hacia la espada que la esperaba al otro lado.

Pero ahora había una silueta que la sujetaba y Catalina se quedó mirándola. Mirándose a ella misma.

Indudablemente, era ella, hasta el último detalle. El mismo pelo corto y pelirrojo. La misma agilidad vigorosa. Sin embargo, la versión de ella llevaba ropa diferente, iba vestida con los verdes y los marrones del bosque. Sus ojos también eran diferentes, verde hoja de punta a punta y cualquier cosa menos humanos. Mientras Catalina miraba, la otra versión de ella desenvainó la espada de Will, dando golpes con ella al aire como si la estuviera probando.

—Tú no eres yo —dijo Catalina.

—Tú no eres yo —dijo su otro yo, exactamente con la misma entonación, exactamente con la misma voz—. Tan solo eres una copia barata, ni la mitad de buena.

—Dame la espada —exigió Catalina.

Su otro yo negó con la cabeza.

—Creo que me la quedaré. Tú no la mereces. Solo eres escoria del orfanato. No es de extrañar que las cosas no salieran bien con Will.

Entonces Catalina fue corriendo hacia ella, blandiendo su espada

de prácticas con toda la fuerza y la furia que pudo reunir, como si pudiera hacer pedazos aquella cosa con el poder de su ataque. En su lugar, vio cómo su espada de prácticas se encontraba con el acero de la que estaba viva.

Clavaba y atacaba, hacía amagos y golpeaba, atacando con todas las habilidades que había desarrollado a través de la despiadada instrucción de Siobhan. Catalina iba hasta el límite de la fuerza que la fuente le había concedido, usando toda la velocidad que poseía para intentar abrirse camino entre las defensas de su contrincante.

Su otra versión bloqueaba cada ataque a la perfección, parecía conocer cada movimiento cuando Catalina lo hacía. Cuando contraatacaba, Catalina apenas evitaba los golpes.

—No eres lo suficientemente buena —dijo su otra versión—. Nunca serás lo suficientemente buena. Eres débil.

Las palabras repiqueteaban en el interior de Catalina casi tanto como el impacto de los golpes de espada contra su arma de prácticas. Dolían, y dolían sobre todo porque todo lo que Catalina sospechaba que podría ser la verdad. ¿Cuántas veces lo habían dicho en la Casa de los Abandonados? ¿No le habían mostrado la verdad los amigos de Will en su círculo de entrenamiento?

Catalina sacó su rabia con un grito y atacó de nuevo.

—No hay control —dijo su otro yo mientras esquivaba los golpes —. No hay reflexión. Nada a excepción de una niña pequeña que juega a ser guerrera.

Entonces su reflejo atacó y Catalina sintió el dolor de la espada cortándole la cadera. Por un instante, no parecía diferente de las espadas fantasmales que la habían apuñalado tantas veces, pero esta vez el dolor no disminuía. Esta vez, había sangre.

—¿Qué se siente al saber que vas a morir? —preguntó su contrincante.

Terror. Se sentía terror, pues lo peor de todo es que Catalina sabía que era cierto. No podía esperar derrotar a su contrincante. Ni tan solo podía esperar sobrevivir a ella. Iba a morir aquí, dentro de este círculo de espinas.

Entonces Catalina corrió hacia el borde, dejando a un lado su espada de madera, que la hacía ir más lenta. Saltó hacia el borde del círculo, mientras oía la risa de su reflejo tras ella mientras se lanzaba hacia él. Catalina se cubrió la cara con las manos, cerrando

los ojos al ir contra las espinas y esperando que eso fuera suficiente.

La desgarraban mientras se zambullía a través de ellas, rasgando su ropa y la piel de debajo. Catalina sentía que las gotas de sangre la cubrían mientras las espinas la desgarraban, pero se obligaba a atravesar aquella maraña, atreviéndose solo a abrir los ojos cuando salió al otro lado.

Miró hacia atrás, medio convencida de que su reflejo la estaría siguiendo, pero cuando Catalina miró, su otra versión había desaparecido, dejando la espada colocada en el tocón del árbol como si ella nunca hubiera estado allí.

Entonces se desplomó, su corazón latía con fuerza por el esfuerzo de todo lo que acababa de hacer. Ahora sangraba por un montón de sitios, por los rasguños de las espinas y por la herida de la cadera. Dio la vuelta para ponerse sobre su espalda, mirando fijamente al follaje del bosque, mientras el dolor venía en tandas.

Siobhan apareció en su campo de visión, bajando la vista hacia ella con una mezcla de decepción y de pena. Catalina no sabía lo que era peor.

—Te dije que no estabas preparada —dijo—. ¿Estás lista para escuchar ahora?

Capítulo cinco

"*Lady* Emelina Constancia Ysalt d'Angelica" —decía la nota—, "Marquesa de Sowerd y *Lady* de la Orden de la Banda". A Angelica le impresionó menos que se usara su nombre completo que el origen de la nota: la Viuda la había citado para una audiencia privada.

Oh, no lo había dicho así. Había expresiones como estar "encantada de solicitar el placer de su compañía" y "esperar que le resultara oportuno". Angelica sabía igual de bien que cualquiera que una solicitud de la Viuda equivalía a una orden, incluso aunque la Asamblea de los Nobles hiciera las leyes.

Se forzó para no mostrar su preocupación mientras se acercaba a los aposentos de la Viuda. No comprobó su aspecto ansiosamente ni se movía de forma nerviosa sin necesidad. Angelica sabía que tenía un aspecto perfecto, pues cada mañana pasaba un rato delante del espejo con sus sirvientas, para asegurarse de que así fuera. No se movía de forma nerviosa porque estaba en perfecto control de sí misma. Además, ¿de qué tenía que preocuparse? Iba a reunirse con una mujer mayor, no a entrar en la guarida de un gato de las sombras.

Angelica intentaba recordar esto mientras se acercaba a las puertas de los aposentos de la anciana, mientras un sirviente las abría de par en par y la anunciaba.

—¡*Milady* d'Angelica!

Debería haberse sentido segura, pero la verdad era que esta era la reina del reino y la madre de Sebastián, y Angelica había hecho demasiado en su vida para sentir alguna vez la certeza de que evitaría la desaprobación. Aun así, caminó hacia delante, obligándose a proyectar una máscara de confianza cuidadosamente confeccionada.

Nunca antes había tenido un motivo para estar en los aposentos

privados de la Viuda. A decir verdad, eran algo decepcionantes, diseñados con una especie de sencilla majestuosidad que, por lo menos, estaba veinte años pasada de moda. Para el gusto de Angelica, había demasiados entrepaños de madera oscura y, aunque el dorado y las sedas del resto del palacio estaban presentes a trozos, todavía no se acercaba ni de lejos a la extravagancia que Angelica hubiera escogido.

—¿Esperabas algo más elaborado, querida? —preguntó la Viuda. Estaba sentada al lado de una ventana que daba a los jardines, en una silla de madera oscura y piel verde. Entre ella y otro asiento, sutilmente más bajo, había una mesa de marquetería. Llevaba un vestido de día relativamente sencillo en lugar de ir vestida completamente con galas, y una diadema en lugar de una corona, pero aun así no había duda sobre la autoridad de la anciana.

Angelica se dejó caer en una reverencia. Una reverencia propia de la corte, no una de las cosas sencillas con las que un sirviente se podría haber molestado. Incluso en cosas como esta, las sutiles gradaciones de estatus importaban. Los segundos se alargaban mientras Angelica esperaba el permiso para levantarse.

—Por favor, acompáñame, Angelica —dijo la Viuda—. Así es cómo prefieres que te llamen, ¿verdad?

—Sí, su majestad. —Angelica sospechaba que sabía muy bien cómo debería llamarla. También se dio cuenta de que no hubo un correspondiente indicio de informalidad por parte de la madre de Sebastián.

Aun así, fue bastante agradable, ofreciéndole una tisana de frambuesa de una tetera que evidentemente se acaba de hacer y sirviendo a Angelica un trozo de pastel de frutas con sus propias manos delicadamente cubiertas con guantes.

—¿Cómo está tu padre, Angelica? —preguntó—. Lord Robert siempre fue leal a mi esposo mientras vivió. ¿Todavía tiene mala respiración?

—El aire del campo le va bien, su majestad —dijo Angelica, pensando en las extensas haciendas de las que tanto se alegraba de estar lejos—. Aunque ya no sale a cazar tanto como lo hacía.

—Los hombres jóvenes van al frente de la cacería —dijo la Viuda—, mientras que las almas más sensatas se esperan detrás y se toman las cosas al ritmo que les va bien. Cuando yo he asistido a

cacerías ha sido con un halcón, no con una jauría de perros de caza que van al ataque. Son menos temerarios y ven más.

—Una buena elección, su majestad —dijo Angelica.

—Y tu madre, ¿continúa cultivando sus flores? —preguntó la Viuda, dando sorbos a su bebida—. Siempre he envidiado los tulipanes estrellados que produce.

—Creo que está trabajando en una nueva variedad, su majestad.

—Empalmando líneas, sin duda —cavilaba la Viuda, mientras dejaba su taza.

Angelica empezaba a preguntarse la razón de todo esto. Sinceramente, dudaba de que la dirigente del reino la hubiera llamado aquí para hablar de las minucias de la vida de su familia. Si fuera ella quien gobernara, desde luego que no se preocuparía por algo tan inútil. Angelica apenas prestaba atención cuando llegaban cartas de las haciendas de sus padres.

—¿Te estoy aburriendo, querida? —preguntó la Viuda.

—No, por supuesto que no, su majestad —dijo Angelica apresuradamente. Gracias a las guerras civiles, los días en que la realeza del reino simplemente podía encarcelar a los nobles sin juicio habían desaparecido, pero aun así no era buena idea arriesgarse a insultarlos.

—Porque yo tenía la impresión de que tú pensabas que mi familia era fascinante —continuó la Viuda—. Mi hijo pequeño en particular.

Angelica se quedó helada, sin saber qué decir a continuación. Debería haber imaginado que una madre se daría cuenta de su interés por Sebastián. ¿Entonces se trataba de eso? ¿De una sugerencia cortés para que lo dejara en paz?

—No estoy segura de a qué se refiere —contestó Angelica, decidiendo que su mejor opción era hacer el papel de la joven noble falsamente modesta—. Evidentemente, el Príncipe Sebastián es bien parecido, pero…

—¿Pero tu intento de sedarlo y reclamarlo para ti no salió como estaba planeado? —preguntó la Viuda y ahora su voz era como el acero—. ¿Pensabas que no me enteraría de esta pequeña estratagema?

Ahora Angelica notaba que el miedo crecía en su interior. Puede que la Viuda no pudiera simplemente ordenar su muerte, pero eso

era lo que un ataque a una persona de la realeza podía significar, incluso con un juicio de sus compañeros nobles. Tal vez especialmente con ellos, pues sin duda estarían aquellos que querrían fijar un ejemplo, o sacarla de en medio, o ajustar cuentas con su familia.

—Su majestad… —empezó Angelica, pero la Viuda la cortó levantando un solo dedo. Pero, en lugar de hablar, se tomó su tiempo para vaciar su taza y, a continuación, la tiró a la chimenea y la porcelana se hizo añicos con un chasquido que hizo pensar a Angelica en huesos rotos.

—Un ataque a mi hijo es traición —dijo la Viuda—. Un intento de manipularme, y de robarme a mi hijo para casarse con él, es traición. Tradicionalmente, esto se recompensa con la Máscara de Plomo.

A Angelica se le contrajeron los intestinos al pensarlo. Era un castigo espantoso de otro tiempo y ella no había visto jamás que se llevara a cabo. Se decía que la gente se mataba a sí misma solo pensarlo.

—¿Te resulta familiar? —preguntó la Viuda—. Se encierra al traidor dentro de una máscara de metal y se vierte plomo fundido en el interior. Una muerte terrible, pero a veces el terror es útil. Y, por supuesto, permite tomar un molde de sus rostros para exponerlo más tarde ante todos a modo de recordatorio.

Cogió algo de al lado de su silla. Parecía ser una de las muchas máscaras que siempre estaban por toda la corte como adoración de la Diosa Enmascarada. Pero esta podía haber sido el molde de una cara. Una cara aterrorizada, agonizante.

—Alan de Courcer decidió alzarse contra la corona —dijo la Viuda—. Colgamos a la mayoría de sus hombres de manera limpia, pero con él dimos un ejemplo. Todavía recuerdo los gritos. Es gracioso cómo perduran estas cosas.

Angelica cayó de rodillas de la silla casi como un pollo deshuesado, alzando la vista hacia la otra mujer.

—Por favor, su majestad —suplicó, pues en ese momento, suplicar parecía ser su única opción—. Por favor, haré cualquier cosa.

—¿Cualquier cosa? —dijo la Viuda—. Cualquier cosa son palabras mayores. ¿Y si quisiera que entregaras las tierras de tu

familia, o que sirvieras como espía en las cortes de este Nuevo Ejército que parece que proviene de las guerras continentales? ¿Y si decidiera que debes ir a cumplir tu penitencia en una de las Colonias Lejanas?

Angelica miró a aquella aterrorizada máscara de la muerte y supo que solo había una respuesta.

—Cualquier cosa, su majestad. Pero eso no, por favor.

Odiaba estar así. Era una de las nobles más importantes en el país, pero aquí y ahora se sentía tan desamparada como el más bajo de los siervos.

—¿Y si quisiera que te casaras con mi hijo? —preguntó la Viuda.

Angelica la miró fijamente, perpleja, las palabras no tenían sentido. Si la mujer le hubiera dicho que le ofrecía un cofre de oro y la dejaba marchar hubiera tenido más sentido que esto.

—¿Su majestad?

—No te quedes allí de rodillas, abriendo y cerrando la boca como un pez —dijo la mujer—. De hecho, vuelve a sentarte. Por lo menos, intenta parecer el tipo de joven refinada con la que mi hijo debería casarse.

Angelica se forzó a sentarse de nuevo en la silla. Aun así, se sentía débil.

—No estoy segura de entenderlo.

La Viuda juntó las manos por las puntas de los dedos.

—No hay mucho que entender. Yo necesito a alguien adecuado para casarse con mi hijo. Tú eres lo suficientemente hermosa, de una familia con un estatus adecuado, bien relacionada en la corte, y resulta suficientemente evidente por tu pequeña trama que te interesa el papel. Es un acuerdo que parece sumamente beneficioso para todos los afectados, ¿no crees?

Angelica consiguió recomponerse un poco.

—Sí, su majestad. Pero…

—Definitivamente, es preferible a las alternativas —dijo la Viuda, acariciando la máscara con el dedo—. En todos los sentidos.

Visto así, Angelica no tenía elección.

—Me haría muy feliz, su majestad.

—Tu felicidad no es mi principal preocupación —replicó la Viuda—. El bienestar de mi hijo y la seguridad de este reino sí. No pondrás en peligro ninguno de los dos, o habrá ajuste de cuentas.

Angelica no tuvo que preguntar sobre el ajuste de cuentas. Ahora mismo, sentía que el hilo del terror la recorría. Odiaba eso. Odiaba que esta vieja bruja pudiera hacer que incluso algo que deseaba pareciera una amenaza.

—¿Qué sucede con Sebastián? —preguntó Angelica—. Por lo que vi en el baile, sus interese están… en otro sitio.

En la chica pelirroja que aseguraba ser de Meinhalt, pero que no se comportaba como ninguna noble que Angelica hubiera conocido.

—Eso ya no será un problema —dijo la Viuda.

—Aun así, si todavía le duele…

La mujer la miró fijamente.

—Sebastián cumplirá con su deber, tanto hacia el reino como hacia su familia. Se casará con quien se le exija que se case y haremos que sea un acontecimiento feliz.

—Sí, su majestad —dijo Angelica, bajando la mirada recatadamente. Una vez casada con Sebastián, tal vez no tendría que inclinarse y pasar estos apuros. Pero, por ahora, se comportaba como tenía que hacerlo—. Escribiré a mi padre enseguida.

La Viuda hizo un gesto de rechazo con la mano.

—Ya lo he hecho yo y Roberto ha aceptado encantado. Los preparativos para la boda ya están en marcha. Tengo entendido por los mensajeros que tu madre se desmayó al oír la noticia, pero ha tenido tendencia a la fragilidad. Confío en que este no sea un rasgo que pases a mis nietos.

Hizo que sonara como una enfermedad que debía eliminarse. Angelica estaba más enojada por el modo en que todo se había llevado a la práctica sin que ella lo supiera. Aun así, hacía todo lo que podía para mostrar la gratitud que sabía que se esperaba de ella.

—Gracias, su majestad —dijo—. Me esforzaré por ser la mejor nuera que pudiera esperar.

—Solo recuerda que al convertirte en mi hija política no adquieres ningún favor especial —dijo la Viuda—. Has sido escogida para realizar un trabajo, y lo harás para mi satisfacción.

—Me esforzaré por hacer feliz a Sebastián —dijo Angelica.

La Viuda se puso de pie.

—Procúralo. Hazlo tan feliz que no pueda pensar en nada más. Hazlo lo suficientemente feliz como para sacar los pensamientos…

de otras de su mente. Hazlo feliz, dale hijos, haz lo que la esposa de un príncipe debe hacer. Si haces todo esto, tu futuro también será feliz.

La irascibilidad de Angelica no iba a dejar pasar eso.

—¿Y si no lo hago?

La Viuda la miró como si no fuera nada, en lugar de una de las más grandes nobles del país.

—Estás intentando ser fuerte con la esperanza de que te respete como a un igual —dijo—. Tal vez esperas que vea algo de mí misma en ti, Angelica. Tal vez incluso lo haga, pero eso apenas es algo bueno. Quiero que recuerdes una cosa desde este momento: me perteneces.

—No, tú…

La bofetada no fue fuerte. No le dejaría una marca que se viera. Apenas escocía, excepto en lo referente al orgullo de Angelica. Allí, quemaba.

—Me perteneces con la misma certeza que si hubiera comprado a una chica como esclava —repitió la Viuda—. Si me fallas de algún modo, te destrozaré por lo que intentaste hacerle a mi hijo. La única razón por la que estás aquí y no en una celda es porque me eres más útil así.

—Como una esposa para su hijo —puntualizó Angelica.

—Como eso, y como una distracción para él —respondió la Viuda—. Dijiste que harías cualquier cosa. Hazme saber si has cambiado de opinión.

Y, entonces, Angelica podía imaginar que habría la muerte más espantosa.

—No, imaginaba que no. Serás la esposa perfecta. Con el tiempo, serás la madre perfecta. Me contarás cualquier problema. Obedecerás mis órdenes. Si fallas en alguna de estas cosas, la Máscara de Plomo parecerá aburrida en comparación con lo que te sucederá.

Capítulo seis

Arrastraron a Sofía hasta fuera, tirando de ella aunque caminaba con su propia fuerza. Estaba demasiado paralizada para hacer otra cosa, demasiado débil para pensar incluso en pelear. Las monjas la iban a entregar a las órdenes de su nuevo propietario. También la podrían haber envuelto como un sombreo nuevo o un bistec.

Cuando Sofía vio la carreta intentó forcejear, pero no sirvió de nada. Era una cosa grande y chabacana, pintada como el carro de algún circo o compañía de actores. Las barras lo anunciaban como lo que era: el carro de retención de un esclavista.

Las monjas la arrastraron hasta él y abrieron la parte de atrás, tirando de unos grandes cerrojos a los que no se podía acceder desde el interior.

—Una cosa pecadora como tú merece estar en un lugar así —dijo una de las monjas.

La otra rio.

—¿Piensas que es pecadora ahora? Dale uno o dos años para que la usen todos los hombres que tengan las monedas para pagarla.

Sofía vio brevemente unas siluetas encogidas de miedo cuando las monjas abrieron la puerta de golpe. Unas miradas asustadas se alzaron hacia ella y vio a media docena de chicas apiñadas sobre la dura madera. Entonces la metieron dentro de un empujón, haciendo que cayera entre medio de ellas sin espacio en el que meterse.

La puerta se cerró de golpe con el ruido de metal sobre metal. El ruido de los cerrojos fue peor, proclamando la impotencia de Sofía en un caos de herrumbre y hierro.

Las otras chicas se apartaron de ella en desbandada mientras ella intentaba encontrar un lugar allí. El talento de Sofía le transmitió su miedo. Les preocupaba que todavía fuera violenta, como lo había sido la chica de ojos oscuros del rincón, o que gritara hasta que Meister Karg las golpeara a todas, como lo había hecho la chica que

tenía moratones alrededor de la boca.

—No voy a hacer daño a ninguna de vosotras —dijo Sofía—. Me llamo Sofía.

Como respuesta le murmuraron lo que podrían haber sido nombres en la penumbra de la carreta prisión, demasiado flojo como para que Sofía pudiera pillar la mayoría de ellos. Su poder le permitió coger el resto, pero ahora mismo estaba demasiado ensimismada en su propia pena como para preocuparse mucho.

Un día atrás, las cosas habían sido muy diferentes. Había sido feliz. Había estado protegida en el palacio, preparándose para su boda, no encerrada en una jaula. Había estado rodeada de sirvientes y asistentes, no de chicas asustadas. Había tenido vestidos elegantes, no harapos y seguridad en lugar del dolor persistente de un azote.

Había tenido la perspectiva de pasar su vida con Sebastián, no de ser utilizada por una sucesión de hombres.

No había nada que pudiera hacer. Nada que no fuera estar allí sentada, mirando ahora por los agujeros de entre las barras, observando cómo Meister Karg salía del orfanato con una expresión arrogante. Fue andando tranquilamente hasta la carreta y, a continuación, se subió al asiento para llevar el carro quejándose por el esfuerzo. Sofía oyó el chasquido de un látigo y se encogió por instinto después de todo lo que le había sucedido a manos de la Hermana O'Venn, su cuerpo esperaba el dolor incluso cuando el carro cobraba vida con un retumbo.

Iba a paso de tortuga por las calles de Ashton, las ruedas de madera se tambaleaban cuando se topaban con los agujeros que había entre los adoquines. Sofía veía las casas al pasar casi al ritmo de un hombre andando, el carro no tenía prisa por llegar a su destino. En cierto sentido, eso debería haber sido algo bueno, pero entonces parecía solo una manera de prolongar su pena, mofándose de ella y de las demás por su incapacidad de escapar del carro.

Sofía veía pasar a la gente, apartándose del carro del modo que se apartaban de otros carros grandes que podían aplastarlos. Unos pocos le echaban un vistazo, pero no hacían ningún comentario. Por supuesto, no hacían ningún movimiento para detenerlo o para ayudar a las chicas que había dentro. ¿Qué decía de un lugar como Ashton que esto fuera lo normal?

Un panadero rechoncho se detuvo para verlas pasar. Una pareja dio un paso atrás para apartarse del surco de las ruedas. Las madres tiraban de sus hijos hacia ellas, o algunos corrían para mirar dentro desafiados por sus amigos. Los hombres miraban con gesto de estar pensando, como si se preguntaran si podrían permitirse a cualquiera de las chicas que había allí. Sofía se forzó a fulminarlos con la mirada, retándolos a mirarla a los ojos.

Deseaba que Sebastián estuviera allí. Nadie más en esta ciudad la ayudaría, pero sabía que incluso después de todo lo que había sucedido, Sebastián abriría las puertas de par en par y la sacaría. Por lo menos, ella esperaba que lo hiciera. Había visto la vergüenza en su rostro cuando había descubierto quién era Sofía. Tal vez también apartaría la vista y fingiría no verla.

Sofía esperaba que no, pues podía ver algo de lo que les esperaba a ella y a las demás, aguardando en la mente de Meister Karg como un indeseable para ella. Tenía pensado recoger a más chicas de camino al barco que les aguardaba y que las llevaría a su ciudad al otro lado del mar, donde había un prostíbulo que trataba con estas chicas “exóticas”. Siempre necesitaba chicas nuevas, pues allí los hombres pagaban bien por la oportunidad de hacer lo que quisieran con las que llegaban nuevas.

Solo pensar en ello hacía que Sofía sintiera náuseas, aunque tal vez también tuviera algo que ver con el constante meneo del carro. ¿Sabían las monjas para qué la habían vendido? Conocía la respuesta a eso: por supuesto que sí. Habían bromeado sobre ello y sobre el hecho de que nunca sería libre, porque no tendría el modo de saldar la deuda que le habían impuesto.

Esto significaba una vida de esclavitud en todo menos en el nombre, obligada a hacer cualquier cosa que su propietario obeso y perfumado deseara hasta que ella ya no tuviera valor para él. Entonces podría dejarla ir, pero solo porque era más fácil dejarla morir de hambre que mantenerla. Sofía quería creer que se mataría antes de dejar que le sucediera todo esto, pero lo cierto era que probablemente obedecería. ¿No había obedecido durante los años en que las monjas habían abusado de ella?

El carro se detuvo de golpe, pero Sofía no era tan estúpida como para creer que habían llegado a algún destino final. En su lugar, se habían parado fuera de la tienda de un sombrerero, y Meister Karg

entró sin mucho más que dando un vistazo a sus cargas.

Sofía fue corriendo hacia delante, intentando encontrar una manera de llegar a los cerrojos que había fuera de las barras. Sacaba el brazo a través de los agujeros de los lados del carro, pero sencillamente no había modo de llegar al cerrojo desde donde estaba ella.

—No debes hacerlo —dijo la chica con la boca amoratada—. Te pegará por ello si te pilla.

—Nos pegará a todas —dijo otra.

Sofía se retiró, pero solo porque veía que eso no iba a llevar a nada bueno. No tenía sentido que le hicieran daño si aquello no cambiaba nada. Era mejor dejar pasar el tiempo y…

¿Y qué? Sofía había visto lo que les aguardaba en los pensamientos de Meister Karg. Probablemente, podría haberlo imaginado, eso hacía que se le encogiera el estómago por el miedo. El carro del esclavista no era lo peor que les podía suceder a cualquiera de ellas, y Sofía necesitaba encontrar el modo de salir antes de que empeorara.

Pero ¿cómo? Sofía no tenía una respuesta para eso.

También había otras cosas para las que no tenía respuesta. ¿Cómo la habían encontrado en la ciudad, cuando ella ya había conseguido esconderse de los buscadores? ¿Cómo habían sabido qué buscar? Cuanto más pensaba en ello Sofía, más convencida estaba de que alguien debía haber mandado noticias de su partida a los buscadores.

Alguien la había traicionado y ese pensamiento dolía más de lo que lo habían hecho cualquiera de los azotes.

Meister Karg regresó, arrastrando a una mujer con él. Era unos cuantos años mayor que Sofía y tenía aspecto de haber sido ya esclavizada durante un tiempo.

—Por favor —suplicaba mientras el esclavista tiraba de ella—. ¡No puede hacerlo! ¡Solo unos cuantos meses y hubiera saldado mi deuda!

—Y hasta que la hayas pagado del todo, tu dueño todavía la puede vender —dijo Meister Karg. Casi como un reflejo, golpeó a la mujer. Nadie se movió para detenerlo. La gente apenas miraba.

«O puede hacerlo la mujer de tu dueño cuando esté celosa de ti».

Sofía lo pilló claramente, comprendiendo en ese momento el

horror de la situación en una combinación de los pensamientos de Karg y de la mujer. Se llamaba Mellis y había realizado muy bien el oficio para el que la habían comprado. Tan bien que había estado a punto de ser libre, salvo que la mujer del sombrerero había estado segura de que su marido la dejaría por la mujer contratada tan pronto como esta saldara su deuda.

Así que la había vendido a un hombre que le aseguraría que nunca más la volvería a ver en Ashton.

Era un destino terrible, pero para Sofía también era un recordatorio de que ella no era la única allí con una historia dura. Había estado muy centrada en lo que le había sucedido a ella con Sebastián y la corte, pero lo cierto era que probablemente todas tenían alguna historia triste detrás de su presencia en el carro. Nadie estaría allí por elección propia.

Y ahora ninguna de ellas tendría elección con nada que hicieran en sus vidas.

—Dentro —dijo Meister Karg bruscamente, lanzando dentro a la mujer con el resto de ellas. Sofía intentó avanzar en los instantes en que la puerta estaba abierta, pero se cerró de golpe otra vez en su cara antes de que se pudiera acercar—. Nos queda mucho terreno por recorrer.

Sofía pilló el destello de una ruta en los pensamientos de él. Deambularían más por la ciudad, recogiendo sirvientes a los que ya no querían, aprendices que habían conseguido enfurecer a sus maestros. Habría un viaje fuera de la ciudad, hacia las aldeas de la periferia y al norte hasta la ciudad de Hearth, donde aguardaba otro orfanato. Después de esto, había un barco amarrado en la orilla de Firemarsh.

Era una ruta que llevaría por lo menos dos días de viaje y Sofía no dudaba que las condiciones serían horribles. El sol de la mañana ya estaba convirtiendo el carro en un lugar de calor, sudor y desesperación. Para cuando el sol alcanzara su cénit, Sofía dudaba incluso que pudiera pensar.

—¿Ayuda! —gritaba Mellis a la gente de la calle. Evidentemente, ella era más valiente que Sofía—. ¿No veis lo que está pasando? Tú, Benna, tú me conoces. ¡Haz algo!

La gente que había allí continuaba pasando de largo y Sofía veía lo inútil que era. A nadie le importaba o, si lo hacía, nadie pensaba

que realmente pudiera hacer algo. No iban a quebrantar la ley por el bien de unas cuantas chicas compradas que no eran diferentes a todas las demás que se habían vendido en la ciudad a lo largo de los años. Probablemente, al menos algunos de ellos tenían a sus propias sirvientas o aprendices compradas. Simplemente, gritar para pedir ayuda no funcionaría.

Sin embargo, Sofía tenía una opción que podría funcionar.

—Sé que no queréis meteros —exclamó—, pero si lleváis un mensaje al Príncipe Sebastián y le decís que Sofía está aquí, no tengo ninguna duda de que os recompensará por…

—¿Ya es suficiente! —gritó Meister Karg, golpeando con el mango de su látigo de cochero en las barras. Pero Sofía sabía lo que le aguardaba si se quedaba callada y, sencillamente, no podía aceptarlo. Se le ocurrió que la gente de la calle podrían no ser los adecuados para pedir ayuda.

—¿Y usted? —le gritó Sofía—. Podría llevarme hasta Sebastián. Está en esto solo para hacer dinero, ¿verdad? Bueno, él podría darle un beneficio por mí fácilmente y usted tendría el reconocimiento de un príncipe del reino. Me quería como prometida hace dos días. Pagaría por mi libertad.

Podía ver los pensamientos de Meister Karg al considerarlo. Esto quiso decir que retrocedió en el instante antes de que el mango del látigo golpeara de nuevo las barras.

—Lo más probable es que te tomara y no pagara ni una moneda doblada por ti —dijo el esclavista—. Eso si te quiere. No, haré dinero contigo de la forma segura. Hay muchos hombres que querrán tener su turno contigo. Quizás pruebe yo cuando paremos.

Lo peor era que Sofía veía que lo decía en serio. Indudablemente, estaba pensando en ello cuando el carro se puso de nuevo en marcha con un retumbo, en dirección a la periferia de la ciudad. En la parte posterior del carro, Sofía hacía todo lo que podía para cerrar su mente ante aquella expectativa. Se apiñó con las demás y sintió el alivio de que fuera a ella y no a ellas a quien el hombre gordo escogiera esta noche.

«Catalina» —suplicó por lo que pareció la centésima vez. «Por favor, necesito tu ayuda».

Al igual que todas las otras veces, la llamada no fue respondida. Se fue a la deriva en la oscuridad del mundo, y Sofía no tenía modo

de saber tan solo si había llegado al objetivo previsto. Estaba sola y eso era aterrador, pues sola Sofía sospechaba que no podía hacer nada para detener todas las cosas que iban a suceder a continuación.

Capítulo siete

Catalina entrenó hasta no estar segura de si podía aguantar más muertes. Practicaba con espadas y palos, disparaba arcos y lanzaba puñales. Corría y saltaba, se escondía y mataba desde la sombra. Su mente estaba todo el tiempo en el círculo de árboles y en la espada que había en el centro.

Todavía sentía el dolor de sus heridas. Siobhan había vendado los arañazos de las espinas y el agujero más profundo con hierbas para que ayudaran a curar, pero no habían hecho nada para evitar que doliera a cada paso.

—Debes aprender a tratar el dolor —dijo Siobhan—. No dejes que nada te distraiga de tus objetivos.

—Conozco el dolor —dijo Catalina. Por lo menos, la Casa de los Abandonados le había enseñado esto. Había habido momentos en los que esta parecía la única lección que aquel lugar podía ofrecer.

—Entonces debes aprender a usarlo —dijo Siobhan—. Nunca tendrás los poderes de los de mi especie, pero si puedes llegar a una mente, puedes distraerla, puedes calmarla.

Entonces Siobhan convocó formas fantasmales de animales: osos y gatos del bosque con manchas, lobos y halcones. Atacaban a Catalina con una velocidad inhumana, sus garras eran tan mortíferas como espadas, sus sentidos podían encontrarla aunque se escondiera. El único modo de ahuyentarlos era lanzar pensamientos en su dirección, el único modo de esconderse de ellos, de tranquilizarlos hasta que se quedaran dormidos.

Evidentemente, Siobhan no se lo enseñó con paciencia, simplemente la hizo matar y matar hasta que aprendió las habilidades que necesitaba.

Pero aprendió. Poco a poco, con el constante dolor del fracaso, aprendió las habilidades que necesitaba del mismo modo que había aprendido a esconderse y luchar. Aprendió a ahuyentar a los

halcones con destellos de pensamiento, y a calmar su pensamiento tan plenamente que a los lobos les parecía que ella era algo inanimado. Incluso aprendió a tranquilizar a los osos, sosegándolos hasta dormirlos con el equivalente mental de una canción de cuna.

Durante todo el proceso Siobhan la observaba, sentada en ramas de por allí cerca o siguiéndola cuando corría. Nunca parecía tener la velocidad de Catalina, pero siempre estaba allí cuando Catalina acababa, saliendo de detrás de los árboles o de dentro de los huecos sombríos de los matorrales.

—¿Te gustaría probar el círculo de nuevo? —preguntó Siobhan, mientras el sol iba subiendo hacia el cielo.

Catalina frunció el ceño al escucharlo. Lo deseaba, más que cualquier otra cosa, pero también sentía el miedo que eso traía consigo. Miedo de lo que podría suceder. Miedo de más dolor.

—¿Piensas que estoy preparada? —preguntó Catalina.

Siobhan extendió las manos.

—¿Quién sabe? —replicó—. Y tú, ¿piensas que estás preparada? En el círculo encuentras lo que tú traes hasta él. Recuérdalo cuando estés allí.

En algún momento, se había tomado una decisión sin que Catalina se diera ni cuenta. Iba a probar de nuevo el círculo, al parecer. Sus heridas, que todavía estaban sanando, le dolían con tan solo pensarlo. Aun así, atravesó el bosque al lado de Siobhan, intentando concentrarse.

—Cada miedo que tengas te frena —dijo Siobhan—. Estás en un camino de violencia y, para andarlo, no debes mirar ni a la izquierda ni a la derecha. No debes dudar, por el miedo, por el dolor, por la debilidad. Los habrá que estarán durante años hasta hacerse uno con los elementos, o se dudarán acerca de la palabra con la que influir. En tu camino, lo que debes hacer es actuar.

Llegaron al borde del círculo y Catalina se lo pensó. Estaba vacío salvo por la espada, pero Catalina sabía lo rápido que eso podía cambiar. Atravesó lentamente las espinas, sin agitar las plantas ahora que se colaba entre ellas, dirigiéndose lentamente hacia el círculo. Se coló con todo el sigilo que había aprendido.

Su otra versión estaba allí esperando cuando ella la localizó, espada en mano, con la mirada fija en Catalina.

—¿Pensabas que podías simplemente colarte y cogerla? —su

segundo yo exigió—. ¿Te daba miedo luchar contra mí otra vez, niña?

Catalina fue hacia delante, con su propia arma preparada. No decía anda, pues hablar no le había traído nada bueno la última vez. En cualquier caso, a ella no se le daba bien hablar. Sofía lo hacía mejor. Probablemente, si ella hubiera estado allí, ya hubiera convencido a la segunda versión de sí misma para que entregara la espada.

—¿Crees que no hablar te hace algún bien? —exigió su reflejo—. ¿Te hace menos débil? ¿Menos inútil?

Catalina hizo uso de su arma, dando golpes altos y bajos, manteniéndola en movimiento.

—Has estado entrenando —dijo su reflejo mientras bloqueaba. Contraatacó y Catalina consiguió esquivar el golpe—. No será suficiente.

Continuaba atacando y Catalina daba su brazo a torcer. Tenía que hacerlo, pues su otra versión era, de nuevo, exactamente igual de rápida y fuerte.

—No importa lo mucho que practiques o lo rápido que vayas —dijo su contrincante—. Yo tendré las mismas ventajas y ninguna de las flaquezas. Yo no seré una niña pequeña asustada, que escapa del dolor.

Lanzó una estocada contra Catalina y esta apenas consiguió esquivar la peor parte, pues la espada le cortó una línea de fuego a lo largo de las costillas. Catalina se balanceó hacia atrás, haciendo un amplio corte con su espada de prácticas en un intento de mantener a raya a su otra versión.

—Tan solo una cosa asustada y débil —dijo su reflejo—. ¿Qué se siente cuando sabes que vas a morir?

Catalina forzó una sonrisa.

—Dímelo tú.

Continuó atacando, ignorando el dolor, ignorando la voz que le decía que no era suficiente.

—Simplemente, estás intentando esconder lo que eres —dijo su otro yo, aunque ahora no sonaba tan segura de sí misma. Sus paradas no eran tan rápidas tampoco.

—¿Piensas que estoy asustada? —preguntó Catalina—… ¿Piensas que tengo dolor? Déjame mostrarte lo que ambos

significan.

Entonces lo enrolló, todo el dolor que había sentido en la Casa de los Abandonados, todo el miedo que había venido de estar sola en las calles. Tomó el dolor de no tener a su hermana con ella, y de la pérdida de sus padres, el hecho de haber tenido que dejar a Will. Catalina tomó ese dolor y lo comprimió en una bala de cañón de sufrimiento. Se la lanzó a su reflejo.

Su otro yo se tambaleó hacia atrás, agarrándose la cabeza. En ese momento, Catalina atacó. Su espada de prácticas solo era de madera, así que no intentó clavársela en el corazón o abrirle una de las venas grandes de la pierna. En cambio, se lanzó con la empuñadura contra la garganta, la madera acertó de pleno y dejó tumbado a su reflejo.

—Yo no soy débil —dijo Catalina, atacando de nuevo—. ¡He sobrevivido!

La espada que Will y Tomás habían fabricado cayó de la mano de su contrincante. Catalina la agarró rápidamente y la sopesó. Su reflejo estaba tumbado, escarbando con las manos para encontrar la espada de madera, mientras sus ojos suplicaban misericordia.

Catalina la atravesó con la espada y se esfumó.

Durante lo que parecía no acabar nunca, Catalina se quedó allí, respirando con dificultad, el corazón golpeando con fuerza en el pecho. La espada que llevaba en la mano tenía sangre y Catalina la limpió con un puñado de hierba, intentando usar el movimiento repetitivo para calmarse. Sentía las marcas de las palabras mágicas cada vez que pasaba por encima de ellas, junto con destellos de… algo.

—Lo has hecho bien —dijo Siobhan, atravesando las espinas que rodeaban el borde del círculo. Le daban paso como cortesanos apartándose del camino de una reina—. Has apartado las cosas que te retenían. El miedo. La debilidad. La misericordia.

Esa última parte asustaba un poco a Catalina. Le había clavado la espada al simulacro sin tan solo dudarlo. No había sido real, pero aun así, había dejado sangre en la espada. Puede que Catalina no hubiera matado nada real, pero sí que había matado algo. La culpa creció en su interior con la certeza de una marea que crece.

—Lo dices como si fuera algo bueno —dijo Catalina.

Siobhan le puso una mano encima del hombro.

—Te has definido hasta convertirte en el arma que tienes que ser.

—¿Para qué? —preguntó Catalina. Debería haber imaginado que habría una razón por la que Siobhan la ayudara a convertirse en una mejor guerrera. Evidentemente, había una razón por la que Siobhan había exigido un favor que todavía no tenía nombre como parte del precio por su ayuda.

Siobhan no respondió. En su lugar, atendió las heridas de Catalina, aplicando hierbas frescas y ungüento refrescante en las que se habían abierto.

—¿Para qué? —repitió Catalina.

Siobhan se levantó y miró a Catalina a los ojos.

—Hay cosas que están por llegar. Cosas que amenazan a los que son como yo. Has visto un ejército que se acerca y crees que es una de las guerras humanas. Lo es, y muchos morirán si tú fallas, pero es más, mucho más.

—¿Cuánto más? —preguntó Catalina.

—Hay cosas en este mundo que destruyen todo lo que tocan —dijo Siobhan—. Ahora no es el momento de hablar de ellas.

Aquello no bastaba para Catalina. Quería alargar los brazos y agarrar a aquella mujer. Quería exigir respuestas reales. Sabía que la estaba utilizando; solo quería saber de qué manera, y por qué. Quería tener la elección que nunca se le había dado en la Casa de los Abandonados. Obligaría a esa mujer a darle una respuesta, si fuera necesario.

«¡Catalina! ¡Ayúdame!»

El sonido de la voz de Sofía entrando sin rumbo en su mente la detuvo como un mazo. En otra ocasión, podría haberle mandado otro mensaje, o pedirle que esperara. Incluso ahora, una parte de ella deseaba quedarse y descubrir qué estaba sucediendo, pero había algo en el sentimiento del mensaje de su hermana que hizo que se detuviera. Podía sentir el pánico de Sofía. Podía oír la urgencia en sus palabras.

«¿Qué sucede?» —mandó Catalina—. «¿Qué está pasando?»

No hubo respuesta, solo las palabras originales, colgando allí con todo su terror.

—Yo… debo irme —dijo Catalina—. ¿Puedo irme? Mi hermana está en peligro. Sé que se supone que debo quedarme aquí para ser

tu aprendiz, pero…

Siobhan alzó la mano para cortarla.

—Dije que ibas a ser mi aprendiz, no que tuvieras que quedarte aquí, Catalina.

—¿Me estás dejando ir? —Eso cogió a Catalina algo más que por sorpresa.

Aquello le valió una risa de Siobhan que significaba que estaba siendo estúpida, o que no había entendido algo, o que simplemente estaba precipitando de nuevo las cosas. Incluso en el poco tiempo que había sido la aprendiz de la mujer del bosque, había llegado a odiar esa risa.

—Nunca fuiste una prisionera —dijo Siobhan—. Eres libre de tomar tus propias decisiones. Solo debes saber que habrá consecuencias, para todos nosotros.

Catalina todavía no estaba segura de entenderlo.

—Pero yo soy tu aprendiz…

—Yo no soy tu herrero —dijo Siobhan—. ¿Crees que necesito que estés aquí para enseñarte? Allí donde estés, todavía serás mi aprendiz. Las cosas avanzarán como siempre estuvieron destinadas a avanzar.

De nuevo, Catalina tuvo la sensación de que algo más grande estaba pasando de fondo, pero ahora no había tiempo de preguntarlo todo, incluso existiera una posibilidad de que Siobhan se lo pudiera haber dicho.

—Saldrás al mundo —dijo Siobhan—. Harás lo que sea necesario. Aprenderás, tal y como aprendiste la primera lección: que necesitabas lo que yo puedo ofrecer.

Catalina tragó saliva al pensar en ello y en el chico al que había matado. Lo merecía, pues había intentado arrastrarla de vuelta al orfanato, pero aun así, Catalina había sido la que había acabado con su vida. ¿Todas las así llamadas lecciones de Siobhan tendrían ese tipo de precio?

—¿Así que simplemente voy a aprender con la experiencia? —preguntó Catalina.

—Si tengo que enseñarte de una forma más directa, será muy fácil —dijo Siobhan—. Te llamaré y tú vendrás. Si así lo elijo, puede que hasta viniera yo hasta ti.

Eso cogió un poco por sorpresa a Catalina. De algún modo,

había pensado que esa mujer estaba limitada a su hogar en el bosque. Esto significaba algo más: no habría escapatoria si no mantenía su mitad del trato que habían hecho.

—Ahora —dijo Siobhan—, te ayudaré a encontrar a tu hermana.

Catalina no había pensado en esa parte. Sofía estaría de vuelta en algún lugar de la ciudad, probablemente dentro o alrededor de palacio, pero ella no tenía modo de saber exactamente dónde. Lo mejor que podía hacer era llamarla con sus poderes y esperar una respuesta.

—¿Tienes una manera de hacerlo? —preguntó Catalina.

Como respuesta, Siobhan una aguja como un puñal y picó en la yema del pulgar de Catalina, ignorando su gesto de dolor. Colocó el pulgar de Catalina por encima de un cuenco hasta que cayeron gotas de sangre dentro, susurrando palabras tan para ella que Catalina no pudo pillarlas.

—La sangre llama a la sangre —dijo Siobhan—. Durante un tiempo, de todas formas. Muévete rápido y tu sangre te llevará hasta tu hermana. Muévete lentamente y tendrás que buscarla.

—Entonces tendré que moverme rápido —dijo Catalina.

Estiró los brazos, cogió el cuenco y lo cogió entre sus manos como la cosa valiosa que era. Lo mantuvo tan nivelado como podía, pero aun así, las gotas de sangre se fueron hacia un lado del cuenco. Catalina apenas tuvo que alzar la vista para ver que iba camino de vuelta a Ashton.

—Nos volveremos a ver, aprendiz —dijo Siobhan—. Por ahora, haz lo que tienes que hacer.

Catalina no sabía cómo tomarse eso. No deseaba estar atada por el destino más de lo que deseaba estarlo a las cadenas de otro. Sin embargo, de momento, Siobhan le había dado los medios para encontrar a su hermana y Catalina tenía pensado sacarle el máximo provecho.

Corrió, sin dejar de pesar en llegar a tiempo.

Capítulo ocho

Sofía vio el momento en el que la ciudad empezaba a dar paso a las Vueltas que la rodeaban, al disminuir las casas y al cambiar el patrón de las sacudidas cuando las ruedas impactaban contra, cada vez, más surcos. El avance hacia delante hacía que su miedo creciera, pues sabía todas las cosas que le esperaban cuando el carro se detuviera.

Ahora hacía tiempo que habían pasado las viejas murallas de la ciudad, la continua extensión de casas significaba que no había una línea clara que declarara dónde terminaba la ciudad. Por poco tiempo, Sofía se preguntó qué sucedería si las guerras del otro lado del mar vinieran al reino. ¿La gente tendría que intentar amontonarse tras las viejas murallas, o simplemente construirían barricadas en las calles? ¿Servirían de algo las murallas de piedra respecto a los cañones?

Entonces se dio cuenta de que no le preocupaba. Ninguna de las personas por las que pasaron intentó ayudarla a ella o a las otras chicas. Ninguna las miró con otra cosa que no fuera desprecio, la pena inútil o el peligroso interés que habían estado allí desde que empezaron este viaje.

Ahora el carro estaba más lleno, pues el esclavista había hecho un montón de paradas a lo largo del camino. Al parecer, en Ashton había mucha gente que estaba preparada para vender sirvientes o aprendices, niños abandonados o incluso hijas, sin importarles lo que les pasara a continuación. Tal vez se convencían a sí mismos de que la venta solo era temporal y no tenía importancia. Tal vez ni tan solo lo pensaran.

Un par de guardias con aspecto de matones se les unieron al llegar a los límites de la ciudad, cabalgando al lado del carro. Puede que Meister Karg se hubiera sentido seguro mientras conducía haciendo sus recados mientras había casas, pero ahora Sofía

detectaba pensamientos acerca de gatos del bosque y bandidos, padres que se pensaban mejor lo de vender a sus hijas, o incluso esclavistas rivales que podrían intentar aumentar sus existencias sin el trabajo de rastrear orfanatos.

—No os preocupéis, queridas —les pidió Karg, con una voz empalagosa, como si estuviera hablando con un puñado de queridas sobrinas en lugar de esclavas vendidas—. Hop y Burro procurarán que lleguéis sin problemas a vuestro destino.

Sofía dudaba que aquellos dos hombres pudieran entregar a alguien ileso. Ambos eran fornidos y chulescos, con rostros llanos y cicatrices en la piel. Llevaban jubones de cuero y pecheras abolladas, con puñales y espadas con empuñadura de cesta en el cinturón. Uno incluso llevaba una ballesta de aspecto endiablado.

Guiñó el ojo a Sofía cuando esta lo miró, su expresión le dejó claro que, en aquel momento, no deseaba mirar a sus pensamientos. Probablemente, nunca pudiera limpiar de nuevo su mente. Los dos cabalgaban a lado y lado del carro, mirando fijamente a las mujeres que había dentro tan a menudo como al camino.

Sofía se obligó a ignorarlos, mirando, en cambio, fijamente al camino y al campo que había más allá de la extensión de la ciudad. Tal vez por eso fue la primera en ver la silueta que venía corriendo hacia ellos, y se dio cuenta de que no se trataba de un chico de los recados que llevaba un mensaje desde una de las granjas de más allá de los círculos exteriores de casas. Esta silueta llevaba una espada en la cadera y se movía más rápido de lo que Sofía hubiera pensado.

Aún había más, le resultaba familiar.

Sofía frunció el ceño y, por primera vez desde que la lanzaron al carro, se atrevió a sentir algo de esperanza.

—¿Catalina?

Catalina iba a toda velocidad, siguiendo la llamada de la brújula de sangre. Cuando vio el carro, la sangre prácticamente saltó del cuenco, manchando al caer con un tono más oscuro el barro del camino.

La carreta parecía una especie de carro prisión. No, peor que eso, un barco negrero. Entonces la rabia ardió en el interior de Catalina y agarró con fuerza la empuñadura de su espada, a pesar de los guardias que no se separaban de ambos lados del carro.

«¿Sofía?» —envió.

«¡Estoy aquí! ¡Ayuda!»

Esa era toda la confirmación que Catalina necesitaba. Avanzó a pasos largos y tal vez debería haber intentado ser sutil, pero ahora mismo no deseaba ni intentar pasar a hurtadillas ni esconderse. En cambio, se puso en medio del camino, desenfundó su espada y esperó hasta que la carreta se detuvo delante de ella.

—Apártate del camino, chico —gritó el hombre gordo que conducía.

—No soy ningún chico —replicó Catalina— y tienes una oportunidad para seguir con vida. Deja salir a todo el mundo del carro y no te mataré.

Los dos guardias bajaron del caballo. Uno sacó una ballesta y apuntó hacia Catalina.

—Las niñitas no deberían amenazar —dijo bruscamente. Echó un vistazo al hombre gordo—. ¿La quieres para el carro?

El esclavista encogió los hombros.

—Parece demasiado problemática. Mátala.

El guardia no lo dudó. Catalina vio el destello de sus pensamientos cuando decidió disparar y había pasado el tiempo suficiente con Siobhan, esquivando flechas fantasmales para ponerse en movimiento y balancearse hacia un lado cuando la flecha pasó con un zumbido. Dio un golpe seco contra el barro del camino, quedando enterrada casi hasta las plumas.

—Gracias —dijo Catalina, girándose hacia ellos— por hacerlo fácil.

Entonces fueron corriendo hacia ella y Catalina se metió en medio de su carrera, evitando que la cortaran con un sable y le clavaran un cuchillo largo. Ella alzó su espada, bloqueó otro ataque, se apartó de un amplio barrido y dio un puntapié desde abajo a uno de los matones en los pies.

—Esto no se os da muy bien, ¿verdad? —preguntó.

Uno de los hombres rugió y fue corriendo hacia ella, intentando arrollarla solo con su fuerza. Catalina se quedó allí, con los pies clavados al suelo, sintiendo que la fuerza del bosque la inundaba mientras paraba cada golpe. El hombre se le acercó más y ella le dio un puntapié en la rodilla, después se agachó para esquivar un golpe del segundo matón.

Catalina giró rápido la muñeca y la espada danzó para cortarle el cuello. Ella había pensado que sería más difícil hacerlo, pero la sangre que latía bajo su piel parecía querer salir. Ella solo le estaba abriendo el camino.

Mientras caía, el primer matón la atacó con toda la furia de un hombre que no tenía nada más. Catalina retrocedió, apartándose eficientemente de sus ataques y, a continuación, se lanzó. La afilada punta de su sable se coló en el agujero de entre su armadura y el cuero de detrás, hasta encontrarse con la carne de debajo. Catalina oyó su jadeo al sacarla.

Se dirigió hacia el esclavista y este bajó a toda prisa de su asiento, sacando un látigo y un cuchillo. Catalina se quedó mirando fijamente al látigo con rabia. Ya había sentido suficientes azotes en su vida.

—Te di una oportunidad —dijo. Su rabia se había convertido en algo tan caliente que ahora parecía frío. Del mismo modo que el metal podía pasar del rojo vivo al blanco. Iba flotando en ella a medida que avanzaba—. Podrías haber vivido.

—Te destrozaré —prometió él—. ¿Crees que no he destrozado pequeñas cosas salvajes antes?

—Estoy segura de que lo has hecho —dijo Catalina—. ¿Por qué no lo intentas?

Él blandió el látigo y Catalina ni tan solo se molestó en meterse dentro de su arco. En su lugar, levantó un brazo, ignorando el dolor del golpe, dejando que se le enrollara en el antebrazo. Dio un tirón, tirando del esclavista hacia delante a pesar de su volumen. Con él en movimiento, lo único que tuvo que hacer fue tender la espada que sostenía. Apenas notó el impacto cuando se coló en su corazón.

Hasta que no hubo pasado Catalina no empezó a sentir de nuevo. Observó cómo caía y la adrenalina de la lucha empezó a correr en su interior. Se forzó a moverse lentamente, limpió su espada y la envainó. La sensación de horror que había tenido cuando mató al chico del orfanato estaba allí, pero esta vez era menos. Estos hombres lo merecían.

Lo principal que sentía era euforia, por su fuerza, por su velocidad. Era todo lo que podía haber esperado. Las pruebas de Siobhan deberían habérselo mostrado, pero esta, esta sí que era la prueba real de ello.

Se dirigió hacia las puertas del carro prisión, las abrió de golpe y dejó que entrara la luz del sol. Sofía fue la primera en salir, rodeando con sus brazos a Catalina y mirándola atónita. Catalina se cogió con fuerza a ella.

—Gracias —dijo Sofía—. Pensaba…

—No importa —dijo Catalina—. Ahora estás a salvo.

Se sentía tranquila por tener a su hermana aquí. Se sentía bien. Catalina deseaba poderse quedar así allí para siempre.

—Gracias a ti —dijo Sofía—. Me iban a vender.

—¿Qué pasó? —preguntó Catalina—. ¿Esto lo hizo tu príncipe?

De ser así, Catalina lo mataría. Nadie le haría eso a su hermana y se libraría de ello. A nadie que pudiera hacer esto se le debería permitir dar vueltas por ahí con la oportunidad de volverlo a hacer.

—¡No! —dijo Sofía y Catalina notó la conmoción—. Sebastián nunca haría algo así. Fue la Casa de los Abandonados. Me encontraron; no sé cómo, pero lo hicieron. Me dieron latigazos en el patio y me vendieron al mejor postor.

Catalina sintió que su ira estallaba de nuevo. Miró al vestido de Sofía y ahora vio que estaba manchado de sangre. La Casa de los Abandonados no había ocupado su atención durante el tiempo que había sido la aprendiz de Tomás y, más tarde, de Siobhan. Ahora, llenaba sus pensamientos.

Observaba mientras las chicas y las mujeres salían desparramadas del carro del esclavista. Salían parpadeando por la luz del sol, parecían asustadas y felices a partes iguales. Catalina veía que no estaban seguras de qué hacer con las cosas que les estaban sucediendo. La mayoría de ellas se habían rendido ante sus destinos y ahora su futuro entero había cambiado.

Catalina fue hacia el esclavista y sus matones, sacó las armas de sus cinturones y las puso con fuerza en las manos de las mujeres que allí había.

—Sois libres —dijo—. No voy a deciros lo que tenéis que hacer, pero sé que al final alguien vendrá a mirar. Si os quedáis aquí, os venderán de nuevo en el mejor de los casos, os colgarán en el peor. Podéis iros a esconder a la ciudad, o a encontrar a vuestras familias, si las tenéis. Podéis tomar los caminos y construir unas vidas.

Era un mensaje duro, pero alguien debía decírselo. Notó la mano de Sofía sobre su hombro.

—Mi hermana tiene razón —dijo—. Ahora sois libre y no sé lo que esto significa a partir de ahora, pero sí que significa algo. Significa que tenéis la oportunidad de algo mejor. —Se dirigió a Catalina—. Encontraré un modo de explicárselo, y después… ¿qué hacemos después de esto?

—Pensaremos algo —dijo Catalina—. ¿Puedes quedarte un rato aquí con ellas?

—¿Por qué? —preguntó Sofía y Catalina notó que sospechaba algo.

Catalina echó la vista atrás hacia la ciudad.

—Hay algo que debo hacer antes de marchar.

Catalina fue corriendo hacia la ciudad, yendo a toda velocidad por las afueras y a lo largo de calles estrechas y saltando por los tejados, donde podía ir más rápido y estar fuera de la vista de las multitudes que había por abajo. Usaba ahora sus habilidades de sigilo y agilidad como un modo de evitar responder preguntas o inventar mentiras.

No tenía tiempo para que los que estaban alrededor de ella frenaran su marcha. Ahora era una flecha, lanzada por una mano invisible hacia su objetivo. Una flecha que traería venganza, pero que también liberaría a aquellos que estaban dentro de su objetivo.

Estaba allí delante. Catalina hubiera reconocido la Casa de los Abandonados aunque hubiera regresado después de mil años, y ahora sobresalía del resto de la ciudad con su achaparrada fealdad. Parecía la prisión que era en todo menos en nombre. Pensó en los que estaban allí dentro. Pensar en los niños que estaban allí atrapados hacía arder su necesidad de liberarlos. Pensar en las monjas que le habían hecho daño a ella y a su hermana…

… hacía que su rabia ardiera.

Catalina saltó hasta la calle, fue andando hasta las puertas delanteras que estaban abiertas para mofarse de los que estaban dentro con la libertad que nunca podrían tener de verdad. Dentro, había unas velas esperando a que anocheciera, las manos reticentes de algún niño llenaba los candeleros. Catalina cogió uno, ignorando las miradas de la monja enmascarada que había en la puerta cuando la encendió.

Fue andando por el orfanato, y algo en la decisión con la que lo hacía apartaba de ella a la gente. Muy a propósito, fue hacia la

capilla, donde estaban expuestos los símbolos de la Diosa Enmascarada, las monjas murmuraban oraciones fervientes ante las telas dispuestas con los símbolos, telas de las mejores sedas que colgaban de las paredes.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó una de las monjas, levantándose. A pesar del velo, Catalina reconoció a la Hermana O'Venn. Tras un instante, pareció que la monja enmascarada también la reconocía—. ¡Tú!

—Sí —dijo Catalina—. Yo.

Podía haber dicho mil cosas ingeniosas. Mil comentarios que enumeraran todo el daño que las monjas habían hecho. Mil injusticias que enmendar. Podría haber exigido respuestas por lo que le habían hecho a Sofía. Podría haberles dicho que ella era una especie de castigo divino, que había venido para resolver con ellas lo que habían hecho. Podría haberles preguntado incluso si estaban orgullosas de ella, pues ¿no se suponía que los huérfanos seguían sus aprendizajes o sus contratos?

Al final, nada de eso parecía adecuado, así que Catalina acercó su vela a las telas y se echó hacia atrás mientras prendían, las telas de seda se convirtieron en telas de fuego.

—¿Qué has hecho? —exigió la Hermana O'Venn—. Tú, niña malvada, ¡haré que supliques que te vendamos antes de que acabe contigo!

Catalina inclinó la cabeza hacia un lado, esperando. La monja era más grande que ella, pero eso no fue una diferencia una vez Catalina desenfundó su espada.

—¿Qué vas a hacer con eso? —exigió la monja enmascarada—. ¡Niña malvada! ¡Te colgaremos, o algo peor, por eso!

—Ya habéis hecho algo peor —dijo Catalina—, a mí y a muchos otros.

Blandió su espada, haciendo un corte en el brazo a la monja mientras se apartaba cuando la monja intentó cogerla. No le hizo un corte profundo, todavía no. De todas ellas, la Hermana O'Venn no merecía la misericordia de una muerte rápida. Catalina le hizo un corte en la pierna y, a continuación, se apartó como un remolino, rasgándole la máscara con un corte de sable que dejó al descubierto una cara contundente.

Catalina continuó haciéndole cortes a la monja, uno cada vez,

uno por cada injusticia, cada golpe de látigo, cada declaración de que ella y las demás eran cosas malvadas e inútiles. Cuando la monja se desplomó sobre una rodilla, Catalina no se detuvo, pues su furia no se lo permitía. La Hermana O'Venn merecía esto, y mil veces más peores que esto. Alrededor de la sala, las telas en llamas continuaban ardiendo, el fuego crecía cada vez más.

—Deberías suplicarme tú a mí —dijo Catalina—. Súplica una muerte rápida. ¡Súplica!

—Por favor… —consiguió decir la Hermana O'Venn.

Catalina le dio una patada en la espalda.

—No.

Las otras monjas ahora gritaban de un modo que no lo habían hecho cuando Catalina había empezado el fuego. Fueron corriendo hacia la puerta, y Catalina las atacaba casi aleatoriamente al pasar. No tenía el tiempo suficiente para escoger a las que le habían hecho daño y, en cualquier caso, solo por lo que habían hecho allí, ya habían hecho daño a alguien.

Salió hecha una furia de la capilla y cerró de golpe la puerta tras ella. Poner el cerrojo en su sitio, ignorando los gritos de dentro, fue la cosa más sencilla del mundo. Lo merecían, con tanta certeza como una respiración seguía a la otra. Catalina deseaba tener tiempo para una venganza individual contra cada una de ellas. Pero tenía que liberar a unos niños. Se dirigió hacia el orfanato mientras el humo salía de la puerta que había tras ella.

—¡Corred! —exclamó a los niños que había allí—. ¡Esta es vuestra oportunidad! ¡Escapad!

Algunos de ellos corrieron. Muchos más no lo hicieron. Muchos de ellos se encogieron de miedo ante Catalina, como si les preocupara que los pudiera matar, cuando ella nunca les haría ningún daño.

—¡Corred! —vociferó, con una mirada amenazadora. Si no podía hacer que estuvieran a salvo con la amabilidad, quizás pudiera hacerlo con el miedo. Ahora corrieron más, escapando de verla caminar hecha una furia por las instalaciones.

Catalina se fue camino a las habitaciones de la Casa de los Abandonados, abriéndolas una a una para liberar a los que estaban dentro. La mayoría de ellos la miraban confundidos mientras Catalina los arrancaba de las manivelas de las ruedas de moler y los

empujaba hacia la puerta. De vez en cuando, había monjas, que dirigían a los que estaban a su cargo con bastones y correas. Catalina las empujaba para apartarlas de su camino, pero ahora solo morían las que intentaban atacarla. Ese primer ataque había hecho mucho para saciar su sed de violencia.

Pero vio que allí había algunos de los chicos a los que les gustaba pegar a los demás, y su odio cobró vida. Uno de ellos fue corriendo hacia ella y Catalina le golpeó con la empuñadura de su espada, dejando el metal ensangrentado.

—¿Qué problema hay? —exigió Catalina—. ¿No es tan fácil cuando estás indefenso?

Lo golpeó de nuevo, haciéndolo caer al suelo y después dio una patada a otro desde debajo. Los chicos dieron la vuelta y se fueron corriendo. Catalina los dejó ir, pues tenía cosas más importantes que hacer. Ahora lo importante era liberar a los demás.

Por lo menos, lo fue hasta que abrió una puerta de un empujón y se encontró a una monja enmascarada golpeando a una de las chicas de allí. Ya tenía la espalda ensangrentada por ello, pero aun así ella continuaba.

—¡Malvada! ¿Cómo te atreves a dudar de la voluntad de la Diosa? ¡La que escapó merecía su castigo, y tú lo compartirás hasta que te arrepientas!

Al instante, Catalina se puso a pensar en su hermana. Con una mirada a los pensamientos de la monja, a Catalina no le quedaba ninguna duda de que esta chica estaba sufriendo porque se había atrevido a cuestionar el castigo de Sofía. Tampoco tenía ninguna duda de que no era mejor que la Hermana O'Venn, disfrutando igual del dolor.

Catalina se estampó contra ella por detrás, haciéndola chocar de cara contra la pared. Catalina agarró el látigo cuando le cayó de la mano a la monja, golpeó con él y le dio en la cara. Catalina la golpeó de nuevo, ignorando sus gritos. Si hubiera tenido el tiempo suficiente, hubiera golpeado a la mujer hasta que no quedara nada de ella. En cambio, atacó con su espada y aquella cayó decapitada.

—Aguanta —dijo Catalina, esforzándose por desatar a la chica —. Te soltaré.

Era un poco más alta que Catalina, de complexión ancha y del montón, con el pelo color arena y los ojos oscuros. Catalina pensó

que la recordaba vagamente de las clases. No habían sido amigas, ni enemigas, ni nada en realidad. Ni tan solo se habían conocido. ¿Por qué esta chica se alzaría en defensa de Sofía?

—¿Cómo te llamas? —preguntó Catalina.

—Rosalinda —logró decir la chica—. Y tú eres Catalina, ¿verdad?

Catalina asintió.

—Espera. Voy a sacarte de aquí.

—¿Para ir a dónde? —preguntó Rosalinda.

Catalina todavía no había resuelto esta parte, pero no importaba. La liberó y la ayudó a ponerse de pie.

—Encontraremos algún lugar. Vamos.

Podría haber continuado en la Casa de los Abandonados. Podría haberla acechado alegremente, matando a todos aquellos que la habían mortificado. En cambio, dejó que Rosalinda se apoyara en ella y se dirigieron hacia la puerta, dejando que la Casa de los Abandonados ardiera tras ella.

Capítulo nueve

Sofía esperó a Catalina incluso cuando las otras chicas se fueron, dispersándose por los campos de una en una o de dos en dos, en dirección a cualquier vida que pudieran encontrar para ellas. Reprimió su preocupación por lo que podría pasar si alguien venía en busca del carro prisión. Si viniera alguien, podía esconderse, pero no iba a abandonar el único sitio en el que podía encontrar de nuevo a Catalina.

Sofía se preocupaba mientras esperaba. Le preocupaba la posibilidad de viajeros o vigilantes que pasaran por allí y vieran el carro. Le preocupaba el olor que venía de los cadáveres de Meister Karg y sus matones, que habían arrastrado a un lado del camino donde Sofía y las demás habían conseguido apartarlos de la vista, saqueándolos en busca de las monedas que estos habían guardado, preparadas para pagar más chicas.

Sobre todo, se preocupaba por Catalina.

¿Estaría a salvo con aquel recado suyo? Aún más, ¿qué estaba haciendo? Sofía había visto la mirada en los ojos de su hermana al irse, y no la tranquilizaba nada. Había una frialdad en Sofía que Sofía imaginaba que siempre había estado allí, pero ahora parecía fortalecido, convirtiéndose en algo más peligroso.

Aun así, Sofía esperó. No abandonaría a su hermana.

Mientras esperaba, registró el carro. Allí había un baúl, que Sofía rompió para abrirlo, esperando encontrar oro que pudieran utilizar ella y Catalina. En su lugar, encontró provisiones, documentos, incluso ropa de aspecto vulgar que imaginó que estaba allí por si el esclavista quería lucir a sus cargas vistiendo algo más que harapos. Sofía rebuscó entre ella hasta encontrar una camisa lisa, una falda oscura y una chaqueta que tenía abalorios de cristal cosidos que podrían haber pasado por joyas con poca luz. Por lo menos, era una mejora en cuanto a lo que la Casa de los

Abandonados le había obligado a llevar.

Cuando Catalina apareció, lo hizo corriendo por el camino a una velocidad casi impactante. Sofía vio la sangre en ella y tuvo que armarse de valor para estirar los brazos y cogerse a su hermana. Tuvo que recordar que su hermana nunca le haría daño.

—Catalina, ¿qué pasó? —exigió Sofía—. ¿Estás herida?

Cuando Catalina negó con la cabeza, Sofía pudo sentir su satisfacción.

—Yo no —dijo—. La gente que intentó detenerme. Y había una chica, Rosalinda. Estaba herida. Tuve que salvarla.

—¿Qué pasó, Catalina? —preguntó Sofía. Pensó en los cuerpos del esclavista y sus hombres, en la facilidad con la que los había matado a todos—. ¿Qué hiciste?

—Lo que tenía que hacer. He hecho que la Casa de los Abandonados ya no haga daño a más gente.

La reacción de Sofía a eso no fue la que ella podría haber pensado que sería. Estaba feliz de que el lugar hubiera desaparecido y, si realmente era así, había una sensación de alivio de que hubieran acabado los horrores del lugar. Al mismo tiempo, no podía evitar preocuparse por la sangre que salpicaba la túnica de su hermana y la facilidad con la que había matado a gente delante de ella.

—¿Qué hiciste allí? —repitió Sofía.

—Quemé parte de ella —dijo Catalina, con algo más que un indicio de satisfacción—, liberé a los niños. Maté a la Hermana O'Venn y a algunas de las otras.

De nuevo, Sofía sentía que unas emociones opuestas crecían en su interior. Podía compartir la satisfacción de Catalina por la noticia de que la monja enmascarada que la había mortificado estuviera muerta. No iba a azotar con el látigo a más chicas esclavizadas hasta que no pudieran tenerse de pie. No iba a venderlas a nadie más, tan cruel como los esclavistas a los que apoyaba. Al mismo tiempo, a Sofía le preocupaba que hubiera sido Catalina la que lo hiciera, persiguiendo la venganza por encima de todo lo demás.

—¿Hacia dónde fueron las demás? —preguntó Catalina.

Sofía negó con la cabeza.

—No lo sé. No creo que quisieran arriesgarse a quedarse aquí. ¿Qué pasó con las chicas del orfanato?

—Se dispersaron hacia la ciudad —dijo Catalina.

Sofía podía notar la decepción. También la entendía. Una parte de ella había tenido la esperanza de que las otras mujeres del carro del esclavista se quedaran a su lado, pues estaban más seguras juntas que separadas. Sofía no quería imaginar lo que les podría pasar. Esperaba que estuvieran bien, pero tal y como era Ashton, no había garantías.

—Pero nos tenemos la una a la otra —sugirió Sofía. Era más una esperanza que una realidad. Abrazó a su hermana llevándola hasta ella y se apartaron del camino, donde no las pudieran ver. Ahora, a Sofía no le preocupaba tanto que las atraparan como la violencia que mostraría Catalina si lo hacían.

—Entonces —preguntó Catalina cuando estuvieron fuera del camino—, ¿estás preparada para explicarme cómo acabaste en el carro de un esclavista? Estabas en el palacio.

Sofía tragó saliva al pensar en todo ello. Había sucedido tanto en un espacio tan corto de tiempo que costaba que le cupiera en la cabeza.

—Iba a casarme con Sebastián —dijo—. Pero… descubrió quién era yo. Dijo que su familia nunca permitiría el matrimonio.

—Parece un estúpido —dijo Catalina—. Debo encontrarlo por ti y…

—No —se apresuró a decir Sofía—. Ni se te ocurra. No hables así de él. —Se sorprendió al sentir la rabia que había tras aquellas palabras—. Conocía los peligros que existían cuando empecé a fingir.

—De todas formas, podría haberte aceptado —dijo Catalina—. Pero no lo hizo.

No lo había hecho y entonces la Casa de los Abandonados la había sacado de las calles. Sofía no estaba segura de qué parte le dolía más.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Dónde… aprendiste a luchar así?

—Encontré a alguien el bosque —dijo Catalina—. Ella sabe cosas que… sabes cosas acerca de la gente como nosotras. Aceptó enseñarme.

—A ser una guerrera —dijo Sofía. No era que se opusiera a la decisión, pues sabía que a Catalina siempre le había fascinado ese lado de la vida pero, aun así, existían otras muchas cosas que podría

haber hecho—. Pensaba que ibas a ser herrera.

—Las cosas salieron mal —dijo Catalina—. Will, el hijo del herrero… se unió a una de las compañías libres y, cuando fui a verlos, me golpearon de forma bestial. Casi me atrapa también la Casa de los Abandonados. No podía quedarme allí. Siobhan era la única que podía ayudarme.

—Tal vez podría ayudarme a mí —bromeó Sofía—. Convertirme también en una gran guerrera.

Esperaba que su hermana se riera de la simple ridiculez de todo aquello. En cambio, la expresión de Catalina se volvió seria y Sofía notó algo de frialdad bajo la superficie de sus pensamientos.

—Sus métodos de entrenamiento no te gustarían —dijo Catalina —. Y no se trata tan solo de luchar. Da a la gente lo que quieren.

Catalina hizo que eso sonara más a una maldición que a un bien.

—¿Qué es lo que tú quieres? —le preguntó Sofía—. ¿Qué estás pensando hacer ahora? ¿Qué vas a hacer con toda esta fuerza que tienes?

Medio esperaba que su hermana estaría dispuesta a irse con ella, a encontrar algún lugar seguro lejos de Ashton.

—La compañía de Will me humilló —dijo Catalina sin dudarlo —. Voy a volver y les voy a enseñar lo que es bueno.

Probablemente, Sofía debería haber imaginado que su hermana querría hacer algo así. Aun así, no pudo evitar sentir algo de decepción.

—¿Venganza? —preguntó Sofía.

—Sí —confesó Catalina—. Voy a hacérselo pagar.

Sofía negó con la cabeza, mientras alargaba el brazo para poner la mano encima del hombro de su hermana.

—No hace falta que lo hagas —remarcó—. Podrías sencillamente marcharte. Sabes que eres más fuerte que ellos. Podrías irte y hacer el bien con la fuerza que tienes. Podrías ser feliz.

—Seré feliz cuando los vea tumbados sobre la tierra después de haber intentado luchar conmigo de nuevo —replicó Catalina.

—¿Por qué? —preguntó Sofía—. ¿Qué tiene de bueno la venganza? ¿Tan bien te sentiste cuando estabas quemando el orfanato? ¿Cuándo estabas matando a gente?

—Sí —dijo Catalina, y ahora había una frialdad en ella que

asustó un poco a Sofía—. Sí, así fue.

¿Cómo podía ser que fueran hermanas y, aun así, fueran tan diferentes? Esta persecución de la venganza, sin importar lo que costara, no tenía ningún sentido para Sofía. Su primer instinto al oír que las que le habían hecho daño estaban muertas fue la satisfacción, pero también se había preocupado por su hermana. Todavía lo hacía.

—La venganza no lo es todo —dijo Sofía—. No puedes construir una vida a partir de ella. Debes tener más.

—¿Qué es más importante? —argumentó—. Si no me puedo vengar, ¿qué otra cosa puedo tener?

Estaban el amor y la felicidad. Estaba la expectativa de una vida segura, en la que no tuviera que luchar a cada momento solo para sobrevivir. Sofía quería ofrecerle todo esto a su hermana, pero la conocía demasiado bien como para hacerlo. Catalina tenía un rumbo decidido y no habría manera de desviarla de él.

—¿Y tú? —preguntó Catalina—. ¿Qué quieres tú?

—Yo quiero… —Sofía iba a decir algo acerca de un hogar o de una vida, pero lo cierto era que solo había una cosa que quisiera verdaderamente—. Quiero ir hasta Sebastián. Quiero que sepa que yo no estaba simplemente engañándolo para poderme casar con un príncipe. Quiero que sepa que lo quise de verdad.

—¿Y entonces él acepta que vuelvas? —preguntó Catalina—. ¿Así de sencillo?

Sofía negó con la cabeza. Eso Catalina no lo entendía. Tal vez no lo podía comprender al estar tan centrada en la venganza.

—No se trata de convencerlo para que acepte que yo vuelva —dijo Sofía—. Solo quiero que sepa la verdad. Quiero que entienda que no mentía cuando le dije que lo quería. Una vez sepa eso, ya no me importa ser parte de una corte. He visto lo que eso significa. Puedo marcharme y empezar una nueva vida. Podríamos.

—Parece que estás tan absorta en el amor como yo lo estoy en la venganza —dijo Catalina.

Sofía sonrió al escuchar eso.

—¿Y tan malo es estar atrapada en él?

Esto era mejor que la venganza, ¿verdad?

—¿Qué sentido tiene decirle que lo quieres? —exigió Catalina—. ¿Qué consigues con eso?

—Tal vez nada —confesó Sofía—, pero debo intentarlo.

—Es muy malo ponerte en manos de otras personas —dijo Catalina—. Le entregas todo lo que eres a alguien y, cuando las cosas van mal, te quedas indefensa. Al menos a mi manera, no queda nadie que te haga daño después.

Sofía odiaba oír hablar así a su hermana. Tiró de ella para acercarla más.

—Podríamos sencillamente marcharnos —dijo—. Todas las otras que iban en el carro se marcharon a buscar nuevas vidas. ¿Por qué no podríamos hacerlo nosotras? Podríamos ir más allá de las Vueltas, atravesar los Condados, tal vez llegar hasta uno de los pueblos más pequeños. Podríamos hacerlo juntas.

—Parce una idea maravillosa —dijo Catalina—. Y lo haremos cuando esto haya terminado.

—¿Pero? —apuntó Sofía.

Oyó suspirar a su hermana.

—Pero ambas tenemos cosas que queremos hacer primero —dijo Catalina—. Que tenemos que hacer. Podemos hacerlas y después nos encontramos.

—Una vez te hayas vengado —dijo Sofía.

Observó que Catalina encogía los hombros.

—No solo eso. Debo terminar mi entrenamiento. Tengo que recompensar al herrero que me acogió. Y su hijo…

—¿Qué pasa con su hijo? —preguntó Sofía. El sonrojo de Catalina le dio la respuesta. Catalina nunca se sonrojaba. Su hermana siguió adelante, evitándola, a una velocidad que dejaba claro que quería distraerla—. Después de eso… tal vez sea tan fuerte que ya no necesite ir a esconderme a los bosques. Quizás pueda construir una vida de verdad.

Ahora lo entendía Sofía. No sentía la misma necesidad que ella había tenido de conseguir llegar hasta el castillo, a pesar de lo que le sucedió. Ella había pensado que un lugar en la corte era la mejor manera de sobrevivir, pero veía que tenía tantos peligros como cualquier otro lugar. Solo quería que la quisieran y estar a salvo. Era demasiado pedir esas cosas.

¿Verdad?

—Parece como si ya hubiéramos hecho esto antes —dijo Sofía—. Entonces no salió muy bien.

—Ahora queremos cosas diferentes —puntualizó Catalina—. Y las cosas han cambiado, para las dos.

—Aun así yo estaré allí si me necesitas —dijo Sofía.

—Y yo estaré allí para ti —respondió Catalina—. Hoy lo hice, ¿verdad?

Sofía sintió. Catalina había estado allí para ella, aunque aquello hubiera supuesto una noche gritando para ayudar a traerla. Y cuando hubo venido, la muerte que había dejado después su estela había hecho que Sofía se sintiera culpable de haber pedido su ayuda. Era una razón por la que ahora no podían andar el mismo camino, no más de lo que podían antes.

—Solo prométeme que estarás a salvo —dijo Sofía al apartarse de Catalina.

Catalina desenfundó su espada e hizo cortes al aire con la velocidad de una serpiente al atacar.

—Estaré a salvo —dijo—. Ahora nadie puede hacerme daño.

Sofía esperaba que eso fuera cierto. Sabía que había muchas más maneras de hacer daño a alguien que simplemente venciéndole en una batalla. Esperaba que Catalina no acabara aprendiéndolo a las malas, pues ella había sentido ese dolor.

Era una razón por la que ahora debía hacer su propio camino. Debía encontrar a Sebastián. Debía enmendar algo del daño que había traído el haberla desenmascarado. Al menos, debía hacerle saber lo mucho que lo quería, aunque sabía que esto nunca podría llevar a nada. No podría hacer todo esto si seguía a Catalina en su misión de venganza.

En realidad, tampoco quería ver ese lado de su hermana.

—¿O sea que ya está? —dijo Sofía, apartándose de Catalina.

—No para siempre —respondió Catalina—. Ni tan solo por mucho tiempo. Yo haré esto, tú hablarás con tu príncipe y nos encontraremos. Como mucho será un día.

Sofía sintió. No para siempre, solo por ahora. Se encontrarían de nuevo. Estaban conectadas de un modo que significaba que nunca estarían realmente solas. Aun así, cuando Sofía partió en dirección a la ciudad, le dolía dejar atrás a su hermana.

Si algo valía la pena el esfuerzo, era el amor.

Capítulo diez

El camino de vuelta a palacio de Sofía fue largo, no menos porque en su mayor parte lo pasaba mirando alrededor, intentando asegurarse de que nadie la seguía. Ahora, a cada paso, esperaba que alguien la agarrara. A fin de cuentas, había pasado antes.

Eso significaba que, para cuando llegó a palacio, sus nervios parecían estar tan tensos como las cuerdas de un arpa y que echara un vistazo alrededor a cada ruido mientras se dirigía hacia las puertas. Intentaba no pensar en el aspecto que tenía. La ropa que había cogido del carro era mejor que el atuendo del orfanato, pero ya dudaba de que se pareciera mucho a la noble que había fingido ser.

No ayudaba que aún le dolía mucho la espalda y la larga caminata desde las afueras de la ciudad no había mejorado las cosas. No estaba segura de la impresión que daría que se desplomara en los escalones de palacio, pero Sofía dudaba que fuera buena. No estaba segura de que, dado el aspecto sucio y raído que debía tener ahora, alguien la dejara entrar.

Se le encogió el corazón al pensarlo y al ver a los guardias de las puertas, pero se animó de nuevo al cabo de muy poco. Reconoció a uno de los guardias que había allí como al que Sebastián había mandado para que la siguiera por la ciudad cuando ella había ido a encontrarse con su hermana.

—Hola —dijo—. Me sorprende verte en la puerta.

—Vamos a donde nos mandan, mi señora —dijo el guardia.

Sofía distinguió la sorpresa por el aspecto que ella tenía en sus pensamientos, pero no pensaba en ella como una especie de intrusa. Las noticias sobre lo que había sucedido todavía no habían llegado a palacio.

«El Príncipe Sebastián querrá que la tratemos con cortesía» —escucho Sofía, reconociendo los pensamientos con su talento. Se

atrevió a relajarse, solo un poco. Tal vez esto funcionaría.

—Estoy aquí para ver a Sebastián —dijo ella.

—Sí, mi señora —dijo el guardia—. ¿Puedo preguntar de qué se trata? No se la esperaba.

¿Cómo podía responder a eso Sofía? Si le decía a ese hombre que estaba allí para declarar su amor por el príncipe, probablemente se reiría de ella, o supondría que era solo una más de serie de mujeres jóvenes que reclamaban la atención de la familia real. Sabía que con Ruperto pasaba muy a menudo. Probablemente, los guardias estaban acostumbrados a prohibir la entrada a las chicas a estas alturas, una vez él se hubiera cansado de ellas, aunque Sebastián no era para nada así.

—Sencillamente, necesito verle —dijo Sofía, intentando que sonara como si tuviera la seguridad de la nobleza y que no hiciera falta que los guardias le dijeran dónde podía ir.

Tal vez incluso funcionó, pues el guardia se apartó y la dejó pasar sin hacer más preguntas.

Se giró cuando ella se disponía a entrar.

—Debo decir, mi señora, que el Príncipe Sebastián no está aquí. Se marchó de palacio esta mañana y aún no ha regresado. Pero si desea esperarlo, estoy seguro de que a nadie le molestará.

Sofía estaba segura de que había mucha gente a quien molestaría, pero iba a hacerlo de todas formas. La decepción de que Sebastián no estuviera allí crecía en su interior, porque ella quería hablar con él ahora, aquí, antes de que perdiera la valentía de hacerlo.

Pero podía esperar. De hecho, esperaría. Iría a los aposentos de Sebastián y estaría allí para cuando regresara. Incluso si le pidiera otra vez que se fuera, por lo menos de este modo tendría una oportunidad de decirle lo mucho que lo amaba.

Sofía empezó a andar a través del palacio y se sorprendió un poco de la facilidad con la que ahora se orientaba. Se había acostumbrado a ello en el poco tiempo que había pasado con Sebastián. Había aprendido a encajar allí, incluso aunque nunca había sentido realmente que ese fuera su lugar. A Sofía no le importaba si algunos de los sirvientes que pasaban la miraran sorprendidos. Lo importante era que iba a ver de nuevo a Sebastián.

Había otras personas con las que Sofía estaba menos deseosa de

hablar.

Milady d'Angelica estaba fuera de los aposentos de Sebastián, con la mirada de alguien que intenta dar la impresión de que simplemente pasaba por ahí, pero que llevaba allí algún tiempo. Estaba resplandeciente con un vestido color crema y oro que se había cortado para que le favoreciera y que contrastaba completamente con la sencilla ropa de Sofía. Sofía intentó esconderse en una hornacina, pero no se movió con suficiente rapidez para evitar la mirada de Angelica.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Angelica, sin ningún esfuerzo por ocultar su aversión—. Particularmente con el aspecto de haber robado tu ropa en un prostíbulo.

Sofía se forzó a, por lo menos, mantenerse civilizada. La manera de tratar con gente como Angelica era no alterarse con su provocación.

—Estoy aquí para ver a Sebastián —dijo, tan tranquilamente como pudo.

Angelica resopló.

—¿Y qué tendrías que decirle tú a mi prometido?

La última palabra pareció caer sobre Sofía como una piedra.

—Tú… no, no me lo creo —dijo Sofía—. Mientes.

—Cree lo que quieras —dijo Angelica—. Pero mientras hablamos, se está preparando la boda. Así es como se hacen las cosas entre la gente civilizada.

Sofía deseaba decir de nuevo que era una mentira, pero había conocido a la Viuda y al círculo en el que se movía. Sabía cómo se hacían las cosas entre las familias nobles del reino y más allá. Ella se había propuesto aprenderlo para poder hacer el papel de la noble desplazada, escapando de las guerras del otro lado del mar.

—Sebastián no lo aceptaría —probó.

—¿Casarse con alguien tan adecuado? —replicó Angelica—. Sabes cómo es Sebastián con su deber. Y te prometo que este será un deber con el que disfrutará cumpliéndolo.

Lo peor era que Sofía podía imaginarlo. Sebastián la había dejado a un lado por su deber, ¿o no? ¿No tenía sentido que también hiciera esto si su deber se lo exigía? Y Angelica también tenía razón con el resto. Ella era digna. Era de noble cuna, inteligente, hermosa y elegante. La parte en la que era cruel y

calculadora no era parte de esto. Posiblemente, ni tan solo jugaba a su favor, en Ashton.

—La verdad duele, ¿no? —dijo Angelica.

Dolía más de lo que Sofía podía haber imaginado. Más que su dolor de espalda. Más que todas las pérdidas que había sufrido, pues daba la sensación de que esto cerraba una puerta de un modo que no podía volverse a abrir. Sofía luchaba contra las lágrimas que amenazaban con brotar de sus ojos, pero no sabía durante cuánto tiempo podría controlarlas.

—Y pensar que creí que tú eras una amenaza —dijo Angelica—. Mírate. Tan solo eres una cosa débil e inservible con un vestido que ni tan solo le va bien.

—Yo… —empezó Sofía, pero lo cierto era que no sabía lo que haría. Si hubiera sido Catalina, probablemente hubiera pegado a Angelica en aquel momento. Si hubiera sido la noble que había fingido ser, hubiera aplicado el peso de sus contactos y su posición. Tal y como estaban las cosas, lo único que podía hacer era quedarse allí de pie.

—¿Qué harás tú, Sofía de Meinhalt? Si es que ese es tu nombre. —Angelica le sonrió—. ¿Por qué no te vas? Corre. —Su expresión se volvió amenazante—. O corres o haré que te saquen de aquí arrastrándote y te lancen a la alcantarilla, que es tu lugar.

Sofía corrió, y no solo porque Angelica se lo hubiera dicho. Corrió porque no podía enfrentarse a la situación que tenía delante. Porque el pensar en Angelica con Sebastián era sencillamente demasiado terrible para enfrentarse a él. Corrió porque ese no era su lugar realmente y había sido una estúpida al pensar que podría serlo.

Corría a ciegas, en parte porque las lágrimas le dificultaban ver hacia dónde iba y, en parte, porque Sofía no tenía ningún lugar al que ir ahora mismo. Se adentró más en el castillo, sin importarle el no saber hacia dónde estaba corriendo.

—¿*Lady* Sofía? —dijo la voz de una mujer y la familiaridad de la voz detuvo a Sofía. Miró a su alrededor y se encontró mirando fijamente a Laurette van Klet, la artista cuyo cuadro había echado a perder la personalidad que ella había trabajado tanto en crear. Allí estaba, vestida con una bata de artista, con las manos manchadas de pintura, como si Sofía la hubiera pillado a medio pintar su nueva

obra.

Sofía se quedó mirándola, debatiéndose entre la necesidad de correr de nuevo y el deseo de dar un paso adelante y darle una bofetada por haber hecho tanto por estropear la vida de Sofía. Todo había sido perfecto hasta que Laurette había divisado la marca que la señalaba como esclava.

—¿Estás bien? —preguntó Laurette.

¿Cómo podía contestar a eso Sofía? No podía y se dio la vuelta para irse otra vez, pues allí no había nada para ella.

—Espera —exclamó Laurette—. Por favor, no te vayas.

Sofía se detuvo.

—¿Por qué? —preguntó. Pensó por un momento—. ¿Qué estás haciendo aquí? Pensaba que Sebastián te despidió.

—Lo hizo —dijo—. Pero no me fui muy lejos. Quería hablar contigo.

—Si es sobre lo que pintaste, es demasiado tarde para cambiarlo —dijo bruscamente Sofía.

Vio que la artista fruncía el ceño. Sofía estaba demasiado enfadada como para empezar a indagar en los pensamientos de la mujer, pero la confusión parecía auténtica.

—¿Por qué iba a cambiarlo? —preguntó—. Yo pinto lo que hay.

Sebastián había dicho lo mismo. Que este era el don de la artista, y su maldición. Había sido la razón por la que la había mandado a pintar en las altas colinas de las montañas del norte.

—Si no es eso, ¿entonces qué es? —exigió Sofía.

—Vi algo —dijo Laurette—. Y pensé que tú deberías verlo también. Lo siento, estás molesta. Me dicen que debería fijarme más en estas cosas.

Le pasó un pañuelo a Sofía, que probablemente había sido algo muy refinado antes de que hubiera pintura en él. Aun así, era un momento de generosidad en los últimos dos días escaseado.

—¿Quieres venir conmigo? —preguntó Laurette—. Tengo algo que mostrarte.

Sofía fue con ella, siguiéndola por salas que Sofía reconocía. Habían albergado cuadros cuando ella y Sebastián habían estado allí. Ahora, tan solo albergaban un bosque de caballetes vacíos, esperando con la expectativa de que los llenaran.

—La mayoría de mis cosas todavía están guardadas —dijo

Laurette—. Dime, ¿crees que Sebastián querrá que yo pinte también en su nueva boda? Sé que me despidió, pero creo que solo estaba enfadado por lo que estaba sucediendo.

—Yo… no lo sé —dijo Sofía, intentando contener su mal genio solo porque era evidente que la mente de la artista no funcionaba igual que lo hacía la de las otras personas—. Dijiste que tenías algo que mostrarme.

—Sí, sí, por supuesto —respondió Laurette, dirigiéndose hacia una bolsa que más bien era un saco con asas, lleno de accesorios de arte y viejos lienzos. Empezó a rebuscar entre ellos y escogió uno envuelto en papel para evitar que se estropeara en el camino. Lo sacó y empezó a desenvolverlo y lo colocó en uno de los caballetes.

—¿Qué es lo que estoy mirando? —preguntó Sofía.

—Anoche me detuve en la hacienda del Marqués de Bruthel —dijo Laurette—. Y, por supuesto, quiso que le mostrara sus cuadros. Y… bueno, mira.

El cuadro que colocó en el caballete mostraba a un hombre y una mujer de mediana edad, que vestían lo que parecía ropa cara pero ligeramente anticuada. Sofía reconoció sus rasgos al instante, pues veía esas caras en sus sueños cada vez que se iba a dormir. La misma conmoción bastó para que continuara mirando.

—Esos son mis padres —dijo Sofía, incapaz de apartar la emoción de su voz.

—¿Estás segura? —preguntó Laurette—. Quería que vieras el cuadro porque vi el parecido, pero también porque… no querían que yo lo viera. Decían que no debían mostrármelo, pero yo le dije que quería estudiar las pinceladas, y le dije que restauraría un lugar en el que se había desdibujado.

Sofía frunció el ceño al escuchar eso.

—¿Quién lo dijo?

—El Marqués —dijo Laurette—. Dijo que ni él incluso no debería tener el cuadro, pero era demasiado bueno para destruirlo. Un Hollarde, dijo. El antiguo pintor real, antes de las guerras civiles.

Otra vez las guerras. Parecía que habían dado forma a cada aspecto del reino tal y como era ahora, convirtiéndolo en algo que no era ni una cosa ni la otra, atrapado entre diferentes lados de un baile constante que parecía hacer daño a todo el mundo.

—¿Sabes quién son? —preguntó Sofía, mirando al cuadro en busca de pistas. El hombre parecía fuerte pero amable. La mujer era hermosa y serena, con los mismos rasgos que Sofía veía siempre que se miraba en un espejo. Necesitaba saber. Podría decírselo a Catalina. Estaba segura de que su hermana querría saber incluso más que ella. Al fin y al cabo, había llevado a todos lados el medallón con el dibujo de su madre durante años.

Laurette asintió y dio la vuelta al cuadro para leer la etiqueta.

—Lord Alfred Danse y su esposa, Cristina, en su finca de Monthys, con ocasión del cuadragésimo aniversario de su señoría.

A Sofía le parecía más un evento formal que una celebración, pero esa parte apenas tenía importancia ahora. Lo único que importaba era descubrir la verdad.

—¿Monthys? —preguntó.

—Está en el norte —dijo Laurette—. En las laderas de las tierras de la montaña. Una vez fui cerca de allí, para pintar molinos de agua.

—¿Estás segura? —dijo Sofía—. Supongo que podría comprobarlo en la biblioteca.

—No —dijo Laurette y Sofía notó la sensación de pánico que había detrás—. No, no debes.

«Es demasiado peligroso. ¿No lo sabe?»

—¿Saber el qué? —preguntó Sofía, y entonces fue cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo—. Actúas como si fuera peligroso, Laurette.

—Lo es —dijo—. Lord Alfred y *Lady* Cristina eran personas importantes y… no sé si ahora están vivos, pero al Marqués le daba miedo incluso nombrarlos. Estuvieron tan cerca del trono y ahora… ahora es como si nunca hubieran estado vivos.

—¿Cerca del trono? —dijo Sofía.

Laurette negó con la cabeza, pero sus pensamientos la delataron.

«Sus hijas podrían haber heredado de no ser por las guerras, de no ser…».

La conmoción golpeó a Sofía con ese pensamiento. Si sus padres tenían sangre real, entonces ella tenía sangre real, igual que Catalina. La idea parecía absurda, el mundo parecía dar vueltas bajo sus pies.

—¿Estás bien? —preguntó Laurette.

—Es solo que… estoy intentando encontrarle algún sentido a esto —dijo Sofía.

No tenía sentido. Ella era solo una chica de un orfanato, que jugaba a ser noble. La idea de que realmente podría ser todo lo que afirmaba era ridícula. ¿Cómo podía haber sucedido? ¿Cómo podía haber acabado ella en la Casa de los Abandonados?

La respuesta a ello le vino con los recuerdos de las llamas y la necesidad de correr.

Entonces Sofía supo lo que tenía que hacer. Tenía que ir hacia el norte. Tenía que encontrar Monthys y descubrir la verdad de todo esto. Le pareció que era el tipo de cosa al que Catalina se hubiera lanzado, y tal vez aún lo haría, pero Sofía sabía que era ella la que tenía que hacerlo. A Catalina le hubiera encantado. Hubiera visto la idea de atravesar medio país caminando como una aventura. Sin embargo, era Sofía la que tenía que hacer el viaje y lo haría lo mejor que pudiera.

—¿Qué harás ahora? —preguntó Laurette.

—Imagino… que intentaré descubrir la verdad —dijo Sofía.

—Ve con cuidado —respondió la artista—. ¿Sabes?, la Viuda quiere que yo pinte en la nueva boda, a pesar de cómo se sienta Sebastián. Pienso que esto será extraño. ¿Conoce a *Milady* d'Angelica?

—Sí —dijo Sofía firmemente—. La conozco.

—No creo que ella sea tan buena modelo como tú —dijo Laurette—. Buena suerte, y… siento haberte causado tantos problemas.

Sofía negó con la cabeza.

—No fuiste tú —dijo—. Fue mi estupidez.

Pero ahora tal vez tenía la posibilidad de enmendarlo. Tal vez pudiera encontrar un modo de arreglarlo. Tal vez pudiera descubrir la verdad.

Partió a través de palacio, decidida a continuar y a encontrar un camino hacia el norte. Avanzaba por los pasillos de palacio y, solo hasta que una mano la cogió por el hombro, Sofía no se dio cuenta de que no había tenido todo el cuidado que debiera.

—¿Y dónde crees que vas? —preguntó el Príncipe Ruperto.

Capítulo once

Sebastián pensaba que lo sabía todo sobre Ashton, pero hasta que no la recorrió para intentar encontrar a Sofía no se hizo a la idea de lo grande que era. Entraba sigilosamente en cada callejón a caballo, en cada plaza buscaba alguna señal de ella.

¿Dónde iría después de lo que había sucedido? ¿Después de todo lo que él había hecho para herirla?

Los sentimientos de Sebastián estaban hechos un dudo de marinero, y era ese nudo el que lo mantenía caminando por la ciudad, parando a cada destello de pelo pelirrojo o cuando atisbaba una cara que le parecía ligeramente familiar.

En cuanto empezó a oír rumores sobre la Casa de los Abandonados, Sebastián empezó a sentir un malestar en el estómago. Habían quemado el orfanato y asesinado a todos los que estaban dentro. Había pandillas de niños en las calles, corriendo y robando. Si Sebastián no hubiera sabido del pasado de Sofía, no lo habría conectado con ella. Ahora…

¿Qué había hecho, abandonándola de esta manera? Había hecho lo que el deber le exigía, lo que su familia hubiera exigido, de haberlo sabido. No había una manera en la que hubiera podido estar con Sofía sin el peligro de que toda la monarquía se viniera abajo. La Asamblea de los Nobles nunca hubiera permitido un matrimonio entre él y una de las contratadas.

Ahora mismo, nada de esto importaba. Sebastián deseaba, por lo menos, ver de nuevo a Sofía, aunque no sabía qué quería hacer cuando la viera. Todavía tenía el anillo que le había dado, y que ella había dejado caer en la alfombra al irse. Sabía que no podía ofrecérselo en matrimonio, pero todavía lo guardaba en el bolsillo de su túnica, para el momento en el que pudiera encontrarla de nuevo.

Fue a toda prisa hacia la Casa de los Abandonados, esperando

estar en lo cierto, y que tendría la oportunidad de ver a Sofía una vez más antes de que su regimiento requiriera su presencia en las guerras que parecían estar cada vez más cerca. Sebastián había oído que el Nuevo Ejército se estaba extendiendo por el continente, arrollando a los Separatistas y a los hombres del Estado Libre por igual, absorbiendo compañías mercenarias y fuerzas de la ciudad mientras las destruía. Sebastián sentía un atisbo de miedo al tener que ir a luchar contra eso, pero no era nada comparado con la preocupación que sentía ahora mismo por Sofía.

Esa preocupación no hizo más que crecer cuando vio la zona que rodeaba la casa de los Abandonados. ¿Aquí era donde había crecido Sofía? ¿Estas calles llenas de suciedad y violencia habían sido las que había conocido de niña? Si ya era malo que cualquiera tuviera que vivir en una pobreza así, lo era mucho más que hubiera tenido que hacerlo Sofía.

—Por favor, que no estuviera allí —dijo Sebastián cuando vio por fin el estado del orfanato. Su caballo resopló como respuesta.

Pensar que Sofía podría haber estado dentro de aquel lugar parecía que podía perforarlo. No podría perdonárselo a sí mismo si ella estaba muerta.

Incluso desde fuera, podía ver lo mucho que el fuego lo había dañado, y había vigilantes dando vueltas por la entrada, obviamente intentando entenderlo mientras sacaban cuerpos del edificio. Algunos llevaban cubos, para apagar los últimos rescoldos del fuego, mientras otros estaban quietos y hacían preguntas a cualquiera que se les acercara.

—¿Qué sucedió aquí? —preguntó Sebastián, llegando a caballo hasta uno de los hombres y desmontando.

El vigilante se giró con la expresión de alguien a quien ya le han hecho esa pregunta demasiadas veces hoy.

—¿Por qué no te vas corriendo antes de que…? Espera, usted es el Príncipe Sebastián.

El cambio en la conducta del hombre hubiera sido cómica por ser tan repentina si no hubiera sido en una situación tan terrible. Tal y como estaban las cosas, a Sebastián no le importaba nada a excepción de que Sofía estuviera bien.

—¿Qué sucedió aquí? —repitió Sebastián, poniendo toda la autoridad que pudo reunir en ello.

En realidad, a su hermano Ruperto se le daban mejor ese tipo de cosas, pero entonces, Ruperto disfrutaba del poder que conlleva ser de la realeza.

—Nada de lo que preocuparse, su alteza —dijo el hombre.

Sebastián negó con la cabeza.

—Eso ya lo juzgaré yo. ¿O quieres que le diga a mi madre que no pude descubrir lo que ella quería saber?

Era una mentira, pero probablemente útil, dada la reputación de su madre por querer saber el funcionamiento de la ciudad. Sebastián vio que el hombre tragaba saliva.

—¿La Viuda quiere saberlo? —dijo—. Oh, diosa… lo siento, su alteza. Solo quería decir que este es un asunto terrible. Todavía estamos obteniendo los detalles de los supervivientes. Parece ser que capturaron a una chica que había escapado ayer por la noche y la castigaron por ello.

—¿La castigaron? —dijo Sebastián. Sabía que tenían que estar hablando de Sofía. Si le habían hecho daño… no, le habían hecho daño y la rabia por ello ardía en su interior, sin apenas poderla controlar. Si no hubiera estado delante de las ruinas del orfanato, podría haber entrado hecho una furia.

—La azotaron con el látigo y se revendió su deuda —dijo el hombre, como si eso no fuera nada—, pero entonces vino la hermana de la chica y… bueno, esa es la parte que no tiene mucho sentido.

—Cuéntame —dijo Sebastián, obligándose sencillamente a escuchar, no a reaccionar a lo que él sabía que eran noticias de que la mujer que amaba había sido torturada y vendida como esclava. Era más duro de lo que podría haber creído. Podía sentir cómo temblaba físicamente por el esfuerzo.

—Bueno, dicen que la hermana de la chica entró, prendió fuego al orfanato y sin ayuda de nadie mató a la mitad de las monjas y los sacerdotes que había. Eso no parece posible. Las monjas están acostumbradas a dominar a los niños rebeldes.

—Por lo visto, con látigos —dijo Sebastián, incapaz de evitar que la dureza se notara en su voz. ¿Era él el único que veía que eso no estaba bien? ¿Qué veía la crueldad en azotar con un látigo a gente joven cuyo único crimen era no tener hogar? Mirando cómo sacaban los cuerpos del orfanato, pudo ver que todos ellos eran

adultos. De nuevo, sentía que el conflicto crecía en él, pues, por un lado, estaba el horror que traía ver esta especie de matanza a sangre fría. Por el otro, si esta gente habían jugado algún papel en hacer daño a Sofía, Sebastián los hubiera matado él mismo gustosamente.

—¿Qué paso con…? —Quería decir Sofía, pero se paró a sí mismo—. ¿Qué pasó con la chica que capturaron de nuevo? ¿Hay alguna señal de ella?

—No, su alteza —dijo el vigilante, en un tono cuidadoso que probablemente reservaba para explicar las cosas a sus superiores—. No fue esta chica. Fue su hermana. Se llama Catalina.

Sebastián lo recibió lentamente.

—Y me imagino que actuó como lo hizo porque no pudo encontrar a su hermana. ¿Qué sucedió con la primera chica? Si quisiera encontrarla, ¿dónde lo haría?

—Probablemente, a medio camino hacia uno de los prostíbulos de Karg, a estas alturas —dijo otro hombre.

Sebastián se dio la vuelta, cerrando el puño dispuesto a dar un puñetazo. Solo el control que resultaba de largos años alrededor de su hermano o detuvo.

—¿Qué acaba de decir?

—Estuve preguntando a las monjas —explicó el segundo vigilante—. Ese fue el que trajo la deuda de la hermana, un esclavista llamado Karg. —El vigilante escupió, pareció darse cuenta de con quién estaba hablando y paró—. Imagino que la chica que hizo esto podría estar tras él, pero a estas alturas estarán en el camino alto de fuera de la ciudad y…

Sebastián ya estaba sobre su caballo y lo puso en marcha antes de que los hombres acabaran, mirándolo fijamente sorprendidos. No le preocupaban. Solo le importaba Sofía.

Fue vociferando hacia el camino alto, con la esperanza de no llegar tarde, guiando a su caballo entre las carretas y los carros que allí había, en dirección a fuera de la ciudad en una niebla de los edificios que pasaba y los gritos que le lanzaban por ir demasiado rápido. Fue hasta las dispersas afueras de Ashton, donde había más espacio para que su caballo se pudiera mover con más libertad.

Aun así, Sebastián se contuvo. Esto era lo más lejos que podía ir. Su regimiento le estaría esperando y, si no llegaba para la ahora que este estuviera listo para embarcar, estaría desertando de él. Para

alguien que no fuera un príncipe, eso significaría la horca, pero incluso para él significaría una deshonra.

A punto de encontrar a Sofía, ¿realmente importaba la deshonra?

Así que continuó cabalgando. Cabalgó hasta que vio el carro, abandonado a un lado del camino. Cabalgó a su alrededor hasta que encontró los cuerpos y Sebastián pudo imaginar lo que había sucedido. Sofía se había ido, había escapado con la ayuda de su hermana. La alegría y la decepción le golpearon a la vez. Alegría porque esto significaba que Sofía estaba libre. Decepción porque ahora no había ninguna posibilidad de que la encontrara.

No malgastó ni un pensamiento por el esclavista. Si alguien merecía la muerte, era este hombre. Comerciaba con la crueldad. ¿Qué significaba que el reino de su madre permitiera todo esto?

Se sentía… vacío mientras cabalgaba en dirección de nuevo a la ciudad. Debilitado por la pérdida. Ahora no empujaba a su caballo, pues ya lo había hecho demasiado hoy. En cambio, dejó que anduviera a su propio paso, mientras él intentaba poner en orden lo que sentía. Sebastián sospechaba que le llevaría más que un viaje hacerlo, simplemente porque tenía que gestionar demasiadas emociones. Había perdido otra vez a Sofía y ahora podía estar en cualquier lugar.

Sebastián salió del camino principal y tomó uno de los caminos más pequeños que llevaría hasta los campos de entrenamiento. Su regimiento estaría esperando y no quedaba más tiempo.

No vio a la chica que iba andando por el camino hasta que casi era demasiado tarde. Si no hubiera sido por su pelo rojo como el fuego, Sebastián ni tan solo la hubiera visto. Pero le llamó la atención porque era del mismo tono que el de Sofía y sus rasgos eran casi iguales, aunque esta chica era más baja y vestía más como un chico.

Cuando ella vio a Sebastián, se apartó dela camino y desapareció casi por completo en los arbustos más cercanos. Si Sebastián no la hubiera visto en el camino, no hubiera creído que allí hubiera alguien.

—¿Hola? —gritó, deteniendo a su caballo—. ¿Hay alguien ahí? No debes tener miedo. No voy a hacerte daño.

La chica salió. Llevaba una espada en la mano que parecía

extremadamente afilada, que colocó a la altura del corazón de Sebastián.

—No —dijo—. No lo harás.

—¿Eres Catalina? —preguntó Sebastián. La suposición parecía tan natural, tan evidente, que no pudo evitar hacerla. Se parecía tanto a Sofía que parecía imposible que pudiera ser otra persona.

—Sí —respondió la chica—. Y tú eres Sebastián, la escoria que expulsó a mi hermana para que las monjas enmascaradas la cogieran.

Le sorprendió que le hablaran así. Y lo más importante, ¿cómo lo había adivinado? Tal vez había visto su cara en un retrato en algún lugar.

—No fue así —dijo Sebastián.

—¿No? —Catalina no parecía convencida—. Tú le dijiste a Sofía que no era lo suficientemente buena para ti, y lo siguiente que sabemos es que la Casa de los Abandonados se la llevó. ¿De verdad me estás diciendo que no debería arrancarte el corazón?

Dio un paso adelante con una decisión que daba a entender que lo decía en serio. De nuevo, Sebastián estaba más que un poco sorprendido de que le hablaran así. Normalmente, la gente era educada con él, incluso servil.

—Parece que alguien ya lo ha hecho —respondió Sebastián. Parecía que alguien lo había sacado y le había dado un pisotón, dejando atrás solo dolor—. ¿Está a salvo Sofía, por lo menos? Juro que no tengo nada que ver con que se la llevaran.

Catalina lo miró durante varios segundos.

—No, no lo hiciste, ¿verdad que no? Exceptuando la parte en la que la echaste. Todavía debería matarte solo por eso.

Sebastián se preguntaba si realmente podría hacerlo. Él estaba muy lejos de ser indefenso, aunque no disfrutaba de la batalla como lo hacían Ruperto y algunos de los otros nobles.

—Desenfunda tu espada si quieres intentarlo —dijo Catalina.

Sebastián negó con la cabeza.

—Vi lo que hiciste en la Casa de los Abandonados. Vi lo que les hiciste a los hombres del esclavista.

Oyó que Catalina resoplaba.

—Eso no eran hombres y el orfanato… se lo merecía.

—¿Por lo que le hicieron a Sofía? Así es —dijo Sebastián. Por lo

menos, podía estar de acuerdo en eso.

—Por lo que nos hizo a todos —dijo Catalina, con un tono todavía combativo. ¿Significa esto que no estás pensando arrastrarme ante la justicia, su alteza?

De alguna manera, incluso consiguió que eso sonara a insulto.

—Mira —dijo Sebastián—. Sé que me odias por lo que pasó con tu hermana, pero solo estaba intentando cumplir con mi deber. Yo la quería. La quiero. ¿Puedes… puedes decírselo, si la ves?

—Tal vez —dijo Catalina encogiendo los hombros—. Podría ir tú y decírselo.

Ella enfundó la espada. Al parecer no lo iba a matar hoy. Sebastián no sabía si sentirse aliviado o estafado.

Sebastián negó con la cabeza.

—No hay tiempo. Debo ir con mi regimiento.

Sin pensarlo, se sacó el anillo del bolsillo. Se lo lanzó a Catalina, que lo atrapó en el aire con la velocidad de una serpiente que va a atacar.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Era su anillo de compromiso —dijo Sebastián—. Quiero que lo tenga ella. Quiero que sepa que la quiero aunque… aunque por quien yo soy sea imposible que esté con ella. Se lo puede guardar, o venderlo si necesita el dinero o… ¿te asegurarás de que lo tenga?

Ante su sorpresa, Catalina asintió sin discutir. Cogió una cadena que llevaba en el cuello, en la cual había un medallón, y le añadió el anillo.

—Cuando la vea, se lo daré —dijo.

—Gracias —respondió Sebastián.

—No lo hago por ti —dijo Catalina—. Te destriparía si no tuviera la certeza de que esto le rompería el corazón. Y podría hacerlo, pienses lo que pienses.

Tal vez podría. Dado lo que se avecinaba, tal vez ese fuera un talento que Sebastián debería haber intentado aprovechar.

—¿Alguna vez has pensado en unirte a uno de los regimientos? —preguntó—. Ya sé que normalmente no aceptan mujeres, pero el mío lo haría, si yo…

—¿Crees que tengo algún interés en recibir órdenes tuyas?

Sebastián imaginaba que no. No era como su hermana, a pesar de lo mucho que se parecían.

—Podrías ser una herramienta en la guerra, Catalina —dijo.

Vio que encogía los hombros.

—Tal vez —dijo ella—. Pero, ahora mismo, solo hay un regimiento que me interese.

Capítulo doce

Catalina agradeció no ir en la misma dirección que Sebastián. Veía que quería a Sofía, pero aun así, eso no simplificaba nada las cosas. Si lo hubiera tenido que seguir hasta llegar a los campos de entrenamiento, hubiera sido difícil decidir qué hacer a continuación.

Tal y como estaban las cosas, Sebastián pronto dejó el camino, para dirigirse hacia el regimiento real que fuera en el que estaba sirviendo. Los verdaderamente ricos no servían en las compañías libres. Servían en los regimientos históricos, o poseían sus propias compañías. Esto simplificaba las cosas en muchos aspectos. Catalina dudaba que Sofía fuera feliz si Sebastián fuera víctima de su venganza.

—Un joven interesante.

Catalina saltó al oír el sonido de la voz de Siobhan y, a continuación, se echó hacia atrás sorprendida cuando la mujer del bosque salió de detrás de un árbol del camino.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó Catalina.

Siobhan sonrió como respuesta.

—Tal vez no lo hice. Quizás todo esto es una ilusión. Quizás pueda estirar el brazo y llegar a cualquier bosque. Tal vez haya caminos que andar, si las conoces.

—¿Los hay? —dijo Catalina. La idea de caminos que pudieran ir a cualquier lado era impresionante.

—Ese no es el camino que tú escogiste —le recordó Siobhan—. Té escogiste ser algo violento. Me estaba preguntando qué te parecía. ¿Cómo te sentiste cuando mataste a quienes te habían atormentado?

Catalina no estaba segura de cómo responder a eso. En aquel momento le había parecido bien. Le había parecido que era exactamente lo que tenía que hacer, y todavía se sentía bien por los

niños que había liberado de la crueldad del lugar. Aun así, había algo en la velocidad con la que había matado a tanta gente que la asustaba.

—¿Lo estás reconsiderando? —preguntó Siobhan.

—¿Cambiaría algo si lo hiciera? —contraatacó Catalina—. Bebí de la fuente. Te debo un favor. ¿Se trata de esto? ¿Estás aquí para pedírmelo?

Vio que la mujer negaba con la cabeza.

—Todavía no —dijo Siobhan—. Simplemente, te estoy vigilando, mi aprendiz. Asegurándome de que estás feliz con la decisión que tomaste. Comprobando que deseas el destino al que lleva. Si no es así… bueno, tal vez pueda encontrar otro camino para ti. He dicho algunas de las otras cosas que puedes aprender.

Lo había hecho, y algunas eran sorprendentes. Más que sorprendentes, algunas parecían estar hechas de la esencia de los sueños. Solo que estos no eran sus sueños. No podía imaginarse a sí misma como el tipo de bruja que era Siobhan, aunque al principio hubieran sido lo mismo. No, el entrenamiento que le había proporcionado Siobhan le había parecido el correcto, a pesar de que el camino al que llevaba era violento.

Tal vez especialmente entonces.

—Esta podría ser tu última oportunidad —dijo Siobhan.

—Esto es lo que quiero hacer —respondió Catalina.

Siobhan sonrió al escuchar eso.

—Entonces ve a hacerlo. Conviértete en todo lo que debes ser.

Retrocedió hasta detrás de su árbol y, cuando Catalina fue a buscarla a continuación, no estaba, tan ciertamente como si nunca hubiera estado allí.

Por lo menos, Siobhan había aclarado las cosas. Ella quería esto. Quería vengarse de la compañía que la había humillado. No podía dejar que esto quedara así.

Catalina partió de nuevo, andando hasta el campo de entrenamiento.

Allí había muchos hombres, entrenando con espadas y arcos, trabajando el voluminoso hierro del cañón y quitando las abolladuras de las armaduras. Algunos hombres estaban sentados y jugaban a los dados o bebían, pero a Catalina le pareció que había menos que los que había habido la última vez que estuvo allí. Ahora

las cosas eran amenazantes. Se estaban preparando para la guerra.

Catalina sentía las miradas sobre ella mientras lo atravesaba. Se preguntaba cuántos de ellos la reconocían. Probablemente, la mayoría, pues el dolor de la humillación verdaderamente quemaba en su interior con cada mirada. Catalina podía sentir las expectativas en sus pensamientos, esperando más entretenimiento por parte de la chica que quería ser uno de ellos.

De acuerdo, los entretendría.

Catalina se dirigió hacia el círculo de entrenamiento donde un chico la había golpeado sin sentido, y oyó el ruido de espadas chocando. Eso estaba bien. Ella quería a alguien con quien luchar.

Sin embargo, cuando llegó allí, lo que vio hizo que la emoción borboteara en su interior.

Will estaba en el centro del círculo, con una espada de prácticas desafilada en la mano. Otros dos se enfrentaban a él, moviéndose a su alrededor como tiburones esperando para atacar. Cada vez que se giraba hacia uno de ellos, el otro se lanzaba a atacar, golpeando a Will en las piernas y en las costillas.

Si hubiera sido un combate amistoso, se hubiera parado con cualquiera de esos golpes y les hubiera obligado a empezar de cero. Incluso entrenando con Siobhan, había habido una pausa cada vez que le clavaban un arma poco sólida. Se había planeado para ser una lección, aunque fuera cruel.

Esto era sencillamente un castigo.

Catalina no tenía ninguna duda de que era por traerla a ella allí, pues no podía imaginar a Will rompiendo cualquier otro aspecto de la disciplina que había allí. Los golpes que llovían sobre su cuerpo, supervisados por el mismo soldado que la había metido a ella en el círculo con aquel chico más grande, eran solo un modo de infligir dolor.

Catalina no podía permitirlo.

Fue hacia allí, metiéndose detrás de uno de los dos y haciéndole la zancadilla de modo que cayó de cara al suelo. Agarró su espada y se la lanzó al segundo con una precisión impresionante, alcanzándole en la sien y haciendo que tropezara y cayera.

Alargó el brazo hacia Will, él le cogió la mano y se levantó.

—¿Catalina? —dijo. Parecía a la vez feliz por verla y preocupado. Preocupado de que esto empeorara las cosas, para

ambos—. ¿Qué estás haciendo aquí? Esto no es seguro.

—No me importa lo que sea seguro —dijo Catalina—. Lo que me importa eres tú.

De momento, desenfundó su espada de madera, pero no era por bondad, sino solo por el deseo de hacerles daño con la misma herramienta que ellos habían usado para hacerle daño a ella.

El veterano que había planeado su paliza la última vez que estuvo allí se adelantó. A su alrededor, empezaban a reunirse hombres, evidentemente con la sensación de que tendrían la oportunidad de divertirse un poco a costa de Catalina.

—¿No aprendiste la lección la última vez? —preguntó el veterano.

—Oh, he aprendido muchas lecciones —dijo Catalina. Empujó con delicadeza a Will para apartarlo de allí—. ¿Por qué no vienes y lo compruebas?

Se rio al escuchar eso. Lo mismo hicieron la mayoría de hombres que había allí. Era evidente que esperaban otro castigo, otra victoria fácil.

El veterano señaló a dos chicos.

—Yo no tengo tiempo para esto. Johan, Gerald, dadle una lección a esta chica. Si quiere ser una discípula del campamento, tal vez la compartiremos en una. Golpeadla sin sentido y después tomad vuestro turno con ella.

Dos hombres se adelantaron, hasta llegar a Catalina, sin molestarse tan solo en llevar espadas. Se apartó del primero, blandiendo su espada de madera hacia la cabeza de él. Él se movió para bloquear y Catalina bajó su espada de prácticas, golpeando su rodilla con un chasquido de madera.

Giró, agachándose por instinto cuando el segundo dirigía un puñetazo hacia la cabeza de ella. Catalina rodó por el suelo cuando el primer hombre fue cojeando hacia ella, después se levantó y le clavó la punta de su espada de prácticas en la barriga, sacándole el aire con un silbido. Subió la rodilla bruscamente cuando él se dobló, su cabeza dio un latigazo hacia atrás y lo dejó inconsciente.

El otro hombre fue corriendo hacia ella, intentando acortar distancia y agarrarla, pero Catalina se apartó de un giro y, a continuación, brincó, saltando por encima de su cabeza cuando él se movía con pesadez hacia ella. Ella dio un golpe hacia abajo en el

aire, sintiendo el crujido de la madera contra el hueso al golpearle la base del cráneo. Cayó contra el suelo con la misma facilidad que el primer hombre.

—Como dije —dijo Catalina levantándose, pues había caído en cuclillas—, he aprendido desde la última vez.

—Trucos y tonterías —dijo el maestro de entrenamiento—. No significan nada cuando hay sangre en juego.

Se adelantó y desenfundó una espada de hoja ancha con una empuñadura de cesta. Parecía un cuchillo de carnicero comparada con la elegancia de la espada de Catalina.

—Has venido aquí dos veces ahora —dijo—. No dejaré que lo hagas una tercera vez. Me aseguraré de que mueras. —Señaló detrás de ella—. Tú y el idiota que te trajo aquí.

Entonces Catalina desenfundó su espada de verdad. Nadie amenazaba a Will si ella estaba cerca. Si este hombre quería sangre, ella le daría sangre.

—Déjame mostrarte lo mucho que he aprendido —dijo.

El soldado era rápido y habilidoso. Se lanzó con un ataque, después cambió las líneas, metiendo su punta bajo la espada de Catalina con la misma facilidad que si su arma hubiera sido una espada de esgrima ligera. Pero Catalina ya había pillado el movimiento de su mente y movió su espada hacia abajo para esperar el ataque.

Ella retrocedió, andando en círculo alrededor de su adversario.

Él atacó de nuevo, intentando otro amago. Catalina lo evitó echándose hacia atrás, la punta de su arma le hizo un corte en el antebrazo y le dejó una línea carmesí.

—Podemos parar si lo deseas —dijo Catalina—. ¿No es esto lo que hacen los nobles? Luchan hasta que hay sangre porque no quieren morir.

Le estaba provocando y él mordió el anzuelo.

—Una herida no es una lucha —dijo el soldado—. Y yo no soy ningún noble. Te destriparé, sirvienta. Observaré como mueres lentamente.

Intentó cumplir con su amenaza, golpeando las defensas de Catalina, intentando abrirse camino con su misma fuerza. Incluso podría haber funcionado si Catalina hubiera intentado parar los golpes, pues su arma no era lo suficientemente sólida para resistir

este tipo de ataque. En su lugar, continuó moviéndose, echándose hacia atrás para esquivar los golpes, colándose dentro de sus líneas, mientras no dejaba de observar los pensamientos de su contrincante para el siguiente rastro de violencia, el siguiente truco que intentara.

Le abrió la túnica de un corte, marcándole una línea de sangre en el pecho y, a continuación, consiguió hacerle un corte en la mejilla cuando se libró del intento de él por atar su espada. Catalina esquivó un ataque, de un puntapié tiró al soldado al suelo y, a continuación, le hizo un corte en el muslo, casi como si se le hubiera ocurrido en el último momento, cuando este se levantó.

Al parecer, él ya había tenido suficiente, pues se dirigió a los otros hombres que había allí.

—¡No os quedéis allí! ¡Cogedla!

Unos hombres fueron corriendo hacia delante y ahora Catalina se encontraba en el centro de una tormenta de parpadeos de espadas y puñetazos. Ahora era más difícil simplemente evitar el flujo del ataque y Catalina tenía que bloquear y saltar, inclinarse y continuar moviéndose para adelantarse a ello. El entrenamiento por el que Siobhan le había hecho pasar ayudó, y Catalina vio que empezaba a reaccionar más rápido de lo que jamás hubiera podido hacerlo antes.

Ella no se contuvo. Estos hombres estaban intentando matarla y ella no veía ninguna razón para no devolverles el favor. Cogió dolor y lo arrojó a los pensamientos de los hombres que estaban más cerca y, a continuación, clavó la espada en un pecho. Bloqueó la oscilación de una espada ropera y su sable atravesó un cuello. Alrededor de Catalina, el mundo se estrechaba hasta convertirse en un objeto de movimiento y violencia, cada instante traía una nueva amenaza de la que tenía que encargarse, el barrido de una espada o el impulso de un puñal hacia sus costillas.

Catalina luchaba con su espada y con su cuerpo, atacando con puntapiés al girar, atacando a la carne que estaba desprotegida. Desvió un golpe de espada e hizo un corte en un brazo, después dio un puntapié hacia atrás hasta alcanzar a un hombre del que pilló pensamientos de acercarse sigilosamente. Apartó de un empujón a un hombre que corría para agarrarla, saltó para apartarse, buscando al maestro de entrenamiento con quien se había batido en duelo.

Él la vio y miró a su alrededor como si estuviera pensando en irse corriendo. En su lugar, Catalina sintió como él hacía una bola con su rabia, embutiéndola en algo que salió en forma de rugido cuando fue a atacarla. Él atacaba y daba golpes, obligando a Catalina a retroceder con cada ataque. No había ninguna astucia en ello, ninguna estrategia, solo violencia.

Catalina lo dejó acercarse, para dejar después la mínima brecha. Entonces su contrincante arremetió contra ella, apuntando hacia su corazón, pero Catalina ya se estaba moviendo. Se movió hacia un lado, sintiendo que la espada le cortaba la camisa sin llegar a tocar la carne que había debajo.

Pero su sable dio en el blanco. Le hizo un corte en el cuello a su agresor y se lo atravesó mientras la miraba fijamente sorprendido. Dio uno o dos traspiés por su lado, el mismo impulso hizo que pasara de largo de ella, como si no comprendiera lo que le acababa de suceder. Puede que hubiera tenido algo que ver lo afilado que estaba el sable de Catalina. Al clavarse había parecido nada y ahora Catalina estaba allí, observando cómo caía.

Los otros soldados miraban fijamente a su oficial mientras moría y, a continuación, a ella. Se alejaban evidentemente confundidos y Catalina sentía que le temían. Debía confesar que probablemente tenía un aspecto aterrador, con la sangre de sus rivales por encima y sin heridas que la dañaran a ella a cambio.

Después de toda una vida de haber sido golpeada y sometida, se sentía ver de ser por una vez a quien la gente temiera, en lugar de alguien a quien escogieran como víctima. Se sentía fuerte. Se sentía peligrosa.

Pero no lo suficientemente peligrosa para encargarse de lo que sucedió a continuación.

Salieron hombres de todos lados, algunos armados con ballestas, otros con picas. Había incluso unos cuantos trabucos, cuyas bocas no vacilaban en apuntar a Catalina. Esto era más de a lo que se había enfrentado en cualquiera de sus entrenamientos con Siobhan, y más de lo que cualquiera pudiera esperar esquivar. Presumiblemente, la respuesta de Siobhan a esto sería no estar aquí.

Catalina no tenía esa alternativa. Se quedó allí, esperando a que dispararan; esperando a morir. Dejó caer la espada de sus manos con un estrépito, pues no había nada que pudiera hacer con una

espada para contraatacar al aluvión de proyectiles que vendría a continuación.

Los hombres dieron un paso al frente y, a pesar de que Catalina ahora no se estaba moviendo, podía sentir su miedo. Tenían grilletes en las manos y una parte de ella quería luchar, quería derribarlos por intentar contenerla. Se obligó a sí misma a quedarse quieta mientras le ataban los grilletes a las muñecas, llevándosela a la fuerza de la escena de la matanza mientras Will observaba, a quien otro de los hombres tenía inmovilizado.

—Lord Cranston dice que no podemos ejecutar a nadie sin sus órdenes —dijo uno de los soldados—. Pero una vez esté él aquí, chica… te ahorcarán por ello.

Capítulo trece

Sofía se detuvo cuando Ruperto le puso la mano encima del hombro, la fuerza con la que la agarraba bastaba para inmovilizarla a pesar de lo que ella pudiera desear. La visión del príncipe probablemente debería hacerle pensar en cuentos de hadas, pues tenía el pelo como el oro y era lo suficientemente guapo para cualquiera de ellos. En cambio, solo hizo que se asustara.

—*Lady* Sofía —dijo en tono cortés, andando hasta ponerse delante de ella—. Estoy muy contento de pillarla antes de que nos dejara.

Pillarla era la palabra y Sofía podía ver en sus pensamientos que era lo que quería decir bastante al pie de la letra. La veía del mismo modo que podría ver a cierva corriendo delante de sus sabuesos: como algo que se puede cazar por diversión.

—Su alteza —dijo, forzando una sonrisa y acordándose de adoptar el acento que había usado como Sofía de Meinhalt—. Me alegro de verlo de nuevo. Hoy está muy elegante.

—Y usted es la imagen de la belleza —dijo, mirándola de arriba debajo de un modo que hizo que Sofía se retorciera por el malestar —. Lamenté enterarme de que las cosas entre usted y mi hermano no habían ido bien.

No lo lamentaba en absoluto; Sofía podía ver que lo único que hacía era gozar de ello, disfrutando tanto del fracaso de Sebastián en casarse con ella como de su repentina disponibilidad. Especialmente de eso.

—Es usted muy amable, su alteza —dijo.

Ruperto rio al escuchar eso.

—Oh, yo soy cualquier cosa menos amable, pero creo que eso no es lo que quiere la gente. ¿No es así, Sofía?

Usaba su nombre tan familiarmente como si hiciera años que la conocía.

—A mí me gusta la gente amable —dijo Sofía—. El mundo está demasiado lleno de crueldad.

—El mundo es lo como la Diosa Enmascarada lo hizo —dijo Ruperto—. Un lugar del cazador y la presa, de sangre, fuerza y acero. Esto es algo emocionante, ¿no cree?

Él no sabía que la historia de Sofía era falsa. Por lo que él sabía, ella estaba huyendo de una guerra y, aun así, él todavía hablaba de esto como si fuera una aventura. O era inconsciente o era una crueldad intencionada. Sofía sospechaba que era lo segundo.

—Yo ya he tenido suficiente de ese tipo de emoción, su alteza —dijo.

Ruperto parpadeó.

—Es rara la mujer que no está de acuerdo conmigo —dijo él—. Aun así, tal vez podemos discutirlo más con un poco de vino.

—Estoy segura de que sería maravilloso —dijo Sofía. Ella haría cualquier promesa que tuviera que hacer, si esto le permitía salir de allí—. ¿Tal vez esta tarde?

—Ahora, pensaba yo —dijo Ruperto, sujetando la muñeca de Sofía con la mano. Todavía sonreía, pero no había ninguna cordialidad en ello—. A no ser que tenga algo mejor que hacer.

Sus pensamientos decían que estaba disfrutando del malestar de ella, y Sofía imaginó que se tomaría cualquier negativa como un insulto. En un momento en el que se suponía que ella ni tan solo debía estar allí, Sofía sabía que no podía permitirse el tipo de escena que vendría a continuación si discutían.

—Una copa —dijo, con la esperanza de que al acabar, hubiera encontrado un modo de liberarse de Ruperto. Ella veía que beber no era lo que había en su mente. Las cosas que había hacían que ella quisiera retroceder, pero veía que Ruperto lo estaba esperando. Quería cazarla.

«Ayuda» —mandó, esperando que Catalina la oyera. Esperando que viniera, a pesar de que Sofía deseaba tener una alternativa que no implicara llamar a su hermana cada vez que había problemas.

—Ven —dijo Ruperto, y desde fuera podía parecer que simplemente la cogía del brazo para acompañarla. Pasaron por delante de una sirvienta y Ruperto chasqueó los dedos—. Haz que traigan vino a mis aposentos. Pienso en el Westmarches Gold.

—Sí, su alteza —dijo la sirvienta y, a pesar de que miró a Sofía

con compasión, no hizo ningún movimiento para meterse.

—He cambiado de opinión —dijo Sofía, esperando que la sirvienta entendiera el mensaje de que ella no deseaba nada de esto —. Lo lamento, pero tengo un compromiso previo y no puedo quedarme para el vino.

—Tonterías —dijo el Príncipe Ruperto y ahora le cogió el brazo a Sofía con tanta fuerza que le hizo daño. Se dirigió a la sirvienta—. Corre a buscar el vino.

La sirvienta se fue rápidamente y Ruperto continuó agarrándole dolorosamente el brazo a Sofía.

—Por favor, su alteza —suplicó—. Me está haciendo daño.

—Sí —respondió—. Así es. La desobediencia debe castigarse o si no ¿cómo se aprende la obediencia? Este reino lo entendía hace tiempo, antes de las guerras civiles. Un gobernante podía dar órdenes y esperar que se obedecieran. Tú me obedecerás, ¿verdad, Sofía?

Sofía tragó saliva.

—¿Qué me hará hacer, su alteza?

El Príncipe Ruperto la miró fijamente y la apretó de nuevo con fuerza.

—Oh, todo tipo de cosas. Pero, por ahora, me gustaría oír las palabras. Dilas.

Sofía se preguntaba si le haría esto a cualquier mujer que él pensara que era de la nobleza. Pero, para Ruperto, ella era solo una refugiada sin familia, completamente a su merced. Lo peor de todo era que sí que estaba a su merced, y la Casa de los Abandonados le había enseñado que solo había una cosa que pudiera hacer en esa situación.

—Sí, su alteza, le obedeceré.

Ruperto parecía satisfecho con ello.

—Estoy deseando descubrir si esto es cierto.

«Por favor» —mandó de nuevo Sofía—, ayúdame.

No hubo señal de que Catalina lo hubiera oído, y Sofía dudaba de que pudiera llegar allí a tiempo si lo hacía. En el orfanato, le había llevado toda una noche llegar. ¿Qué podía hacerle el Príncipe Ruperto en una noche? Sofía no quería pensar en ello.

Llegaron a una serie de puertas doradas que llevaban a unas habitaciones que había tras ellas de una exquisita opulencia. Aquí

no había nada de la contención y la sencilla comodidad de los aposentos de Sebastián. En cambio, parecía que cada superficie presentaba un gasto, desde pan de oro sobre la carpintería hasta la porcelana pintada más fina y el cristal tallado. Las ropas más elegantes se descartaban con indiferencia para que los sirvientes las recogieran, mientras otras puertas evidentemente llevaban a habitaciones remotas.

—Entonces —dijo Ruperto—, mi hermano te ha dejado a un lado. ¿Tan rápido se ha cansado de ti?

Tenía toda la intención de hacer daño.

—Las cosas con Sebastián eran complicadas —dijo Sofía.

—Eran simples —respondió Ruperto, dirigiéndose hacia dos poltronas—. Mi hermano te quería a ti y tú querías posición en la corte, así que solo le dejaste que se acostara contigo a cambio de una propuesta de matrimonio. Después, cuando finalmente recuperó la cordura, Sebastián entendió que no podía atarse a una chica noble sin tierras, sin un título real, sin riqueza y sin ejército. Siéntate aquí.

Ruperto añadió lo último señalando con la mano de manera casual hacia la otra silla. Sofía fue hacia allí, pues dudaba que pudiera llegar hasta la puerta si corría. Se sentó tan recatadamente como pudo, pero una mirada a los pensamientos del príncipe le dijo que era demasiado poco, demasiado tarde.

—He aprendido a ser más sincero con estas cosas —dijo Ruperto —. Eres hermosa y, por lo menos, tienes algo de apariencia de nobleza, así que si eres entretenida, te tendré aquí durante un tiempo. Haré contigo lo que quiera y, a cambio, te daré regalos que sin duda venderás discretamente como la furcia que eres. Cuando me aburro de ti, te irás, pero una reputación como una de mis amantes probablemente hará más fácil llevar a cabo negocios con nobles que sean más de tu rango. En todos los aspectos, será un acuerdo muy satisfactorio.

Sofía no pudo contener su sorpresa.

—¿Piensas que soy una especie de… cortesana?

Ruperto señaló hacia un lugar en el suelo.

—Arrodíllate aquí. O te arrodillas o te obligaré a hacerlo.

Sofía hizo lo que le ordenó, pero mientras lo hacía, miraba si a su alrededor había algo que pudiera usar como arma, o una

distracción. Algo que le permitiera salir de esta habitación. Pero no había nada a mano.

—Creo que eres cualquier cosa que decidas —dijo Ruperto—. No me importa un poco de resistencia, pues lo anima un poco, pero no olvides ni por un instante la verdad de tu situación. Puedo hacerte que hagas lo que yo quiera. Podría atarte a esa silla y azotarte hasta que sangraras si lo deseara, y nadie movería un dedo para ayudarte. Tal vez lo haga.

Sofía tembló al recordar lo que le había sucedido en la Casa de los Abandonados. Esta vez, parecía que su hermana no iba a venir a salvarla. Miró en la mente del Príncipe Ruperto, intentando encontrar algo en lo que apoyarse que pudiera usar para convencerlo y poder salir de allí, algún secreto o pista del pasado con el que lo pudiera manipular. Pero lo único que recogió fue la intensidad de su crueldad y todas las cosas que deseaba hacerle.

Sofía oyó el chasquido de la puerta y se dispuso a volver la cabeza, pero Ruperto se movió más rápido que ella, cogiéndola por el pelo con un destello de dolor que le llenó los ojos de lágrimas.

—No te dije que te movieras —dijo—. Quédate donde estás.

Sofía hizo lo que le ordenó, intentando pensar, esperando salir de esto. Miró a la sirvienta que vino con dos copas de vino en una bandeja, pero la mujer no miraba a Sofía. Iba con mucho cuidado de no mirar, y Sofía podía sentir sus razones: no quería arriesgarse a que la despidieran por meterse, peor, no quería arriesgarse a que la arrastraran hasta lo que iba a suceder a continuación.

Así que dejó la bandeja con el vino sobre una mesa auxiliar y se fue sin decir palabra, ignorando la manera en que Sofía estaba allí arrodillada mientras Ruperto todavía la agarraba por el pelo.

—Esto te gusta, ¿verdad? —requirió Ruperto.

—No —replicó Sofía.

Él le dio una bofetada.

—Embustera. Todas las de tu especie fingís ser muy sumisas e inocentes, pero mírate. Llevando el vestido de una puta. Volviendo a mis aposentos. —Tomó una de las copas de vino y la presionó contra los labios de Sofía tan gentilmente como si su arrebato no acabara de suceder—. Bebe.

Sofía bebió, sintiendo el ardor del vino y saboreando su dulzura. Vio que Ruperto dejaba a un lado esa copa, después cogía otra y

bebía de ella. Entonces la besó bruscamente, manteniéndola inmóvil, con el sabor del vino todavía en los labios.

No tenía nada que ver con los besos que le había dado Sebastián. No había ninguna dulzura en ello, solo control, ninguna pasión, solo violencia. Era un acto de posesión más que cualquier cosa que tuviera que ver con el amor, o incluso el deseo verdadero. Era simplemente una manera de que el príncipe declarara su poder sobre Sofía y sabía que lo que vendría sería peor.

—No —dijo Sofía, apartándose de él—. No.

Se tambaleó cuando Ruperto la golpeó de nuevo, pero no le importó. Lo apartó de un empujón, se forzó a ponerse de pie y fue corriendo hacia la puerta. No le importaba quien la viera, o el problema que eso pudiera causarle en el futuro. Solo quería escapar.

Ruperto la abatió antes de que diera unos cuantos pasos, tirándola de un golpe en los tobillos y envolviéndola con sus brazos mientras ella chillaba. Sofía notó que la agarraba por los brazos y se los torcía por encima de la cabeza, atándoselos con una velocidad que dejaba claro que el príncipe lo había hecho más de una vez.

—¿Realmente pensabas que podías escapar? —preguntó Ruperto —. Oh, Sofía, yo no soy un debilucho como mi hermano. Soy un príncipe de verdad. Un príncipe fuerte. Uno que puedo tomar lo que desee.

Reía mientras la levantaba y cargaba con ella hacia uno de los aposentos conectados con la habitación principal. Sofía gritaba pidiendo ayuda, tanto en la intimidad de su mente como, y aún más, con la voz. Ninguna de las dos cosas parecía cambiar algo.

Cuando vio que la habitación que había al otro lado era un dormitorio, Sofía intentó luchar. Ruperto simplemente se rio de ello, mientras la llevaba sin dificultad y la tiraba bruscamente encima de la cama. Sofía vio cómo le agarraba y se las ataba a la estructura de madera para que no se moviera, de manera que aunque daba sacudidas y giraba, no pudiera soltarse. Ella veía que Ruperto la observaba mientras lo hacía, y los pensamientos de él solo alimentaban su pánico.

—No sé cuánto tiempo durarás —dijo Ruperto—. Pero algo me dice que será un rato. Me gusta domesticar lo salvaje. ¿Empezamos?

Capítulo catorce

Sebastián intentaba parecer un príncipe en un lugar de simplemente otro soldado mareado mientras el barco que llevaba a su compañía cortaba las olas del Puñal-Agua. No era fácil, pues su estómago amenazaba con rebelarse a cada sacudida del barco, pero se forzaba a mantenerse fuerte con la determinación de no avergonzarse a sí mismo, a su familia o a la corona.

Sospechaba que Ruperto hubiera hecho un mejor trabajo. Su hermano era el elegante, el soldado valiente con la reputación de tener destreza con las armas. Había comandado fuerzas, mientras que Sebastián estaba atascado como oficial subalterno, solo un hombre entre cientos. Había luchado en batallas contra rebeldes y mercenarios, enemigos en el extranjero y rivales en casa. Estaba a medio camino de ser un príncipe de cuento, mientras Sebastián no podía ni dominar sus propias emociones.

Los pensamientos sobre Estefanía se entrometían a cada instante que pasaba, recordándole a Sebastián lo débil que era. Un príncipe responsable debería haber sido capaz de dejar a un lado la necesidad que tenía de ella, dejar en blanco su mente con excepción del conflicto que se aproximaba. Debería haber sido capaz de evitar recordar el olor de su piel, el tacto de sus labios. En cambio, Sebastián añoraba su recuerdo.

Esperaba que estuviera a salvo. Su hermana, Catalina, había sido algo aterrador, pero por lo menos había protegido a Sofía de lo peor que Ashton podía ofrecerle. Sebastián deseaba haberlo podido hacer; para empezar, no haberla expulsado, pero algunas cosas no podían cambiarse; solo se podía cargar con ellas.

Como con esta maldita travesía por el mar. La distancia entre las orillas del sur del reino de su madre y el continente que había más allá puede que fuera corto, pero esta travesía que se suponía que duraba unas cuantas horas, ya le parecía que se alargaba toda una

vida.

—¡Cuidado, detrás suyo, su alteza! —dijo un marinero, una fracción de segundo antes de que el agua se derramara alrededor de las botas de Sebastián, salpicándole hasta las rodillas—. ¡Lo siento!

Sebastián podría haberse girado enfadado, pero en su lugar se marchó. No tenía ninguna duda de que el comportamiento era intencionado, como muchas otras cosas desde que había puesto un pie en el barco. Había oído los comentarios murmurados de los marineros a su espalda, "accidentalmente" le habían dado codazos o habían topado con él siempre que él se metía en su camino. En una ocasión, le pareció escuchar que silbaban a su espalda parte de la *Marcha de Loroch Aird*, con todos sus sentimientos antimonárquicos.

Se dirigió hacia el puente, aunque por el camino, el comportamiento de los oficiales no había sido mucho mejor. Había sido detallista, incluso respetuoso, pero Sebastián había pasado suficiente tiempo en la corte para saber que incluso eso podía convertirse en una especie de mofa. Desde luego no había nada del compañerismo informal que él esperaba, nada que fuera más allá de la cordialidad formal y hacia la amistad.

Se dirigió hacia el lugar donde el General Sir Aubery Lanchster-Courte, comandante de su expedición, estaba haciendo sus planes. El general era un hombre mayor, rollizo y con las mejillas caídas, pero con décadas de experiencia tras él. Sebastián le brindó un saludo al acercarse. Puede que él fuera un príncipe, pero aquel hombre mayor mandaba.

—¿Quería algo, su majestad? —preguntó el general. No había ninguna hostilidad en ello, pero tampoco simpatía, solo una especie de amabilidad sin nada más.

—Solo me preguntaba si había notado algo raro en el comportamiento de los hombres —preguntó Sebastián.

—Nada en absoluto —respondió el general—. ¿Por qué, usted sí?

—Algunos de los hombres parecen un poco… hostiles —dijo Sebastián—. Me preguntaba si tal vez he hecho algo que les ofendiera. Detestaría pensar que les estoy afectando en su moral.

El general se quedó considerándolo por un instante, y Sebastián pensó que tal vez estaba a punto de decir algo, pero al parecer se lo

pensó mejor.

—Estoy seguro de que no habrá problema, su alteza —dijo—. Mis hombres son muy disciplinados. Con tantos en un solo barco, puede esperarse un poco de irritabilidad. Ahora, si me permite, todavía tienen que hacerse algunas preparaciones.

Lo despachó educadamente, pero aun así lo despachó. Sebastián se quedó en otro barandal en el que se apoyó y llenó su pensamiento de Sofía. Todavía estaba pensando en ello cuando oyó un resoplido tras él.

—¿Realmente no sabes por qué te odian?

Sebastián se giró y se encontró de cara con un hombre ancho de hombros y barba bifurcada, que vestía las rayas de sargento en su túnica.

—No dude en iluminarme —dijo Sebastián—. Sargento…

—Varkin —dijo el hombre con un gesto de desdén—. Digamos que ya hemos visto suficientes príncipes.

Sebastián frunció el ceño al oír eso.

—¿Mi hermano? —dijo—. Pero Ruperto es…

—Ya sé lo que es —dijo el sargento—. ¿Y usted lo sabe?

—He oído historias de las batallas que ha ganado —dijo Sebastián—. Estuvo en la Colina Olds.

Vio que Varkin asentía.

—Sí, cuando no estaba escapando. Se quedaba sentado y dejaba que murieran hombres mejores y, entonces, atacaba al final para llevarse la gloria.

Sebastián intentó sacar a la luz otras batallas en las que su hermano había estado involucrado.

—Ha destruido rebeliones. Ha luchado en un montón de sitios.

—Si se puede llamar luchar —respondió Varkin—. Cositas seguras contra grupos a los que sabíamos que superábamos en número. Asesinando a campesinos estúpidos que eran demasiado lentos para apartarse del camino, y después los llamaba ejército. Como mucho es esta la gloria de la que has oído hablar, ¿no? No es que me queje. Cualquier día yo también elegiré una lucha segura en lugar de ser asesinado en una batalla. Y ahora, aquí estamos, escoltando al siguiente en la línea para construir su leyenda de la nada.

Sebastián deseaba decir que eso no era así y que Ruperto no era

así. El problema era que conocía a su hermano. ¿Costaba tanto creer que optaría por la gloria fácil asesinando campesinos en lugar de por una lucha de verdad? Aun así, a él no lo iban a medir con el mismo patrón.

—Vamos a ir al continente —puntualizó Sebastián—. Supongo que habrá suficientes luchas de verdad para todos.

El hombre rio al escuchar eso con una gran y estridente explosión de sonido.

—¿Lo dice en serio? Sí, ¿verdad? —Volvió a reír—. ¿Por eso ha estado allí de pie como si realmente pensara que es usted un héroe? ¿Piensa que va a ir hasta allí a luchar con todas las compañías libres y los Separatistas, los ejércitos del gremio y los imperialistas? Probablemente piense, que va a enfrentarse con el Nuevo Ejército usted solo.

Como si las primeras fueran guerras que no merecía la pena luchar y lo último fuera imposible. Ahora, Sebastián debía admitir que se estaba empezando a enfadar.

—¿Piensan que no sé luchar?

—¡Por supuesto que no sabe luchar! —dijo el hombre—. Por eso nos dirigimos a una de las Islas de los Estrechos con cientos de hombres para sacrificar a una docena de campesinos que han decidido declarar un reino libre, lo más lejano posible de una guerra de verdad.

Sebastián negó con la cabeza.

—No, debe tratarse de un error.

—No es un error —dijo Varkin—. ¿Piensa que yo me uniría a esto si hubiera una oportunidad real de que me mataran? Vamos a ir hasta la Isla Mínima y les vamos a recordar a unos cuantos granjeros el precio de la rebelión.

Lo dijo como si fuera un chiste, pero Sebastián no le veía la gracia. ¿Realmente se trataba de eso? ¿Mandarlo a una no-batalla para construir su reputación? Lo peor es que se parecía demasiado al tipo de cosa que podría hacer su madre.

Sebastián se quedó allí, mirando hacia fuera, intentando esconder su decepción.

Cuando la isla apareció ante su vista, era incluso más pequeña de lo que Sebastián sospechaba que sería. Solo unos cuantos kilómetros de longitud, con matorrales y hierba, pero más rocas que cualquiera

de las dos cosas. Era el típico lugar que apenas parecía lo suficientemente grande para asegurar que en él se pudiera poblar y mucho menos luchar.

Aun así, la otra punta de la isla estaba oculta tras una estribación que sobresalía del agua como la rama extendida de un árbol. Tal vez había algo más.

—¿Mandaremos primero a los centinelas? —preguntó Sebastián al General Lanchster-Courte.

—¿Y arriesgarnos a delatar el hecho de que estamos aquí? —respondió el general—. No finjamos que vamos a encontrarnos con un peligro real aquí. Son solo unos cuantos campesinos. Nosotros tenemos una compañía entera. Avanzaremos como uno y acabemos con esto. Bosun, acércanos. Esta gentuza no tienen la artillería pesada para apuntar hacia nosotros.

—Pero general… —empezó Sebastián.

—Su alteza —dijo el general, interrumpiéndolo—, yo soy un hombre que cumple con su deber, aunque esto signifique participar en esta farsa. Pero no me quedaré quieto para que un hombre que tiene su rango por nacimiento, en lugar de por conocimientos o habilidad, me diga cómo cumplir con ese deber. Procederemos con las barcas de desembarco y tomaremos esta isla. Usted se quedará a mi lado y ni se le ocurra intentar hacer algo tan estúpido como dar órdenes. Si hace otra cosa, lo encerraré en su camarote hasta que esto haya terminado.

Estas eran las palabras más duras que Sebastián había oído de alguien que no fuera su madre en mucho tiempo y, de momento, bastaron para dejarlo sin habla. Se colocó al lado del general y lo siguió hasta una de las muchas barcas de desembarco, donde ya aguardaban los soldados con una mezcla de espadas y hachas, ballestas y mosquetes de aspecto chapucero. Algunos llevaban un intento de armadura, pero la mayoría no.

Por su parte, Sebastián llevaba una coraza y guanteletes, pero no el tipo de armadura completa que podría haberse usado para las ceremonias. Llevaba su espada en la cadera, junto con un puñal y una pistola que esperaba que permaneciera seca durante todo el viaje, aunque eso no parecía posible.

Remaban, aunque ninguno parecía esperar que Sebastián tomara parte en ello. De hecho, parecía que realmente a nadie le

preocupara si él estaba allí o no. Cuando chocaron contra la orilla, nadie se movió para ayudarlo. Sebastián tuvo que salir como pudo él solo, el peso de su media armadura hizo que todo el proceso costar el doble de lo que debiera dentro el agua.

Se desplazaron hacia la orilla como una gran masa de hombres, aunque Sebastián vio que él y el general estaban hacia el final. Imaginaba que la idea era protegerlo incluso de los pocos fragmentos de peligro que había en la isla y sabía que era mejor no discutir.

Un hombre gritó cuando encontró una ruta que llevaba más allá de la playa y, rápidamente, los soldados se pusieron en camino. Por lo menos, trescientos de ellos, bien armados, y más que suficientes para encargarse de la gentuza de una isla, aunque a Sebastián le recorría la sensación de que algo iba mal. La isla parecía demasiado silenciosa, demasiado tranquila.

—General, algo va mal —dijo.

—Si va a añadir cobardía a la ineptitud, lo mandaré de vuelta al barco —dijo el general, y algo en su tono decía que iba en serio.

—¿No lo oye? —insistió Sebastián.

—No oigo nada —contestó el general.

—A eso me refiero. ¿Por qué está tan silencioso?

Nunca antes había estado metido en una guerra, pero a Sebastián su familia se lo había llevado de caza bastantes veces. Normalmente, los bosques y los campos estaban llenos del ruido del canto de un pájaro o del movimiento de animales pequeños. La única ocasión en la que se quedaba en silencio era cuando las cosas se escondían, a la espera.

—General —empezó Sebastián.

—Ya basta —contestó el general—. Hablando podría despertar a los…

El ruido arrasó la playa, con el profundo estruendo de un cañón disparando. Sebastián vio que de su barco salieron volando astillas cuando las balas de cañón lo alcanzaron y maldijo el hecho de que se hubieran acercado tanto, creyendo que sus enemigos no podrían tener armas de verdad.

Al lado de esos profundos estruendos, el chasquido del fuego de un mosquete era más bajo, pero solo un poco. Sebastián vio que el general se agarraba el pecho y caía, mientras esa primera descarga

liquidaba a una docena de hombres. Por un instante, se quedó quieto, sin saber qué estaba pasando, y estaba claro que los otros estaban igual.

Unos hombres avanzaban por la playa unidos en formación. No eran campesinos o habitantes de la isla rebeldes. En su lugar, vestían túnicas color ocre y llevaban picas, arcos y mosquetes en igual medida. Sebastián conocía lo suficiente sobre los asuntos del continente para reconocer el uniforme del Nuevo Ejército cuando lo veía.

—¡Emboscada! —exclamó, pero ya era demasiado tarde para ello. Los hombres ya estaban muriendo a su alrededor, derribados por disparos o flechas, sin tener ni la oportunidad de llegar hasta la playa. En el agua, el barco que los había traído empezaba a escorar, agujereado cerca de la cota de agua y empezaba a hundirse.

Sebastián entendía lo que debió haber pasado. Que el Nuevo Ejército debía haber avanzado más de lo que pensaban, tomando las islas en medio de la revuelta. Esto significaba… significaba muchas cosas. Que ellos pensaban que iban a una lucha que sería poco más que una matanza, para enfrentarse con una fuerza de verdad. Que los hombres que tenían delante no escaparían, solo intentarían matar.

Sobre todo, significaba que Sebastián había conseguido su deseo. Estaba delante de una lucha de verdad.

Ahora solo tenía que sobrevivir a ella.

Capítulo quince

Encadenada, Catalina soñaba, y su sueño le sonaba. Ashton estaba a sus pies y, en ella, la gente moría. Chillaban mientras unos hombres con túnicas color ocre avanzaban por las calles, matando y saqueando sin ninguna sensación de control o remordimiento. Masacraban a la gente y no había nada que nadie pudiera hacer.

Ahora ella corría a través de las calles, escapando de los soldados que se acercaban. Catalina se giró y en su mano había una espada. Atacó con ella, sintiendo que se deslizaba en la carne con la misma facilidad que en el agua. Se giró y corrió de nuevo, hacia la sombra, siempre en movimiento.

Ahora corría a través del bosque, pero de algún modo ese bosque se encontraba dentro de las paredes del hogar que siempre se le aparecía en sueños. En las paredes crecían árboles, sus ramas ardían cuando el fuego empezó a reclamarlas. Flores y zarzas crecían para formar los marcos de los cuadros, y ahora esos cuadros tenían una mezcla de antepasados que hacía tiempo que habían muerto y personas a las que Catalina había matado. Estaban las caras tapadas con un velo de las hermanas enmascaradas, los rostros duros de los soldados, los rasgos más jóvenes del chico al que había matado en el camino, parecía que hacía toda una vida.

Allí estaba Siobhan, o por lo menos una versión en sueños de ella, más planta que mujer, más espíritu salvaje que otra cosa. Estaba en medio de una sala de banquetes, sobre el borde de una fuente que estaba, de algún modo, en el centro de la sala, y unas siluetas enmascaradas bailaban a su alrededor. Ella metía una copa dentro de la fuente y se la ofrecía a los bailarines, uno tras otro.

Hasta que Catalina no se acercó más, no vio que ahora no salía agua de la fuente, sino sangre.

Los bailarines la consumían felizmente, bebiendo a sorbos como con el mejor vino o dando largos tragos como con la cerveza. Reían

mientras bailaban, incluso cuando su baile se convirtió en espasmos, empezaron a caer y morían al impactar contra el suelo.

Siobhan parecía reír más fuerte que nadie y no había nada humano en su risa, nada pacífico o tranquilo. No era la risa de algo malvado, solo una cosa tan extraña para el pensamiento humano, que podría ser lo mismo y que no se notara. Cuando la Siobhan del sueño se giró hacia ella, Catalina sintió que era atraída hacia delante y tomaba una copa del vino venenoso sin tan solo dudarlo. Se lo acercó a los labios…

… y despertó, respirando con dificultad. Se quedó allí tumbada unos largos segundos en la tienda de campaña en la que la habían metido, rodeada de guardias como si les preocupara que pudiera intentar escapar en cualquier momento. Escapar de ellos era algo que las lecciones de Siobhan no habían abarcado.

Siobhan. Catalina no sabía qué significaba su sueño, si es que significaba algo. En realidad, se sentía un poco culpable por el contenido de su última pesadilla. Ella era la aprendiz de la mujer del bosque, así pues, ¿no debería confiar más en ella? Al parecer, en alguna parte profunda de su ser tenía miedos en cuanto a su nueva profesora y, sinceramente, Catalina no podía decir que no hubiera motivos para ello.

Apartó ese pensamiento y reflexionó sobre su cautividad. ¿Debería pedir ayuda con sus poderes, a Siobhan o a Sofía? Lo más probable es que viniera Sofía, pero costaba ver lo que podría hacer. De ellas dos, Catalina era la fuerte y, si ella no podía liberarse sola, costaba imaginar lo que podría hacer su hermana.

Catalina todavía estaba pensando en pedir ayuda cuando escuchó el ruido cada vez más fuerte de una discusión fuera.

—Y yo te digo que no puedes entrar ahí. Este es el campamento de la compañía de Lord Cranston, no una calle de la ciudad.

—Sea una calle o no, todavía estamos en el dominio de la Viuda. Apártate. ¡Ahí dentro tienes a una asesina!

Catalina sabía que estaban hablando de ella. Notaba muchas mentes a su alrededor, tantas que no hubiera podido escapar de ellas, aunque no hubiera estado encadenada. Pilló los pensamientos de los hombres que se acercaban y, un instante después, parpadeaba por la luz del sol que entraba a través de la solapa de la tienda de campaña.

—¡Tú, arriba! —vociferó un hombre. Parecía más un vigilante que un soldado, con un garrote en lugar de una espada y grilletes en el cinturón. Uno igual que él venía detrás, y agarraron a Catalina por los brazos cuando ella no se movió.

«¿Cómo pudo matar a tantos?» —pensó el que había entrado primero.

No les puso fácil el levantarla. No forcejeaba, exactamente, pero Catalina no veía ninguna razón para hacer un esfuerzo. Obligó a los vigilantes a levantarla a peso, casi sacándola en brazos de la tienda.

Fuera, vio algo que parecía que podía ser el principio de una batalla. Ahora había soldados formando una fila, obstaculizando el camino de vuelta a Ashton, mientras media docena de vigilantes estaban delante de ellos, acompañados por un sacerdote enmascarado que señaló con el dedo a Catalina en cuanto la vio. Will también estaba allí, aunque había soldados en su camino, evidentemente para evitar que se metiera, o incluso que hablara con ella. Solo esperaba que no le hubieran hecho daño por su culpa.

—¡Es ella! —dijo el sacerdote y Catalina podía oír el miedo en su voz—. ¡Vino a la Casa de los Abandonados y asesinó a hombres, mujeres y niños!

—¡Eso no es verdad! —replicó Catalina, y no lo era. Ella no había tocado a ninguno de los huérfanos que había allí, solo a sus torturadores. La distinción puede que fuera pequeña para cualquiera, pero para ella, era la única que importaba. Les había dado lo que merecían.

Los soldados que había a su alrededor la ignoraron, pero se dirigieron hacia los soldados, silenciosa y estoicamente. Ahora mismo, Catalina sentía que ella no les preocupaba tanto como lo hacía esta intromisión en su territorio.

—Esta es nuestra prisionera —dijo uno de ellos—. La tenemos retenida hasta que llegue Lord Cranston y decida qué hacer con ella.

—Nosotros somos representantes de la ley —replicó uno de los vigilantes, pero le soltó el brazo a Catalina. Brevemente, pensó en correr, pero Catalina dudaba que pudiera dar unos pocos pasos sin que la derribaran. Al fin y al cabo, los soldados solo la retenían allí para que su comandante la juzgara.

—Y nosotros somos los que nos aseguramos de que haya

suficiente país como para que exista una ley en él —replicó el soldado.

—¿Vosotros? ¿Mercenarios que lucháis para el mejor postor?

Catalina notaba que la tensión estaba creciendo ahora. Era evidente que los hombres se tenían aversión entre ellos, salían a la superficie unos resentimientos que no tenían nada que ver con ella. En los trozos de pensamiento que atrapaba a su alrededor, encontraba indicios de antiguas cuentas y aun más antiguos resentimientos, de mercenarios que venían a la ciudad con demasiado dinero y puños que estaban dispuestos a luchar, de vigilantes que nunca serían soldados de verdad, pero que insistían en perseguir a los que lo eran.

—¡Esa chica es una asesina! —repitió el sacerdote, señalando una vez más a Catalina como si la identificación no hubiera sido suficientemente clara la primera vez—. Una asesina, una fugitiva, una ladrona y más cosas.

—¿Todo esto? —preguntó el soldado—. Bien por nosotros, vino aquí y derrotó a nuestros hombres en el círculo de entrenamiento, después mató a nuestro maestro de espada y a media docena de hombres más.

—Razón de más para entregarla para colgarla —insistió el sacerdote.

Catalina tenía la sensación de que ella podría no estar allí. Apenas la miraban mientras discutían, peleando más por quiénes eran que por lo que ella había hecho. Tenía la esperanza de que empezaran a luchar los unos contra los otros, pues si eso sucedía, podría tener la posibilidad de escapar en medio de la confusión. Will era el único que la miraba, pero no estaba en situación de ayudar.

—Nosotros tenemos órdenes —dijo el soldado—. ¿Piensas que algunos de nosotros no queremos matarla aquí y ahora, y acabar con esto? —Entonces lanzó una mirada a Catalina, tan llena de veneno que ella dio un paso atrás automáticamente. Uno de los vigilantes la cogió por el brazo.

—Nosotros tenemos el derecho sobre ella —dijo.

—Y nosotros tenemos órdenes de retenerla hasta que llegue Lord Cranston —replicó el soldado, agarrando a Catalina por el otro brazo—. Por la fuerza, si es necesario.

Por un instante, Catalina imaginó que podrían estar a punto de partirla por la mitad como a una cuerda desgastada en un tira y afloja. Los dos hombres le tiraban de los brazos y, solo el hecho de que todavía había guardias allí, preparados para disparar si escapaba, la frenaba de tirarlos al suelo.

Todavía estaban tirando de ella, cuando Catalina vio un jinete. Se acercaba a un trote rápido y enérgico, un sombreo con plumas le protegía del sol. Llevaba un uniforme que probablemente había sido de un bonito dorado, pero que ahora parecía casi gris por el desgaste y el sol. A pesar de eso, estaba erguido en su silla, con la mano descansando sobre la empuñadura de una espada de duelista, solo un poco lejos de un par de pistolas a juego. Cuando se acercó más, Catalina vio que por lo menos tenía cuarenta años, con una barba engrasada que, a pesar de todo, se estaba volviendo canosa.

Nada de eso la impresionó. Lo que sí que lo hizo fue el modo en que los soldados que había alrededor de Catalina reaccionaron mientras se acercaba. Los que estaban en el camino se separaron tan fluidamente como el maíz ante la guadaña, manteniéndose erguidos, con las armas sostenidas en una especie de saludo. Todos los hombres que había allí lo observaban como si estuvieran a la espera de que sucediera algo, tensos como la cuerda de un arco con la disposición para responder a cualquier orden. Parecían profundamente asombrados con él.

Catalina había visto a muchas personas capaces de inspirar obediencia a través del miedo, y a unas cuantas que habían conseguido hacerlo mediante la fe de otros. Había sentido el poder que tenía Siobhan. Pero esto era algo diferente. Allí había respeto, respeto de verdad, con matices de algo cercano a la admiración entre los soldados más mayores. Bastó para captar su interés, aunque a la vez crecía su temor de que este sería el hombre que la condenaría.

Evidentemente, ninguno de los vigilantes que había allí lo vieron hasta que casi estaba a su altura. El sacerdote, en particular, estaba tan ocupado mirando fijamente con odio a Catalina, que cuando el recién llegado llegó cabalgando a su lado, el hombre prácticamente dio un salto por el susto.

—¿Qué está pasando aquí? —dijo el recién llegado—. Recibí un mensaje acerca de una lucha en mi compañía, pero cuando llego

aquí me encuentro que la mitad están vigilando a una chica, mientras el resto rodean a los que la vigilan. —Se dirigió al sacerdote—. ¿Y usted quién es, señor?

—Yo soy Kirko, sacerdote de la Diosa Enmascarada y segundo secretario de la misma suma sacerdotisa. ¡Le exijo que entregue a esa chica!

—Ah, así que lo exige, ¿no? —dijo el bienvenido. Catalina supo inmediatamente que esta no había sido la forma correcta de decirlo. Bajó del caballo con cierta rigidez—. Yo soy Peter Cranston, y usted estará callado hasta que yo necesite algo más de usted. Jerrel, tú eres un hombre sensato. Infórmame, por favor. ¿De qué va todo esto?

—La chica vino antes a nuestro campamento con el recluta Will, señor —dijo un soldado mayor, dando un paso adelante. Dio un saludo tan marcado que prácticamente vibró con él—. Exigió luchar y fue golpeada bajo las órdenes del maestro de espada Evans. Volvió mientras estábamos practicando con el recluta…

—¿Practicando o castigando?

El soldado dudó tan solo un instante.

—Castigando, señor. El maestro de espada quería dar un ejemplo.

—Un ejemplo de su estupidez, quizás —dijo Lord Cranston—. ¿Y después, qué?

—Ella hizo trizas a Evans, señor, junto con media docena más de hombres. Era más rápida de lo que yo pude ver durante un tiempo, aunque debo confesar que mi vista no es lo que era.

El hombre parecía reflexivo. Finalmente, hizo una cosa que ninguno de los demás se había molestado en hacer. Dirigió su atención hacia Catalina.

—¿Es todo eso cierto? —preguntó Lord Cranston y algo en las nítidas arrugas de su rostro advirtió a Catalina que no mintiera. Este hombre había pasado el tiempo suficiente entre mentirosos como para saber la diferencia.

—Sí —dijo. Podría haber inyectado remordimiento en su tono, pero esto hubiera sido otro tipo de engaño.

—¿Intentaste unirte a nuestra compañía? ¿Por qué?

Catalina encogió los hombros.

—Quería aprender a luchar. Pensé que sería una buena vida.

—¿A pesar de que las mujeres jóvenes habitualmente no se unen a las compañías libres?

Catalina no se encogió de miedo ante su mirada.

—Yo no tengo mucho tiempo para lo que es habitual.

Lord Cranston asintió y, a continuación, con la rapidez de una serpiente, atacó a Catalina. Ella reaccionó instintivamente, cogiéndole el brazo en el aire, a pesar de las cadenas. Él asintió concienzudamente.

—No está mal —dijo. Se giró hacia los demás—. Tú, sacerdote, Kirko o como te llames. ¿Cuál es tu queja?

—¿Mi queja? —dijo el sacerdote—. Mi queja es que esa chica asesinó a sacerdotes y sacerdotisas, prendió fuego a la Casa de los Abandonados de la ciudad y soltó a la mitad de los que teníamos allí hacia las calles.

Lord Cranston se giró hacia Catalina, levantando una poblada ceja.

—¿Esa parte es cierta?

Catalina asintió. ¿Cómo podía esperar que este hombre entendiera por lo que había pasado, o las razones de todo ello?

—Pegaron a mi hermana a lo bestia y la vendieron a un esclavista. Si hubiera podido, la hubiera quemado hace años.

El noble se quedó allí quieto y Catalina sabía que no lo comprendería, pero una mirada a sus pensamientos le dijo que sí que lo hacía. Allí había pensamientos de una infancia donde el látigo nunca había estado lejos y de sangre derramada en una larga vida.

—Sí —dijo—, imagino que lo harías. —Se dirigió hacia el sacerdote—. Lo siento, sacerdote, pero este es un caso en el que claramente la ley militar debe tener prioridad.

—¿Pero no tenéis derecho! —se quejó el sacerdote, y los vigilantes se reunieron a su alrededor como si fueran a intentar llevarse a Catalina a la fuerza. Vio que algunos de los soldados se movieron; no mucho, pero lo suficiente.

Lord Cranston los detuvo con un simple movimiento de su mano.

—¿Cuánto conoces de las leyes de la tierra, sacerdote? —preguntó.

—Lo sé todo sobre…

—Bien —dijo Lord Cranston—. Entonces ¿te suena el derecho de las compañías autorizadas a encargarse de los criminales como parte de su sentencia?

Catalina no estaba segura de haberlo oído bien. Ella esperaba que le dijeran que moriría, y ahora… ahora parecía que le estaban ofreciendo un lugar en la compañía. Vio que el sacerdote enrojeció ante eso.

—Pero no puedes…

—Puedo y voy a hacerlo —dijo Lord Cranston—. Porque tengo lo que en círculos militares se conoce como *más hombres que tú*. ¿Te suena este concepto?

Ahora, el rojo de la cara del sacerdote se convirtió en un blanco por el enfado. Catalina no lo culpaba. Ella misma apenas podía superar su propia sorpresa.

—La suprema sacerdotisa se enterará de esto.

—Díselo a la misma Viuda —dijo Lord Cranston—. Pero dudo que se oponga a ello. Esta chica sabe luchar lo suficientemente bien como para derribar a media docena de mis hombres. Derrotó a mi maestro de espada y, aunque era un hombre malvado, sabía luchar. Se acerca una guerra, y no simplemente una de las guerras insignificantes que han llenado el continente durante cien años. Este Nuevo Ejército del que hablan está barriendo con todo el que se le pone por delante, y matando a cualquiera que intente representar algo. Ante eso, tomaré a todo el que pueda. Alguien como ella es una mejora evidente en relación a los granjeros que apenas saben por qué punta sujetar una espada. Ahora márchate, por favor, antes de que te muestre por qué punta se hace.

Parecía que el sacerdote iba a decir algo, pero uno de sus vigilantes lo cogió por el brazo y tiró de él.

—Esto no quedará así —gritó.

—¿Sabes? —dijo Lord Cranston—, más bien creo que sí. Ahora, Jerrel, quítale estas cadenas, ¿quieres? Parece que toda nuestra compañía tenga miedo de una chica.

El soldado mayor inclinó la cabeza hacia un lado.

—La mayoría de nosotros sí, señor.

De todas formas, fue a hacerlo y le soltó los grilletes. Catalina se los sacudió y se frotó las muñecas. Echó un vistazo a Will, que parecía tan estupefacto como ella se sentía con todo esto.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella.

—¡Ahora qué, señor! —la corrigió Jerrel, el soldado mayor.

—No pasa nada, Jerrel —dijo Lord Cranston—. Estoy seguro de que le pillará el tranquillo a esto. ¿Cómo te llamas, chica?

—Catalina… señor —dijo Catalina.

—Bien, yo soy Lord Cranston. Puedes llamarme así, o "mi señor" o "señor". Realmente no me importa cómo me llames. ¿Aún quieres unirte a la compañía?

Catalina pensó en las alternativas. No le llevó mucho rato.

—Sí, mi señor.

—Evans tenía razón en una cosa: no podemos tener a una chica como recluta raso. Afortunadamente, me hace falta un correo. Te quedarás a mi lado, seguirás mis órdenes, harás recados para mí y aprenderás todo lo que desee enseñarte de las artes de la guerra. ¿Está claro?

Fue brusco, pero Catalina notaba cierta simpatía detrás de todo aquello.

—Sí, mi señor —dijo.

—Bien —dijo Lord Cranston—. Y esperemos que seas tan buena con la espada como aseguran los hombres. Se acerca la guerra.

Catalina lo sabía.

Ella lo había visto.

Capítulo dieciséis

Sofía luchaba por soltarse de la cama de Ruperto mientras este se acercaba, pero atada como estaba, apenas podía moverse, y mucho menos escapar. En su mirada no había piedad, ninguna sensación de que pudiera cambiar de opinión sobre lo que iba a hacer, o darse cuenta de todo su horror.

Se quitó la camisa con una lentitud que en Sebastián podría haber sido sensual, pero Sofía podía ver sus pensamientos y sabía que simplemente se estaba tomando su tiempo, disfrutando de su impotencia. En otro hombre, el torso musculado que dejó al descubierto podría haber sido un objeto de deseo, pero aquí, solo era una señal de que Sofía estaba un paso más cerca del momento en el que él haría todas las cosas que, por ahora, solo contenidos en sus pensamientos.

Él estaba imaginando lo que haría mientras se acercaba más. Sofía hacía todo lo que podía para dejarlo fuera, pero aun así, los pensamientos se mezclaban con la realidad hasta que Sofía no estaba segura de cuál era cuál. Ruperto se acercó todavía más a ella, se arrodilló en la cama a su lado y alargó el brazo hacia ella como en una delicada parodia de ternura.

—No —suplicó Sofía cuando le tocó la cara—. Por favor.

Le llevó la mano al cuello y la apretó tan fuerte que Sofía no podía suplicar.

—Ya hemos pasado por esto —dijo Ruperto—. Las putas no dicen que no a sus superiores.

Entonces forzó otro beso, su boca ansiosa y salvaje a partes iguales. Sus manos recorrían a Sofía, buscando el corsé de su vestido y desabrochándolo poco a poco. Cuando ella gemía quejándose, él se puso sobre cuatro patas sobre ella.

—¿Ves? Sabía que te gustaría si lo intentabas.

Sofía no respondió. Sabía que no había nada que pudiera decir,

nada que pudiera hacer, que le hiciera cambiar de opinión o parar lo que estaba por llegar. En su lugar, cerró los ojos, decidida a no darle a su torturador la satisfacción, a fingir que ella no era más que un objeto muerto ante su agresión.

En la distancia, Sofía oyó el ruido de una puerta.

—No, así no —dijo Ruperto por encima de ella y le dio una bofetada, haciendo que Sofía abriera los ojos de golpe—. Quiero ver esos hermosos ojos. Quiero ver el odio que hay en ellos y el momento en el que se convierte en obediencia.

Pero Sofía no lo estaba mirando entonces. Estaba mirando detrás de él, donde una figura con la ropa de las criadas se movía con lentitud hacia delante sin hacer ruido con los pies. Sofía reconoció a Cora, la sirvienta que la había ayudado a esconder lo que era. Se le ensanchó el corazón cuando esta cogió una de las estatuillas doradas que decoraban la sala, sopesándola en su mano.

—¿Qué es lo que estás mirando? —exigió Ruperto.

Sofía se dio cuenta demasiado tarde de que estaba delatando la presencia de Cora con su mirada. Intentó alzar la mirada hacia Ruperto, intentar darle lo que él quería, pero era demasiado tarde. Él ya se estaba girando.

—¿Quién coño eres tú? —preguntó Ruperto—. Da igual. Te acabas de ganar…

Sofía no consiguió oír el resto de su amenaza pues, en ese momento, Cora le golpeó con la estatuilla y Sofía sintió un momento de casi completa satisfacción cuando alcanzó a Ruperto justo por encima de la sien, el golpe seco pudo oírse en toda la sala.

El príncipe se tambaleó por un momento y después cayó de la cama, de cara al suelo. No se movía.

—Oh, diosa —dijo Cora—. Creo que lo he matado. Tuvo que darle un golpe. Tenía que ayudarte, pero… ¡lo he matado!

—No lo has matado —dijo Sofía, aunque ahora mismo se hubiera puesto feliz si lo hubiera hecho—. Mira, todavía respira.

—Todavía respira —dijo Cora, con la respiración acelerada—. Todavía respira.

Sofía imaginaba que tenía que ser ella la que estuviera aterrorizada, pero ahora mismo simplemente se sentía paralizada. Se sentía vacía con todas las cosas que había visto en los pensamientos de Ruperto. Todas las cosas que había estado

pensando para ella. Puede que no hubiera tenido la posibilidad de hacerlas, pero aun así, las imágenes no se iban.

—Desátame —dijo Sofía—. Cora, tienes que desatarme. Concéntrate.

—Sí, sí, por supuesto —dijo Cora. Dejó caer la estatuilla al suelo y fue hasta Sofía, esforzándose en los nudos que la sostenían—. Van a ejecutarme. ¡Golpeé a un príncipe con una estatua!

—Para salvarme a mí —le recordó Sofía a Cora mientras se frotaba las muñecas para recuperar la sensibilidad. Intentó ponerse de pie y casi se cae, pero consiguió mantenerse. Buscando a tientas con los dedos, empezó a abrocharse de nuevo el corsé de su vestido. No podía hacerlo porque estaba temblando demasiado al tomar conciencia de todo el horror que le acababa de suceder.

—Esto a ellos no les importará —dijo Cora. Le abrochó el corsé donde Sofía no llegaba y la ayudó a llegar hasta la puerta—. Agredir a un príncipe es traición y yo… ni tan solo soy libre. Esto sería la máscara de plomo para mía, o la rueda.

—Para nosotras —dijo Sofía, pues era la verdad. Ahora no existía el modo de que Ruperto la dejara con vida. En el mejor de los casos, la colgarían o la decapitarían. En el peor de los casos… en el peor de los casos, podría decidir hacerlo él mismo de unas maneras en las que era demasiado horroroso pensar.

Una parte de ella deseaba volver al pensar en ello. Deseaba volver y golpear a Ruperto con la estatuilla una y otra vez hasta que no quedara más que una mancha en el suelo. Deseaba matarlo, tanto por lo que había intentado hacer como por lo que podría hacer en el futuro. Solo pensar en Sebastián la detenía. ¿Cómo se sentiría ella si le dijeran que él había matado a Catalina?

No, no podía hacerlo.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Sofía. Cogió a Cora por el brazo—. Vamos, Cora. No puedes quedarte aquí ahora. Tenemos que salir de aquí y debemos fingir que todo es normal.

—No sé si puedo hacer eso —dijo Cora.

—Sí que puedes —dijo Sofía, forzándose a parecer más segura de sí misma de lo que se sentía. Se sentía como un cascarón vacío, pero si dejaba que Cora lo notara, sospechaba que la mujer se derrumbaría—. Es fácil fingir. Yo conseguí ser una noble durante semanas. Tú puedes fingir estar bien por unos minutos.

Tiró de Cora hasta la puerta y salieron a los pasillos de palacio. Avanzaban lentamente, pues ahora mismo, Sofía no estaba segura de estar lo suficientemente estable para hacer más, y porque la última cosa que necesitaban era correr. Si corrían, los guardias las detendrían y querrían saber el porqué y Sofía imaginaba que verían la culpa escrita en sus rostros en un instante.

Así que caminaban, tan rápido como podían, apoyándose la una en la otra. Los pasillos parecían no acabar nunca, por lo que Sofía estaba segura de que no lo conseguirían antes de que Ruperto despertara y pidiera ayuda.

Si es que despertaba. ¿Se sentiría culpable Sofía si el hombre que acababa de intentar violarla muriera? Por él, ni por un instante. Incluso se sentiría feliz al saber que ninguna otra chica jamás sufriría lo que ella acababa de sufrir. Aun así, se sentiría culpable por Sebastián, que sentiría el dolor de perder a un hermano. Después estaba lo que le pasaría a ella si Ruperto moría.

Nunca dejarían de perseguirla.

Sofía apartó ese pensamiento y continuó andando con Cora. Las sirvientas les echaban miradas, pero no decían nada ni hacían ningún movimiento hacia ellas. Sofía dudaba de que Cora y ella estuvieran realmente fingiendo lo suficientemente bien para que las cosas parecieran normales, entonces ¿por qué no intervenían?

Supo la respuesta de inmediato: estaban acostumbradas a ver a mujeres jóvenes saliendo de los aposentos de Ruperto tambaleándose, con un aspecto poseído y perturbado. Lo habían visto antes y con la experiencia habían aprendido que era mejor no meterse.

Sofía volvió a tener esperanzas de que Ruperto muriera.

—¿Qué estás haciendo aquí todavía?

Al girarse, Sofía vio a *Milady* d'Angelica acercándose por uno de los pasillos. Sofía hizo todo lo que pudo por ignorarla. No había tiempo para esto.

—Te lo dije antes —dijo Angelica—, si no te ibas, haría que te echaran. ¿Pensabas que bromeaba?

Sofía se dirigió hacia ella.

—Ahora mismo, no me importa si vives o mueres —dijo—. Pero si no te das la vuelta y te marchas, juro que te mataré.

Angelica levantó las manos, echándose atrás evidentemente

atónita por el veneno de aquellas palabras. Tal vez ese hubiera sido el final si ese no hubiera sido el momento en que se oyeron unas voces detrás de Sofía, exigiendo respuestas y acción a un volumen que solo podía significar una cosa: habían encontrado a Ruperto.

Angelica las miró fijamente por un instante y pareció darse cuenta de lo que estaba pasando. Se le dibujó una lenta y maliciosa sonrisa en la cara.

—¡Están aquí! —exclamó Angelica—. ¡Guardias! ¡Por aquí!

Sofía la empujó y disfrutó de la sensación de verla caer al suelo. Después, agarró a Cora por el brazo y corrió.

—¿Hacia dónde? —preguntó, sin reducir la velocidad ni un instante—. Cora, tú conoces el palacio. ¿Por qué salida?

—Hay una entrada para sirvientes —dijo Cora—. Por aquí.

Corrieron y, tras ellas, Sofía ahora oía gritos. Se adelantaron a ellos y solo detectó un grupo de mentes delante de ellas, de un tirón puso a un lado a Cora justo cuando unos guardias aparecieron de una habitación lateral.

Continuaron corriendo, en dirección a una cocina llena de calor, ruido y ajetreo. Sofía y Cora se abrieron paso a empujones entre cocineros y ayudantes de cocina, ignorando los gritos de furia cuando las cacerolas caían repiqueteando de las superficies de trabajo y los perros corrían por allí ladrando. Sofía se atrevió a mirar por encima del hombro; allí había guardias, abriéndose camino en medio de todo eso, solo un poco frenados por el caos que Sofía y Cora habían causado.

Ante ellas había una puerta, atada con hierro. Corrieron hacia ella y Sofía se sintió aliviada al ver que no estaba cerrada. La abrió de golpe y salió hacia fuera corriendo, seguida por Cora, corriendo a toda prisa a través de un huerto para la cocina en el que había plantado tomillo y salvia, verduras y árboles frutales. Sofía avanzaba esquivándolos, siempre consciente del peligro que los guardias pudieran dejar de seguirlas y, sencillamente, dispararles plomo o flechas.

—Por aquí —dijo Cora, señalando hacia una serie de pequeños escalones laterales.

Entonces Sofía fue corriendo con ella, hacia una puerta que, al abrirla, daba a las calles de la ciudad. Las dos corrían a toda velocidad por los adoquines, ignorando los gritos del guardia que

estaba en la puerta pequeña, que evidentemente estaba allí para mantener fuera a los intrusos y al que había cogido completamente por sorpresa que alguien escapara de palacio.

Rápidamente, se unió a los demás para correr tras ellas y ahora Sofía notaba que le quemaban los pulmones por el esfuerzo de escapar de todos ellos. Escogía calles al azar, daba vueltas y giraba mientras sus perseguidores las seguían, a quienes se les habían unido algunas personas de la ciudad deseosas de ayudar a derribarlas por un sentimiento de justicia, o porque sospechaban que habría una recompensa.

«¡Catalina» —gritó Sofía—, «ayuda, por favor, ayuda!»

Lo envió más con esperanza que con alguna expectativa de que su hermana lo oyera. Lanzó la súplica tan ampliamente como pudo, esperando que Catalina la pudiera oír por el mismo volumen.

¿Y después qué? Si ella no estaba aquí, no podría ayudar. Y si lo estuviera, ¿realmente podía esperar que luchara contra los guardias que las estaban siguiendo? Este problema lo tenía que resolver Sofía y, ahora mismo, el único modo que se le ocurría para solucionarlo era continuar corriendo.

Así lo hizo, arrastró a Cora con ella, dirigiéndose desde las partes más ricas de la ciudad hacia enredados atolladeros de los pequeños callejones que marcaban los distritos pobres. Corrían a través de las cuerdas para tender la ropa que colgaban en las calles y saltaban vallas. Nada de eso parecía frenar a sus perseguidores.

—No sé cuánto tiempo más puedo continuar corriendo —dijo Cora.

—Si paramos, morimos —replicó Sofía. Dada la rabia de los gritos de detrás de ellas, tampoco estaba segura de que los guardias reales se molestaran en arrastrarla de vuelta para un juicio. Probablemente, la matarían allí mismo, por mucha ostentación de ser un estado con leyes y juicios.

Sofía continuaba corriendo y ahora las calles se ensanchaban. Eso no era nada bueno. Cora y ella no podían esperar correr más rápido que los guardias en un tramo plano. Hasta ahora, solo los obstáculos y los giros de los callejones habían evitado que las atraparan.

«Rápido» —dijo una voz que sonó en su cabeza—. «Por aquí».

Al otro lado de la calle había una chica, al lado de un carro lleno

hasta arriba de cajas y barriles. Tenía el pelo rubio y su vestido azul estaba manchado de barro. Estaba saludando con la mano a Sofía y Sofía supo que era ella la que había enviado el mensaje.

—Por aquí —gritó en voz alta esta vez—. Rápido, a los barriles. Aquí no mirarán. El comerciante está fuera, así que nunca lo sabrá.

Aquello fue suficiente para Sofía. Fue corriendo hacia allí y subió. Los barriles eran enormes y la mayoría estaban llenos del fuerte olor de la cerveza. Sofía sabía que no había elección.

—Dentro, Cora —dijo—. Rápido.

Se metió dentro de los barriles de un salto y la chica puso la tapa.

Enseguida Sofía no podía respirar. Pensaba que habría espacio suficiente entre el líquido y la parte de arriba para mantener la cabeza por encima de la cerveza, pero ahora se encontraba bajo ella. Estaba allí agachada en la oscuridad del barril, los pulmones le dolían por falta de aire y le resultó difícil no empujar la tapa.

Entonces la tapa salió y Sofía tuvo que luchar contra la necesidad de asomarse cuando unas caras miraban de cerca hacia la oscura cerveza.

«Solo un poco más» —envió la chica.

—¿Lo ves? —dijo una de las siluetas de allá arriba—. Os lo dije. No hay más que barriles vacíos. Ahora, debéis daros prisa. Probablemente se están fugando.

El espacio por encima de los barriles se despejó y, aun así, Sofía se obligó a esperar.

«Ya está, se han ido».

Sofía salió precipitadamente del barril, buscando el aire. A su alrededor, la calle no estaba vacía, pero los guardias no estaban allí ahora, solo la gente habitual de la ciudad. Lo había conseguido. Había escapado.

«¿Quién eres?» —mandó Sofía a la chica que estaba al lado del carro.

«Me llamo Emelina. Conozco a tu hermana. Y una amiga suya es amiga mía».

Capítulo diecisiete

Alrededor de Sebastián, los hombres morían, y él no podía hacer nada por pararlo. Morían cuando las balas de mosquete y las flechas los alcanzaban. Morían cuando los hombres del Nuevo Ejército les atacaban con espadas y picas. A su alrededor, la arena se convertía en un caos manchado de sangre y no había señal de que fuera a cesar.

Sebastián vio caer a un hombre cuando una flecha le alcanzó el pecho y cómo derribaban a otro con el barrido de una espada y después no hubo tiempo para pensar, pues la avalancha de hombres lo alcanzó.

Desenfundó su espada y apartó una pica de un empujón, se acercó para contraatacar a un rival y sintió cómo se hundía la espada. Tan de cerca, se necesitaba muy poca destreza, tan solo una puñalada frenética y la esperanza de que fuera suficiente. Los ojos de su contrincante se abrieron mucho cuando él atacó y el hombre cayó.

Otro se adelantó rápidamente y Sebastián tuvo que bloquear y retroceder. Atacó a un rival que estaba enredado forcejeando con uno de los marineros que habían venido con él y golpeó al hombre en la pierna. Retrocedió y eso le dio al marinero el espacio suficiente para matarlo con un cuchillo.

La batalla hacía cuestión de minutos que iba, pero Sebastián ya se sentía agotado por ella. Parecía que había estado luchando toda una vida. Se agachó para evitar el barrido de una pica, bloqueó otra y retrocedió de nuevo. Alrededor de Sebastián, los hombres deambulaban confundidos, luchando por sus vidas, sin órdenes que seguir.

El cuerpo del general yacía sobre la arena, inmóvil en contraste con su color oro. Sebastián sabía que de allí no vendrían órdenes. El general le había ordenado que no se arriesgara a dar órdenes, pero

ahora, ¿quién iba a darlas? Sebastián no tenía modo de saber qué oficiales vivían todavía y cuáles habían sido abatidos por las salvajes descargas de proyectiles.

Como en respuesta a ese pensamiento, hubo otro rugido de cañón, los disparos impactaban contra el ya castigado barco para derribarlo más rápido. El fuego de los mosquetes alcanzó a más de sus hombres y Sebastián supo que tenía que actuar antes de que les hicieran pedazos.

—¡Al refugio de los acantilados! —gritó—. Todos vosotros. ¡No pueden dispararos si no os ven!

Él se retiró, con la esperanza de que el movimiento atrajera a los demás hacia él. Algunos hombres se quedaron donde estaban, reticentes a seguir sus órdenes. Más fueron con él, su estatus real le daba la suficiente autoridad para llevárselos con él. Se apartó de las picas y de las espadas, dirigiéndose a un lugar donde las paredes del acantilado los cubrían por lo menos un poco y las rocas empezaban a romper el suelo.

—Permaneced juntos —ordenó Sebastián—. ¡Quiero una retirada ordenada, no un abandono! Juntos podemos detenerlos. ¡Resistid, maldita sea!

Vociferaba, pues era la única manera de que lo oyeran por encima del ruido del campo de batalla. Los hombres que había a su alrededor parecían atónitos por la fuerza, pero se quedaron. Se quedaron y lucharon.

La violencia de la batalla no era para nada elegante. Sebastián había visto duelos en los senderos de los jardines o en las largas galerías con vistas de las casas. Aquellos siempre habían sido muestras de velocidad y valentía, habilidad y estilo. Esto era supervivencia pura y simple.

Sebastián dio un golpe de espada a un hombre que se dirigía hacia él con una espada y, a continuación, empujó a otro que estaba a punto de ensartar al hombre que estaba a su lado. Sintió el dolor de una espada que se deslizó por su mejilla, pero su roce fue apenas una mirada y Sebastián mató al hombre que lo había golpeado a cambio. A su alrededor, los hombres luchaban, mataban y morían, una y otra vez, en un ciclo que parecía no tener fin.

Entonces, de repente, hubo un fin, cuando los hombres que los estaban atacando se retiraron, huyendo por la playa al sonido de las

trompetas, con las picas todavía preparadas por si los hombres de Sebastián decidían atacar.

—Se están retirando —dijo un hombre que estaba cerca de Sebastián. Sebastián pudo oír el alivio en su voz, pero era falso.

Sebastián negó con la cabeza.

—Están reagrupándose.

—Sí, así es —dijo una voz y Sebastián vio que el Sargento Varkin daba un paso al frente. Estaba ensangrentado, pero aún llevaba un hacha en las manos como para abrirse camino a hachazos a través de las fuerzas que se aproximaban. Ahora miraba a Sebastián con algo parecido al respeto.

—Buen trabajo el de antes, señor. Si el general hubiera escuchado su aviso…

Sebastián negó con la cabeza. No había tiempo para pensar en lo que podría haber pasado. Tenían que pensar en lo que podría pasar a continuación.

—Tomad posiciones entre las rocas —dijo—. Cargad vuestras armas.

Casi para su sorpresa, los hombres que había allí obedecieron sin dudar, preparando sus mosquetes y trabucos, alzando las espadas o simplemente intentando encontrar un lugar seguro entre las rocas.

—Parece que ahora son sus chicos, señor —dijo Varkin—. Usted los salvó. Usted nos salvó.

—Todavía no —dijo Sebastián—, pero estoy trabajando en ello.

Para ello, Sebastián sacó su pistola, cargó una bala y comprobó la piedra de fusil.

Apenas llegó a tiempo, pues una nueva ola de enemigos avanzaba, enfurecidos como un erizo encrespado con sus picas mientras marchaban. Unos cuantos enemigos les dispararon, obligando a Sebastián a agacharse detrás de una roca mientras salían volando trocitos de piedra.

—Esperad —dijo Sebastián, cuando un par de hombres se levantaron para contraatacar—. No malgastéis. ¡Ahora!

Se alzó desde detrás de las rocas con los demás para descargar una avalancha de fuego que atacó a los enemigos que avanzaban. Vio que la primera fila entera parecía desaparecer, derribada por una lluvia de balas y flechas de ballesta.

—¿Atacamos? —preguntó uno de los hombres.

Sebastián negó con la cabeza.

—Quedaos donde estáis. ¡Esperad!

Esperaron, y Sebastián se sentía como si los estuviera reteniendo por la fuerza de voluntad. El enemigo juntó sus fuerzas, avanzaba corriendo mientras se dirigían hacia las rocas. Sebastián preparó su espada y esperó a que rompieran en aquellas defensas de piedra como una marea.

Golpearon las piedras y, por un instante, todo fue un caos. Los hombres salieron por encima de las rocas, parecían ocultar la luz, y Sebastián empujaba y cortaba, simplemente con la esperanza de hacerlos retroceder. Trataba las piedras como alguien de otra época podría haber tratado el muro de un castillo para hacer retroceder a los enemigos cuando intentaban entrar en desbandada, atacando y matando.

A su alrededor, los otros hombres luchaban con la brutalidad que solo proviene de estar acorralado. Sebastián vio que un hombre con una pica clavada avanzaba para apuñalar al atacante. Vio que Varkin atacaba con su hacha y otro hombre recargaba frenéticamente, disparando un trabuco tan cerca de su contrincante que el ruido fue ensordecedor.

La mayoría de los demás usaban espadas y garrotes, a sabiendas de que no había tiempo para usar pólvora y baquetas ante el ataque. Sebastián continuó atacando con su espada, cortando en trozos cualquier objetivo que pudiera encontrar sin tiempo ni espacio para fintas o líos complicados. Luchó hasta que no quedó nadie con quien luchar, el ataque menguaba de nuevo como otra ola de una marea en crecimiento.

El problema era, precisamente, que la marea estaba creciendo y acabaría por llevárselos a todos. Sebastián no tenía modo de saber cuántos soldados vestidos de ocre había en la isla, pero dudaba que fueran solo los doscientos con los que lo habían enviado para matar a los habitantes de la isla.

—Volverán, señor —dijo Varkin, y Sebastián se fijó en el honorífico. No “Su alteza”, sino “señor”, como si en algún momento en todo aquello Sebastián hubiera demostrado que era digno de ser llamado oficial. Sebastián no estaba tan seguro. Todavía tenía que sacarlos con vida de allí.

Sacarlos de allí. Esas palabras se clavaron en la mente de

Sebastián. Solo había un modo de sobrevivir a esto, y era desesperado.

—Tenemos que volver a las barcas —dijo, haciendo una señal hacia el lugar en la orilla de la playa donde estaban las barcas de desembarco. El camino hasta ellas estaba atrayentemente despejado, pues la masa de las fuerzas del enemigo estaba ocupada reuniéndose para el siguiente ataque. Ahora había demasiados y sus números crecían por segundos.

—¿Y abandonar la protección de las rocas? —dijo un hombre.

—Si os quedamos aquí, acabarán aplastándonos —insistió Sebastián—. Si nos dirigimos hacia las barcas, por lo menos tenemos una oportunidad.

—¿Una oportunidad de qué? —exigió otro hombre—. El barco ha desaparecido.

—Todavía tenemos brazos y remos, ¿verdad? —replicó Sebastián—. Todos hemos oído las historias de hombres que han nadado por el Puñal Agua.

—Sí —murmuró un hombre—, y de hombres que se han ahogado por hacer caso.

—Y de hombres a los que se los han comido las ballenas dentadas y los calamares garfio —aportó otro.

Sebastián podía entender su pánico y sabía que el Puñal-Agua podía ser un tramo de agua peligroso. Se había ganado su nombre en las tormentas que habían roto barcos en trozos y por las criaturas que merodeaban en sus profundidades. Sin embargo, no iba a abandonar tan fácilmente y parecía que, por lo menos, había hecho un aliado.

—¿Ahogado? —dijo Varkin—. ¡Tenemos barcas, chicos! Y son para no ahogarse. Ahora a la carga de nuevo. Esto va a ser frenético cuando empiece.

Eso era una manera de decirlo. Sebastián imaginaba que en el momento en que los hombres partieran hacia las barcas, el cuerpo principal de las tropas enemigas los atacarían. Al mismo tiempo, estarían a plena vista de las armas que los enemigos que esperaban en los acantilados escogieran usar. Sería una apuesta desesperada, pero incluso eso era mejor que la fría certeza que traía quedarse allí.

Tal vez viviera lo suficiente para ver de nuevo a Sofía.

—Harán falta dos grupos —dijo Sebastián—. Uno para frenar al cuerpo principal el tiempo suficiente para que el otro meta las barcas en el agua. Yo dirigiré el primer grupo. Varkin, tú comanda el segundo.

—Con respeto, señor, esa es una idea estúpida. Un comandante no se pone a sí mismo en peligro y usted ya ha demostrado ser demasiado valioso para eso.

Sebastián encogió los hombros.

—Voy a hacerlo. No sé lo suficiente sobre barcas como para reflotar naves de desembarco, y no pediré a los hombres que se queden en la playa si yo no estoy allí.

Los juntó a todos y los dividió. El grupo que iba con él cogió todos los mosquetes y pistolas que había para ir por allí, pues era el grupo que más los necesitaría. Sebastián acabó con dos pistolas y un mosquete, además de su espada. Quizás la mitad de los soldados que quedaban estaban con él y ahora parecían lastimosamente pocos comparados con los dos centenares que habían bajado como un enjambre a la playa, dispuestos a tomar la isla. Sebastián solo esperaba que fueran suficientes, mientras ellos lo miraban esperando que él tuviera todas las respuestas para mantenerlos a salvo.

—¿Preparados? —preguntó a los hombres. Hubo un apagado coro de acuerdo que decía que todos entendían los peligros de lo que estaban a punto de hacer—. Entonces vamos. ¡Adelante!

Sebastián avanzó hacia la playa y los hombres fueron con él. A los que se les habían asignado las barcas fueron a toda prisa hacia ellas, mientras él y los demás avanzaban para detener al bulto de las fuerzas enemigas mientras estos daban la vuelta para detener la fuga.

Se puso el mosquete que había tomado prestado al hombro, inclinó el pedernal hacia atrás en su percutor y disparó. Más adelante, cayó un hombre, pero había más. Había muchos más.

El campo de batalla estalló en una violencia renovada. Sonaron disparos desde arriba de los acantilados y la arena salpicaba cuando la alcanzaban. Cuando alcanzaba a los hombres, en cambio, había sangre. Sebastián se obligó a cargar su mosquete metódicamente, pues los enemigos que iban avanzando estaban todavía suficientemente lejos para que fuera posible. Lo levantó de nuevo y

vio que un oficial con el uniforme decorado por una trenza de oro caía.

Ahora no había tiempo, pues los soldados enemigos estaban presionando de cerca. Sebastián, que llevaba su espada en una mano y una pistola en la otra, derribó a un hombre y después disparó de cerca de otro. Usó el cañón para parar el barrido de una espada que venía y, a continuación, atacó de nuevo con su espada.

A su alrededor, los hombres luchaban por sus vidas y las vidas de los demás que estaban intentando llevar las barcas de nuevo al agua. En algún lugar por encima de Sebastián, se oyó un cañón, y el agua salpicó cuando al ser impactada por la bala justo más allá de la pequeña embarcación de desembarco.

La voz de Varkin vociferaba por encima de todo esto.

—¡Ahora! ¡Las barcas están listas!

Sebastián dio media vuelta y, al ver que era cierto, giró rápido a tiempo de parar una bayoneta que iba dirigida hacia su estómago. Apartó de una patada al atacante, cambió su pistola vacía por una cargada y disparó a la multitud de enemigos.

—¡Retiraos! —exclamó, con la esperanza de que los otros lo oyeran.

Lo hicieron, se alejaron de la lucha mientras sus enemigos continuaban yendo tras ellos. Tan de cerca, la única bendición era que no podían ser el objetivo para los que estaban en los acantilados, pues sus compatriotas estaban demasiado cerca. Sebastián fue con los otros, dando machetazos a cualquier hombre que se acercara demasiado. Echó una mirada atrás y vio que ahora las barcas estaban completamente en el agua, los remeros esperaban a pesar del fuego de los cañones. Pero Sebastián no sabía cuánto tiempo esperarían.

—¡Corred! —exclamó—. ¡Hacia las barcas, deprisa!

Los hombres que estaban con él siguieron sus instrucciones y corrieron en dirección a la orilla. Sebastián corría con ellos, ahora con la espada enfundada para correr, pues molestaría si tenía que nadar. Se desabrochó las hebillas de su coraza por la misma razón y se deshizo de ella en la arena mientras seguía a sus hombres hacia un lugar seguro.

Hubo un estruendo y algo como la coz de un caballo le impactó en el costado. Sebastián tropezó y podría haber caído si otro

hombre no lo hubiera ayudado a aguantarse de pie. Corrieron juntos hasta la parte menos profunda, después más adentro, y Sebastián vio que el agua se manchaba con su sangre. Nadó hacia la barca más cercana, ignorando el dolor agudo que venía con cada golpe.

Unas manos fueron a por él y Sebastián dejó que lo subieran. Se quedó mirando fijamente a Varkin, que lo miraba con evidente preocupación.

—Ignóralo —dijo Sebastián—. ¿Están los hombres a bordo?

—Sí, señor, pero…

—¡Entonces, remad! —ordenó.

Remaban, las balas de cañón impactaban en el agua a su alrededor en gotas de espuma de mar que a Sebastián le recordaban una ballena al salir. Remaban y, aunque los hombres estaban agotados, continuaban, pues la alternativa era quedarse allí y esperar a la muerte.

A su alrededor, los hombres lo miraban con algo parecido al asombro mientras remaban. Sebastián realmente no lo entendía, pues él solo había hecho lo que daba por sentado que haría cualquier hombre.

—Le dije que nos salvaría —dijo Varkin—. ¡Tres hurras por su alteza, chavales!

Ellos vitorearon y Sebastián no estaba seguro de haber pasado tanta vergüenza en su vida. Pero también se sentía bien por tener el respeto de sus hombres.

—El viaje a casa va a ser largo —dijo Varkin.

Sebastián asintió. Lo sería —si es que conseguían llegar allí.

Capítulo dieciocho

Catalina iba a toda prisa por el campamento mercenario como iba a toda prisa a todas partes estos días, pues Lord Cranston parecía que todo se hiciera rapidísimo.

Tanto si era entrenar con una espada, enterarse de la disposición de las casas nobles que podrían dar empleo a una compañía libre, o simplemente haciendo recados por el campamento, no quedaba mucho tiempo para hacer otra cosa que no fuera correr de un lugar a otro.

Ahora su tarea era recoger las herramientas del intendente tras unas reparaciones. No era exactamente el tipo de aventura temeraria que Catalina esperaba, pero empezaba a aprender que la guerra era tan a menudo aburrimiento como violencia.

Atravesaba el campamento corriendo vestida con su nuevo uniforme compuesto por una túnica gris y pantalones pardos, usando el recado como una manera de practicar cómo moverse velozmente a través de una multitud, pues Lord Cranston le había dicho que hiciera exactamente eso. Otros días, le había hecho escapar del campamento sin que la vieran, o cabalgar sobre un caballo prestado, manteniéndolo bajo control a pesar del bullicio de aquel lugar.

¿Cuánto tiempo llevaba aquí ahora? Por lo menos, el suficiente para llevar su ritmo. Catalina se levantaba temprano cada mañana, le llevaba el desayuno a Lord Cranston y le preparaba ropa limpia. Bastante a menudo, también tenía que recoger las botas de vino de la noche anterior. Tomaba rápidamente su desayuno y después continuaba con una serie de encargos que parecía interminable, cortados por el entrenamiento con espada y arco, mosquete y pica.

Catalina pillaba los pensamientos de algunos hombres al pasar. Algunos de ellos eran precavidos con ella, después de haber visto lo que podía hacer con una espada. Unos cuantos pensaban que era un

poco raro que el general se hubiera hecho cargo de ella, y daban por sentado que había algo más. Más parecían pensar en ella casi como podrían haber pensado en una mascota afortunada, y la saludaban al pasar.

Will también estaba allí, puliendo una espada con la experiencia de alguien que ha crecido en una forja. Ahora los moratones de los golpes se habían borrado y estaba tan guapo como siempre. Sonrió cuando Catalina se acercaba.

—¿Qué te ha hecho hacer hoy Lord Cranston? —preguntó.

—Hacer recados mientras corro —dijo Catalina.

—Probablemente, para practicar para un campo de batalla, donde serías su mejor mensajero —dijo Will.

Eso era lo que Catalina imaginaba. Lord Cranston ya le había dejado claro muchas veces que ella nunca sería un soldado que lucharía y moriría en la línea con los demás, porque los hombres no lo aceptarían y porque sería un desperdicio de sus talentos. En su lugar, la hacía entrenar de unos modos apropiados para un vigilante o un mensajero, un guardaespaldas o incluso un líder.

—A veces es frustrante —dijo Catalina—. Yo puedo aguantar con una pica.

—Cualquiera puede aguantar con una pica —dijo Will—. De eso se trata. No todo el mundo puede escaparse de un campamento o derrotar a media docena de hombres sin ayuda de nadie.

Por lo menos, esa parte era cierta, y Catalina debía confesar que no le interesaría que su destino dentro del regimiento hubiera sido solo ser una silueta sin rostro más actuando en sincronización con los demás. Cuando luchaban, había algo casi mecánico en la eficacia en lanzar picas y avalanchas de proyectiles. Probablemente, era letal, pero también distaba mucho de las historias de guerreros temerarios o espadachines en duelo que Catalina había oído.

—¿Puedes quedarte? —preguntó Will, haciendo una señal hacia un lugar a su lado.

Catalina deseaba poder hacerlo. Había pasado pocos momentos con Will desde que la habían declarado miembro de su regimiento. Lord Cranston la tenía ocupada de la mañana a la noche, mientras Will debía someterse a su propio entrenamiento, con su conocimiento del buen metal había un lugar trabajando con uno de los dos grandes cañones de latón de la compañía, cargando y

preparándolo hasta que parecía que no hacía nada más.

—No hay tiempo —dijo Catalina—. Dijo que fuera corriendo hasta allí y volviera.

—Entonces debes hacerlo —le dio la razón Will—. No quiero que te metas en problemas.

El *otra vez* se sobreentendió, pero con el poder de Catalina, era imposible ignorarlo.

—No es culpa tuya que yo acabara aquí así —dijo ella, alargando la mano para tocarle el brazo—. Y esto me gusta. Es todo lo que podía haber deseado.

Realmente debía irse entonces, hacia el campamento en dirección al lugar donde el intendente tenía su tienda. Catalina la olía antes de verla, por el hedor acre del metal fundido.

El intendente la estaba esperando cuando llegó, vertiendo plomo en moldes para hacer cartuchos.

—En algunos de los Estados Mercantes, construyen torres de unos treinta metros para esto —dijo, cuando llegó Catalina—. Dejan caer el plomo hacia unos cubos de agua fría que hay abajo, para que queden perfectamente redondos. Debe valer la pena verlo.

Catalina imaginaba que así sería. Había pasado el tiempo suficiente en una forja para comprender la sensación de misterio que hay en fundir, derramar, endurecer y dar forma a un metal con los esfuerzos de un experto. Empezaba a sospechar que el intendente de la compañía era todo menos eso, pero parecía conocer a las personas adecuadas para comprar las mercancías, fueran espadas o patatas, pedernales para las pistolas o botas para nadar.

—Lord Cranston me envió para recoger sus cosas —dijo.

El intendente asintió e hizo una señal hacía un lugar encima de un largo banco.

—Me lo imaginé. Una coraza refundida y dos pistolas de duelo.

Catalina fue hasta el lugar donde estaban, el metal de la coraza brillaba con el sol. Catalina dudaba que eso dudara, pues parecía que su campamento se convertía en barro y ropa empapada por la llovizna de forma regular.

Cogió la coraza y vio dónde la habían martilleado para alisarla tras ser abollada en alguna batalla o sesión de entrenamiento. También vio las señales más sutiles cuando le daba el sol.

—Aquí hay grietas —dijo Catalina.

Vio que el intendente fruncía el ceño.

—¿Dónde?

Catalina se lo mostró. Eran sutiles, apenas algo más que líneas, pero estaban allí. Si una espada golpeaba el acero de allí, podría romperse y entonces Lord Cranston tendría problemas.

—¡Maldita sea! —dijo el intendente—. Tengo que mandarlo otra vez para que lo arreglen.

—Mándelo al herrero Tomás —sugirió Catalina—. El padre de Will. Si alguien puede arreglarlo, es él.

Como mínimo se llevaba las pistolas, y salió corriendo en dirección a la tienda de Lord Cranston. Ahora tenía poco tiempo. Se detuvo al ver una cara conocida.

—¿Rosalinda?

En efecto, la chica que había salvado de la Casa de los Abandonados estaba allí, sujetando una cesta de la ropa para lavar. Ahora no llevaba el atuendo gris de aquel sitio, sino un vestido de tejido áspero.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Catalina, sorprendida de verla en el cercado de la compañía.

—Tenía que ir a algún lugar —dijo Rosalinda—, y… oí que tú estabas aquí. Pensé que podría ser seguro. Necesitaban lavanderas y cocineras, sirvientas y… bueno. —No terminó ese pensamiento, pero Catalina pudo imaginar lo que quería decir incluso antes de mirar en los pensamientos de la chica—. Pensé que esto podría ser más seguro que la ciudad.

Catalina no estaba segura de que eso fuera o no cierto, pero por lo menos estaba contenta de que la chica no estuviera en algún lugar que le hubiera buscado la Casa de los Abandonados. Catalina la acercó a ella y la abrazó.

—Me alegro de verte —dijo—. Mira, ahora no tengo tiempo de hablar, pero ¿y si te busco después?

Vio que Rosalinda asentía.

—Me encantaría.

Fue a toda prisa lo que le quedaba del camino de vuelta a la tienda de Lord Cranston. Estaba esperando, observando un reloj de arena vacío. Catalina no sabía que hubiera un límite de tiempo.

—¿Qué te distrajo? —preguntó.

—Hubo un problema con su armadura, señor —dijo Catalina—. He convencido al intendente para que arregle bien las grietas que tiene.

—Y te paraste a hablar por lo menos con dos personas —dijo Lord Cranston, levantando un catalejo para recalcar lo que decía.

—Nunca dijo que hubiera un límite de tiempo —puntualizó Catalina, un poco molesta porque él pasar el tiempo vigilándola de este modo.

—Te dije que te apresuraras —puntualizó él—. En la batalla, la velocidad con la que un comandante reciba información puede determinar quien gana. Las dudas pueden costar vidas, Catalina.

Imaginó que, a estas alturas, debería estar acostumbrada a los métodos de Lord Cranston. Un día o dos atrás, había hecho sus recados por el campamento mientras sostenía una manzana en la cabeza, basándose en que un comandante tenía que ser capaz de mantener la compostura sin importar lo que le distrajera.

—Debes ir con cuidado con el chico —dijo Lord Cranston.

—¿No le gusta Will? —respondió Catalina.

«No si te deja embarazada o hace que ninguno de los hombres te respete» —pensó Lord Cranston, aunque Catalina no dio ninguna señal de haberlo captado. Él no tenía que saber todo lo que él sabía hacer—. «No si te trata como algunos chavales tratan a las chicas que vienen aquí».

—Parece un buen chico —dijo Lord Cranston—. Pero… debes ir con cuidado. Debes concentrarte en lo que estás aprendiendo.

—¿Por qué me está enseñando tanto? —preguntó Catalina. No tenía sentido, después de haber matado a sus hombres, que este noble pasara el tiempo enseñándole, pero eso es lo que había hecho. Había habido lecciones sobre táctica y líneas de mando, sobre logística y lucha, entre otras cosas. Era una formación muy diferente a la que le había dado Siobhan, pero a su manera, no estaba resultando menos rigurosa.

—Tal vez me recuerdas un poco a mí mismo de joven —dijo Lord Cranston, aunque eso no parecía probable. No aparentaba haber sido un huérfano. Era el hijo menor de un noble aún más menor—. O tal vez puedo ver algo de lo que se avecina y quiero a mis órdenes todas las armas que pueda conseguir.

Hubo un tono de preocupación que llamó la atención de

Catalina.

—¿Qué es lo que se avecina? —preguntó.

Lord Cranston pensó por un momento antes de contestar.

—¿Qué conoces de las guerras del continente? ¿O de nuestras propias guerras?

—Solo un poco —confesó Catalina. En el orfanato, no había habido la necesidad de que las chicas aprendieran los complejos detalles del estado del mundo, solo la amplia historia de la Viuda y su familia venciendo a aquellos que buscaban derrocarla en las guerras civiles, con la ayuda de la Diosa Enmascarada y de los nobles, por supuesto.

—Una generación atrás, en esta tierra tuvimos la agonía de una serie de guerras civiles, cuyos inicios se remontan doscientos años atrás —dijo Lord Cranston—. Empezaron como una riña entre las familias más cercanas al trono sobre cuál debería suceder y se convirtieron en algo mayor, sobre si el rey o la reina deberían gobernar en absoluto, sobre si había un lugar en esta tierra para aquellos que estaban tocados por la magia que una vez la llenó y si debían venderse las personas simplemente por haber nacido en el sitio y en el momento equivocados.

Miró a su alrededor, casi esperando que se le echara encima algún espía o chivato y lo arrestara por sedición. Solo con esto ya se veía lo peligroso que todavía era todo esto. La gente hablaba con cautela de esas cosas, si es que hablaba.

—Aquí, la familia de la Viuda perdió la pelea casi por completo —dijo—. Les obligaron a aceptar a la Asamblea de los Nobles y tuvieron que ceder y declarar la libertad para aquellos con pequeños talentos y a acabar con algunas injusticias del pasado. Entonces consiguieron el apoyo de la congregación de la Diosa Enmascarada, que no podía soportar el ver que se destruían esas cosas. De la noche a la mañana, murieron una docena de las familias que daban su apoyo más prominente y llegó el oro suficiente para, por lo menos, dar a la familia de la Viuda algo de su viejo estatus.

—Parece que casi sería mejor que alguien se la llevara a ella también por delante —dijo Catalina.

Lord Cranston levantó un dedo en señal de aviso.

—No vuelvas a decir eso donde alguien pueda oírte. En algunas

cosas ni tan solo yo puedo librarte de una horca.

Catalina asintió, pero todavía no podía ver la diferencia.

—Además —dijo Lord Cranston—, lo que sucede es que las guerras empeoran las cosas para las personas que tienen que vivirlas. Si aquí se alzara un ejército, incluso con las mejores intenciones, la gente sufriría.

—Entonces ¿por qué usted vuelve a dirigir una compañía mercenaria? —preguntó Catalina.

Lord Cranston encogió los hombros.

—Me gusta el dinero y, en una guerra, probablemente es más seguro ser un soldado bien alimentado que un granjero hambriento. Además, si lucho más allá del Puñal-Agua, podría detener las guerras que vienen hacia aquí.

—¿Y eso es importante? —preguntó Catalina.

—Fíjate en el continente. Están luchando por tantos de los mismos problemas que la gente no está segura ni de cuáles son más importantes. Los Separatistas no quieren que ningún sacerdote, ni ninguna corona, les diga lo que tienen que hacer. Los Estados Mercantes quieren libertad para vender lo que deseen, lo que suena bien hasta que ves que incluye a las personas. En el Viejo Imperio, el Verdadero Imperio, el Imperio Real, todos reclaman un trono que desapareció hace mil años y desean una versión de lo que ellos llaman tradición.

—De nuevo —dijo Catalina—, todos suenan igual de malos.

Con esa cantidad de pequeños bandos, ¿a favor de quién se suponía que debía estar? ¿Por quién se suponía que debía preocuparse? En teoría, la guerra era blanco o negro, pero todo esto parecía un turbio caos.

—Algunos son mucho peor —le aseguró Lord Cranston—. Este Nuevo Ejército, por ejemplo, es algo diferente. Todos los demás representan algo, ya sea la religión o el país, los derechos mercantiles o solo el beneficio sincero. Estos… todavía no estoy seguro de lo que representan, o de si representan algo. Parece que solo ocupan. Derrotan a los ejércitos y los toman en sus rangos. Sitio para todos y una horca para el que diga que no. Masacran ciudades enteras si se resisten o los rechazan. Deben detenerse y todavía no estoy seguro de que pueda hacerse. Si vienen aquí, morirá demasiada gente. Son totalmente despiadados.

—Habla como si los admirara —dijo Catalina.

Lord Cranston extendió las manos.

—Si los admirara tanto, me uniría a ellos, pero tengo unos principios. Además, suelen matar a los oficiales para convencer a los hombres para que se les unan. Su líder es un hombre al que llaman Le Meistre de Corves en su propia lengua.

El maestro de los cuervos. Catalina sacó la traducción de los pensamientos del general más que de cualquier conocimiento.

—Dicen que los cuervos lo siguen allá donde va —dijo Lord Cranston—. Dicen que manda un mensaje con un cuervo y el mundo tiembla.

—¿Y qué dice usted? —preguntó Catalina.

Lord Cranston negó con la cabeza.

—Yo digo que los hombres se crean reputaciones y estas también pueden convertirse en armas. Hablando de armas…

Cogió las dos pistolas de duelo y le enseñó a Catalina cómo comprobarlas y cargarlas, manejándolas con la experiencia que viene tras una larga práctica. Mientras lo hacía, hacía preguntas.

—¿Cuáles son los símbolos de las siete compañías que hay en Ashton ahora mismo?

Catalina lo sabía.

—La estrella, el caballo haciendo cabriolas, el oso, los tres galones, el sol ennegrecido, el pez y… oh, y su estandarte, señor.

—Pensaba que te olvidarías de esta —dijo Lord Cranston. Le pasó una de las pistolas de duelo—. Cuidado, tira hacia la izquierda.

Él cogió una manzana y la lanzó hacia arriba. Catalina reaccionó por instinto, apuntó con el arma y disparó, de modo que la manzana estalló en una llovizna de trocitos. Por un instante, el olor a humo lo llenó todo y su estruendo fue casi ensordecedor. No había nada que se acercara a la elegancia de un arco o una espada.

Sin embargo, había algo seductor en ello. El modo tan sencillo y poderoso en el que podía destrozar la manzana tenía algo de espectacular. Todas las lecciones que Lord Cranston le enseñaba tenían algo de maravilloso, desde los refinados detalles del duelo a la forma adecuada de rotar una compañía sin ponerla al descubierto para el enemigo que viene al ataque.

Esto era lo que Catalina quería ahora. Siobhan tenía muchas

cosas para enseñarle, pero esa parecía el tipo de lucha sobre la que cantaban los trovadores. En esto había algo práctico, algo real. Catalina lo aprendería, tal y como aprendía todo lo que se metía en su camino.

Y si eso significaba estar allí cuando este Nuevo Ejército apareciera, que así fuera.

Capítulo diecinueve

Sofía notaba todos los baches del camino mientras el carro se movía en dirección al norte, fuera de la ciudad. Miró hacia atrás con miedo, esperando encontrar a una multitud persiguiéndolas en cualquier momento. No estaba segura de lo que pasaría si esto sucedía. El carro no podía ir más rápido que un hombre corriendo, y mucho menos que un jinete. Mientras seguían su camino a través de los alrededores de la ciudad, su seguridad parecía algo efímero, una delicada burbuja de jabón que podía ser destruida en cualquier momento.

«Creo que estamos a salvo» —le mandó Emelina y todavía se le hacía extraño recibir pensamientos que le enviara otra persona que no fuera su hermana.

—¿Quién eres? —dijo Sofía. Se dio cuenta de cómo debía sonar —. Lo siento, nos salvaste y te lo agradezco. Solo que…

—No sabes el porqué —dijo Emelina—. Y te preocupa que esté haciendo esto porque tengo pensado algo peor.

Sofía asintió. No era todo por eso, pero sí en parte. Ella había visto más crueldad en el mundo que amabilidad.

—Dijiste que conoces a mi hermana —dijo Sofía.

Emelina asintió.

—La conocí cuando yo intentaba salir de la ciudad en una barcaza. Acabaron echándonos de ella y después no la pude encontrar. Cuando escuché tu llamada de ayuda, supe que debía intentar mantenerte a salvo.

—¿Qué llamada de ayuda? —preguntó Cora, desde un lado.

Emelina frunció el ceño al oír eso.

—¿No lo sabe?

Sofía sabía que debería haber explicado cosas a Cora, pero no lo había hecho.

—Cora, tengo que decirte algo. Tengo un talento, un don. Puedo

ver los pensamientos.

Vio que Cora había los ojos como platos al oírlo.

—Pero eso es… en el orfanato lo llamaban brujería. Dicen que para las personas que pueden hacer esto la sangre humana es un festín.

—No es brujería —dijo Sofía—. Por lo menos, yo no creo que lo sea. Desde luego, yo no bebo sangre o nada que se le parezca. Simplemente es… algo que yo puedo hacer. Algo que Emelina también puede hacer. Pensaba que Catalina y yo éramos las únicas.

—Catalina también lo pensaba —dijo Emelina—. Hay más de los que tú piensas como nosotras.

Lo dijo como si no fuera nada, cuando en realidad significaba que el mundo entero era diferente a como pensaba Sofía. Cora parecía incluso más consternada por la idea.

—No tienes que temernos —le dijo Sofía—. Esto no me hace diferente. Pero si quieres, podría parar el carro y podríamos ir en direcciones diferentes. —Se detuvo solo por un instante—. Pero espero que no lo hagas. Me salvaste la vida.

Podría haber mirado en los pensamientos de Cora para encontrar las cosas adecuadas para decir, pero ahora mismo eso habría parecido una traición. En su lugar, lo único que podía hacer Sofía era esperar.

—Me quedo —dijo por fin Cora—. Tienes razón, todavía eres mi amiga. Tal vez incluso una amiga mejor que tener ahora, y no parece que haya nada para mí en la ciudad.

—O para mí —dijo Emelina—. Llevo tiempo intentando encontrar una salida. Tenía pensado ir a algunos sitios.

—¿Qué sitios? —preguntó Cora.

Emelina dudó por un instante antes de responder.

—Hay un lugar que se supone que es seguro para personas como yo. Quiero encontrarlo. ¿Y vosotras? ¿Adónde iríais si pudierais ir a algún lugar?

—No lo sé —dijo Cora—. A algún lugar en el que pudiera ser feliz. Tal vez en una isla en algún lugar.

Solo había un lugar al que Sofía quería ir ahora mismo, solo le importaba un lugar.

—Yo voy hacia el norte —dijo—. Hay una casa que debo encontrar, en Monthys.

Vio que Emelina fruncía el ceño al escuchar eso.

—Monthys está muy al norte.

—Está prácticamente en las montañas —dijo Cora—. ¿Qué tiene de especial esta casa?

Sofía no se lo contó todo, pues algunos de los detalles que tenía de Laurette van Klet parecían imposibles. Aun así, podía darles el más importante.

—Era de mis padres. Iré sola si tengo que hacerlo, pero voy a ir.

Cora le echó un vistazo.

—Yo iré contigo —dijo—. Estaremos mejor juntas.

—¿Emelina? —preguntó Sofía.

Emelina hizo una nueva pausa, pero después asintió.

—Imagino que si no sé dónde debo buscar el Hogar de Piedra, el norte es un lugar tan bueno en el que buscar como cualquiera.

Fueron hacia el norte, el carro avanzaba implacablemente por caminos que parecían pasar de los adoquines al barro y vuelta a empezar aleatoriamente. Por la noche, dormían debajo de él, apeaban los caballos en lugares con mucha hierba para que pudieran comer y cogían frutas de los árboles o trigo de los campos de allí cerca para ellas. Lo complementaban con provisiones que cogían del carro, o con las que intercambiaban en las granjas que pasaban, cambiándola la cerveza que habían escondido por pan, queso y jamón.

En la primera taberna que pasaron, Sofía consiguió pillar los pensamientos del dueño sobre ella a tiempo para simplemente dar la vuelta y marcharse antes de que la pudiera coger. Pero en la segunda, consiguió cambiar más cerveza robada por ropa de lana oscura adecuada para viajar.

Pasaron de las afueras de la ciudad a las Vueltas y después a los Condados que hay más allá. El reino de la Viuda no era grande comparado con algunos de los grandes imperios que había más allá del Puñal-Agua, pero para alguien que había crecido dentro de un pequeño complejo y que, por lo tanto, había visto poco más que una gran ciudad, parecía tremendamente enorme.

Enorme y variado. Fueron por vaderas y por encima de puentes que parecía que habían estado allí desde que vinieron los primeros habitantes de la isla, y por delante de unas piedras en posición vertical que estaban al lado del camino, con formas extrañas por la

erosión del viento durante años, sin ninguna pista de para lo que habían sido originalmente.

Viajaron durante un día o más por un trecho que parecía no ser más que campos abiertos salpicados de pequeñas aldeas, después tuvieron que rodear un pueblo al que se llegaban tantos carros que Sofía supo que debía ser día de mercado. Pasaron por una zona pantanosa, donde todos los espacios de más allá de los caminos daban paso a agua y juncos, y anduvieron por valles entre colinas mientras se dirigían más al norte.

Por supuesto, había otras personas en el camino, aunque las tres iban con cuidado para que no las vieran muy a menudo, pues Sofía lo vulnerables que serían para los bandidos o algo peor. Cuando oían que se aproximaban jinetes, intentaban salir del camino si podían, pero aun así, encontraron hojalateros y mensajeros, campesinos que viajaban con sus rebaños y nobles que viajaban en carruajes cerrados. En una ocasión, incluso viajaron junto a una compañía de artistas de circo, que se dirigían hacia Lonsford para su feria anual.

El paisaje empezó a cambiar de forma gradual, convirtiéndose en más montañosos y regado de piedras, de modo que los campesinos tenían ovejas y cabras en lugar de ganado, y costaba más sacar el carro cada vez que se quedaba atrapado en un surco. Aquí los riachuelos bajaban rápido y Sofía empezó a ver los molinos que eran muy populares en el norte por moler harina y más cosas. De vez en cuando, pasaban barcas en dirección río arriba, cargadas con mercancías del sur. Atravesaron uno de los grandes bosques de allí, con abundantes robles y olmos y que hacían que la luz fuera una cosa diseminada y arbitraria.

Más adelante, Sofía oyó un llanto débil tan parecido al de un niño llorando que, por un momento, estuvo convencida de que lo era. Hasta que no se acercaron más, no se dio cuenta de que no era un niño, sino un animal.

Tomaron una curva del camino y vieron que, en efecto, era un animal y no cualquier animal. A un lado había un gato del bosque, con la pata trasera izquierda atrapada en una trampa, las rayas de su largo pelaje gris estaban manchadas de sangre. No era adulto, pues gatos del bosque más grandes podían enfrentarse a los lobos, pero aun así, era del tamaño de un perro grande, con rasgos

elegantes y hermoso.

Y, evidentemente, dolorido.

—Tenemos que dar la vuelta —dijo Emelina—. Si nos acercamos a él, matará a los caballos.

—¿No querrás dejarlo de esta manera? —dijo Cora—. Está dolorido.

—No tanto como lo estaremos nosotros si nos acercamos demasiado —insistió Emelina.

Sofía detuvo el carro y se bajó.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Emelina—. No tiene sentido haber llegado hasta aquí simplemente para que te coman.

—Chss —dijo Sofía, concentrándose en los pensamientos de la criatura. Eran muy diferentes de cualquier cosa que fuera humana, y parecía que le costaba una eternidad concentrarse en ellos, identificarlos en contraste con el fondo de un bosque lleno de las mentes de otros animales.

Por supuesto, no había palabras. El lenguaje humano no tenía nada que ver con esto, solo el sentimiento, las intenciones y la comprensión. Ahora mismo, Sofía podía distinguir un dolor teñido de rojo y rabia. Intentó mandar la idea de tranquilidad y seguridad hacia él y, ante su sorpresa, pareció funcionar. Ella avanzó lentamente, preparada para saltar hacia atrás si atacaba.

Le puso una mano sobre el pelaje y sintió su calor mientras pasaba las manos por su pelo. Notaba lo delgado y débil que era. ¿Cuánto tiempo había estado así? Se echó hacia atrás al oír un murmullo que interpretó como un gruñido, pero después rio al ver la verdad: la criatura estaba ronroneando tal y como podría hacerlo un gato más pequeño.

Sofía fue de nuevo hacia él, enviando pensamientos tranquilizadores mientras buscaba el cepo que lo había atrapado. Era algo espantoso, preparado con alambre en lugar de cuerda y a Sofía le daba la impresión que nunca iba a cortarlo con su pequeño cuchillo para comer.

—Ya está —dijo, al soltar la pata del gato—. Ahora eres libre.

Esperaba que se fuera corriendo, pero, en cambio, se quedó allí, mirándola esperanzado.

—Cora —dijo, sin quitarle la mirada de encima al animal—. ¿Tenemos algo de carne por ahí?

—A ver lo que encuentro —dijo Cora, y apareció con un par de trozos de ternera salada, que lanzó delante del gato del bosque. Este los olió un momento y, a continuación, devoró la comida con ansia.

—Deberías irte —dijo Sofía—. Vuelve al bosque.

Pero no se fue. En su lugar, fue cojeando en dirección al carro.

—Probablemente, esté buscando más comida —dijo Emelina.

Cora lanzó algo más de ternera, lejos del carro, pero el gato la ignoró. Pero cuando Sofía cogió la comida y la sostuvo, aquel gato grande la lamía de su mano tan cuidadosamente como podría hacerlo un gatito. Costaba recordar que era poco más que eso, a pesar de su tamaño.

—No podemos llevarlo con nosotras —dijo Emelina.

El gato del bosque respondió trepando torpemente al carro, oliendo por allí durante un tiempo antes de dar la vuelta y, simplemente, echarse a dormir.

—Creo que no tenemos elección —dijo Sofía. Alargó el brazo y le plegó las orejas suavemente. No tenía miedo, porque estaba segura de que notaría cualquier intención de hacerles daño mucho antes de que sucediera y lo calmaría. Sacudió las riendas y el carro empezó a avanzar. Incluso entonces, el gato del bosque se quedó enroscado, medio dormido.

—¿Vas a ponerle un nombre? —dijo Cora.

—¿Como un noble elegante a un perro ladrador? —replicó Emelina.

El gato del bosque no tenía nada que ver con eso pero, aun así, Sofía tenía la tentación.

—Creo que le llamaré Sienne. ¿Te gustaría? —le preguntó Sofía al gato, tocándole las orejas. Este tan solo ronroneó como respuesta.

—Ese es un gran talento que tienes —dijo Emelina—. Probablemente, te adorarían en el Hogar de Piedra.

Sofía frunció el ceño al escuchar eso.

—Ya lo nombraste antes, pero ¿qué es este Hogar de Piedra?

Ante su sorpresa, fue Cora la que contestó.

—Se supone que es un lugar para gente que puede hacer cosas imposibles —dijo—. Una vez oí a una de las nobles murmurando acerca de esto, diciendo que una sirvienta que había escapado probablemente había ido allí. Todas las demás la hicieron callar. Creo que no se considera que de buena suerte hablar de esto.

—Así es —le dio la razón Emelina—, sobre todo si pasas el tiempo persiguiendo a un grupo de personas y descubres que han construido una ciudad en medio de tu reino, probablemente es espantoso.

—¿Es una ciudad entera? —preguntó Sofía.

—No lo sé —confesó Emelina—. Nunca he estado allí. Nunca he conocido a nadie que haya estado allí. Pero quiero ir. ¿Te imaginas un lugar donde los sacerdotes no nos llamen brujas y la gente no nos eche de una patada a la calle?

Sofía no estaba segura de poderlo hacer. No había sufrido la misma crueldad que al parecer, había sufrido Emelina, pero solo porque había ocultado su talento. Por supuesto, había oído lo suficiente a las monjas enmascaradas predicando las maldades de los que eran como ella.

—Parce un buen lugar —dijo Sofía.

—Espero que lo sea —dijo Emelina—. Alguna esperanza se debe tener.

—Parece que las cosas fueron bastante duras para ti —supuso Sofía.

Emelina asintió.

—Cuando mis padres descubrieron lo que yo era, me echaron de casa. Tuve que sobrevivir sola en las calles. Normalmente, estaba bien, hasta el momento en el que adivinaba algo que alguien solo había pensado, no dicho. Entonces, no querían conocerme o, de hecho, me atacaban.

—Yo nunca pasé por eso —dijo Cora—, pero me entregaron al orfanato tan pequeña que apenas recuerdo a mis padres. Cuando me vendieron a palacio, en realidad me puse contenta, pues parecía mejor que muchas de las otras cosas que podrían haber pasado. Eso fue antes de que me diera cuenta de que para los nobles que había allí, yo sería nada, menos que nada.

—Tal vez podrías venir también al Hogar de Piedra —sugirió Emelina—. Tal vez podríamos ir todas.

—Yo todavía quiero encontrar la casa de mis padres —dijo Sofía.

Vio que Emelina decía que sí con la cabeza.

—Primero haremos esto, pero prométeme que después intentaremos encontrarlo.

Sofía se lo pensó. Un sitio pensado para personas como ella parecía un sueño imposible. Parecía algo que jamás podía tener la esperanza de encontrar, pero si estaba allí, ¿no valía la pena intentarlo?

—Lo prometo.

Capítulo veinte

A Catalina le encantaba su entrenamiento, tanto si eran los extraños ejercicios de escabullirse por el campamento como el tiempo que pasaba aprendiendo táctica. Pero practicar con una espada era lo que más le gustaba de todo. El problema era que, después de lo que había sucedido con el maestro de espada, casi ninguno de los soldados quería entrenar con ella, ni con una espada de práctica.

Lord Cranston era diferente y, aunque él no tenía la misma fuerza y velocidad que Catalina había conseguido de la fuente, lo compensaba con todos los trucos aprendidos durante toda una vida de lucha. Catalina se tambaleaba hacia atrás cuando de un puntapié le tiraba arena en la cara, o esquivaba armas que le lanzaban, o le cogía por sorpresa cuando él fingía una herida.

Del comandante Catalina solo aprendía unas sutilezas más del manejo de la espada, pero Lord Cranston le enseñó mucho sobre la lucha en medio de una batalla. La hacía entrenar acorralada por los cuatro lados, donde no podía usar la velocidad y el movimiento para evitar los ataques de los enemigos. La hizo aprender el dar hachazos y clavar de la violencia sin ninguna habilidad ni belleza.

Aun así, Catalina pensaba que lo estaba haciendo bastante bien. Tenía más fuerza de la que su tamaño podría haberle dado y también más velocidad, gracias a los efectos de la fuente tenía el instinto para en el momento adecuado atacar, y su tiempo con Siobhan le había enseñado el momento de defender, aunque solo fuera por todas las espadas fantasmales que le habían perforado la carne antes.

—¿Dónde aprendiste a hacer esto? —preguntó Lord Cranston—. No creo que en el orfanato enseñen esta clase de lucha.

—Me enseñaron mucho sobre violencia —dijo Catalina—. Pero no, esto lo aprendí en el bosque.

No quería decir mucho más sobre eso hasta estar segura de

cómo reaccionaría Lord Cranston. El hecho de que la hubiera reclutado en lugar de matarla decía de él que era un hombre práctico, pero ¿cómo reaccionaría un soldado como él cuando le hablaran de magia?

—¿En el bosque? —preguntó Lord Cranston—. ¿Te enseñaron los árboles?

Él se rio de eso, pero Catalina pilló un destello de sus pensamientos. Él había oído viejas historias acerca del espadachín Argento, aunque realmente nunca las creyó. Ahora se hacía preguntas sobre ello y sobre qué podría decir eso sobre Catalina. Si supiese que ella podía oír de esa manera sus pensamientos, ¿cómo reaccionaría? Catalina imaginó que no se alegraría. Incluso podría creer que tener a alguien por ahí que podía arranar los planes de su mente de esta manera, ponía a su compañía en peligro.

—Algo así —coincidió Catalina—. ¿Y ahora qué viene?

Lord Cranston pareció dudar por un instante y, a continuación, señaló hacia el campo de práctica plano que había detrás de las tiendas.

—¿Qué ves? —preguntó.

Catalina frunció el ceño al escuchar eso. Dudaba que la respuesta fuera un campo.

—No lo sé, es un campo, es plano…

—¿Lo es? —le preguntó Lord Cranston—. ¿Y si te pidiera que encontraras protección en él?

Catalina miró a su alrededor y dijo que no con la cabeza.

—Solo hay hierba.

—Mira más de cerca —dijo Lord Cranston. Se tumbó de frente y le hizo una señal para que ella hiciera lo mismo. Catalina lo hizo y se quedó mirando hacia la plana extensión de hierba sin saber muy bien lo que estaba mirando.

Salvo que ahora veía que no era plana. En su lugar, pequeños bultos y huecos salpicaban el campo, con pequeñas pendientes e incluso una cresta que la atravesaba por la mitad. Catalina se sorprendió por no haberlo visto antes.

—Ningún paisaje es realmente plano —dijo Lord Cranston—. Incluso en las llanuras de sal de Morgasa hay variaciones en el terreno, y un comandante las utiliza todas. Nunca ignores una ventaja.

Empezó a mostrarle dónde él colocaría hombres en defensa y ataque, cómo la pequeña pendiente podría proporcionar una mínima protección de las flechas disparadas y cómo una sección de agujeros de madriguera de conejo podría utilizarse para frenar lo suficiente una carga. Catalina prestaba atención, aunque dudaba que jamás estuviera en posición de comandar un ejército.

Por lo menos, prestó atención hasta que vio a Siobhan de pie entre las tiendas de allí cerca, simplemente mirándola fijamente. La mujer del bosque estaba en un lugar en el que no llamaba la atención, a pesar de las plantas entrelazadas en su pelo y la extraña sensación de poder que rezumaba.

Estaba observando a Catalina y sonriendo con algo parecido a la satisfacción o, posiblemente, triunfo. Era imposible saberlo cuando sus pensamientos estaban tan cerrados.

«¿Qué estás haciendo aquí?» —le mandó Catalina, pero no hubo respuesta. Siobhan se escondió tras las tiendas y, en un instante, había desaparecido de la vista.

Catalina quería ir tras ella, pero ¿cómo podía hacerlo cuando Lord Cranston estaba en mitad de enseñarle los detalles de cómo prepararse para un ataque? Aún más, ¿cómo podía Catalina estar segura de que la bruja incluso estaría allí cuando ella llegara, en lugar de desaparecer por completo?

La gran pregunta era qué quería. ¿Estaba simplemente observando el entrenamiento de Catalina, vigilando a su aprendiz, o había algo más? Catalina dudaba de que solo lo estuviera haciendo por diversión, aunque con Siobhan era imposible saberlo a ciencia cierta. Catalina empezó a intentar pensar en excusas para ir a buscarla, tal vez reclamar la necesidad de hacer un recado u ofrecerse para traerle algo de beber a Lord Cranston.

Todavía estaba pensando en una excusa cuando un mensajero que llevaba la insignia de la casa real entró corriendo al campo de entrenamiento. Catalina se puso de pie a toda prisa, pero a Lord Cranston le llevó más tiempo. Tal vez le importaba menos lo que un mensajero pensara de él, o simplemente tal vez le costaba tanto ponerse derecho a causa de toda una vida de viejas heridas.

—¿De qué se trata? —le preguntó al hombre, que tenía un aspecto nervioso.

Por un instante, Catalina se preguntó si podría tratarse de ella.

¿Habían ido los sacerdotes a palacio en busca de restitución? Tal vez la Viuda o la Asamblea de los Nobles mandaban un mensaje a Lord Cranston para que la entregara. No, si eso sucediera, no tenía ninguna duda de que los mismos sacerdotes vendrían para disfrutar del momento de su captura.

—Lord Cranston —dijo el hombre, sosteniendo una carta—, la Viuda solicita los servicios de su compañía.

Lord Cranston hizo un gesto con la cabeza a Catalina.

—Léela, ¿quieres?

A Catalina le sorprendió que le pidiera que hiciera eso por él y, al parecer, el mensajero también estaba un poco sorprendido, pues cogió con fuerza la carta sellada hasta que Catalina se la quitó bruscamente de las manos. El sello era una versión más pequeña de las armas reales, con una compuerta de rejas en forma de isla debajo de una rosa. Catalina la abrió y leyó, descifrando la enmarañada caligrafía.

—Dice… —Apenas podía creer lo que estaba leyendo, así que lo leyó de nuevo para asegurarse—. Dice que se han avistado barcos enemigos a lo lejos de las orillas del reino y, como las fuerzas reales no están disponibles…

—Casi inexistentes, pues la Asamblea de los Nobles no se lo permitirá —murmuró Lord Cranston mientras Catalina continuaba leyendo.

—… pedimos a su compañía que participe en la defensa del reino. Prevalece por encima de su honor, su compromiso con el país y su antigua lealtad.

—¿Eso es todo? —preguntó Lord Cranston.

—Hay un trozo al final en el que dice que el mensajero contestará cualquier pregunta que tenga —dijo Catalina. Eso hizo que ella dirigiera toda su atención hacia el hombre que tenían ante ellos y, hasta que no pilló más de sus pensamientos, no se dio cuenta de que no se trataba simplemente de un mensajero cualquiera. El hombre era uno de los sirvientes más experimentados de la casa real. Era evidente que lo habían mandado allí por alguna razón.

—Muy bien —dijo Lord Cranston—. Catalina, ¿qué preguntas crees que deberíamos hacerle?

Catalina frunció el ceño al oír eso, igual que el mensajero.

—Realmente no creo que sea el momento de dar ninguna lección —dijo el hombre.

—Siempre debería haber tiempo para lecciones —respondió Lord Cranston—. ¿Catalina?

Catalina intentó pensar. No quería hacer el ridículo, o dejar en ridículo a Lord Cranston.

—Mm… bueno, la obvia es ¿a qué enemigo nos enfrentamos? ¿A cuántos? ¿De dónde vienen?

El mensajero miró a Lord Cranston, que se acariciaba la punta de la barba con los dedos.

—Contesta, por favor. Ahorrará mucho tiempo si das por sentado que sé lo que hago.

Estaba claro que al mensajero eso no le contentaba, pero respondió.

—Los informes declaran que se trata de una fuerza expedicionaria del Nuevo Ejército, probablemente de dos barcos a primera vista y que es probable que desembarque en algún lugar entre Ashton y las Rocas de Nueva Estribación.

—Lo que explica por qué han venido a nosotros, Catalina —dijo Lord Cranston—. Al fin y al cabo, nosotros estamos aquí mientras las pocas fuerzas reales están fuera haciendo… bueno, lo que sea que los soldados hacen cuando les paga la corona.

Aquello llevó a Catalina a otra pregunta.

—Pensaba que la corona no podía recaudar soldados directamente sin el permiso de la Asamblea de los Nobles.

—Ah, eso es perspicacia —dijo Lord Cranston, aparentemente satisfecho, juntando las puntas de los dedos de ambas manos.

—Y bien, joven, ¿van a colgarnos después por traidores, por buscar erigir el poder de la Viuda en contra de sus nobles?

El mensajero negó con la cabeza.

—Se convocó una sesión urgente del consejo interno para autorizarlo. Aquí tengo los papeles.

Los mostró y, en efecto, parecía que autorizaban aumentar las tropas.

—Y en cuanto a la pregunta más importante —dijo Lord Cranston. Miró a Catalina expectante hasta que, por fin, ella hizo trampa y arrancó la respuesta de sus pensamientos.

—¿Nos van a pagar? —preguntó ella.

El mensajero asintió.

—Estoy autorizado para ofrecer hasta diez mil Reales a su compañía, pagaderos al final del conflicto.

Era una cantidad considerable, pero no era la verdad. Catalina podía verlo en el exterior de la mente del hombre y, aunque se sentía un poco incómoda metiéndose más en la conversación, no pudo evitarlo.

—Quince —dijo—, cinco de ellos pagaderos de inmediato.

—¿Quince? Yo no…

—Quince o nos quedamos aquí y encontramos cosas mejores que hacer que simplemente poner en peligro nuestras vidas —dijo Catalina—. Lord Cranston me lo estaba enseñando todo acerca de la hierba, por ejemplo.

En realidad, al hombre le habían dicho que podía subir hasta diecisiete si hacía falta, pero Catalina pensó que, al menos, debía darle la oportunidad de decir que había conseguido un buen trato.

—Quince —aceptó—. Pero su compañía debe movilizarse dentro de…

—Estaremos en el lugar que sea más probable que desembarquen en unas horas —dijo Lord Cranston, presionando ante la aparente incredulidad del hombre—. Un buen comandante se presenta pronto a la batalla. De esa forma, puede escoger el terreno que realmente quiere. Dile a la Viuda que cuente con todo ello y que espero que no haya demora en el pago.

El mensajero asintió, hizo un medio saludo, pareció recordar algo y se fue.

—Lo hiciste bien, Catalina —dijo Lord Cranston—. Otra lección: los soldados leales ponen en peligro sus vidas por amor a su país y los amores que dejan atrás y, después, les pagan una miseria. Una compañía libre lo hace por una razón más sincera: por el dinero.

Catalina no estaba segura de estar de acuerdo con esa opinión, pero sí que se sentía un poco orgullosa por haber conseguido más dinero para la compañía de Lord Cranston del que les habían ofrecido. Pero tampoco estaba segura de que realmente Lord Cranston creyera que era solo por dinero. Él mismo había dicho que el Nuevo Ejército debía pararse.

—Difundid el mensaje —dijo Lord Cranston. Alzó la voz para que los que estaban en el campo de prácticas pudieran escuchar—.

Tocad las trompetas, chicos. ¡Os quiero en fila para marchar en diez minutos! ¡Nos vamos a la guerra!

Podría haber hecho un fuego en medio del campamento, dada la velocidad a la que sucedió todo a continuación. Los hombres salían corriendo de sus tiendas, gritando órdenes y apresurándose a coger el equipamiento. Los soldados que habían estado practicando lo cortaron con miradas decididas, sabiendo que lo auténtico estaba por venir.

Por su parte, a Catalina la mandó Lord Cranston a preparar su armadura y sus armas, su caballo y sus mapas. Corrió a prepararlo todo y, en algún momento mientras lo hacía, tuvo el tiempo suficiente para preparar su propia espada y prepararse para lo que pudiera suceder.

Ahora no había ningún caos en el modo en que la compañía se movía. En su lugar, sus diferentes partes se deslizaban juntas como un mecanismo perfectamente calculado, arrojando soldados al campo vestidos con sus túnicas y con los destellos esporádicos de sus armaduras de acero. Catalina empezó a buscar a Will y vio que estaba ayudando a empujar uno de los grandes cañones de latón para encadenarlo a un grupo de caballos. También se preguntaba por Rosalinda. ¿Estaría bien aquí sola? ¿Qué pasaría con ella y los que eran como ella si estos invasores irrumpieran?

—Concéntrate, Catalina —dijo Lord Cranston—. Necesito que prestes atención. Esto no es práctica, es la guerra. Tendrás que estar en plenitud de tus facultades, por el bien de todos. Se acerca el enemigo y tendrás que recordar todo lo que has aprendido.

Catalina asintió e intentó concentrarse en sus órdenes. Lord Cranston tenía razón: se acercaba la batalla y necesitaría cada pizca de la destreza que tenía para sobrevivir a la misma.

Capítulo veintiuno

El viaje hacia la isla había sido largo pero básicamente tranquilo. El de vuelta hizo que a Sebastián le quemaran los brazos por el esfuerzo de remar, tuviera un nudo en el estómago por la falta de agua dulce y que todo su cuerpo estuviera tenso por el terror de que los barcos enemigos pudieran venir tras sus pequeñas barcas en cualquier momento. Eso era incluso antes de que empezara a tener en cuenta la herida vendada a toda prisa de su costado, o el corte de la mejilla.

No sabía por qué ningún enemigo había ido a por ellos. Tal vez era porque daban por sentado que las olas destrozarían las pequeñas barcas en el curso de la travesía. Tal vez era porque sus comandantes tenían cosas mejores que hacer que perseguir a una fuerza en retirada. En sí mismo, eso era un pensamiento preocupante, pues hacía que Sebastián se preguntara cuáles podrían ser esas cosas mejores.

La única cosa que se le ocurría era que derrotaran a las pequeñas barcas al volver al reino.

Las barcas de desembarco que remaban eran robustas para su tamaño, pero desde luego no estaban pensadas para el viaje a través del Puñal-Agua. Las olas se metían en su pequeña flotilla, así que tenían que achicar con cascos y restos de armadura que, por otra parte, no eran más que peso muerto. A medio camino, un hombre cayó por la borda y el peso de la coraza que todavía llevaba lo arrastró hacia abajo, incluso antes de que pudieran pensar en dar la vuelta para ayudarlo. Una de las barcas volcó cuando algo la golpeó por debajo y por lo menos un hombre fue arrastrado bajo el agua en una creciente nube de sangre, antes de que consiguieran enderezarla. Sebastián no llegó a ver a la criatura que lo había hecho.

—Solo eran unas cuantas docenas de kilómetros, pero ahora

mismo parecía una eternidad. Sebastián y los demás remaban, pero lo cierto era que en algo diminuto ante la magnitud del mar que los rodeaba, apenas podían controlar hacia dónde iban contra el viento y las corrientes.

Cuando los conocidos acantilados blanquecinos del reino de su madre aparecieron ante su vista, Sebastián solo pudo considerarlo un pequeño milagro. Varios de los otros hombres lo proclamaron exactamente esto, dando gracias a gritos a la Diosa Enmascarada y declarando que harían donativos a sus templos en cuanto estuvieran lo suficientemente seguros para llegar a ellos.

Sebastián sabía que esto no había acabado todavía. Una cosa era divisar una costa, pero otra muy diferente era encontrar un lugar seguro para desembarcar en ella. Todavía tenían que remar la distancia hasta la orilla sin estrellarse contra las rocas o ser tirados hacia el estrecho. Le pareció ver edificios salpicando un tramo de la orilla y señaló con el dedo.

—Allí. Vayamos hacia allí.

Tardaron una hora. Otra hora de manos con ampollas y remar agotador, del calor del sol cayéndoles encima y el agua salada raspándoles la piel. Con las olas alrededor de ellos alzándose hasta sus conocidos picos afilados, Sebastián tenía la seguridad de que las barcas volcarían frente a eso.

De alguna manera, consiguieron llegar a la orilla, a una pendiente de desembarco de pizarra que estaba salpicada de barcas de pesca y llevaba unas hileras de casas. Sebastián prácticamente cayó de la barca, sujeto por las manos de unos hombres que no parecían mucho más estables.

—Nos trajo de vuelta —dijo el Sargento Varkin, que parecía perplejo—. Estaba seguro de que íbamos a morir, pero usted nos trajo de vuelta. —Le estrechó la mano a Sebastián—. Eso no lo olvidaré, su alteza. Ninguno de nosotros lo hará.

Como era de esperar, los otros hombres se agolparon a su alrededor, al menos la mitad querían darle la mano. Sebastián no estaba seguro de merecerlo. Sin su presencia, no habría habido una estrategia mal planeada para atacar la isla. En cuanto a su fuga, había sido tanto por la fuerza de los hombres como por cualquier cosa que él hubiera hecho.

Alzó la vista y sospechó que no podría hacer su trabajo. Unos

soldados rodeaban el pequeño espacio de desembarco o, al menos, el tipo de inusuales que pasaba por ello cuando no había nada mejor. La mitad de ellos parecían pescadores a los que se había forzado a hacer un servicio apresurado, con arpones y guadañas que todavía parecían extremadamente afilados para todo eso.

—¿Quién anda ahí? —gritó un hombre.

—El Príncipe… —La voz de Sebastián estaba rota por el esfuerzo y la falta de agua, pero con un esfuerzo consiguió darle autoridad —. El Príncipe Sebastián y el ejército real. ¡Mira los uniformes si no me crees!

En aquel momento agradeció que no fueran una de las compañías libres; de llevar de hecho el azul, gris y oro de la casa real. Combinado con sus voces, bastó realmente para hacer que los hombres de allá arriba se detuvieran y, a continuación, se mantuvieran alejados cuando Sebastián avanzó.

—Diosa —dijo uno de ellos. Era un hombre robusto que parecía más un mercante que un soldado—. ¡Sí que es él! Lo vi una vez en una cena del gremio. Su alteza, perdónenos, no sabía que se trataba de usted.

Ahora que ya sabían quién era, el miedo dio paso a una especie de asombro. Un par de hombres incluso intentaron saludos secos.

Sebastián saludó con la mano en esa dirección.

—Hicisteis lo que yo esperaría que hicierais y lo que puede que tengáis que hacer de nuevo, bastante pronto.

—¿Hay algo que pueda hacer por usted y sus hombres? —preguntó el soldado mercante—. ¿Agua, comida?

Sebastián asintió.

—Mis hombres se lo agradecerían —dijo—. Pero lo que yo necesito es el caballo más rápido que me puedan encontrar. Mi madre debe saber lo que pasó aquí.

Para cuando Sebastián llegó a Ashton, cabalgando a toda velocidad, sentía que iba a caer del caballo por el agotamiento. ¿Realmente necesitaba esforzarse tanto, cuando la aldea había mandado mensajes antes que él con caballos nuevos y pájaros mensajeros?

Probablemente no, pero Sebastián no iba a eludir su deber. Si el Nuevo Ejército no tenía tiempo para ir a la captura de sus barcas que huían, ¿qué estaban haciendo en su lugar? Una posibilidad era obvia: estaban avanzando con un ataque. Debía traer el aviso.

Así que fue como un rayo por las calles de la ciudad, apenas con fuerza para continuar agarrado a su caballo mientras se dirigía al recinto amurallado del palacio. Había una delegación de cortesanos y sirvientes esperándolo, y Sebastián imaginó que los mensajes deberían haber llegado. Debería haberlo esperado.

Lo que no esperaba era el aplauso.

Aplaudían y vitoreaban mientras él cabalgaba entre ellos, ofreciendo reverencias y genuflexiones cuando él bajó a trompicones del caballo con la misma gracia que un saco cayendo de un carro. Parloteaban a su alrededor, lo felicitaban, le ofrecían vino e incluso una guirnalda de flores que le iba mejor a uno de los héroes conquistadores de alguna tierra antigua.

Entonces Sebastián se dio cuenta de que ese recibimiento no era una efusión espontánea de afecto. Probablemente, estaba planeada casi desde antes de que partiera hacia las Islas de los Estrechos, para celebrar la gloriosa victoria sobre un puñado de granjeros. Que ahora hubiera una victoria real que celebrar solo hacía que todo aquello pareciera más falso.

—¡Su alteza! —exclamó una chica noble con un grito prácticamente de placer—. ¡Le han herido!

Probablemente, ella quería decir que parecía muy apuesto, pero Sebastián no pudo evitar preguntarse si se hubiera alegrado más si el mosquete hubiera acertado un poco más arriba, para darle a ella una excusa para sacar sus mejores vestidos negros para el duelo vendría a continuación.

—Discúlpenme, por favor —dijo Sebastián, abriéndose camino entre ellos, aunque ellos parecían tan reticentes a apartarse que, por un instante, a Sebastián le vinieron recuerdos de cuando las tropas enemigas lo acorralaron, la diferencia era que no tenía permiso para derribar a estas tropas.

—Fuera de aquí, todos —dijo una voz de mujer y Sebastián se quedó atónito al ver a *Milady* d'Angelica abriéndose camino a través de la multitud hacia él. Parecía sorprendentemente contenida por el modo en el que iba vestida hoy, con un sencillo y elegante vestido color crema en lugar de sus elaboradas confecciones habituales. Se abrió camino hasta llegar a él y le cogió el brazo sin que se lo pidiera—. ¿No veis que está a punto de caer?

Le sirvió de apoyo mientras se abrían camino entre la multitud y

eso, por sí solo, fue una sorpresa. Sebastián nunca había concebido que Angelica fuera amable o comprensiva de ningún modo, por no hablar de que prácticamente empujaba a nobles menores para llevarlo a salvo.

—¿Qué te han hecho? —preguntó, y a Sebastián le apreció que había verdadera preocupación en sus palabras—. Sabía que te habías marchado para probarte a ti mismo, ¿pero esto?

Sebastián era muy consciente del aspecto que debía tener, con su uniforme desaliñado y una costra de sangre. Imaginaba que, probablemente, tampoco olía mucho mejor, después de haber pasado tanto tiempo remando a través del Puñal-Agua. Desde luego que no podía oler ni la mitad de bien de lo que lo hacía Angelica, con ese perfume sutil que hablaba de flores y miel, coste y una pizca de algo más.

—Lo siento, su alteza —dijo—. Ya sé que me estoy olvidando de los buenos modales con todo esto. Es un poco impactante verlo así. Espero que no le importe que le ayude.

—No, te lo agradezco —dijo Sebastián, cuando pasaron por fin a palacio. Todavía había gente a lado y lado, aplaudiéndolo como si hubiera presidido una victoria gloriosa en lugar de una retirada apresurada. Suspiró—. Todos actúan como si hubiera ganado todas las guerras del continente a la vez sin ayuda de nadie.

Vio que Angelica sonreía al escuchar eso y tuvo que admitir que tenía una hermosa sonrisa.

—Por lo que decían los mensajeros, salvaste a tus hombres cuando parecía que todos vosotros ibais a morir, creo que, probablemente, esto vale para algo. Venga, vamos a tus aposentos para limpiar esto.

Sebastián negó con la cabeza.

—Tengo que ir hasta mi madre. Tengo que explicarle todo lo que sucedió.

—Después de que nos aseguremos de que no vas a desangrarte hasta morir —dijo Angelica y, un instante después, pareció darse cuenta de lo que estaba diciendo—. Lo siento, solo me preocupo. Tu madre ya habrá oído los informes de los mensajeros a estas alturas, y estoy segura de que querría asegurarse de que estás entero. Además —arrugó un poco la nariz—, ni tan solo su hijo puede ir ante la Viuda en ese estado.

Sebastián sabía que Angelica tenía razón, así que siguió cogido de su brazo mientras se dirigía a sus aposentos, apoyándose en ella probablemente más de lo que debería. En la puerta, él empezó a apartarse, pero ella lo cogió fuerte.

—Oh, no —dijo ella—. No hasta que esté segura de que estás a salvo.

Sebastián frunció el ceño al oírlo.

—Eso no sería…

—¿Adecuado? —preguntó Angelica—. No te preocupes, Sebastián, no voy a seducirte cuando apenas te mantienes de pie. Y no es que tenga que proteger mi reputación.

Se rio como si eso no fuera nada, pero entonces su expresión se volvió más seria.

—Además —dijo—, hay cosas de las que tengo que hablarte.

Entraron y Sebastián se escondió tras un biombo para limpiarse la herida lo mejor que podía. Se quitó la camisa y se puso manos a la obra con un cuenco de agua, limpió la sangre de alrededor de la herida y, con suavidad, sacó la tela que había usado para taparla.

—A ver, deja que te ayude con esto —dijo Angelica.

—No puedes… —dijo Sebastián, sorprendido de que estuviera allí de esa manera.

—Oh, no seas tonto —dijo. Le quitó el paño y tocó suavemente los alrededores de la herida, haciendo que Sebastián bufara por el dolor—. Sebastián. Esto no es una cicatriz limpia de un duelo. ¡Un poco más arriba y te hubieran matado!

—La próxima vez tendré que decirle al enemigo que vaya con más cuidado —dijo. Sacó una camisa limpia de un cajón y se la puso para que, por lo menos, pudiera estar tapado y hubiera algo de decencia.

—O tendrán que vérselas conmigo —dijo Angelica con una sonrisa.

Esta era una faceta de ella que Sebastián no conocía. Estaba muy acostumbrado a que fuera pícara y formal, luchando para abrirse un camino entre los reinos de la corte en una batalla que no dejaba de ser despiadada por mucho que se librara con palabras en lugar de con cuchillos.

Eso le recordó…

—Dijiste que tenías que contarme cosas —dijo Sebastián. Vio

que Angelica apartaba la vista—. ¿De qué se trata?

—Se trata de Sofía —dijo. Parecía preocupada—. Yo no… tal vez no debería decir nada, pero pensé que querrías saberlo por mí antes que por un rumor.

Eso atrapó el interés de Sebastián. Supuso que tenía algo que ver con la Casa de los Abandonados. Tal vez la gente de palacio había descubierto finalmente de dónde venía, o habían oído las cosas que Catalina había hecho allí.

—¿Qué pasó? —preguntó Sebastián.

Vio que Angelica respiraba hondo.

—Ella: volvió aquí. Iba vestida de forma muy extraña, casi… como si fuera otra persona, yo hubiera dicho que iba vestida como una golfa. También estaba enfadada. Tenía un cuchillo y decía tonterías sobre lo mucho que te odiaba y que necesitaba encontrarte.

Sebastián negó con la cabeza.

—No parece que hables de ella.

—Sé que cuesta creerlo —dijo Angelica—. Parecía muy dulce cuando estuvo aquí, pero daba la impresión… daba la impresión de que le había sucedido algo y te culpaba de ello. Pero hay algo más. No pudo encontrarte a ti, pero encontró al Príncipe Ruperto.

A Sebastián se le tensó la mandíbula al pensar en todas las maneras en las que eso podría haber ido. Conocía a su hermano.

—¿Qué pasó?

—Dicen que ella le atacó —dijo Angelica—. No pudo encontrarte a ti, así que, en su lugar, le hizo daño a él. Podría no ser cierto, pero… bueno, Ruperto sí que estaba herido y los guardias avisados. La estaban siguiendo.

Sebastián continuaba negando con la cabeza. Parecía que Sofía no podía hacer nada de esto. Pero… ¿cómo la conocía de bien? Ni tan solo sabía quién era hasta que Laurette van Klet la pintó. ¿Era posible que realmente le odiara?

Solo la posibilidad de que fuera así daba la sensación de que podía romper algo en su interior. Parecía que el mundo se le escapaba, el suelo que tenía a sus pies descendía a un hoyo de soledad y dolor del que podría no haber escapatoria.

Sebastián notó que Angelica le ponía la mano en el hombro.

—Sé que es difícil —dijo—. Sé que te importaba, pero pasara lo

que pasara entre vosotros, tal vez esto sea lo mejor. ¿Qué es lo que pasó?

Sebastián negó con la cabeza. No podía decírselo a nadie.

_No importa.

—No —Angelica le dio la razón—, no importa. Todavía tienes tu futuro por delante, Sebastián. Ella solo es una chica enfadada que solo puede reaccionar con odio. Tal vez ya hemos hecho esperar lo suficiente a tu madre. Deberías ir a verla.

—Es verdad —coincidió Sebastián—. Tiene que saber esto por mí.

—Y ¿quién sabe? —dijo Angelica—. Tal vez ella también tendrá noticias para ti.

Capítulo veintidós

Sofía sentía dolor mientras se esforzaba por empujar el carro para sacarlo de nuevo de otro surco con las demás. Pensaba que los caminos que rodeaban Ashton eran incómodos, pero cuanto más al norte iban, peor parecían estar los caminos. Estaba claro que la Viuda no se molestaba en gastar dinero en caminos que ella nunca pisaría.

Ahora mismo, Sofía deseaba que lo hubiera hecho.

—Ya… casi está —dijo, mientras las demás empujaban con ella. Incluso Sienne, el gato del bosque, había bajado, aligerando bastante la carga. El carro se movió hacia delante, saliendo del profundo agujero al camino que lo agarró tan rápido que Emelina tuvo que correr para agarrar las riendas antes de que lo perdieran.

—¿Cuánto falta? —preguntó Cora.

Sofía no tenía respuesta para eso. Cada vez que pasaban viajeros, les preguntaban la dirección hacia Monthys, así que sabían que iban en la dirección correcta, pero no tenían ni idea de lo lejos que estaba, solo había el camino interminable.

Había sido lo mismo durante días, cada vez se hacía más duro el viaje. El tiempo, que había sido bueno cuando partieron, ahora se había convertido en lluvia y viento casi constantes, de modo que algunas noches incluso costaba encontrar madera seca para un fuego, y había momentos en los que Sofía se sentía como si se hubiera empapado en un río. Cuando pasaba esto, Sofía se acercaba a Sienne y disfrutaba de la presencia del gato cerca de ella.

Había otros aspectos más difíciles de tener a la criatura viajando con ellos. Tenían ternera salada en uno de los barriles, pero no mucha, y Sienne todavía no era lo suficientemente fuerte para cazar por sí mismo, aunque saltara del carro cuando veía conejos en el camino. Eso significaba que tenían que cazar animales pequeños sobre la marcha, y Cora resultó ser sorprendentemente buena con

un arco corto de caza que Emelina sacó del carro.

Sofía se sorprendía de lo bien que se llevaba con las dos chicas. En el orfanato, siempre habían sido ella y su hermana y cualquier otro era sospechoso por la violencia del lugar. En palacio, Cora había sido su amiga, pero con todos los demás, había tenido que esconder su verdadero yo. Aquí, parecía que finalmente tenía un espacio para disfrutar de los sencillos momentos de la amistad, tanto si era riéndose de los intentos de Emelina por cantar canciones inventadas mientras avanzaban, como disfrutando del asombro de Cora por estar finalmente en algún lugar fuera de Ashton.

Aun así, ella deseaba que encontraran la vieja casa de sus padres. Quería descubrir cuánta verdad había en las palabras de Laurette van Klet y qué le había sucedido a su familia. Parecía que cada día traía nuevos obstáculos.

Ahora mismo, el obstáculo era un río.

Ya habían cruzado ríos, pero este era profundo y con una corriente rápida, era imposible arriesgarse a cruzarlo. Sienne fue hasta el borde y, a continuación, dio la vuelta y saltó de nuevo al carro con evidente aversión ante tanta agua.

—¿Y ahora qué? —preguntó Cora.

—Habrá un modo de cruzar —dijo Emelina—. Siempre lo hay.

Sofía tenía que tomarle la palabra y, para ser justos, Emelina era la que había pasado más tiempo en el río que atravesaba la ciudad. Salieron en paralelo al banco del río, escogieron ir río abajo partiendo de que la ruta río arriba descendía demasiado bruscamente y Sofía esperaba no tardar mucho en encontrar un modo de cruzar.

Tardaron menos de una hora en llegar al lugar donde había una balsa al lado del banco, una cuerda larga la ataba a lo largo del río para inmovilizarla y permitir a los que la usaran poder llegar al otro lado. No parecía la forma más seguro de cruzar el río, pero Sofía no veía otras opciones y, por lo menos, la balsa parecía suficientemente grande como para llevar el carro.

Bajaron de los caballos para llevarlos, junto con el carro que les seguía, hasta ella. La cuerda era gruesa y de cáñamo y a Sofía le daba la sensación de que, cada vez que tiraba de ella, le desagarraría las manos, pero ella y las demás cogían con fuerza la

gruesa cuerda y tiraban de ella con esfuerzo para arrastrarla hacia delante.

En tierra, nunca hubieran podido mover el carro de esa manera. Siempre que se habían quedado atascadas en un surco, habían necesitado todas sus fuerzas y las de los caballos también. En el agua, no era fácil pero al menos era posible. Avanzaban minuto a minuto, cruzando la rápida corriente del río.

«Allí hay gente» —le mandó Emelina—. «Puedo sentir sus pensamientos».

Sofía desplegó su propio talento y, sin lugar a dudas, pudo pillar los pensamientos de un trió de hombres, esperando todos con una especie de maliciosa expectación. Cuando los divisó, estaban andando en el otro banco del río. Oyó que Cora respiraba agitadamente y se dio cuenta de que, probablemente, debería haberla advertido de lo que se avecinaba.

Los hombres llevaban ropa de un tejido áspero y tenían la forma corpulenta de unos granjeros, aunque los cuchillos que sujetaban y las máscaras que llevaban en la parte inferior de la cara indicaba que eran ladrones. Uno en particular tenía la rudeza de un hombre que ha visto demasiadas batallas, mientras que los demás parecían más jóvenes. Quizás eran hermanos, que se habían metido en esto porque el mayor lo había decidido. Sofía resopló ante ese pensamiento. Catalina no haría nunca lo que dijera Sofía simplemente porque era la mayor.

—¡Quedaos donde estáis! —exclamó el mayor—. Hay que pagar un tributo en este río y lo pagaréis, o cortaremos la cuerda y ya os apañaréis.

Sofía se detuvo, igual que las demás. Echó una mirada al río. Ahora la corriente bajaba rápida y ella imaginó que si cortaban la cuerda, no irían a la deriva y llegarían a salvo hasta la orilla.

—Si eso sucede, nos ahogaremos, ¿verdad? —le preguntó a Emelina.

Emelina asintió.

—Probablemente.

—Podemos dar la vuelta —sugirió Cora, pero Sofía sabía que eso no funcionaría. Estos hombres podían cortarles la cuerda fueran en la dirección que fueran.

En su lugar, dirigió su atención hacia los hombres.

—¿Cuál es tributo? —preguntó ella.

Podía sentir que la satisfacción inquietaba a los ladrones. Su líder inclinó la cabeza hacia un lado mientras lo pensaba. Sofía pudo ver algunas de las cosas que estaba pensando, pero si las arrastraba hasta la orilla para intentar hacerles cualquiera de ellas a ella y a las demás, lo mataría. Ya había percibido una mente así antes con Rupert y no iba a dejar que se le acercara otra.

—¡Todo el dinero que tengáis! —dijo al fin, imaginando evidentemente los peligros.

No tenían mucho. Habían conseguido algo vendiendo la cerveza que había en el carro y Emelina también tenía algo, pero aun así, no llegaba a más de un par de docenas de Reales. Pero cuando los lanzaron al otro lado del río, los hombres lo miraron como si hubieran encontrado una fortuna. Tal vez lo fuera aquí en el campo.

Se rieron y guardaron el dinero y Sofía pensó que entonces simplemente se irían. Era lo que los dos más jóvenes querían, pensando en una taberna que tenía como letrero una rueda rota. Pero el mayor tenía otras ideas. Si no podía llevarlas hasta la orilla para pasárselo bien, entonces…

—¡No! —exclamó Sofía cuando él fue a coger la cuerda—. ¡Cora, Emelina, aguantad!

Él cortó la ropa y Sofía notó que la balsa se tambaleaba, al no tener el control que le daba la cuerda. Oyó que los caballos relinchaban por el miedo y empezó a buscar en el carro, para ver si encontraba algo que pudiera usar como remo. Lo mejor que se le ocurrió a Sofía fue uno de los últimos barriles e intentó romperlo para hacerlo trizas.

—Necesitamos remos —dijo a las demás y se le unieron, tirando de él. La balsa ya iba dando vueltas río abajo, atrapada por la corriente. Finalmente, el barril se rompió y Sofía cogió uno de sus listones para usarlo como pala mientras remaba en el agua.

—Contra la corriente, no —dijo Emelina, uniéndose a ella—. En dirección al banco.

Cora se les unió, cada una con un remo improvisado intentaba hacer todo lo que podía para virar el rumbo de la balsa. El agua salpicaba por un lado y Sofía estaba segura de que se inclinaría, pero no lo hizo. Poco a poco, por centímetros, tiraron de ella hasta la orilla. Ayudó el hecho que estaban a una distancia muy corta

cuando cortaron la cuerda, a unos cuantos golpes de remo.

Eso hizo que lo que el granjero bandido había hecho pareciera casi perdonable. Casi.

Finalmente, tocaron tierra con un trozo de madera apoyado contra la roca. Llevaron el carro hacia delante, sin importarles que los caballos estuvieran aterrorizados por ello. Llegaron con un estruendo a tierra seca y Sofía llamó a Sienne con un destello de sus pensamientos y respiró aliviada cuando la abrazó.

—Estamos a salvo —dijo Cora, que obviamente apenas podía creerlo—. Se acabó.

Sofía negó con la cabeza.

—No se acabó.

Si solo se hubieran llevado el dinero, podría haberlo olvidado, pero cortar la cuerda… eso podría haberlas matado. No podía dejarlo pasar.

Les costó dos horas encontrar la taberna con el letrero de la rueda rota. Era simplemente una taberna pequeña y normal, en medio de una aldea que apenas era lo suficientemente grande para justificarla. Sofía detuvo el carro enfrente de ella y ató a los caballos. Se quedó fuera un rato escuchando, como solo ella podía escuchar, y planeando.

—Emelina, Cora, id por detrás —dijo cuando estuvo segura de entender lo que iba a suceder a continuación.

—Los hombres tienen habitaciones aquí. Quiero que recuperéis lo que se llevaron mientras yo los distraigo.

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó Emelina.

Sofía no tenía una buena respuesta para eso.

—Yo iré a la parte de delante.

Parecía el tipo de cosa que su hermana podría haber hecho, pero Sofía no pensaba de la misma manera. Ella no iba a entrar a la carga y luchar, pero tampoco iba a dejarlo. Iba a encontrar otra manera. Una manera ingeniosa. Al fin y al cabo, lo había hecho en palacio.

Cuando entró, todas las miradas se giraron hacia ella. En parte lo esperaba, en parte lo imaginaba. Esta era una pequeña aldea en medio de la nada, a fin de cuentas. Los campesinos que venían de los campos estaban bebiendo pero, por ahora, eran solo unos pocos. A Sofía solo le interesaba el trío de tipos que estaban hacia el fondo,

bebiendo más y apostando entre ellos con parte del dinero robado.

Ahora la miraron fijamente y, sin sus máscaras, parecían más jóvenes. Pero todavía había algo cruel en el mayor de ellos. Los dos más jóvenes miraban a Sofía como si su madre los hubiera encontrado holgazaneando. El mayor parecía que acababa de encontrarse, por sorpresa, con un conejo en una trampa.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Sofía—. ¿No esperabais encontrarme aquí después de intentar matarme?

—No tienes ninguna prueba de eso —dijo el mayor—. Ni tan solo intentes ir a un juez.

Sofía rio al pensar en que pudiera conseguir algo de una corte que, probablemente, la devolvería a los esclavistas en el momento en que la viera.

—Yo no hago las cosas de esa manera —dijo. Hizo una señal con la cabeza hacia el juego—. Pensé que podría intentar recuperar lo que se me debe de un modo mejor. ¿Te gusta apostar?

—Sí, me gusta apostar —dijo el mayor—. Pero ¿qué tienes tú para apostar?

Sofía tragó saliva.

—A mí misma. Estabas pensando en eso en el río, ¿no es así? Me deseabas. Una noche contra todo lo que tenéis aquí.

Vio que él se lo pensaba. Lo deseaba. La pregunta era cuánto.

—¿Qué juego? —preguntó él.

Un juego de adivinar. Tú pones los dados debajo de tu copa y yo adivino si son pares o nones. Si acierto, gano el dinero. Si me equivoco…

Lo dejó colgar, dándole tiempo para que pensara.

—De acuerdo —dijo. Empujó un montón de dinero hacia el centro de la mesa y empezó a colocar los dados bajo una copa que estaba boca abajo. Sofía lo observaba con calma, pensando en la siguiente parte—. Preparado.

Sofía intentó que pareciera una adivinanza. Hizo que pareciera que le estaba dando vueltas, en lugar de cogiéndolo simplemente de la mente de él. Pero al final, lo dijo.

—Pares.

Vio como enrojecía cuando levantó la copa para que los que estaban en la taberna lo vieran. Ella cogió rápidamente el dinero y lo guardó. Se giró para irse…

… y sintió que él le cogió el brazo.

—Doble o nada —dijo—. Tú contra dos veces ese dinero.

Los demás que había allí murmuraron. Sus hermanos lo miraron como si supieran que era una mala idea. Uno empezó a hablar, pero el mayor lo interrumpió.

—Cállate —dijo—. Sin mí ni tan solo tendrías dinero.

Puso una bolsa encima de la mesa.

—Muy bien —dijo Sofía. Sabía que no debería hacerlo, pero llegados a este punto, ya no se trataba del dinero.

De nuevo, él volvió a colocar los dados. De nuevo, ella observó sus pensamientos con cuidado.

—Otra vez pares —dijo—. Pero tienes pensado girar el dado cuando levantes la copa. No intentes engañarme.

Ella alargó el brazo y sacó la copa. Con la misma rapidez, levantó la bolsa de dinero. Entonces se quedó quieta.

—Aquí tú has acabado cuando yo diga que has acabado —dijo —. ¿Piensas que vas a venir aquí y te vas a llevar lo que yo robé? ¿Crees que vas a escapar de esto? El juego no importa. Voy a cogerte y…

—Hay alguien a quien me gustaría que conocieras —dijo Sofía, interrumpiéndolo con calma—. Esta es Sienne.

Mandó un destello de pensamiento y el gato del bosque entró sigilosamente en la taberna. Sofía oyó los soplidos a su alrededor. Los hermanos del hombre se escabulleron contra la pared por el miedo. La mayoría de los lugareños de la taberna se apartaron al ver al depredador.

—Diría que tuviste una oportunidad de soltarme —dijo Sofía—. Pero agotaste tus oportunidades en el río, cuando intentaste matarme a mí y a mis amigas. Sienne, ataca.

El gato del bosque brincó hacia delante, rugiendo. El matón cayó hacia atrás, sus gritos crecían en intensidad cuando las garras y los dientes se le clavaban.

—Ya está bien, Sienne —dijo Sofía, llamándolo. El gato del bosque se escabulló hasta ponerse a su lado, lamiéndose la sangre de las patas. El ladrón en potencia estaba tumbado en el suelo, quejándose de dolor. Sofía no sentía ninguna lástima por él. En cambio, fue hasta él y se arrodilló, desenfundando un cuchillo.

—Toda mi vida —dijo— ha habido gente que pensaba que podía

hacer lo que quería conmigo. Piensan que pueden coger lo que quieran sin consecuencias. Piensan que pueden intentar matarme. Pero tú cometiste un error. Me dejaste con vida.

Lo dejó, pero no por ningún sentimiento de misericordia. Simplemente, no quería que la gente las persiguiera a ella y a las demás. Lo dejó desfigurado por las marcas de las garras, con el cuchillo todavía en las manos. Esta era la razón por la que había mandado a las demás a la parte de atrás. No quería que la vieran así. No quería que la detuvieran. Puede que no viviera por la venganza como hacía Catalina, pero estaba harta de ser tan débil que la gente pensara que podían aprovecharse de ella.

Miró a los rostros de los campesinos que había allí, enturbiados por el terror y la rabia a partes iguales.

—Este hombre es un ladrón, un asesino y un violador en potencia —dijo, mientras ellos estaban intentando decidir si la detenían—. Ninguno de vosotros intentó detenerlo. Si intentáis detenerme a mí por irme, tendréis la misma justicia que él.

Salió sigilosamente y consiguió evitar temblar hasta que hubo llegado al carro.

Capítulo veintitrés

Catalina estaba inquieta mientras esperaba tras las rocas, mirando fijamente hacia el mar. Intentaba ser tan inamovible como una roca, estar tan quieta como los cercanos acantilados de caliza. Pero no funcionó. Hacía demasiado tiempo que esperaba.

—Nueve décimas partes de la guerra son esperar —dijo Lord Cranston, en las rocas no lejos de ella. No estaba agachado y tenso como Catalina y los demás que estaban allí, sino que estaba cómodamente sentado en una banqueta del campamento que había preparado con ese propósito. Incluso estaba leyendo un libro de lo que parecía ser poesía y, de vez en cuando, leía algunas partes en voz alta en Heleno Antiguo como si Catalina lo entendiera.

—Parece que también estamos trabajando en la otra décima parte —se quejó Catalina. Los pájaros daban vueltas por encima de sus cabezas, las olas chocaban en la orilla y todavía no había señal de su enemigo. Abajo en las rocas, sus hombres habían tomado posiciones que no revelarían su presencia. Incluso habían cubierto el cañón con el follaje que los ocultaba a ellos.

—¿No sería para pensarlo? —dijo Lord Cranston—. Guerra sin el inoportuno asunto de que te disparen. —Le oyó suspirar—. Desgraciadamente, no creo que esto vaya a suceder hoy. Mira.

Catalina miró hacia el agua, siguiendo la línea del dedo con el que señalaba Lord Cranston. Mientras observaba, vio unos barcos que pasaban de puntos a unas formas más evidentes, unas barcas de desembarco salían de ellos como un enjambre como las hormigas del hormiguero. Se acercaban a golpes rápidos y sincronizados y Catalina se preparó para el momento en el que desembarcaran.

Los demás hicieron lo mismo. Veía que los hombres preparaban sus armas, cargaban los mosquetes y desenvainaban espadas para usar más de cerca, la tensión crecía. Aun así, la playa entera estaba más en silencio de lo que Catalina hubiera creído, así que incluso

podía oír el graznido de los pájaros por encima de todo lo demás.

Uno fue a parar cerca de ella y Catalina se encontró mirando fijamente a los ojos a un gran cuervo negro.

—Como el Maestro de los Cuervos del que me hablaba —dijo ella.

—¿Qué es eso? —preguntó Lord Cranston. Catalina vio que miraba hacia el cuervo y notó que aumentaba su preocupación—. Los cuervos no son aves marinas. Algo va mal.

Aparecieron unos soldados, que bajaban velozmente hacia la playa, y Catalina supo que los habían divisado. Los destacamentos que desembarcaban eran una distracción.

Dieron la vuelta para enfrentarse a su nuevo enemigo, pero sus filas estaban dispuestas para enfrentarse a una fuerza enemiga procedente del mar, no a una que viniera de tierra. Todavía se estaban reorganizando cuando el enemigo levantó los mosquetes y disparó, llenando el aire de plomo y humo acre. Los hombres caían, gritando. Algo pasó zumbando por la oreja de Catalina y se llevó un trocito de las rocas de por allí cerca.

—¡Devolved el fuego! —exclamó Lord Cranston por encima de todo aquel ruido, y el buen humor que pudiera haber tenido antes ahora había desaparecido. Catalina oyó el chasquido de los fusiles de chispa y el golpe seco de las flechas. Saltó hacia arriba, disparó y, como respuesta, vio que un hombre caía. En algún lugar por encima de ella, estalló un cañón y ella pensó en Will, esperando que estuviera bien.

Entonces las barcas de desembarco chocaron contra la orilla y no hubo tiempo para pensar en otra cosa que no fuera la supervivencia.

—Ve hacia los hombres de allí —dijo Lord Cranston señalando —. Diles que retrocedan hasta mi posición. ¡Hazlo ahora!

Catalina sintió y salió corriendo, yendo a toda prisa y esquivando los proyectiles que volaban a su alrededor. Un hombre con una túnica color ocre fue hasta ella y ella se agachó bajo el barrido de una espada, levantándose con la suya ya desenfundada para clavársela en la espada. Notó que un destello de hostilidad la dejaba y apenas sacó su espada a tiempo para golpear otra espada y dar un puntapié a un atacante.

En otra ocasión, Catalina podría haber seguido con eso,

siguiendo adelante hasta matarlo, pero tenía que cumplir una orden y tan solo el tono de voz de Lord Cranston había bastado para convencerle de su importancia. Catalina pudo verlo por sí misma. Los hombres que habían dado la vuelta para ir al encuentro de los atacantes en la playa se habían preparado contra esa nueva amenaza, para encontrarse con que eran vulnerables a los que venían en barcas.

Tenían que retroceder, pero los de las barcas ya estaban empezando a formar una línea de fuego, dispuesta para derribar a todos los soldados que atraparan al aire libre. Eso incluía a Catalina, que ahora estaba demasiado lejos para encontrar protección.

Hizo lo único que se le ocurrió, coger emociones y lanzárselas a los hombres como había hecho con las creaciones de Siobhan en el bosque. Cogió todo el dolor y la confusión que encontró, desde el horror de su primera muerte hasta sus primeros recuerdos de fuego y dolor. Lo lanzó como una red, atrapando en ella a todos los hombres posibles y vio que se quedaron atónitos, estupefactos por unos segundos por ella.

—¡Retroceded! —exclamó hacia los hombres que estaban a su lado y, ante su sorpresa, escucharon. Tal vez se habían acostumbrado a que hiciera los recados para Lord Cranston y ahora no dudaban cuando hablaba por él. Quizás él sabía lo que se hacía, cuando la hacía correr por todo el campamento de su parte.

Por la razón que fuera, empezaron a retroceder mientras, delante de ellos, los soldados con las túnicas color ocre daban vueltas con sus armas, no muy capaces de apuntar con ellas mientras luchaban contra todo lo que Catalina les había lanzado.

Fueron a toda prisa detrás de las rocas y Catalina fue con ellos, cogiendo con su espada a un enemigo rezagado sin aflojar la marcha. Ahora no había tiempo para luchar, solo para atacar y correr, dejándole una herida que probablemente dejaría al hombre fuera de la lucha durante un tiempo, al menos mientras ella corría para protegerse en las rocas.

Catalina llegó hasta ellos mientras los efectos de su ataque mental empezaban a desvanecerse, ahora se oían disparos mientras los hombres de Lord Cranston empezaban a lanzarse a cubierta. Algunos no fueron lo suficientemente rápidos y caían cuando las balas de plomo les alcanzaban. Catalina vio caer a un hombre justo

delante de ella y salió a toda prisa de las rocas para arrastrarlo, mientras a su alrededor volaban trocitos de piedra.

Desde su protección, los hombres de Lord Cranston contraatacaban con avalanchas escalonadas, pensadas para que los hombres que no estaban disparando tuvieran el tiempo suficiente para recargar. Los arqueros llenaban los huecos con flechas y el cañón de arriba disparó de nuevo, mandando chorros de astillas de madera mientras destrozaban las barcas de desembarco de abajo.

Parecía una tormenta de violencia insoportable y Lord Cranston estaba en medio de ella con la misma calma que si estuviera dando un paseo, gritando órdenes e intentando conducir la respuesta. A pesar de todo, Catalina veía que esto no bastaría. No había manera de que así fuera. Ella había salvado a los hombres en la playa y les había dado el tiempo suficiente para reagruparse, pero por mucho que pensara, no había manera de luchar contra tantos contrincantes.

Entonces Catalina sintió que en su interior crecía un poder que no comprendía. Le parecía que podía sentir todo lo que había a su alrededor, desde los latidos de los corazones de los hombres hasta el bucle de las olas de allí cerca. Se sentía conectada por completo a todo esto y, de algún modo, supo que era suyo.

Siobhan le había dicho una vez que la magia del tiempo atmosférico no era para ella pero, en ese momento, Catalina lo entendió por instinto, eso la asustó un poco, pues suponía que a la mujer del bosque no le gustaría que ella entendiera ese tipo de poder sin entrenar, aunque ahora mismo no le importaba. Estiró el brazo con un bucle de poder y, entonces, la neblina empezó a levantarse.

Empezó lentamente, en bucles de vapor que se mezclaban con el humo de las armas disparando, pero Catalina vio que crecía, mezclándose con oscuras nubes y llovizna que mojaba por igual la pólvora y la arena.

Poco a poco, creció y Catalina solo podía ver unos cuantos pasos por delante y los enemigos desparecieron dentro de ella. Al menos, lo hicieron para todos los demás. En esa espesa niebla, era como estar dentro de un bosque espeso, sin poder ver muy adelante, pero pudiendo oír y tocar y distinguir las marcas características de las mentes.

Sin una palabra, se coló dentro de la neblina, con la espada preparada para lo que estaba por venir.

Catalina escogió un lugar en el que había menso mentes apiñadas y corrió hacia delante en silencio. Salió un tipo de la neblina, que parecía sorprendido por su repentina aparición e intentó levantar una espada. Catalina le atacó en la garganta y continuó corriendo y ya estaba lejos dentro de la neblina para cuando empezaron a oírse gritos tras ella.

Golpeó a otro hombre dentro de la neblina y, esta vez, este fue lo suficientemente rápido para sacar una espada y bloquear. Él volvió a atacarla y Catalina se echó a un lado y pudo evitar el golpe por poco. Atacó y giró su muñeca para llevar su sable alrededor del bloqueo de su contrincante y darle un hachazo en el brazo.

De nuevo, continuó corriendo.

Catalina iba a toda prisa de un lugar a otro, tanteando los lugares donde los enemigos estaban más esparcidos, derribando a los rezagados siempre que podía y desapareciendo cuando los hombres corrían hacia delante, para intentar atrapar a quien les había golpeado de la nada. A continuación, golpeó a un grupo de ellos, viniendo desde atrás para derribar a un hombre y, a continuación, clavándole la espada en el pecho a otro que dio la vuelta par enfrentarse a ella antes de entrar de nuevo corriendo a la neblina.

Entonces parecía que ella era la depredadora y ellos la presa, pero Catalina sabía lo peligroso que era este juego. Podía sentir que los hombres se intentaban coordinar los unos con los otros para encontrarla, aunque ella sentía que su miedo crecía. Tenía que ser silenciosa y mortífera con cada ataque, matar y después apartarse de nuevo antes de que fueran a por ella en grupo. Solo tenían que enredarla en violencia durante unos segundos, mientras más de ellos podían dirigirse a luchar contra ella.

Catalina continuaba corriendo, continuaba matando, continuaba esperando que lo que estaba haciendo bastara.

A su alrededor, empezaban a oírse disparos cuando los hombres que no se habían atrevido antes a disparar en la neblina se arriesgaban a hacerlo ante la asesina silenciosa que los acechaba. Los estruendos estallaron cuando los hombres dispararon a las sombras o a los destellos de humo y las balas de mosquete

impactaban contra la arena alrededor de Catalina, desprendiendo lloviznas de la misma.

Catalina sentía que los hombres la vigilaban ahora. Había grupos de ellos apiñándose, con las armas preparadas y Catalina podía pillar que estaban a punto en sus pensamientos, preparados para disparar flechas y balas de mosquete a la mínima provocación. Eso le dio una idea a Catalina y ella sonrió con malicia mientras pasaba lentamente entre los dos grupos más grandes, esperando el momento.

—¡Aquí! —exclamó a pleno pulmón y, a continuación, se tiró al suelo.

El mundo estalló a su alrededor, los hombres disparaban a ciegas de ambos lados. Algunos chillaban cuando su propio bando les disparaba. Algunos de ellos, pensando que se trataba del enemigo, continuaron con el ataque. Los proyectiles volaban por encima de Catalina tan de cerca que Catalina no estaba segura de que uno le pudiera alcanzar en uno o dos segundos, pero solo se oía morir hombres a su alrededor.

La voz de un oficial gritó a los hombres que pararan el fuego, pero al principio fue en vano. Gritó más fuerte, pero Catalina supuso que era la necesidad de recargar más que cualquier obediencia real lo que detuvo la cacofonía.

Catalina se levantó y corrió, sabiendo que solo tendría unos momentos antes de que los hombres se acercaran al lugar donde ella había estado con acero. Percibió las mentes que tenía por delante y ya había hombres avanzando para derribarla. Saltó sobre uno en la neblina, pero ahora empezaba a clarear y la vio venir. Paró un golpe, y otro. Fue en el tercero cuando su sable se coló a través de las defensas del hombre, derribándolo sin sobresaltos. Para entonces, unos hombres ya estaban cercándola y Catalina tuvo que correr de nuevo para poder irrumpir a través del círculo de manos que la agarraban.

Había demasiados. Era rápida y sabía luchar, pero había hombres cercándola por todos lados ahora, e incluso ella podía caer bajo el peso de un grupo. Derribó a uno, pero venían más y ahora se estaba quedando sin espacio por donde escapar. Probó suerte y contactó con el poder extraño e inmenso que había tocado una vez más.

Tan repentinamente como había venido, la neblina se levantó.

Catalina se quedó mirando a los hombres de Lord Cranston, aproximándose en orden con las armas levantadas. Por segunda vez en menos de un minuto, Catalina se lanzó al suelo cuando el fuego pasaba rugiendo sobre su cabeza hacia las filas del enemigo. Entonces eran los hombres de Lord Cranston los que cargaban y la batalla se propagaba por encima de ella, hacia las filas de las ahora mermadas fuerzas enemigas.

Una mano agarró a Catalina y la levantó. Allí estaba Lord Cranston, de pie en medio de la batalla mientras a su alrededor luchaban y morían hombres. Y corrían. Ahora el enemigo escapaba, dirigiéndose hacia las barcas con el terror de unos hombres que sabían que tenían pocas posibilidades de alcanzarlas.

—Como tu comandante —dijo con una mirada seria—, realmente debo regañarte por marcharte sola, sin ninguna orden. Fue algo estúpido e idiota.

Catalina estaba allí, sin saber cómo tomarse eso, al menos hasta que Lord Cranston sonrió.

—Pero me alegro de que lo hicieras —dijo—. Nos salvaste, Catalina. Los hombres no lo olvidarán, y yo tampoco.

—¡Catalina! ¡Catalina! ¡Catalina! —exclamaban los hombres a su alrededor mientras alzaban sus armas al aire.

Alrededor de Catalina, la batalla iba a menos y ella veía que algunos hombres la miraban con asombro. Parecía como si, en cuestión de minutos, hubiera pasado de ser simplemente la sirvienta de Lord Cranston al héroe de la batalla. Más de uno se acercó y le agarró la mano como si acabara de hacer algo imposible. Catalina vio a Will al lado de uno de los cañones, saludando con la mano. Deseaba ir hacia él, pero no había manera de marcharse del lado de Lord Cranston con su mirada puesta en ella.

También había otras miradas sobre ella. Catalina vio al cuervo en un extremo del campo de batalla, mirándola fijamente con una intensidad que no tenía nada que ver con cualquier cosa que fuera natural. La observó durante uno o dos instantes más y después se fue volando con un ajetreo.

Catalina sabía que eso no había acabado. Habían ganado la batalla, pero algo había percibido su presencia.

Y eso solo podía significar más peligro.

Capítulo veinticuatro

Sebastián estaba impaciente al otro lado de la puerta de los aposentos de su madre, esperando el momento en que le dejaran entrar. Incluso él debía esperar porque, como su madre le había dicho a menudo, ella no tenía jamás el lujo de ser algo menos que la Viuda.

Sin embargo, Sebastián a veces deseaba poder ser otra cosa que un príncipe. Para empezar, hubiera hecho que las cosas con Sofía fueran más sencillas.

Mientras estaba allí, apenas podía creer que hubiera hecho todo lo que Angelica había dicho sobre ella. Que había venido aquí hecha una furia buscándolo y que acabó hiriendo a Ruperto. No había querido pensar que fuera real, pero también era lo que decían los guardias: que la habían perseguido después de que ella hubiera atacado al príncipe.

Sebastián tragó saliva al pensar eso, pensando en lo que podría haber pasado si la hubieran atrapado. Se alegraba de que no lo hubieran hecho, incluso aunque hubiera atacado a Ruperto. Conocía a su hermano, y costaba creer que él no hubiera hecho algo para merecerlo.

La parte más dura que había ido a allí para decirle lo mucho que lo odiaba. Esa parte era imposible de superar. Una parte de Sebastián quería creer que eso no podía ser cierto, pero todo el mundo en palacio había visto allí a Sofía. La habían visto escapar, todo o que había sucedido. Sabía que tenía que odiarlo.

Merecía su odio, después de todo lo que había hecho al echarla. Merecía el dolor de sus heridas, pues no eran ni de cerca suficiente castigo por no tener la valentía de pedirle que se quedara. Cuando conoció a la hermana de Sofía, supuso que intentaría matarlo y lo cierto era que, si lo hubiera hecho, no hubiera sido más de lo que merecía.

Pero ahora no había tiempo para pensar en eso, pues los sirvientes escogieron ese momento para salir de la habitación de su madre y abrir las puertas de par en par para que él entrara.

—Príncipe Sebastián —anunció uno, como si, para empezar, no hubiera sido su madre la que lo había hecho llamar. Allí él iba a ver a un gobernante, su reina más que solo su madre.

—Entra, Sebastián —gritó su madre y en ello había una familiaridad que no concordaba con el resto. Ella estaba allí, en la zona de asientos de su suite de habitaciones, sentada de forma informal en la punta de un diván con un conjunto de cosas para el té dispuesto en una pequeña mesa delante de ella. Sebastián no tenía ninguna duda de que sería el mejor que las Colonias Lejanas podían ofrecer.

Se levantó para ir a su encuentro, anticipándose a su intento de hacer una reverencia rodeándolo con sus brazos. Era una de las pocas veces que Sebastián pudiera recordar que su madre le abrazara de esa manera. Normalmente, antes había habido sirvientes o cortesanos, otros que hacían los trabajos que implicaba su educación, mientras que simultáneamente parecían descartar la cercanía con su misma presencia.

—Me alegro de que estés a salvo —dijo su madre, aguantando el abrazo durante un instante más—. Cuando oí todo lo que dijeron los mensajeros… no quería creerlo. Les dije que si me mentían acerca de que mi hijo estuviera en peligro, haría que los echaran con deshonra.

Sebastián podía imaginarla haciéndolo, pero eso no le hacía sentirse mejor. Incluso en lo que sospechaba que era una declaración de amor maternal, había todavía un recordatorio de que la formalidad de la corte nunca podía desaparecer completamente.

Sebastián odiaba esto. Normalmente, podía hacer frente a toda aquella falsedad y superficialidad, la necesidad de no hacer solo lo que estaba bien, sino lo que se esperaba. Pero había sido todo esto por lo que él no se había sentido capaz de casarse con Sofía. Había sido todo esto lo que le había obligado a dejarla a un lado, haciendo que ella lo odiara. Ahora mismo, cualquier cosa que se lo recordara era demasiado.

—Sebastián, ¿estás bien? —preguntó su madre, alargando el brazo para tocarle la cara. Sebastián se dio cuenta de que estaba

examinando el corte que tenía en la mejilla—. ¿Te duelen mucho tus heridas?

—Un poco —confesó Sebastián, aunque ahora mismo quería el dolor, pues parecía concordar con el resto de su ser. Lo que evidentemente Sofía sentía por él le había partido el corazón en dos. ¿Qué era un poco de dolor físico comparado con eso?

—Mandaré traer a uno de los mejores físicos —le aseguró su madre—. Te coserán esta herida y no parecerá más que una hermosa cicatriz de duelo. Será elegante.

—¿Elegante? —repitió Sebastián. Podía oír lo llana que era su voz, el dolor que sentía dentro le quitaba la emoción—. ¿Esa era la apariencia que querías que tuviera cuando me mandaste a una expedición para masacrar granjeros, Madre?

Su madre se puso otra vez de pie, con gesto serio por un momento.

—Esos granjeros se habían declarado contrarios a la corona —puntualizó—. Eran traidores.

Sebastián pensó en remarcar que los días en los que el rey o la reina habían podido decidir arbitrariamente se habían terminado hace tiempo.

—¿Piensas que no debería haberte mandado? —preguntó su madre—. Estaba claro que eran un enemigo de la corona. Luchar contra ellos era una oportunidad para demostrar a la gente de tu alrededor que eres un príncipe fuerte, útil para el reino.

—¿Con la gente de mi alrededor, te refieres a la Asamblea de los Nobles? —exigió Sebastián—. Después de lo que sucedió en las guerras civiles, ¿piensas que les impresionará un príncipe que va por ahí masacrando a los súbditos de su madre?

Su madre le clavó una mirada a la misma altura que poco tenía que ver con el calor o la preocupación que había mostrado antes.

—La gente respeta la fuerza, Sebastián. La amabilidad, la generosidad y todas las otras cualidades buenas que tengas solo son útiles si tienes la fuerza para hacer algo con ellas. Como gobernante, puedo hacer más bien que muchos otros en mi reino, pero solo es posible si tengo la fuerza de mantener mi posición.

—Hablas como si estos granjeros pudieran haberte derrocado —dijo Sebastián.

Su madre se quedó en silencio durante uno o dos instantes.

—¿Solos? No, por supuesto que no —dijo—. Si no importara para nada, incluso podría dejarles tener su pequeña isla cubierta de matorrales. Pero importa, pues si otros oyeran que su sublevación les resultó bien, ¿entonces qué? De vez en cuando, ya hay sicarios e idiotas que cantan sus canciones contra la monarquía. Una buena parte de los nobles de la Asamblea estaban en el bando equivocado en las guerras, o tenían padres que estuvieron, por lo menos. ¿Crees que no volverían a luchar en todas si pensaran que podían ganar?

Sebastián no tenía respuestas para eso. Él no recordaba las guerras civiles, aunque había oído historias sobre ellas, igual que todos. A veces había visto las tensiones duraderas, expresadas en viejos rencores y comentarios incisivos.

—Y por eso me mandaste a librar una lucha fácil contra unos granjeros —dijo Sebastián—. Igual que mandaste a Ruperto a batallas fáciles.

—¿Piensas que sinceramente debería poner en peligro a mis hijos? —replicó su madre—. ¿Quién haría eso?

La mayoría de los súbditos de su madre no tenían elección en ello. Aun así, Sebastián lo dejó pasar, pues podía entender la necesidad de mantener a alguien a salvo. ¿Qué hubiera hecho él si Sofía hubiera estado en peligro? Además, lo cierto era que en las Islas de los Estrechos habían encontrado mucho más.

—Allí estaba el Nuevo Ejército —dijo.

—Eso dijo tu mensajero —respondió su madre. Fue hasta el diván, se sentó y le hizo un gesto a Sebastián para que hiciera lo mismo. Sirvió té como si Sebastián no hubiera dicho nada. Así, podría haber sido la imagen de una noble viuda mayor en una especie de semiretiro, con poco más que hacer más allá de planear el próximo baile o visitar sus haciendas. Pero no se trataba de una noble menor. Era su madre, la Viuda.

—¿Qué tienes pensado hacer al respecto? —preguntó Sebastián.

—Ya he dado instrucciones para encargarse de la amenaza inmediata —dijo su madre—. En cuanto a lo que podría venir a continuación… nos ocuparemos de ello cuando sea necesario. No estamos sin hombres para luchar. Las compañías libres, por mucho que declaren imparcialidad, no van a quedarse quietas y a dejar que destruyan sus hogares.

A Sebastián, confiar en los mercenarios le parecía una apuesta.

Aún más, parecía un intento para hacer que se quedara a salvo de nuevo en casa, cuando lo último que quería era seguridad. No la merecía. Si Sofía le odiaba, indudablemente no la quería.

—Manda a la caballería real —dijo—. Deja que mantengamos las cosas como están. He luchado antes con el Nuevo Ejército y he triunfado.

—Ganar una batalla no significa que tienes que ganarlas todas —replicó su madre—. Este reino tiene muchos soldados, pero muy pocos príncipes. No tengo suficientes hijos para empezar a ponerlos en peligro.

—Ruperto es el heredero —insistió Sebastián—. Y aun así le reservaste su lugar en el ejército. Si yo lucho contra los invasores, será bien visto. Tú misma dijiste que la gente respeta la fuerza.

Lo dijo, aunque la verdad era que no le importaba nada de eso. Solo era lo que tenía que decir para que lo lanzaran en dirección al conflicto. Si Sofía lo odiaba, entonces Sebastián quería perderse en esa violencia y que se lo llevara. Si hubiera sabido lo mucho que lo odiaba cuando estaba en las Islas de los Estrechos, tal vez incluso se hubiera quedado quieto en aquella playa y hubiera dejado que el siguiente mosquete lo alcanzara.

O quizás no. Sebastián no quería vivir sin Sofía, pero tampoco quería desperdiciar su vida. No, se lanzaría a sí mismo a las partes más duras de la batalla. Lucharía contra el enemigo con todas sus fuerzas y, sencillamente, tendría que esperar que en algún lugar hubiera alguien con la fuerza, la habilidad o la suerte de acabar con el auténtico vacío que llenaba su interior cuando pensaba en todo lo que había perdido.

—Yo no quiero perderte —dijo su madre—. Sebastián, sé que las cosas no salieron bien con la chica que trajiste a verme, pero esa no es una razón para que te lances al corazón de una guerra.

Desde la posición de Sebastián, parecía la mejor razón que pudiera haber. No era una sorpresa que su madre se hubiera dado cuenta de que Sofía no estaba pues, al fin y al cabo, todos los sirvientes y los guardias la habían informado de ello. Pero se preguntaba qué pensaría ella si lo supiera todo.

—Madre —dijo—, estoy decidido. Tengo mi cargo con la caballería real y haré mi parte en cualquier conflicto que venga.

—Tú harás lo que se te diga —dijo su madre—. Recuerda que

este es un regimiento real. Irá donde yo ordene y, si piensas que será en algún lugar cerca de un peligro verdadero, entonces está claro que no estás escuchando, Sebastián.

—¿Por qué, madre? —exigió, poniéndose de pie—. ¿Qué importa eso?

Ella se levantó y le cogió las manos.

—Importa porque eres mi hijo y te quiero. Además, tengo asuntos más importantes para ti que simples batallas.

Ahora mismo, Sebastián no podía pensar en nada más importante. Nada de eso parecía significar nada, así que ¿qué podía tener en mente su madre que fuera más importante que una invasión?

—¿Qué estás planeando, Madre? —preguntó.

—Cuando anunciaste que querías casarte con aquella chica, me alegré por ti —dijo su madre. Sebastián se dio cuenta de que no usó el nombre de Sofía—. Y cuando los planes fracasaron, vi lo molesto que estabas. Quiero hacer algo que te hará feliz.

Sebastián se quedó en silencio, pues tenía una horrible sensación de que sabía lo que su madre estaba a punto de decir.

—Estaba contenta con el compromiso, pues lo cierto es que ya es hora de que te casaras, Sebastián. Está claro que Ruperto no va a sentar cabeza todavía, así que te corresponde a ti, como una cuestión de deber. De honor.

—No puedo casarme —dijo Sebastián—. Sofía no está.

Vio que su madre negaba con la cabeza con evidente desespero.

—Lo dices como si ella fuera la única chica adecuada del mundo. No lo es. Ni de cerca, por eso me he tomado el tiempo para buscar a la chica adecuada yo misma.

Sebastián la miró fijamente, incrédulo.

—¿Qué?

Supuso que probablemente debería haberlo imaginado. No es que los hombres jóvenes de su rango tuvieran el lujo de acordar sus propios matrimonios, cuando estas cosas podían contener muchos matices de diplomacia y sucesión, alianza y dote. Era solo que no esperaba que su madre viera el hueco que había dejado la ausencia de Sofía y decidiera que tenía que llenarse, como un niño que recibe un nuevo cachorro para sustituir al perdido.

—Madre, esto no es… —empezó Sebastián, pero su madre ya

estaba hablando otra vez.

—He buscado una pareja —dijo—. Y una mucho más adecuada que esa, aunque no te preocupes, la chica en cuestión es bastante hermosa. He hablado con sus padres y el compromiso está hecho, con excepción de la formalidad de la aprobación de la Asamblea. Incluso conoces a la chica, lo que estoy segura de que suavizará algo las cosas.

—¿Quién? —preguntó Sebastián, aunque mientras lo preguntaba, las posibilidades empezaban a tomar forma en su mente.

—Pues *Milady* d'Angelica, por supuesto —dijo su madre—. Estoy segura de que será perfecta para ti, desde luego, será perfecta para el reino.

Sebastián se quedó en silencio. Finalmente, hizo lo único que se le ocurrió hacer: se dio la vuelta y se marchó, dejando a su madre mirando cómo se iba.

Capítulo veinticinco

Sebastián estaba en sus aposentos, lanzando cosas en una bolsa de viaje e intentando decidir qué era importante. El dinero sería útil. Ropa de recambio para el viaje, pero no las ropas elegantes de la corte. Sebastián miró alrededor. ¿Cuánto de esto importaba? Tal vez si se hubiera dado cuenta de esto antes, no se hubiera llegado a esto, para empezar.

Podía sentir la presión del tiempo mientras guardaba las cosas, cada momento era uno en el que su madre podría decidir mantenerlo en palacio a la fuerza, invocando su autoridad como su madre, su reina, la comandante de su regimiento. Probablemente, las únicas razones por las que no lo había hecho ya fueran que realmente no pensaba que fuera posible que él se marchara, y le preocupaba el escándalo que podría venir de un príncipe herido intentando salir de su propio palacio.

Pero él se iba a ir, porque tenía que hacerlo. Si no lo hacía, no tendría jamás la oportunidad de encontrar a Sofía. Ni la oportunidad de arreglar jamás esto.

—Tal vez no haya una oportunidad —dijo Sebastián, pero esperaba que eso no fuera cierto. Sabía que no merecía a Sofía. Su hermana se lo había dejado plenamente claro, aunque Sebastián no hubiera sabido por sí mismo el daño que había causado. Había dejado a un lado a Sofía, anteponiendo su deber a lo que sentía por ella. La había echado a la calle, donde la habían tomado por poco más que una esclava, a pesar de lo que las leyes del reino dijeran acerca de los contratos de sirvientes. Le había dicho que no podía amarla, aunque eso era de todo menos cierto.

Él no merecía poder mejorar eso, pero tenía que encontrar un modo. Si eso significaba dejar Ashton y viajar a ciegas hasta que encontrara noticias de ella, lo haría. Sebastián haría lo que fuera para recuperarla.

—¿Sebastián? ¿Qué estás haciendo?

Sebastián se giró y vio a Angelica entrando en sus aposentos. Ahora que conocía los planes de matrimonio, podía entender la sencillez de su vestido, su amable comportamiento, por lo que era: nada más que un intento de cazarlo siendo algo que él pudiera encontrar aceptable.

—¿Qué parece que estoy haciendo, Angelica? —exigió—. Estoy preparando una bolsa para irme.

Vio que ella fruncía el ceño ante eso. Lo hizo de forma hermosa, por supuesto, pero su belleza nunca había sido el problema. Debería haber sabido que había algo más que simple amabilidad al ayudarle con su herida.

—¿Irte? —dijo—. ¿No te mandarán a luchar de nuevo antes de la boda?

—Así que tú lo sabías —dijo Sebastián. No le sorprendía. Solo era la confirmación de todo lo que había pensado desde que su madre lo anunció.

—¿Lo de la boda? —dijo Angelica—. Sí. Tu madre me contó el acuerdo que había hecho con mi padre. No te lo conté porque… bueno, pensé que ella querría decirte algo así y porque podría estar bien conocer por lo menos un poco de tu verdadero yo.

Todo sonaba bastante creíble, pero en la corte, la credibilidad era una moneda común. Sebastián no estaba seguro de qué creer ahora mismo.

—¿Así que no encontraste tú la manera de hacer que este matrimonio sucediera? —preguntó Sebastián—. ¿No forzaste a mi madre a ello?

—¿Cómo iba a hacerlo? —preguntó Angelica y la mirada modesta que le lanzó podría haber sido más creíble si no la hubiera visto exactamente así en montones de fiestas—. ¿Realmente piensas que yo tengo el poder suficiente para hacer que la Viuda haga algo que no quiere hacer?

Tenía razón en eso y Sebastián se calmó un poco. Ni tan solo Angelica podía forzar este matrimonio. Era cosa de su madre.

—Tu madre me convocó —dijo Angelica—. Me dijo que había planeado el matrimonio con mis padres y que el asunto estaba decidido. Sí, yo le dije que estaba feliz ante la perspectiva, pero yo no lo había organizado ni tenía elección.

—¿Y eso no te enfurece? —preguntó Sebastián. Su propia rabia estaba borboteando bajo la superficie: por lo que su madre había hecho, por la situación a la que se enfrentaba y por su propia estupidez al rechazar a Sofía. Si no lo hubiera hecho, las cosas podrían ser diferentes. Ahora mismo podrían casarse.

—¿Por qué debería hacerlo? —preguntó Angelica, extendiendo las manos—. ¿Crees que no he sabido toda mi vida que toda mi valía se reduce a encontrar como pareja a un señor apropiado? ¿Qué probablemente no tendré ni voz ni voto en ello? Contigo, sé que voy a casarme con un hombre amable, dulce y guapo. Un príncipe, nada menos. ¿Tanto importa que no tenga elección? Sé que tú me harás feliz.

Sebastián no estaba tan seguro de ello. Había conseguido destrozar la felicidad de Sofía totalmente.

—Yo también puedo hacerte feliz —dijo Angelica, y dio un paso adelante para rodear con sus brazos a Sebastián por el cuello—. Lo prometo.

Entonces ella lo besó y fue un beso diferente a los que había tenido con Sofía. Había soltura detrás de él y control. Fue un buen beso, pero fue bueno porque era algo bien practicado, no a causa de que hubiera alguna conexión entre ellos.

—No estuvo mal, ¿verdad? —preguntó Angelica—. Sé que debes pensar todo tipo de cosas sobre mí, Sebastián, pero tendrás tiempo de conocer a mi verdadero yo cuando estemos casados. Ahora —dijo, tirando de él hacia el dormitorio—, sé que debes tener en cuenta tu herida, pero encontraremos el modo de evitarla. Te ayudará a olvidar tus reparos.

Entonces Sebastián la empujó y probablemente más fuerte de lo que pretendía, pues ella tropezó.

—No, Angelica. No. Yo no quiero olvidar a Sofía. ¿Cómo puedes pensar que querría? ¿Crees que sencillamente puedo meterme en un matrimonio y esperar ser feliz?

—¿Qué elección nos queda? —replicó Angelica—. ¿No deberíamos al menos intentar sacar el mayor provecho de ello?

—Los dos tenemos elección —dijo Sebastián. Le gustaría haberse dado cuenta de ello hace mucho tiempo—. Yo voy a tener la mía. Lo siento, Angelica, no es que tú hayas hecho nada malo, pero es a Sofía a quien yo quiero. Voy a ir tras ella, diga lo que diga mi

madre. Voy a encontrarla y voy a convencerla para que me perdone. Ella es todo lo que necesito. Lo único que necesito.

Visto así, probablemente no tenía que pasar más tiempo preparando su bolsa. Se dirigió hacia la puerta, cogiendo unas cuantas posesiones de camino hacia ella. Siempre y cuando encontrara a Sofía, el resto no importaba.

Intencionadamente, Angelica escogió un jarrón caro para romperlo primero. Una joya esmaltada de la segunda era, por su apariencia, que probablemente les había llevado días crearla a los mejores artesanos hace cien años. Se rompió en trocitos con un satisfactorio chasquido.

Evidentemente, Sebastián no estaba allí para oírlo. Angelica no iba a permitir que él viera esto, pues sería la prueba del dolor que le podía causar y ella no estaba por la labor de dejar que la gente viera eso. En cualquier caso, la clase de mujer por la que él se sentía atraído era modesta y delicada, no dada a ataques de rabia cuidadosamente calculados.

Como no había terminado, a continuación rompió un espejo, sin importarle los brillantes fragmentos que se esparcieron por el suelo. Muy pronto los recogería un sirviente.

¿Cómo había pasado esto? La pregunta incordiaba en los pensamientos de Angelica. ¿Cómo la había rechazado Angelica? Esa idea había parecido tan imposible antes que ella ni tan solo la había pensado. Había dado por sentado que el solícito príncipe se hubiera casado con un caballo si su madre se lo hubiera ordenado y ella distaba mucho de eso.

Ella era refinada, ella era hermosa, ella era educada. Ella había trabajado cuidadosamente todas las destrezas que una joven debía tener, desde los idiomas a la música, del buen gusto al baile. Traía consigo una conexión a una de las antiguas familias del reino y, por lo menos, una fortuna moderada. Si Angelica no acabara de romper el espejo que tenía más cerca, podría haber medido en ello y ser vista como el ejemplo perfecto de nobleza, construido con todo el cuidado de una buena casa o una hermosa fruslería. Cualquier hombre debería perder la cabeza por su mano.

Pero Sebastián la había rechazado. Había dado la vuelta y se había ido como si ella no estuviera allí.

Eso era impensable. Angelica había hecho un esfuerzo especial

por él, teniendo en cuenta de que no le gustaba la ropa llamativa, intentando mostrar un lado más humano de ella, incluso besándolo con toda la destreza y pasión que le daban las horas de práctica en rincones discretos de reuniones nobles. Debería haber suplicado casarse con ella pero, en cambio, se había marchado a una misión imposible.

Todo por Sofía, la chica que indudablemente no era de Meinhalt, que no era la clase de noble que debería ser, que se había metido en el camino de Angelica desde el momento que en que llegó.

Angelica no podía entender lo que Sebastián veía en ella. No tenía nada, no era nada. Probablemente, Angelica podía encontrar a un montón de chicas igual de hermosas en cualquier lugar de Ashton en el que mirara. Ella no tenía destrezas. El hecho de que Sebastián fuera tras ella era más que un insulto por esa razón.

Era más que un insulto —era peligroso.

Angelica todavía recordaba estar de rodillas en el suelo de los aposentos de la Viuda, escuchando hablar a la vieja bruja sobre la máscara de plomo como si no fuera nada. Angelica no sabía si cumpliría con la amenaza, pero recordaba el miedo que había sentido en aquel momento, la certeza de que su vida iba a terminar del modo más espantoso posible.

Había dicho que haría cualquier cosa, y la Viuda le había impuesto una tarea que, en ese momento, le había parecido bastante sencilla: asegurarse de que su hijo olvidaba por completo a Sofía. A la Viuda no le gustaría saber que Angelica había fracasado incluso en retener a Sebastián dentro del edificio.

Angelica se sentó en una de las sillas de los aposentos de Sebastián, para intentar decidir lo que podía hacer a continuación. No entró en pánico, ella se negaba a entrar en pánico, porque entrar en pánico es lo que las chicas tontas e inferiores hacían cuando se enfrentaban a los problemas. Chillar y desmayarse tenían su lugar, pero solo como armas para atraer la compasión o la atención, no como algo para hacer cuando no había nadie por allí. Ahora era el momento de sentarse tranquilamente, pensar en las consecuencias y, a continuación, actuar.

¿Debería escapar? Esa idea parecía absurda, pero si estaba a punto de provocar la ira de la Viuda, tal vez era la única opción que tenía. Si Angelica pudiera llegar hasta el campo, lo suficientemente

lejos de cualquier perseguidor… no, eso no funcionaría. No existía un lugar donde la influencia de la Viuda no alcanzara dentro de su reino, incluso algunas partes normalmente estaban fuera de su atención.

¿Al extranjero, entonces? Angelica podía coger lo que necesitaba y marcharse, atravesar el Puñal-Agua o ir a una de las colonias, cerca o lejos. La dificultad que tenía eso era que no habría nada esperándola. Su padre participaba en negocios en el extranjero, pero Angelica empezaría indudablemente con nada. No tenía ningún deseo de hacerlo.

Eso dejaba, sin duda, una opción: tenía que matar a Sofía.

El pensamiento estaba en su mente tan fríamente como una piedra y Angelica se sorprendió un poco de lo tranquilamente que lo consideraba. Había hecho otras cosas menores en el pasado, por supuesto. Había envenenado rivales y los había avergonzado, había usado secretos para controlar a los demás y había comprado deudas simplemente para poder destrozar a los que a ella le hacía falta. El asesinato, sin embargo… hasta el momento, siempre había parecido una línea que no podía pasarse.

Pero ¿qué alternativa había? Podía encontrar otro modo de librarse de la chica, pero entonces Sebastián probablemente continuaría buscándola. Podía tener esperanzas de que no la encontrara, pero eso podría llevar años. No, Angelica necesitaba algo decisivo. Algo que no pudiera dar pistas hacia ella, por supuesto, pero algo definitivo, tras lo cual Sebastián pudiera ir corriendo hacia ella durante el duelo.

Angelica se levantó, un poco sorprendida con ella misma. Si hubiera sabido que tramar un asesinato sería tan sencillo, tal vez lo hubiera hecho hace años.

Solo tenía que encontrar a Sofía antes de que lo hiciera Sebastián.

Capítulo veintiséis

Avanzaban rápidamente después de la taberna y Sofía miraba tras ellas cada cierto tiempo para asegurarse de que nadie las seguía tras encontrar la valentía al fondo de una jarra de cerveza.

Pero no había ninguna señal de que nadie los siguiera. Tal vez habían decidido que el joven de la taberna merecía cualquier cosa que le hubiera pasado. Sofía imaginaba que lo más probable era que, sencillamente, no querían arriesgarse a tener problemas. Ella no tenía ninguna ilusión sobre qué clase de mundo era este. Por su experiencia, a la gente le importaba mucho menos la justicia que su propia seguridad.

¿Qué indicaba esto de que fuera un lugar tan cruel? Sofía no podía evitar preguntarse si era el resultado de las guerras, o el tipo de ejemplo que la corte real establecía, o alguna otra cosa. Quizás todo el mundo era así y la gente de todas partes buscaba aprovecharse de aquellos que eran más débiles que ellos. Sofía esperaba que no, pero no estaba segura de que sus esperanzas pudieran cambiar las cosas para nadie. Sus esperanzas no habían podido mejorar las cosas con Sebastián, o asegurarle un lugar en la corte de Ashton.

Pero tal vez podían llevarla hasta el hogar de sus padres y proporcionarle algunas respuestas a las cosas que todavía perduraban en sus sueños. Tenía más recuerdos que Sofía de las cosas que habían sucedido cuando eran niños, pero aun así había tenido que ser Laurette van Klet la que le dijera quién eran sus padres.

—¿Cuánto crees que queda para llegar? —preguntó Cora, mientras el carro continuaba avanzando a lo largo de caminos que, evidentemente, en algún momento se habían borrado para sustituirlos después de cualquier modo.

Era difícil de decir, pues Sofía no sabía exactamente hacia dónde

iban. Parecía que habían atravesado más paisaje del que podía existir, y sabía que Cora se sentía igual después de la ciudad. Solo Emelina parecía cómoda con todo esto y parecía disfrutar de los amplios espacios y de la libertad que ofrecían.

—No puede estar mucho más lejos —dijo Sofía—. Las últimas personas a las que preguntamos dijeron que no podíamos estar a más de un día de Monthys.

—Todavía tenemos que encontrar la finca una vez lleguemos allí —remarcó Emelina, aunque parecía muy feliz ante esa expectativa. Sofía sabía lo ansiosa que estaba por llegar allí y poder ir en busca del Hogar de Piedra.

—Lo haremos —dijo Sofía. Intentó que sonara más seguro de lo que ella se sentía. Aunque ya habían llegado hasta aquí, todavía parecía un poco irreal, como si fuera imposible arriesgarse a soñar que realmente pudieran encontrar el lugar que buscaban.

Entonces el carro llegó a la cima de una colina y Sofía lo vio.

Al menos, vio alguna cosa. Todavía estaba lejos en la distancia, arenisca trabajada sobresalía en contraste con el cielo mientras el sol de la tarde lo atrapaba. Había colinas por todas partes y bosques que parecían extenderse como una alfombra en medio de campos en pendientes, más adecuados para que las ovejas pastaran que para cualquier otra cosa.

¿Era una casa grande, un viejo castillo u otra cosa? A esta distancia, era imposible distinguir cualquier detalle real y, aun así, Sofía se sentía atraída a mirar fijamente hacia allí, sintiendo una conexión aunque no pudiera decir exactamente con qué o por qué.

—Allí —dijo Cora—. Realmente es eso de allí.

Incluso Sofía parecía agradablemente sorprendida al verlo.

—Realmente lo hicimos.

Sofía quería asentir, pero ya había visto lo que había entre la colina en la que estaban y el camino que llevaba hacia los árboles, hacia la finca. El suelo parecía separarse como una herida, una garganta que partía el verdor con un tramo de enorme oscuridad.

—Tal vez podemos rodearlo —dijo Emelina, pero la garganta parecía ser tan larga que les desviaría un día de su camino en cualquier dirección que lo hicieran, aunque pudieran encontrar un modo de atravesar aquel paisaje irregular.

Una delgada línea blanca que atravesaba la garganta parecía

ofrecer un rayo de esperanza.

—Allí —dijo Sofía—, un puente. Si nos damos prisa, podemos atravesarlo antes de que oscurezca.

Sofía apremió a los caballos a ir hacia allí, el carro avanzaba mientras ellos tiraban. Aquí el camino era liso y ellos avanzaron rápidamente hacia el lugar donde estaba el puente. Sofía lo agradeció. Quería llegar a las tierras de sus padres antes de que hicieran una parada para pasar la noche, aunque dudaba de que pudieran llegar hasta la estructura de piedra en una vez.

A medida que se acercaban más al puente, Sofía empezó a hacerse más a la idea de su dimensión. Era enorme, hecho con mármol blanco, lo suficientemente ancho para que pudieran caber dos carros uno al lado del otro. Eso ya iba bien, pues había lugares en los que la piedra parecía desmoronarse por falta de atención, con agujeros en la superficie que harían necesario cada centímetro de espacio disponible para esquivarlos.

Lo cruzaban mientras Sofía hacía las maniobras y Emelina y Cora fuera del carro para aligerar la carga y para que pudieran detectar trozos de piedra que se estaba desmoronando. Había muchos y Sofía tuvo que aguantar la respiración mientras cruzaba.

Todo parecía tan antiguo que podría haberse construido antes de que existiera el reino. Desde luego antes de que los antepasados de la Viuda subieran al trono. En su mayor parte, parecía estar encajado sin soldaduras y ahora Sofía empezaba a ver lugares en los que el cañón había hecho lo que el tiempo no podía hacer, arrancando trozos del puente en el transcurso de alguna batalla olvidada. Sofía notó que una de las ruedas del carro empezaba a meterse en uno de los agujeros y obligó a los caballos a ir a la izquierda, esperando haber reaccionado con suficiente rapidez. Aquí en el puente, dudaba de que ella y los demás pudieran sacarlo.

Los caballos se quejaron por el esfuerzo, pero con un chirrido de la madera, la rueda salió. Ahora Sofía iba con más cuidado al escoger la línea que seguía, el carro avanzaba a poco más velocidad que si fueran andando.

Para cuando llegaron al otro lado, la luz empezaba a apagarse y Sofía se sentía más cansada de lo que pensaba que podría hacerlo, después de la concentración que necesitó en el puente. De algún modo, tampoco se sentía tan preocupada de que alguien las siguiera

aquí. El puente parecía un límite de la misma forma que una conexión. Por mucho que deseara llegar a casa de sus padres, por mucho que deseara verla más cerca, sabía que no iba a suceder esta noche.

—Deberíamos acampar aquí —dijo.

Acamparon al borde de los árboles, en un espacio cerca de la carretera pero protegido de su vista para poder encender un fuego. Todas ellas estaban demasiado agotadas para cazar, así que comieron lo que encontraron en el sendero y bebieron la poca cerveza en la que ellas no se habían escondido. Sofía le lanzó trozos de carne a Sienne y el gato del bosque parecía más que feliz con ellos.

Su estómago o parecía tan contento con ello, le molestaba el sabor de la comida y le hacía sentir náuseas. Sofía se levantó con dificultad y fue dando trompicones hacia el límite de su campamento, pues no quería vomitar delante de las demás.

—¿Estás bien? —preguntó Cora.

Sofía consiguió decir que sí con la cabeza.

—Estaré bien —dijo—. Es solo que…

Tuvo que dejar de hablar cuando otra ola de náuseas amenazó con apoderarse de ella. ¿Había algún problema con la comida? Prácticamente, fue corriendo hasta el límite de los árboles y consiguió alejarse de su campamento con algunas zancadas antes de que su estómago la traicionara y se agachara en unos arbustos, sacando todo lo que había comido.

—¿Estás segura de que estás bien? —preguntó Emelina.

—Estoy bien —dijo Sofía—. Debe ser algo que he comido.

Solo que todas habían comido las mismas cosas y no había señal de que Cora o Emelina se pudieran encontrar mal. Sofía tampoco se encontraba indispuesta, de no ser por la náusea y todo lo que eso comportaba. Si estuviera enferma, ¿no hubiera notado algo en los últimos días? ¿No hubiera ido evolucionando hasta llegar a esto en lugar de esta náusea repentina e incontenible que parecía…?

… no, no podía ser, ¿verdad?

Sofía estaba intentando recordar lo que podía de los métodos que usaban las mujeres sabias para estas cosas. Las chicas del orfanato habían hablado de estas cosas como si fueran mundanas y ellas fueran expertas, mientras que las monjas algunas veces las

habían asustado con la certeza de que ellas sabrían si habían traspasado los límites que ellas habían dispuesto.

Había hierbas que reaccionaban a la orina de las mujeres embarazadas de forma diferente, ¿verdad? La Señal de la Madre y el Clarrisent, aunque Sofía solo sabía el aspecto que tenía la primera, pues había visto sus flores pequeñas y ligeras una vez.

La buscó a su alrededor, sin tan solo saber seguro si crecía en los bosques. Si tuviera algo de juicio, llamaría a las demás y les pediría ayuda. Enviaría un mensaje a Catalina y le pediría ayuda para encontrar las hierbas. No hizo ninguna de las dos cosas, tanto porque parecía que había pasado la mayor parte de su vida suplicando la ayuda de los demás como porque quería saberlo seguro antes de pensar en decir algo.

También existía otra razón: esto era suyo. No quería tener que compartir este momento.

Continuó buscando, haciendo camino a través de las ortigas y las flores salvajes, el musgo que atraía las polillas y las hojas anchas de los árboles. Finalmente, vio algo que parecía que podía ser la flor correcta, aunque incluso entonces ¿cómo podía estar segura?

Ahora mismo, Sofía deseaba saber más. Deseaba tener unos padres que pudieran ayudarla con esto, o ser realmente la noble que había fingido ser, rodeada de sirvientes que supieran lo que hacían. Incluso se hubiera conformado con el conocimiento de una de las monjas y ese era un pensamiento más que desesperado.

Sabía que necesitaba la ayuda de los demás, pero primero se arremangó las faldas, poniéndose encima de las hierbas mientras hacía lo que era necesario.

—Cora, Emelina, ayudadme, por favor. —Sofía intentó parecer tranquila. No quería que sonara como si la estuvieran atacando los bandidos, o como si estuviera muriendo por alguna fiebre provocada por la comida.

Aun así, ellas vinieron corriendo, yendo a través de los árboles a toda prisa como si estuvieran seguras de que algo horrible le había sucedido a Sofía. Tal vez lo fuera, o algo maravilloso, o ambas cosas. No estaba del todo segura de lo que sentía en ese momento, mirando fijamente a las hojas de la Señal de la Madre mientras estas se marchitaban como le habían dicho que lo harían.

Las dos la miraban fijamente, evidentemente intentando

descubrir qué estaba pasando. Sofía podía sentir incluso que Emelina presionaba en los límites de su pensamiento, aunque Sofía no la dejó penetrar más allá. Durante unos segundos no dijo nada y continuó mirando a la hierba como si, de alguna manera, pudiera cambiar el resultado.

—¿Qué es esto? —preguntó Cora—. Cuando te fuiste corriendo, no parecías estar nada bien.

—¿Sucedió algo? —añadió Emelina—. ¿Es la gente de la taberna?

Sofía negó con la cabeza.

—No, no es nada de eso.

Por lo menos por ahora, se había olvidado por completo de la gente que había intentado robarles y de todos los peligros del camino. Esos no importaban, comparado con esto.

—Entonces ¿qué es? —preguntó Emelina.

Sofía respiró profundamente. Ni tan solo estaba segura de poderlo decir, pues era demasiado grande.

—Creo… —consiguió decir— que estoy embarazada.

Capítulo veintisiete

Catalina pensaba que no podría ver el taller del herrero de nuevo y mucho menos dirigirse hacia él con un carro lleno de las espadas y los mosquetes de los enemigos a los que había derrotado. Pero eso es lo que estaba haciendo, pues Lord Cranston la había mandado con ellos para que los forjaran de nuevo y usaran el acero en placas para las armaduras. También le había dado una bolsa de monedas: su parte por luchar con la compañía. A Catalina nunca le habían pagado por trabajar. Siempre la habían contratado para recibir órdenes o como aprendiz para aprender.

Will tenía su propia pequeña bolsa de monedas. Iba en el carro con ella, parecía feliz por el incentivo y por haber superado la batalla ileso. Catalina podía ver lo suficiente de sus pensamientos para saber que esta no era la única razón de su emoción. Estaba feliz por ir a casa, pero también estaba feliz por estar aquí con ella. Lo notaba cada vez que él la miraba, con la mirada fija como si la estuviera viendo por primera vez.

A Catalina le gustaban esas miradas y deseaba que hubiera más tiempo para algo más que miradas. Tal vez más tarde lo hubiera.

Por ahora, iban por las afueras de Ashton, hacia el lugar donde estaba el taller de Tomás, el herrero. El herrero los debió ver venir, pues estaba fuera, igual que Winifred. A Catalina no le sorprendió ver que sonreían, pues su hijo venía a casa sin incidentes, pero le sorprendió que ambos parecían felices de que ella también viniera.

—¡Will, Catalina, habéis vuelto! —dijo Tomás. Will bajó de un salto y Catalina esperó mientras el herrero y su esposa cogían a su hijo en un abrazo aplastante. Se sorprendió un poco cuando los tres la ayudaron a bajar para que se uniera a ellos, atrapándola en un abrazo familiar que ella jamás había experimentado.

Por casi la primera vez en algún lugar, sentía que encajaba. Le entregó las monedas que había ganado a Tomás, sabiendo que él

podría usarlas más y vio que Will hacía lo mismo. Al parecer a sus padres no iba a faltarles el dinero durante un tiempo.

—Entrad, los dos —dijo Winifred—. Hay un estofado calentándose en el fuego. Sé que Tomás querrá que lo ayudes a fundir todas esas espadas, pero no vas a hacerlo sin tener algo de comida dentro.

Catalina no lo discutió. No había comido nada desde la batalla, porque al verla se le había quitado el apetito. Sin embargo, ahora, el hambre le vino en una ola. Winifred la acompañó hasta dentro y se preocupó por ella mientras comían. La transformación de la mujer que había sido tan desconfiada con ella antes era extraordinaria.

En cuanto a Tomás, parecía ansioso por oír todo lo que había sucedido.

—¿Estuvisteis luchando contra un ejército invasor? —preguntó —. ¿No con simples saqueadores?

—Una fuerza expedicionaria —dijo Catalina, intentando quitarle un poco de importancia. Veía lo preocupado que Tomás estaba por ellos. Él sabía lo que pasaban los soldados y si empezaba a hablar del Nuevo Ejército y del Maestro de los Cuervos, sospechaba que empeoraría las cosas.

—Conseguimos combatirlos.

—Catalina consiguió combatirlos —dijo Will—. El resto fuimos más que nada espectadores.

Parecía asombrado por todo lo que ella había hecho. Sinceramente, incluso Catalina se había sorprendido por lo que pudo hacer; sin embargo, no quería que pareciera que ella era la heroína de todo.

—Yo no lo hice todo —dijo. Alargó la mano hasta el brazo de Will—. Estoy segura de haber visto mucho fuego de cañón.

No estaba solo intentando hacer sentir mejor a Will, pero para ser justos, era gran parte de ello. El resto de la compañía había jugado su parte en la batalla y ella no iba a reclamar toda la reputación delante de sus padres.

—Bueno —dijo Winifred—. Me alegro de que los dos hayáis vuelto sanos y salvos. No podría soportar que os pasara algo. —Miró hacia Catalina—. A ninguno de los dos.

Catalina se sorprendió un poco de lo mucho que eso significaba

para ella.

Comían lentamente y, como el tiempo que pasó en la forja, Catalina pensaba en lo maravilloso que sería tener esto para siempre. Era sencillo, pacífico y tranquilo en un modo que tanto en su vida no lo era. ¿Así hubieran sido las cosas si no hubiera ido al bosque para aprender a luchar? ¿Si no hubiera vuelto a la Casa de los Abandonados para vengarse?

Winifred y Tomás no le preguntaron por esta parte de las cosas. En sus pensamientos veía que los vigilantes los habían visitado para descubrir dónde estaba ella, pero ninguno de los dos parecía tener el miedo que Catalina hubiera esperado de la gente que se habían enterado de lo que había hecho. Quizás también entendían lo que hizo el orfanato.

—Probablemente, deberíamos empezar a mover el acero en la forja —dijo finalmente Tomás—. Si yo empiezo a poner la forja a la temperatura, ¿vosotros dos podéis revisarlo todo para separar las piezas que se pueden salvar de las que se tienen que fundir?

Catalina asintió y Will prácticamente saltó para ayudar.

Trabajaban juntos, separando las armas y las armaduras que podían salvarse, escogiendo primero las que estaban evidentemente rotas y, a continuación, intentando evaluar las piezas abolladas para ver las que se podían salvar y las que estarían debilitadas para siempre por el daño.

—Gracias por decirles que yo tomé parte en la batalla —dijo Will con una sonrisa.

—Lo hiciste —le aseguró Catalina, alargando el brazo para apretar su mano. Aquel contacto la estremeció, el simple contacto parecía mucho más que eso—. ¿Crees que hubiera ido hasta allí y hubiera luchado con todos ellos y todos los demás que estaban allí para apoyarme?

—Parecía que tú sola hacías un buen trabajo cuando vino la neblina —dijo Will. Hizo una pausa por un momento—. Sentí miedo cuando vi lo que estabas haciendo. Pensé que iba a perderte.

—Ah, ¿o sea que me tienes? —preguntó Catalina.

—No, esto no es lo que yo… yo quería decir que…

Catalina sonrió al escuchar eso.

—No pasa nada, Will. Yo también estaba preocupada por ti. Quería que estuvieras a salvo, y… sí, no quería perderte.

Se acercó más a él y puso las manos suavemente sobre sus brazos. Desde allí, lo natural parecía inclinarse y besarlo. No lo había besado desde que se había ido a la compañía libre. Apenas había tenido tiempo de estar a solas con él, cuando la disconformidad de Lord Cranston ante cualquier distracción romántica era obvia.

Sin embargo, ahora Catalina quería distraerse. Quería abrazar a Will y recordarse a sí misma que la vida era más que violencia, matar y venganza. Quería recordar que también había amor, aunque con eso se parecía más a su hermana.

—Podríamos perdernos —sugirió ella—. Encontrar un lugar tranquilo.

Quería hacer eso casi más que cualquier otra cosa. Quería sacar el máximo provecho del tiempo que tenía con Will y no malgastar ni un momento. Quería besarlo entonces y no dejar de besarlo.

—¿Cómo está saliendo el acero? —la voz de Tomás desde la forja le recordó que el resto del mundo todavía estaba allí y que en él había cosas que debían hacerse.

Tal vez los había visto y había decidido interrumpirles lo más educadamente que pudo. Tal vez simplemente la forja se estaba acercando a la temperatura a la que la quería. En cualquier caso, el efecto fue el mismo. Will y Catalina se apartaron el uno del otro y Catalina captó el gesto ligeramente avergonzado de Will.

—Probablemente, deberíamos acabar esto —dijo él.

Catalina asintió, a regañadientes.

—Pero más tarde…

—Más tarde —le dio la razón Will.

A Catalina más tarde le sonaba igual que lo que hace tiempo podía haber asociado con una tierra mágica o un sueño. Estaba sentada en una punta de la carreta mientras Will cogía el acero estropeado, aparentemente buscando más desperfectos, pero pensando en realidad en Will y lo que podría pasar con él. Esos pensamientos eran deliciosos, tendían a la ensoñación.

Catalina sintió el momento en el que la ensoñación cambiaba a visiones y aparecían las imágenes conocidas de los enemigos vestidos de ocre. Todavía acechaban por las calles de Ashton, la Casa de los Abandonados ardía al fondo. Catalina no sabía si era una combinación de elementos que ahora ya habían pasado, una

advertencia sobre el futuro, o algo más.

Caminaba por las calles y ahora las calles de Ashton daban a lugares que nunca habían estado allí. La playa estaba en uno de los callejones de allí, envuelta en neblina, con los muertos saliendo de ella arrastrando los pies. Pasillos en llamas que le recordaban a su infancia estaban en lugar de las calles sinuosas. De algún modo, en lugar del palacio había un reloj de sol, la sombra que proyectaba se movía lentamente, la gente moría cuando los alcanzaba la oscuridad.

Catalina negó con la cabeza y volvió a la forja, sentada en la punta de la carreta. Bajó de un saltó, con la esperanza de que andar le despejara la cabeza. Caminaba por el lateral de la forja, intentando conseguir algo de aire fresco en su pequeño jardín.

Se sobresaltó al ver allí a Siobhan, en medio de todo.

Siobhan sonrió durante un largo silencio.

—Las cosas están avanzando más rápido de lo que yo tenía previsto —dijo Siobhan.

—¿Qué cosas? —preguntó Catalina—. Se supone que soy tu aprendiz, pero no me has contado ni la mitad de lo que pasa.

Siobhan dio un paso atrás, hacia un trozo de tierra. Unas vides brotaron rápidamente y parecían derramarse por encima suyo en riachuelos.

Siobhan la miró fijamente durante un buen rato, demasiado raro, la perforaba con la mirada.

Finalmente, hizo una sonrisa. Una sonrisa maliciosa.

—Es el momento —dijo.

Eso fue todo lo que dijo y, aun así, sus palabras se clavaron en el corazón de Catalina como un puñal. Sabía que esas dos palabras cambiarían el curso de su vida para siempre.

Sabía que era el momento.

Era el momento de que Siobhan le pidiera un favor.

MORGAN RICE. Escritora estadounidense autopublicada, autora de libros de fantasía y ciencia ficción para jóvenes, con un gran componente de terror y romance.

En 2011 declaró que no tenía interés en continuar con la edición tradicional de sus novelas.

En 2013 conquistó el puesto número uno de la lista de *bestsellers* de Amazon con su serie *El anillo del hechicero*, de la que ya se han publicado 17 títulos.

En febrero del 2016 cuatro de sus novelas estaban en el *top 20 highest-selling American iBooks* y en abril «*Rise of the Valiant*» llegó al sexto puesto.

Además, es autora de seis series más: *Diario de un Vampiro*, traducida a seis idiomas; *Trilogía de Supervivencia* una serie de ciencia ficción postapocalíptica de la que ya ha publicado 3 títulos; *Reyes y Hechiceros*, una serie brillante de seis libros, que nos sumerge en una fantasía de trolls y dragones; *De Coronas y Gloria*, una trilogía de fantasía épica; *Vampire, Fallen*, su nueva serie de vampiros y *El camino del acero*.